

JUDIT UGO

En el Salón  
y en la Escuela

En el salón y en la escuela



Derechos de propiedad reservados.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

2008.82 *[Handwritten signature]*



NOBLEZA Y ARTE



# En el salón y en la escuela

COMEDIAS, DIÁLOGOS, MONÓLOGOS Y CUADROS VIVOS

POR

JUDIT UGO

PROFESORA DE DECLAMACIÓN

Obra adoptada por el Consejo Nacional de Educación

2ª Edición corregida y muy aumentada

28.005



BUENOS AIRES

CONI HERMANOS, EDITORES

PERÚ, 684

117 X 178

# PRELUDIO

---

## MONÓLOGO DE PRESENTACIÓN

Señor Consejo Nacional (1),

Señoras y señores,

Niñas y niños :

Me presento á ustedes, no por voluntad propia, sino por la de mamá, quien me ha mandado. Por mi sola voluntad no me hubiera atrevido á presentarme al público, porque soy tímido, muy tímido, y no me habría apartado de mi mamá, á cuyo lado me encontraba muy bien atendido, acariciado, besado, mimado; no porque yo lo merezca, sino por una razón muy sencilla y muy natural : porque soy su hijo, y sabido es que las madres quieren mucho á sus hijitos, aunque éstos sean feos, llenos de defectos y carezcan por completo de inteligencia.

Pero algunas personas muy amigas de mi mamá y un angelito que me quiere mucho, porque soy el hijo de la autora de mis días, después de haber conversado un

(1) El niño ha querido decir : Señores miembros del...



ratito largo conmigo, la persuadieron de que debía dejarse de contemplaciones y mandarme á correr mundo, y ella así lo hizo. Con tal motivo después de haberme despojado de todo aquello que podía afearme más y haberme engalanado con las mejores prendas de que por el momento dispone, me ha dicho :

« Hijo mío : tienen razón, no debes estar agazapado, siempre ocioso, al calor de este rincconcito ; grandes y pequeños, todos tenemos el sacrosanto deber de trabajar y contribuir con nuestro granito de arena, cuando lo poseemos, á levantar siempre á mayor altura este gran edificio en el cual vivimos, y ser merecedores del puesto que en él ocupamos.

« Pues bien, tú, mi querido niño, vé, preséntate humildemente al público y, aun con los escasos recursos de que dispones, procura serle útil, siempre como un niño bien educado, de buen corazón y de sentimientos elevados. »

¿ Lo podré conseguir ? ¡ Quién sabe ! ¡ Soy tan pequeño y valgo tan poco ! ¡ Oh, si yo pudiera traeros el alma toda de mi mamá y deciros todo lo que tiene ella escrito en su mente ! tal vez... tal vez... Pero no puedo ; ella me lo ha prohibido ; parece que una voluntad superior le ha ordenado que así se hiciera.

Pero yo, desobediente como cualquier hijo de vecino y de lengua un poquito larga como todos los niños, algo de eso contaré y les diré á ustedes que ella quiere mucho, muchísimo á todos los niños, porque dice que éstos son angelitos de consuelo, y es precisamente por ellos por quienes mi mamá se ha esmerado en educarme dándome buenos y sanos consejos, para que yo sea un buen compañerito cuando los niños, y aun los jóvenes, soli-

citen mi compañía; y quiere mucho y admira mucho al arte de la declamación, porque cree que es el arte de Dios, á cuyo trono nos eleva por su misión altamente noble y educativa, llena de sublimidad y grandeza; y digna de prevalecer en el hogar, templo de la familia, y en la escuela, templo del saber.

Mas, perdonad; advierto que he dejado mi lenguaje de niño para hablaros con las expresiones de mi mamá; entonces, ya que he comenzado, permitid, puesto que sois tan buenos y pacientes, permitid que siga y os repita cuatro palabras que ella dijo, al presentar á un grupo de sus alumnas en un concurso de declamación en el instituto musical « Santa Cecilia », y así sabréis el por qué ha deseado este hijito hacer conocer y también querer un poquito, si es posible, á su mamá :

« Señoras, señores : Permitidme que os dirija mi humilde palabra en este instante, para agradeceros, en primer lugar, la presencia con que me honráis honrando á mis discípulas, y para expresaros, con sinceridad, aunque sin elocuencia, cuáles son los anhelos que mi mente de maestra forja al transmitir su enseñanza á las tiernas inteligencias que á ellas se confían.

« Nuestro pensamiento se dirige al arte, á lo bello, á la poesía, que es como si dijéramos á la bondad, tan semejantes entre sí, según la magnífica expresión del sabio griego, porque acercarse á los dominios de la poesía, es sentir, compadecer, hacerse accesible á los dolores ajenos, regocijarse con la victoria de los héroes, anatematizar el mal, protestar contra la injusticia, condolerse ante los infortunios que la suerte suele imponer con sus ciegos y fatales designios. Penetrar en los dominios del arte — para no citar sino ejemplos naciona-

les — es admirar la grandiosa descripción de la Pampa en *La Cautiva*, sentirse sugestionado por el imponente grito de *Prometeo*, recibir la chispa de inspiración con las vibrantes expresiones de Encina en su *Canto al Arte*, elevarse á las regiones de lo casi inmaterial en *Las Nubes* de Mármol, ver el temple de alma de los libertadores, en el indio Panta por el autor de *Mis montañas*, emocionarse hasta el llanto con el poeta de la *Oración* y la *Fibra salvaje*, enamorarse de *Las pálidas viajeras*, del tierno cantor de *Nenia*, es profundizar el alma del dulce y melancólico payador... He ahí, señoras y señores, por qué al completar la educación de vuestras hijas, con lo que ha dado en llamarse « artes de adornos », la música, el canto, la declamación, les dáis en vuestra amorosa previsión, algo más que un dije que carecerá de valor cuando haya pasado la moda : les educáis las fibras del alma, para que sean capaces de todas las ternuras, de todos los heroísmos, de todas las grandezas, de todas las abnegaciones... He ahí á la niña mimada de la suerte, á la que pisa mullidas alfombras, á la que recibe constante tributo de aduladoras influencias, revelando en sus conversaciones, en sus actos, en sus juicios, que cuando llegue el caso sabrá ser algo más que una linda muñeca. He ahí á la joven pobre, que durante su precaria existencia ha de ganarse el pan con el trabajo de sus manos lastimadas por la aguja, dejando á un lado la tela de sus labores para dar á su alma un momento de expansión recitándose á sí misma los versos de su poeta favorito... He ahí á la madre recitando á sus hijos, al calor del hogar, hermoseedo por sus afectuosos desvelos, algunas de las hazañas de los héroes que han labrado la felicidad de la patria.



« Ved al padre organizando entre sus hijos la recitación de una pequeña comedia, en que los artistas lili-putienses han de sentirse acariciados por el aplauso de sus oyentes. ¿Acaso son almas vulgares? ¿Son almas vulgares las que saben percibir profundamente las bellezas de la poesía y hacen resaltar por su voz, su acento, su comprensión íntima, las ideas, sentimientos y pasiones con que el poeta ha inmortalizado su nombre? ¡No! valen... por lo que son, no por lo que tienen! Obra de la educación de sus sentimientos, obra transformada en bondad, en abnegación, obra que todos admiramos, respetamos y deseamos perpetuar.

« ¿Me preguntáis hasta dónde me lleva mi entusiasmo?

« Dentro de un momento os lo dirán mis discípulas, si, como espero, el éxito corona el esfuerzo que han realizado para presentarse ante vosotros en el esplendor de sus mejores manifestaciones. Si en cada una de sus miradas, de sus inflexiones de voz, de sus palabras, revelan sentimiento, ternura, alma en fin, veréis que como magistralmente ha hablado el poeta (1) :

Allí sus formas el artista encuentra,  
Allí el poeta su palabra enciende,  
Y el músico, al buscar sus armonías  
Las armonías del Creador sorprende.»

Ahora que me he presentado ante vosotros, no seguramente en la forma que lo deseaba mi mamá, pero en la mejor que me ha sido posible, si creéis que con

(1) *Canto al Arte*, de C. Encina.

mi granito de arena puedo seros útil, empleadme; quedará muy satisfecha y agradecida mi mamá y el angelito que la ha inspirado también.

¿Que no me conocéis aún?

Despojadme de mis ropitas, cortad la piel, abridme el corazón y leed en él.

JUDIT UGO

Abril 28 de 1907.

## ALGUNAS ADVERTENCIAS

Las obritas aquí publicadas para amenizar fiestas escolares y de familia (1), no deben ser en manera alguna recitadas en tono enfático y declamatorio, sino en una forma sencilla y natural.

Los jóvenes actores cuiden, ante todo, de no hablar con precipitación, y hacerlo en voz alta, con pronunciación clara y dicción correcta; de accionar y moverse con desenvoltura y naturalidad; los ademanes sean moderados, sobrios y oportunos; el gesto, el llanto y la risa, no sean exagerados.

Sería conveniente que los maestros antes de dar los papeles á estudiar de memoria, los leyeran y explicaran, haciéndolos leer después repetidas veces á los niños; este procedimiento les facilitaría la interpretación del carácter, evitaría — en parte á lo menos — la dicción viciosa y una mala puntuación, tan difícil de corregir después de adquirida.

Conviene que los ensayos sean frecuentes y no largos, para no cansar á los niños, sobre todo si éstos son de corta edad.

(1) Por medio de ligeras modificaciones, estas obritas pueden ser representadas lo mismo por niñas que por niños; y algunas se prestan para ser dichas como monólogos; tales son: *La leyenda del Cuervo*, *La Leyenda de la Tortuga*, en la comedia *La Mariposa encantada*, y *El sueño del Bombero*, y *el del Soldado*.



Evítese el movimiento de balanceo tan frecuente en los niños mientras recitan, y, en lo posible, la cantilena ó tonillo, la cadencia al final de las frases, y la debilitación de la voz que á menudo llega hasta el punto de no oírse la última palabra. Emítase la voz articulando con claridad y sosténgase en tono alto hasta el fin, sin descuidar por tal motivo las inflexiones y cambios requeridos por la expresión.

Lo mismo aconsejamos para la lectura de *La leyenda de la Reina Buena*; y además, para que ésta no resulte monótona, y cause buen efecto, léase repetidas veces antes de leerla en público, hasta recordar de memoria varias frases enteras de las más bellas y el final de algunos párrafos.

Désele expresión no solamente á la voz, sino también al semblante y en particular á los ojos, que no deben tenerse constantemente fijos en el papel, y acciónese aunque á grandes intervalos.

Porque si bien es cierto que en la lectura no debe accionarse mucho, también es cierto que debe accionarse para darle mayor expresión y hacerla más agradable.

Lo mismo decimos para la declamación de las poesías y la recitación de los monólogos; pues, si es del peor efecto accionar demasiado, también lo es no accionar nada; y tan mal efecto produce exagerar la voz levantándola en extremo como bajándola hasta hacerse incomprensible.

También aconsejamos á los jóvenes actores que no señalen — salvo en casos excepcionales — al cielo, la tierra, los ojos, la boca, cuando los nombren; ni señalen las lágrimas, ni se lleven un dedo á la frente ó á la sien, al mentar la meditación ó el pensamiento; ni deben

llevar la mano al corazón, ni asirse de los cabellos al mencionarlos.

Se comprende que estas breves observaciones sólo son dirigidas á niños, jóvenes y personas no competentes en el arte de la declamación y recitación.

LA AUTORA.





## PRIMERA PARTE

Comedias, diálogos, monólogos y cuadros vivos, para niñas y señoritas

---

### COMEDIAS



# La más grande satisfacción

Comedia en un acto (1)

---

*Representada por mis alumnos :  
Lolita Vidal, Isabel Arona y Adolfo  
Sacchi, á quienes me es grato dedi-  
carla.*

J. Ugo.

## PERSONAJES

MARIA LUISA, de 11 á 13 años.

ALFREDO, de 10 á 12 años.

YOLANDA, de 8 á 11 años.

(1) Esta comedia fué escrita expresamente para ser representada en el « Principe Jorge Hall », á beneficio de la Asociación nacional del Kindergarten, el 15 de agosto de 1906.



# La más grande satisfacción

## Acto único

Cuarto de estudio: dos puertas laterales, una en el foro. Escritorio en el centro; una mecedora pequeña á la derecha del escritorio; á la izquierda un espejo. Derecha é izquierda las del actor.

### ESCENA PRIMERA

Maria Luisa sentada al escritorio en actitud pensativa

MARÍA LUISA. — La más grande satisfacción... ¿cuál es?



La del deber cumplido. Perfectamente. ¿Y cuál es ese deber? Obedecer á nuestros padres... á nuestros maestros... quererlos, respetarlos... ser estudiosa, buena y amable. Sí, eso ¿quién no lo sabe? todos, grandes y chicos, aunque no lo cumplan. Tengo la seguridad de que todas las niñas llevarán la misma respuesta. ¡Vaya una gracia! ¡Parecerá copiado! (*Mirando una*

*hoja de papel.*) ¡No, no, no, no! A mí... esto no me

conforma. (*La desgarrar y la arroja.*) La señorita nos dijo : « Una respuesta breve y que por ella se trasluzca el alma de cada una de sus alumnas. » ¿ Cuál será ? Volvamos á pensar. (*Cruza los brazos sobre el escritorio y deja caer la cabeza quedando inmóvil.*)

## ESCENA II

MARÍA LUISA, YOLANDA Y ALFREDO

Yolanda y Alfredo entran por la derecha, los dos con traje de paseo y sombrero ; la primera con un ramo de flores en la mano ; el segundo con un cartucho de caramelos. Entran casi corriendo, pero al ver la actitud de María Luisa se detienen en la puerta, sorprendidos, creyéndola dormida, y se dicen casi al oído.

YOL. — ¡Se ha dormido!

ALF. — ¡Se ha dormido!

YOL. — ¡La picarona! (*Con ademán picaresco.*) ¡Pero ahora vamos á despertarla! (*Habla al oído de Alfredo ; éste asiente con la cabeza ; ambos, de puntillas, llegan junto á María Luisa y le gritan al oído.*)

ALF. — (*Imitando al perro.*) ¡Guau! ¡Guau!

YOL. — (*Imitando al gato.*) ¡Miau! ¡Miau!

MAR. L. — (*Se levanta sobresaltada.*) ¡Ah! ¡Ah!... ¿Son ustedes ? ¡Buen susto me han dado! Cuidadito con volverlo á hacer ¿ eh ? porque sino me enojaré.

YOL. — ¿ Y tú por qué dormías en vez de estar pronta para salir con nosotros ?

ALF. — ¿ No te acuerdas que así quedamos convenidos ayer ?

MAR. L. — Sí, me acuerdo ; pero yo no dormía.

YOL. — ¿ Qué hacías ?

MAR. L. — Pensaba.

YOL. y ALF. — ¿En qué?

MAR. L. — En una respuesta que debo llevar mañana á mi señorita. La creía tan fácil, y me resulta tan difícil! Hace una hora que estoy aquí, y piensa que te piensa no puedo dar con la tecla. ¡Oh! pero la encontraré, sí! No me voy de aquí si no la encuentro, y de mi entera satisfacción, aunque tuviera que renunciar al paseo.

YOL. y ALF. — (*Alarmados.*) Eso no, porque tampoco iríamos nosotros.

ALF. — ¿Cuál es la respuesta que tienes que dar?

MAR. L. — ¡Qué gracia! Si la supiera ya la hubiera dado.

ALF. — Es verdad. (*Dándose una palmada en la frente.*) ¡Qué tonto! Entonces, ¿cuál es la pregunta? Veamos.

YOL. — Sí, veamos; ¿cuál es la pregunta? Tal vez podríamos ayudarte á encontrar la respuesta.

MAR. L. — ¡Qué me van á ayudar ustedes! son muy chicos para estas cosas!

ALF. — (*En tono resentido.*) ¡Cómo usted es tan grande, señorita! ¡Perdone!

YOL. — (*Resentida.*) ¡Disculpe, señorita maestra!

MAR. L. — Bueno, bueno, para que no se enojen, ahí va la pregunta: La más grande satisfacción, ¿cuál es? Á ver si saben contestar.

YOL. — ¡Pss! ¡Ya lo creo! ¡Gran cosa!

ALF. — (*Soltando una carcajada.*) ¡Ja, ja, ja! ¿Y esa es la pregunta tan difícil de contestar? ¡Bah! en seguida te doy la respuesta. La satisfacción más grande es... la de comer muchos caramelos.

MAR. L. — Ya me imaginé que saldrías con un disparate.



ALF. — ¡Cómo... ún disparate! ¿Acaso no es cierto?  
¿Cuando se come muchos, pero muchos caramelos,  
no se siente un goce... un placer... una dulzura...  
una satisfacción, en fin, que supera á todas las satis-  
facciones? (*María Luisa hace una señal negativa.*)  
¿No? Pues para mí sí. Y para tí será lo mismo,  
porque los caramelos te gustan, y ¡vaya si te gus-  
tan!

MAR. L. — Bueno, sí; me gustan, pero ahora no se tra-  
ta de caramelos ni de cosa que se le parezca. Y tu res-  
puesta, Yolandita, ¿cuál es?

YOL. — ¡Para mí es una gran satisfacción estrenar un  
lindo vestido. Como hoy, ¿ves? vestido y capota nue-  
vos. ¡Mira qué lindos y qué bien me quedan! Y en  
el paseo ¡cómo me voy á lucir hoy!

MAR. L. — Has dicho una gran satisfacción; pero yo  
te pregunto, la más grande ¿cuál es para tí?

YOL. — (*Pensativa, luego resuelta.*) La más grande... la  
más grande... es la de poseer muchas flores. (*María  
Luisa hace un ademán de despecho. Alfredo suelta  
otra carcajada.*) ¡Ay! las flores! Hoy le mandaron á  
mamá un canasto, y yo hice para mí este ramo. ¡Mi-  
ren qué hermoso! ¡qué frescura! ¡qué colores! ¡qué  
variedad de gustos! ¡cómo alegran! ¡Preciosas flo-  
res! ¡Divinas flores! ¡Y qué perfume! ¡Delicioso,  
deliciosísimo! ¡Ah! (*Aspirando.*)

ALF. — (*Remedándola.*) Hoy papá me regaló un peso,  
y con él compré este cartucho de caramelos. (*Abrien-  
do el cartucho y enseñando los caramelos.*) ¡Miren  
qué hermosos! ¡qué dulzura! ¡qué colores! ¡qué va-  
riedad de gustos! ¡cómo alegran! ¡Preciosos cara-  
melos! ¡divinos caramelos! ¡Y qué perfume! (*As-*

*pirando en el cartucho.*) ¡Ah! ¡delicioso, deliciosísimo! (*Se lleva uno á la boca.*) ¡Y qué gusto! Exquisito... exquisitísimo! ¡Ah! (*Saboreándolo.*)

YOL. — ¿Dame uno? Alfredito.

ALF. — (*Con galantería.*) También dos. Sírvasse *madmoasel*... (1). (*Yolanda se sirve y lleva uno á la boca.*) Ese es de limón... (*Yolanda se lleva otro á la boca.*) Ese es de ananás, más dulce que el de limón. (*Yolanda sigue sirviéndose.*) Ese es de chocolate... por el color los conozco.

YOL. — Son muy ricos tus caramelos. (*Deja de servirse; haciéndole una reverencia.*) *Merci.* (*Se aleja.*)

ALF. — *Ni a pa de coá.* ¿Y usted, *madmoasel Mari Luis*? ¿Un chocolatito?

MAR. L. — (*Fastidiada.*) ¡Mer... no! (*Va á sentarse al escritorio.*)

ALF. — (*Sorprendido se queda perplejo con el chocolatito entre los dedos y en actitud obsequiosa.*) ¡Mer no! (*Se vuelve y dice á sí mismo, inclinándose.*) ¿Y usted *mosieu Alfredito*? ¡Oh yo, siempre *mer sí*! (*Se lleva á la boca el chocolatito.*) Con el permiso de usted, señorita *Mari Luis*, me sentaré en esta mecedora y seguiré chupando tranquilamente, gozando de mi mayor satisfacción, mientras usted piensa en cuál es la suya para dar la respuesta. (*Se sienta en la mecedora. Mete la nariz dentro del cartucho.*) ¡Oh! ¡qué perfume! ¡Ah! (*Con grito de placer.*) ¡Aquí hay una yema! (*La saca, la desenvuelve con manifestadas señales de alegría. Lamiéndola.*) ¡Qué ricas son las yemas! (*Con resolución.*) Esta no la chupo, me la co-

(1) Las palabras en francés están escritas como se pronuncian.

mo. (*Saboreándola y hamacándose satisfecho.*) ¡Deliciosa! ¡Ah! ¡qué satisfacción!

YOL. — (*Paseando frente al espejo con coquetería y aspirando las flores.*) ¡Preciosas! ¡Divinas! ¡Cómo completan! ¡Y cómo satisface poseerlas!

MAR. L. — (*Fastidiada.*) ¡Pero ustedes van á perder el paseo! no puedo permitirlo. Vayan sin mí; otro día tendré el placer de acompañarlos.

ALF. — De ninguna manera. Ó salimos juntos ó no salimos. ¿No te parece? Yolandita.

YOL. — ¡Es claro! Esperaremos que hayas encontrado tu respuesta; y si no la encuentras, le pido á papá que esta noche nos lleve al cinematógrafo.

ALF. — (*Hablando con la boca llena.*) Muy bien, muy bien; así me compra otro cartucho de caramelos.

YOL. — Y yo me podré lucir lo mismo, porque al cinematógrafo van muchos niños.

ALF. — Conque ¿no te conviene mi respuesta?

MAR. L. — ¡No! porque es la de un chiquilín goloso!

ALF. — ¡Chiquilín y goloso! (*Con enojo, levantándose.*) Me has insultado... (*Sentándose con la mayor calma.*) Pero yo no me ofendo; soy superior á estas pequeñeces y no me doy por aludido. Quiero chupar mis caramelos en paz.

YOL. — ¿Tampoco mi respuesta te agrada?

MAR. L. — Tampoco; porque es la de una chiquilina presumida.

YOL. — (*Haciendo pucheritos.*) ¿Yo chiquilina y presumida? ¿Yo? ¿Porque me gustan las flores y los vestidos nuevos? ¿Y á quién no les gusta, ¿eh? ¿á quién?

MAR. L. — (*Levantándose y acariciándola.*) Mi querida,



no hagas pucheritos. No he querido ofenderte. Sí, las flores son muy lindas, me complace comer caramelos y lucir un vestido nuevo. Pero no es de esas cosas, Yolandita, de lo que en mi respuesta se trata.

YOL. — Y entonces, ¿de qué?

MAR. L. — De algo mejor; de algún sentimiento noble y generoso. Bueno, me dejas pensar otro ratito. No estás resentida conmigo ¿verdad?

YOL. — ¡Qué esperanza!

MAR. L. — Entonces, ¿me das un beso?

YOL. — Y dos también. (*María Luisa vuelve á sentarse.*)

ALF. — (*Lavantándose.*) Y yo, para que veas que tampoco estoy resentido por lo de chiquilín y goloso, te ofrezco dos caramelos. (*Le ofrece.*)

MAR. L. — (*Aceptando.*) Gracias, Alfredito; los guardaré para después. (*Los aparta.*)

ALF. — (*Volviendo á sentarse.*) Como gustes. Permitirás que no siga tu ejemplo, sino el del señor Alfredito, que sólo guarda para después la sopa; pero á los caramelos jamás les hace un tal desaire. (*Se sirve y come.*)

YOL. — (*Sentándose al lado de Alfredo.*) ¿Has oído, Alfredito? Algo mejor. ¿Te parece que puede haber algo mejor que lucir un lindo vestido?

ALF. — (*Con convicción.*) ¡Oh, sí!

YOL. — ¿Sí? ¡Ah, las flores! ¿verdad?

ALF. — ¡Oh, no!

YOL. — ¿Y qué?

ALF. — (*Haciendo sonar el cartucho.*) Para mí, ya lo sabes... caramelitos.

YOL. — (*Se levanta con enojo y se aleja.*) ¡Glotón! No piensas más que en los caramelos.

ALF. — (*Con un suspiro de satisfacción.*) ¡Ah! ¡son tan dulces!

YOL. — (*Acercándosele cariñosa.*) ¿Dame otro? Alfredito.

ALF. — Es que ya se van acabando.

YOL. — (*Con mimo.*) Te doy una flor.

ALF. — Á mí no se me importa nada de las flores. Toma, te doy una menta.

YOL. — (*Le vuelve la espalda.*) No la quiero; guárdatela. ¡Despreciarme las flores! ¡Tan lindas! Tiene razón María Luisa; eres un goloso. ¡Sí, sí, muy linda satisfacción! Cuando se te acaben, ya no tendrás más.

ALF. — Iré á la confitería á comprar. Al confitero jamás se le acaban. ¡Gran hombre el confitero! Bueno, amable, cariñoso, dulce, sobre todo muy dulce. ¡¡Ah!! (*Con gran exclamación de alegría.*) ¡Aquí hay un coquito!... ¡tienen un gustito más rico!... (*Lo lame, luego lo lleva á la boca.*) Éste... tampoco lo chupo... me lo como. (*Hamacándose complacido.*) Yo no sé... levantan estatuas á los generales... á los poetas... á todos los grandes hombres... ¿por qué no levantarán estatuas á los confiteros?

YOL. — (*Mirándose al espejo para colocarse el ramo en el pecho.*) No; es demasiado grande para poner aquí. Haré uno chiquito. (*Se dispone á deshacer el ramo que coloca sobre una silla.*)

MAR. L. — (*Fastidiada, á Alfredo.*) Déjate de fastidiar con esos caramelos; chúpalos. Y tú, Yolanda, ¿no puedes estar quieta un momento? Siéntate.

YOL. — ¡Jesús! ¿Te molesta que me mire al espejo?

MAR. L. — Sí; porque me fastidia el verte presumir

tanto por tu vestido nuevo, y pienso que si atraerás la admiración de muchos niños atraerás también la envidia y el dolor de otros que no tienen, pobrecitos, ni ropa con que repararse del frío.

YOL. — Eso no es cierto, porque sus mamás les compran.

MAR. L. — ¡Sí, como si todas las mamás pudieran comprarles!

ALF. — ¿Y yo qué molestia te doy si como los caramelos en vez de chuparlos?

MAR. L. — Sí, me molestas, porque te veo hartándote de caramelos, mientras habrá tantos pobrecitos que les faltará hasta el pan para alimentarse.

ALF. — ¡Cómo no! ¡les va á faltar el pan con tantas panaderías que hay!

MAR. L. — Pero les falta el dinero para comprarlo; y gratis nadie te da nada.

ALF. — ¡Eso es cierto!

YOL. — ¿Y qué culpa tenemos nosotros si las mamás no pueden comprar vestidos á sus hijos y tampoco pan?

ALF. — ¡Claro! ¿qué culpa tenemos?

YOL. — Nosotros no podemos hacer nada para ellos.

ALF. — Por supuesto, ¡nada podemos!

MAR. L. — ¡Cómo nada podemos! Sí, señor, podemos hacer algo y mucho por ellos, ¡pobrecitos!

ALF. y YOL. — ¿Y cómo?

MAR. L. — ¿Cómo? Proporcionándoles ropita, alimento, educación... en una palabra, haciéndoles caridad. *(Queda un momento pensativa; su semblante se ilumina, sonrío y junta las manos.)* ¡La caridad! *(Con alegría.)* ¡Sí, sí! es ésta, es ésta! ¿Cómo no se me ha



ocurrido antes ? Sí, sí, ¡ya tengo mi respuesta! La más grande satisfacción...

YOL. — ¿Cuál es ? ¿cuál es ?

ALF. — (*Levantándose.*) ¿Cuál es ?

MAR. L. — La que nace del placer divino de la caridad.  
(*Siéntase al escritorio y escribe.*)

YOL. y ALF. — ¿De veras ?

MAR. L. — Ya está. (*Se levanta y avanza.*) ¡Ahora estoy satisfecha! Sí, queridos. ¿No han hecho ustedes caridad, nunca ?

ALF. — Lo que es yo, muy pocas veces, lo confieso con rubor. Cuando tengo centavitos, ya sabes adónde van á parar : derechitos á la confitería.

YOL. — Yo... algunas veces... cuando mamá me da centavos... ¡Pero, me gustan tanto las flores!...

MAR. L. — No, no es eso lo que se entiende por caridad. ¡Dar por toda caridad unos pocos centavos á nuestros hermanos! ¿No lo saben ustedes que son nuestros hermanos ?

YOL. — Yo sí lo sé, porque mamá les dice siempre : «Tome hermano; Dios le ayude hermano, ó bien, perdone hermano. »

ALF. — Y si no damos centavos, ¿qué debemos dar ?

MAR. L. — Por ejemplo : (*Volviéndose ora á Yolanda ora á Alfredo.*) ¿Has dado alguna vez el dinero que venías juntando para comprar algún regalito ? ¿Te has privado de abrigo para darlo á un niño pobre que sentía su cuerpecito aterido de frío ? ¿Has compartido los manjares de tu mesa con algún desgraciado que desfallecía por falta de alimento ? ¿Te has privado alguna vez de sueño, de paseo ó de un recreo para ir á visitar algún enfermito y llevarle parte de

tu ropita y de tu platita ? Y cuando no has podido dar nada, y te has encontrado con una de esas caritas pálidas, de mejillas enflaquecidas, de labios descoloridos, con ese pescuecito que parece va á quebrarse, ¿ no has sentido un ímpetu de piedad y de cariño que te empuje á estrechar esa cabecita contra tu pecho, cubrirla de besos, darle todas tus caricias, decirle las más tiernas palabras de amor y de consuelo, haciendo brotar de esos ojos tristes, relámpagos de alegría, y del corazón de la pobre madre, mil bendiciones para esa almita que no pudiendo dar otra cosa, da consuelos y esperanzas ? ¿ Nunca lo has hecho ? ¡ Eso, ves, eso también es caridad !

YOL. — (*Mortificada.*) No; ¡ nunca !

MAR. L. — ¿ Y tú ? Alfredito.

ALF. — (*Mortificado.*) ¿ Yo ? ¡ Qué quieres que haga yo, si soy un chiquilín goloso !

YOL. — Y tú, María Luisa, ¿ lo has hecho alguna vez ?

MAR. L. — (*Con naturalidad.*) Sí, queridos; lo he hecho.

YOL. y ALF. — (*Con asombro.*) ¡ De veras ! ¿ Cuándo, y á quién ?

MAR. L. — Escuchen. Era una mañana de invierno, lluviosa y muy fría; mamá había ido á asistir á una amiga enferma; yo había quedado en casa sola con la criada; estaba desayunando con chocolate y tostaditas con manteca, cuando llamaron á la puerta; salí yo, y veo á una pobre mujer, muy pálida, demacrada, que á duras penas reconocí ser una antigua conocida de mamá. Vestía de luto, estaba temblorosa, desfallecida. La hice entrar inmediatamente, é insistí para que se alimentara, dándole mi desayuno. Pero la pobre mujer no venía á pedir por ella, sino por sus

hijitos! ¡Pobrecita! ¡cuando me acuerdo!... (*Secándose los ojos.*) ¡Cómo lloraba!

YOL. y ALF. — (*Enternecidos.*) ¡Pobrecita!

MAR. L. — El único sostén de la familia... su mamá, había fallecido... el esposo... estaba enfermo... lo que ella ganaba no alcanzaba... y pedía socorro á las almas caritativas. ¿Qué hacer? ¡Mamá hasta la noche, tarde, no volvería!... ¿Debía yo permitir que esa pobre mujer se fuera á su casa con el solo consuelo de volver á la mañana siguiente? ¿Al que siente frío, al que siente hambre, se le puede decir: mañana? Mi mirada se detuvo en el espejo... me ví tan bien abrigada... y aquellos pobres niños tendrían tanto frío!... No vacilé. Me saqué la capita; busqué un vestido, una pañoleta, medias, enagüitas, retazos de género que guardaba para mi muñeca, hice un atadito y se lo dí. Pero la ropita no bastaba; había que llevar algún alimento. Yo tenía guardados tres pesitos para el bautizo de mi muñeca. ¡Bien podía esperar algunos meses más mi nena para ser bautizada! Se los dí con cartera y todo. Cuando volvió mamá y se lo conté, ella quedó muy contenta y satisfecha; me abrazó llorando y me dijo: « Ves, hija mía. Esta es la mayor satisfacción que podemos probar, porque nace del placer divino de la caridad ». Y al recordarlo hoy, después de tantos meses, aún siento los besos, las caricias de aquella pobre madre, y aún resuenan en mis oídos sus bendiciones, que hacen estremecer mi alma como sonidos de arpas lejanas, cuyas cuerdas hicieran vibrar ángeles invisibles remontándose al cielo para recordarme que aquélla es la patria eterna de los buenos. Y hoy, como entonces, siento un gozo inefable,



una satisfacción tan grande, una melancolía tan profunda y una inmensa ternura, que todo mi sér parece disolverse en lágrimas de una piedad infinita para todos aquellos á quienes no puede alcanzar la caridad. (*Se sienta sollozando. Alfredo y Yolanda, rompen á llorar. Pausa. María Luisa se levanta, se seca los ojos.*) ¿Qué les pasa ahora?... ¿por qué lloran?

YOL. — ¡Tú también... lloras!

ALF. — (*Llorando.*) ¡Me parece... que... que... lloramos los tres!

YOL. — Yo lloro porque soy una chiquilina... presumida. (*Á sí misma, con seriedad cómica.*) Sí, señorita... Chiquilina presumida... y mala. (*Llora.*) Pobrecitos chicos... dale flores... para algo les sirven... Toma. (*Las tira al suelo.*) No quiero ni verlas. (*Se sienta mortificada y llorosa.*)

ALF. — (*Lloriqueando.*) Y yo... un chiquilín goloso... Si señor, como lo oyen... Un chiquilín... goloso. Hartándose de caramelos... ¿No tiene vergüenza?... ¡Vaya una satisfacción!... de goloso! (*Golpeándose en el pecho.*) Los tengo todos aquí... todos... No como más... (*Hace ademán de tirarlos, pero advierte que hay muchos.*) Todavía hay muchos... ¡Oh, no importa!... (*Vuelve á hacer el ademán.*) No. ¿Si alguno me los comprara? (*Resuelto.*) Hasta luego.

YOL. — ¿Adónde vas? Alfredito.

ALF. — Á vender mis caramelos; y la plata te la traigo á tí, María Luisa... para que les compres algo á tus chicos. (*Por irse.*)

YOL. — Espera. (*Recoge las flores.*) Voy contigo, á ver si alguno me comprara las flores. Y la plata la emplearemos en una obra de caridad. Yo también



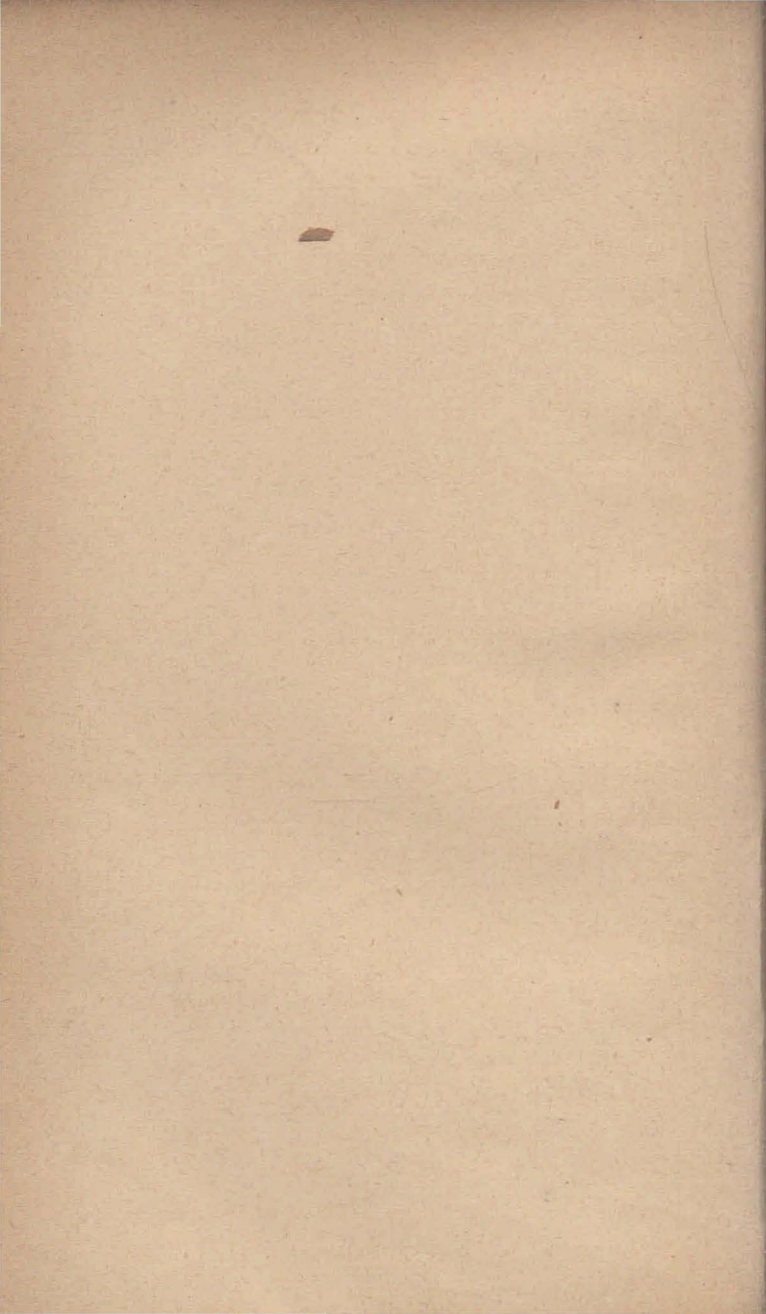
quiero probar la más grande satisfacción. (*Por irse.*)

MAR. L. — Esperen. Yo iré con ustedes. Y no teniendo ni caramelos, ni flores que ofrecer para mis pobres, ofreceré mi respuesta. Tal vez haya quien la compre.

La más grande satisfacción, ¿cuál es?

LOS TRES JUNTOS. — La que nace del placer divino de la caridad. (*Vanse los tres.*)





# La Mariposa Encantada

Comedia en tres cuadros (1)



## PERSONAJES

EL HADA RAYO DE SOL.

LA PRINCESA ALEGRÍA.

LA REINA.

EL REY RAYO DE GUERRA.

EL GNOMO AVISPA.

EL PRÍNCIPE PAPILLÓN

UNA MARIPOSA MENSAJERA.

LA MARIPOSA LUZ.

UN NIÑO Y UNA NIÑA.

DOS PAJES.

DOS DONCELLAS ARPISTAS.

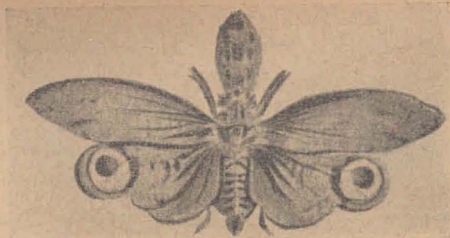
DONCELLAS Y CABALLEROS DE  
LA CORTE.

MARIPOSAS Y AVISPAS.

La acción se desarrolla en el palacio del rey Rayo de Guerra y en el bosque de las Avispas.

(1) Esta fantasía ha sido inspirada en un cuento que lleva el mismo título, publicado en la revista *Pulgarcito*, número 15.

Para representar la obra en un pequeño escenario de salón, se puede simplificar la *mise en scène*, reducir el número de las mariposas y avispas : suprimir el coche de Rayo de Sol y las arpistas.



# La Mariposa Encantada

---

## Cuadro primero

### EL SALÓN DEL TRONO EN EL PALACIO REAL

Gran salón ; á la derecha (siempre del actor) dos puertas laterales ; en el foro, dos ventanas y en el centro una gran puerta ; por ésta y las ventanas se ve el jardín. Á la izquierda, en primer término, un trono ; dos lujosos sillones con respaldo alto sobre una tarima alta cubierta por una alfombra ; dos almohadones delante de los sillones ; un dosel de púrpura, y armiño por dentro, sostenido en lo alto por una corona de rey ; á la izquierda del trono, un sillón sobre una tarima más baja ; á la derecha, otro sillón sobre tarima, con almohadones, y flores esparcidas, á cada lado de ambos sillones una columna con focos de luz eléctrica entre ramos de flores. Sofaes, sillones, sillas colocadas alrededor del salón ; estatuas, columnas, grandes jarrones, espejos, ricos cortinados ; sobre una mesita, á la derecha, en primer término, una canasta de flores cubierta con un fino tejido. Á la izquierda, entre las dos puertas, las doncellas arpistas sobre una tarima ; las arpas adornadas con tules y flores.



## ESCENA PRIMERA

EL REY, LA REINA, LA PRINCESA, LA NIÑA Y EL NIÑO;  
LOS DOS PAJES, LAS ARPISTAS, LA DONCELLA, DAMAS  
Y CABALLEROS.

El rey y la reina sentados en el trono; la princesa reclinada indolentemente en el sillón de la izquierda: diez ó más doncellas sentadas: otros tantos caballeros, de pie detrás de sus sillas. Dos pajes en la puerta del foro. La niña y el niño, bailando delante de la princesa una graciosa pieza acompañadas por las arpistas, violines y piano en el interior de la escena. Terminado que hubieren de bailar, rápidamente quitan el tejido que oculta la canastilla, y doblando una rodilla sobre la tarima, lo presentan con gracia á la princesa: ésta lo recibe complacida, lo observa, aspira el perfume, saca una flor y entrega la canastilla á una doncella en pie detrás del sillón: ésta la recibe haciendo una reverencia y la coloca sobre la misma mesita y vuelve á su sitio. La princesa se quita del cuello un largo collar de perlas y lo coloca en el cuello de la niña; se quita un anillo y lo coloca en un dedo del niño; éstos besan la mano de la princesa y ésta les señala los dos almohadones al pie del sillón: los niños se inclinan y sientan en ellos. La música, al terminar la pieza de baile comienza un *allegro*. Se oye un sonido lejano de campanillas. Los dos pajes se asoman, luego anuncian inclinandose:

PAJES. — La princesa Rayo de Sol.

Aparecen cuatro niñitas ó niños vestidos de palomas blancas, tirando de un cochecito en forma de concha y se detienen delante de la puerta. Las bridas, de cintas y flores. Como las niñas no tendrían fuerza para tirar del cochecito, pueden tirar de él entre bastidores, por medio de unas correas fijas en el eje de las ruedas. Baja del coche el hada Rayo de Sol; las palomas tirando del coche se retiran haciendo sonar las campanillas, que llevarán sujetas al cuello con una cinta.

ALE. — (*Contenta.*) ¡Ah, madrina, madrina querida!  
(*Va á su encuentro. El rey y la reina hacen lo mismo; todos se levantan; cesa la música.*)

## ESCENA II

### RAYO DE SOL Y DICHOS

El Hada viste un vaporoso y brillante traje muy largo semejando una mariposa con dos grandes alas muy brillantes. Lleva una pequeña varita de plata en la cabeza atravesando el peinado.

HADA. — (*Abrazando á Alegría.*) ¡Mi querida ahijada!  
¡Mi hermosa princesita! ¡Salud y felicidad!

ALÉ. — (*Besándola.*) ¡Gracias, madrinita querida!

HADA. — (*Tendiendo la mano al rey.*) Buenos y muy felices días tengáis, poderoso soberano.

REY. — (*Besándole la mano.*) Y vos también, mi bella Hada.

HADA. — (*Abrazando á la reina.*) Os saludo con placer, mi buena reina y amiga.

REINA. — (*Abrazándola.*) Gran felicidad es para nosotros que hayáis venido á visitarnos, dando realce á nuestros festejos con vuestra brillante persona. ¡Cuánto os lo agradecemos!

REY. — Venid, hermosa princesa de las hadas mariposas, que os presente á la corte de nuestra hija. (*Le ofrece la mano y acompaña hasta el sillón á la derecha del trono, luego ofrece la mano á la reina y se sientan en el trono; el niño ofrece la mano á la princesa y la acompaña á su sillón; la niña le acomoda la cola del traje y vuelve á sentarse en los almohadones. El rey hace ademán á las doncellas y caballeros invitándoles á sentarse.*) Nobles doncellas, nobles caballeros de la corte de la princesa Alegría: Os lo hice anunciar, que cumpliendo hoy diecisiete años la princesa nuestra hija, se celebrarían grandes y suntuo-

sos festejos; al saber luego, que la poderosa Hada Rayo de Sol, princesa de las mariposas, nos honraría con su presencia, he deseado reuniros en este salón para tener el placer de presentárosla, y presentar á la magnífica madrina de nuestra hija, las doncellas y caballeros de su corte. (*Se levanta; todos lo imitan. Presentando al hada.*) El Hada Rayo de Sol, princesa de las mariposas, madrina de la princesa Alegría, nuestra hija. (*Las doncellas y caballeros se inclinan. Al hada, presentando.*) Las nobles doncellas y los nobles caballeros de la corte de la princesa Alegría, vuestra ahijada. (*El hada se inclina.*) Podéis retiraros; y preparaos á celebrar dignamente tan fausto acontecimiento. (*Las damas desfilan delante de los reyes, del hada y de la princesa, haciendo una profunda reverencia, á cada uno de los cuatro personajes; últimos, desfilan los caballeros y al inclinarse besan la mano de la reina, del hada y de la princesa. Los niños salen últimos. Durante esta ceremonia, las arpistas, acompañadas por el piano y violines entre bastidores, tocan una pieza lenta y majestuosa. Cuando todos se hayan retirado, cesa la música y las arpistas se retiran haciendo una profunda reverencia.*)

### ESCENA III

EL HADA, ALEGRÍA, EL REY Y LA REINA

ALE. — (*Baja ligera del trono, toma de las dos manos al hada, la conduce á un sofá hacia el proscenio, la hace sentar.*) ¡Oh, mi madrinita querida! ven, siéntate aquí; y tú, mamá, aquí (*la hace sentar junto al*



*hada*), y tú, papá, aquí cerquita de nosotras (*lo hace sentar en un sillón junto al sofá*), y yo, á los pies de mi encantadora madrinita. (*Se sienta en un almohadón á los pies del hada; tomándole las manos y besándoselas.*) ¡Oh, cuánto, cuánto te agradece tu ahijadita que hayas venido hoy!

REY. — Os lo agradecemos todos.

REINA. — Sí, mi querida princesa, os lo agradecemos y de todo corazón. ¡Deseábamos tanto veros!

HADA. — Gracias; también era mi deseo y me siento feliz de verlo cumplido; y mucho más lo seré, si mis deseos cerca de esta querida niña se realizan. ¿Eres feliz? ¿Vives dichosa, y contenta?

ALE. — Sí, mi buena madrinita. Muy feliz, muy dichosa y muy contenta.

REINA. — Por contenta os lo puedo asegurar. Bien cumple ella con el nombre que le habéis dado. Su vida es una continua alegría; jamás está triste, siempre está riendo.

HADA. — ¿Nunca lloras?

ALE. — (*Riendo fuerte.*) ¡Ja, ja, ja! ¿Llorar yo? No, madrina; jamás.

REY. — Nunca la hemos visto verter una lágrima, de lo cual nos regocijamos, y bien sabéis por qué.

HADA. — ¿Ni aun ante la pobreza, ante la miseria? (*Signo negativo de Alegría.*) ¿Ni ante la orfandad desvalida, ó la vejez sin apoyo?

ALE. — (*Sonriente.*) Tampoco, tampoco, madrinita.

HADA. — ¿No te conmueven, pues, los dolores de los míseros infortunados?

ALE. — No, mi bella madrinita, no me conmueven; y además ni quiero saber que hay dolores, ni quiero

ver á los infortunados. (*Acción del hada.*) Es gente muy importuna, madrina; entristece las alegrías de la vida. ¿Y qué satisfacción podría proporcionarnos con los sentimientos de piedad que despertara? No, mi adorable hada; no me conmuevo, porque entonces tendría que llorar y eso me pondría muy fea. Pero si algún día lloro, será solamente por mí.

HADA. — Pero tú eres y serás siempre feliz; ¿verdad, Alegría?

ALE. — Sí, mi esplendorosa Rayo de Sol; siempre, siempre feliz.

HADA. — ¿Por qué aseguras que siempre serás feliz?

ALE. — Porque estoy convencida de ello, puesto que nada me falta para serlo. ¡Soy hermosa...

REY y REINA. — (*Con reproche.*) ¡Alegría!

HADA. — No eres modesta.

ALE. — Pero madrinita, estamos en familia; y además no soy yo quien lo dice. ¿Sabes cómo me llaman en la corte y en el reino? (*Con gracia.*) « La Princesita Encantadora. » ¿Verdad, mamá? Y hasta á un bellísimo lago del jardín, mi favorito, le llaman « El lago de la Princesita Encantadora. » ¿Verdad, papá?

REY. — Pero tú no debes decirlo, hija mía.

REINA. — No, querida; es mucha presunción.

HADA. — Luego, ¿tú crees que por tu hermosura serás siempre feliz?

ALE. — ¡Ah no! mi querida hada. Seré siempre feliz porque también soy poderosa. Poseo grandes dominios, tierras y vasallos me pertenecen, quienes me adoran ó me temen y se humillan ante mí. Y en fin, porque soy la princesa Alegría, hija del poderoso rey Rayo de Guerra; (*se levanta, sube al trono y toma*

*una actitud imperiosa*) y desde mi trono ordeno, mando, impongo y soy obedecida. (*Cambia de actitud y sonríe con gracia.*) Ya lo ves, madrina, si tengo razón en asegurar que soy y seré siempre feliz.

HADA. — Tal vez; así te lo deseo y de corazón.

ALE. — ¡Ah, qué desamorada soy! ¿Y las flores para madrina? (*Baja del trono, va hacia la reina y echándole los brazos al cuello con mimo.*) Mamita, ¿me dejas ir al bosque á juntar flores, como me lo habías prometido? ¿Me das permiso, verdad? madrinita.

REINA. — Debiste pensarlo antes; y además, hay aquí tantas!

ALE. — No bastan, mamita; yo quiero llenar de flores todo el salón hasta el techo, y sembrarlas por el suelo como alfombra, en honor de mi brillante Rayo de Sol.

REINA. — Bien, pues, vé; pero haz que te acompañen tus pajes y doncellas.

ALE. — Sí, mamita querida; verás, mi adorable madrinita, cuántas lindas flores traeré y qué ramo maravilloso para tí.

REINA. — Vé, pues, y no te alejes mucho.

ALE. — (*Abrazando á la madre*). No, mamá. Hasta luego, papá (*Le besa la mano; abraza al hada.*) Hasta muy pronto, madrinita querida. (*Vase ligera; al llegar á la puerta del foro, envía un beso con los dedos juntos de las dos manos.*) Para los tres. (*Vase.*)

## ESCENA IV

EL HADA, EL REY Y LA REINA

HADA. — Es muy graciosa la princesita.



REY. — Es la alegría, el encanto de la corte.

HADA. — Pero no la providencia de los pobres, como podría y debiera serlo.

REY. — Es verdad; ella los trata con desprecio y altanería.

HADA. — Bien lo comprendí que es altanera y hasta soberbia.

REINA. — Y por esas razones tiemblo por su porvenir; temo que no siempre sea dichosa como ella lo cree.

HADA. — Pero ya cambiará. He visto con placer que lleva puesta la mariposa que yo misma le puse al cuello, y que esa joya es siempre hermosa y brillante.

REY. — No podría ser de otra manera, puesto que Alegría, como os lo hemos dicho ya, jamás lloró.

REINA. — Querida Rayo de Sol, ¿podríais explicarnos ahora, el enigma?

REY. — Al colocarle al cuello esa linda mariposa, nos habéis dicho que debíamos evitar, si nuestra hija llorara, que las lágrimas cayeran sobre la preciosa joya. ¿Por qué? ¿No podríais decirnos el misterio?

HADA. — Perdonad si no os complazco; pero aún no me es permitido revelarlo; tal vez dentro de muy poco tiempo podré hacerlo y entonces sabréis el misterio, que nada malo oculta para vuestra hija; básteos saber que al conocerlo os regocijaréis.

REINA. — Os creemos; pues seguros estamos de vuestro cariño por nuestra Alegría. Querida princesa, ¿desearíais pasar al departamento que os fué destinado para descansar de las fatigas del viaje?

HADA. — Iba á solocitaros permiso para hacerlo; gracias os doy por vuestro gentil ofrecimiento.

REINA. — Yo misma os acompañaré. (*Se levantan los*

reyes ; acompañan al hada hasta la puerta de la derecha en primer término ; la reina, con ademán gracioso, indica al hada que pase ; ésta hace una reverencia al rey, quien le besa la mano ; el hada vase ; la sigue la reina después de haber hecho una reverencia al rey, quien corresponde y vase por el foro.

## Cuadro segundo

### EL BOSQUE DE LAS AVISPAS

Un bosque ; en el foro, una pared y una gran puerta en el centro. Á la derecha, debajo de un árbol y apoyado en el mismo, un tronco caído. La escena á media luz ; un reflector de luz amarillo-rojiza imitando los últimos rayos del sol, ilumina la escena por donde entra Alegria.

### ESCENA PRIMERA

#### ALEGRÍA

ALE. — (*Entra por la izquierda llevando gran cantidad de flores y se apoya en un árbol.*) ¡Ay! ¡qué cansada estoy! ¡cuánto he andado! He querido alejarme de mis pajes y doncellas, me he extraviado y ahora no sé cómo salir del bosque. ¡Y ya se acerca la noche! Si mis padres mandaran en mi busca... Seguramente lo han hecho y no tardarán en encontrarme. (*Avanza mirando en derredor.*) ¡Si á lo menos encontrara dónde sentarme! (*Ve el tronco.*) Aquí. (*Se sienta y con ademán cansado deja caer las flores, que se esparcen en derredor suyo quedando algunas en la falda.*) Descansaré, y mientras me encontrarán. Tengo hambre, tengo sed; ¡y qué cansa-

da estoy, qué cansada! (*Descansa un brazo sobre una rama del tronco y la cabeza sobre la palma de la mano, apoyando la espalda en el árbol, y se queda dormida. Los rayos de sol, poco á poco, se habrán extinguido, siendo reemplazados por la luz de la luna, imitada por un reflector de luz azulada y muy apagada. Á poco, se oye lejano el zumbido de las avispas (éste puede imitarse con un contrabajo, entre bastidores, pasando el arco sobre las cuerdas); luego se acentúa más y aparecen por los costados de la escena, multitud de avispas (veinte ó más niñitas ó niñitos) precedidas por el gnomo Avispa, quien lleva cabellos y barba larga terminada en punta y blanca como los cabellos. Viste traje obscuro de paño ó terciopelo; especie de blusa ceñida al cuerpo por un cinturón; caperuza alta terminada en punta; botitas altas, muy puntiagudas y largas en la punta del pie.*

## ESCENA II

### ALEGRÍA, EL GNOMO Y LAS AVISPAS

Éstas se detienen á cierta distancia de Alegría; el gnomo se acerca á ella, la contempla sonriendo burlonamente; pasea alrededor de Alegría; entretanto, las avispas se mueven, se inclinan unas hacia otras como si se consultasen, oyéndose muy pronunciado el zumbido. Luego, el gnomo hace señas á las avispas para que se acerquen; éstas lo hacen con rapidez; se toman de la mano figurando así tender las alas y giran en derredor de Alegría, primero lentamente y zumbando muy quedo, luego con rapidez y elevando el zumbido. Alegría se despierta de pronto, mira con asombro á su rededor, al ver á las avispas arroja un grito y se levanta.

ALE. — ¡Ah, las avispas! (*Se oculta la cara con las manos. El gnomo hace señas á las avispas que se alejen;*



*éstas se desbandan y desaparecen por todos los bastidores. El gnomo se oculta detrás del árbol. Alegría vuelve á mirar á su rededor. ¡Ya se fueron! ¡Pero volverán, volverán! ¡Ay! ¡Tengo miedo! ¡Ya es de noche y nadie viene en mi busca! Y estoy sola, en el bosque de las avispas. ¡Ay, pobre de mí, pobre de mí! (Rompe á llorar. De pronto arroja un grito y se lleva la mano al cuello para sujetar la cadenita. Con espanto.) ¡Ah, la cadenita se ha roto! ¿Y mi joya... la mariposa? (Ve á la mariposa en el aire se levanta y extiende los brazos para sujetarla.) Se va... se va... se va... ¡Ha desaparecido! (Se deja caer sobre el tronco y llora desesperadamente. Del modo siguiente puede hacerse ver á la mariposa en el aire : por el bastidor, cerca del cual está Alegría, avanzan un alambre ; al llevarse las manos al cuello, desprende la cadenita y prende la mariposa en el pedacito de género puesto al efecto en la extremidad del alambre ; luego lo levantan y lo retiran.)*

### ESCENA III

#### DICHA Y EL GNOMO

GNOM. — *(Plantándose ante Alegría, de brazos cruzados y en tono de triunfo.)* ¡Ah, al fin lo has hecho!

ALE. — *(Con timidez.)* ¿Quién... quién sois vos?

GNOM. — ¿Nunca has oído hablar del gnomo Avispa?  
¿No sabes que este bosque me pertenece?

ALE. — *(Se levanta.)* Perdonad si he invadido vuestros dominios; espero que me disculparéis y me haréis acompañar á mi casa.

GNO. — No lo esperes; pues no lo haré!

ALE. — ¿No lo podéis? Entonces, mientras espero que vengan por mí, hacedme traer algo para comer. (*Ademán negativo del gnomo.*) ¿No? Agua para beber. (*Idem.*) ¿Tampoco? ¡Oh, apiadaos de mí! Estoy desfallecida. Un poco de agua solamente para apagar mi sed.

GNO. — ¡Ah, orgullosa princesa, al fin te doblegas, imploras piedad y te humillas!

ALE. — ¿Qué queréis decir?

GNO. — Que no te ayudaré.

ALE. — ¡Oh, condoleos de mí!

GNO. — ¿Te has condolido tú algunavez de los demás?

ALE. — ¡Tened compasión! Ayudadme y os daré todas las joyas que llevo puestas. Tomadlas, son vuestras. (*Desprendiéndose las pulseras ú otras joyas.*)

GNO. — (*Con ademán despreciativo.*) Guárdalas para tí.

ALE. — Mi padre os dará cuantas riquezas deseéis.

GNO. — No deseo riquezas, ni las quiero.

ALE. — ¿Qué queréis? Decidlo y se os dará.

GNO. — Humillar á la soberbia, conmover á la insensibilidad.

ALE. — No os comprendo. Mas ya que nada queréis hacer por mí, ¿me mostraréis siquiera el camino para marcharme?

GNO. — ¡No tan ligero! ¿No tendré yo otra cosa en qué ocuparme más que en ser vuestro guía?

ALE. — (*Se hiergue airada.*) ¿Sabes quién soy? ¡Yo soy la princesa Alegría! ¡La hija del poderoso rey Rayo de Guerra!

GNO. — ¡Bien sé quién eres! Pero á mí no me importa. ¿Y sabes tú, lo que va á suceder ahora que has per-

dido tu preciosa joya? La desgracia se cernirá sobre el reino de tu padre y sobre tí; ya no podrás ser feliz.

ALE. — ¡Oh! ayudadme, buen Gnomo. (*De rodillas.*)

GNO. — Ya os he dicho que no.

ALE. — (*Aparte.*) Madrina es una hada, tal vez ella me ayudará. (*Suplicante y levantando la voz.*) ¡Madrina, madrina, socorredme, secorredme!

HADA. — (*Entre bastidores.*) Ya veo cómo te encuentras.

ALE. — (*Se levanta y exclama con júbilo.*) ¡Ah, es ella!

## ESCENA IV

### DICHOS Y RAYO DE SOL

HADA. — (*Entra por la derecha y agarra del brazo al gnomo.*) ¡Fuera de aquí! ¡fuera! No quiero que atormentes mayormente á mi ahijada. Vete. (*El gnomo se inclina con despecho y vase. Á Alegría.*) ¿Conque al fin has llorado?

ALE. — No pensé que me sucedería nada malo y me fué imposible dejar de llorar, querida madrina, al comprender que me había extraviado. Tú me llevarás á casa, ¿verdad?

HADA. — Hija mía, no te das cuenta de lo grave de tu situación.

ALE. — ¿No puedes ayudarme, entonces? (*Se sienta desfallecida.*)

HADA. — Sí puedo, hija mía; pero es preciso que tú estés dispuesta á ayudarte á tí misma. De otro modo no podré hacerlo.

ALE. — ¡Oh, madrina! Haré todo lo que pueda porque



quiero volverme á casa. Pero dime, madrinita, tú que eres un hada, ¿podrías devolverme las fuerzas perdidas? Me siento desfallecer.

HADA. — Puedo devolverte las fuerzas y ya no sentirás sed ni hambre. (*Se quita la varita que lleva en el peinado y con ésta toca á Alegría.*) Princesa Alegría, recupera tus fuerzas. (*Vuelve á colocar en su peinado la varita.*)

ALE. — (*Estira los brazos, se pasa las manos por la frente y, sonriente, se levanta.*) ¡Ah, madrina! (*Abrazándola.*) Gracias, gracias; ya me siento fuerte, ya no tengo hambre; sólo siento deseos de volver á mi casa.

HADA. — Primero tienes que encontrar á la mariposa. Toda tu vida no has hecho más que gozar y reír; nunca has pensado en los demás y menos en los que sufren; nunca has socorrido al menesteroso, jamás has sentido piedad por el desdichado. Fuiste altanera y orgullosa, y hasta con el gnomo Avispa, de quien estabas en manos. Y aun en estos momentos de aflicción no has tenido un pensamiento para tus padres, porque sólo te has preocupado de lo que tú padeces. ¿No has reflexionado en el dolor que tendrán ellos por tu larga ausencia?

ALE. — Es verdad; yo no he pensado en nadie y sólo he tenido compasión de mí. ¿Pero cómo encontraré yo la mariposa, cómo?

HADA. — No tienes que andar mucho, querida mía, y además yo te ayudaré. No me verás constantemente á tu lado; sin embargo, estaré cerca de tí. Ahora, andando, porque tus padres se verán amenazados por graves desgracias si no encuentras la preciosa jo-

ya. Tu senda te será guiada por la mariposa Luz, que te enviaré. Adiós, hija mía. (*Vase por la derecha.*)

## ESCENA V

### ALEGRÍA SOLA

ALE. — ¡Otra vez sola! ¡Ay! ¿Cuándo volveré á mi casa y cómo podré encontrar mi joya perdida? (*Aparece una mariposa.*) ¡Ah! ¡ahí está! ¿Eres tú la mariposa Luz, enviada por el hada Rayo de Sol?

MAR. — Sí, mi princesita; venid que os guíe. (*La acompaña hasta la puerta del foro.*) Aquí es preciso que os deje; pues si me viera el gnomo Avispa me perseguiría; por lo tanto debo despedirme. Pero recordad ésto: el santo y seña es la palabra « Luciérnaga ».

ALE. — No me olvidaré de esta palabra. (*La mariposa se va.*) ¿Adónde conducirá esta puerta? ¿Y qué dirán esas letras escritas allí arriba? Veamos. (*Se acerca á la puerta y de puntillas lee.*) « Portada al país de las mariposas » ¡Ah! (*Contenta*) ¡aquí está la que perdí! (*Empuja la puerta.*) Pero esta puerta no se abre. (*La sacude.*) ¡No cede! ¡No cede! ¿Cómo entraré? (*Se oye el zumbido de las avispas.*)

## ESCENA VI

### DICHA, GNOMO Y LAS AVISPAS

GNO. — (*Con burla.*) ¡Ja, ja, ja! Ya sabía yo que nos volveríamos á encontrar.

ALE. — ¿Qué queréis? ¿Por qué habéis traído estas

avispas ? (*Espantando á las avispas que la rodean y zumban.*) ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

GNO. — ¿Conque quieres entrar en el país de las mariposas, eh ? Bien puedes estar sacudiendo esa puerta la vida entera. Yo no te dejaré pasar y mis avispas defenderán bien la entrada. (*Las avispas se colocan delante de la puerta.*)

ALE. — Le diré á mi madrina que me ayude.

GNO. — ¡Ja, ja, ja! Si ella quisiera ayudarte te hubiera dicho el santo y seña, sin el cual no se puede entrar en el país de las mariposas. Y por viva é inteligente que seas no lo adivinarás nunca, ni nunca lo sabrás. Por lo tanto fuera de aquí, tú.

ALE. — ¡Ah! ¿eso es todo ? No sospechaba que eso era lo que esperabais, mi buen gnomo. «Luciérnaga, Luciérnaga». (*Inmediatamente se abre la puerta iluminando al escenario con la viva luz de reflectores ; el gnomo y las avispas se alejan con rapidez y desaparecen. Trás de la puerta se ven multitud de niñitas vestidas de mariposas de variados colores, que corren de un lado á otro como si volaran, y se entrelazan en confusión. Se detiene en la puerta, y una mariposa llega hasta Alegría.*)

## ESCENA VII

### DICHA Y LA MARIPOSA

MAI. — ¿Seriáis, acaso, la princesa Alegría ?

ALE. — Sí, soy yo.

MAR. — Esta tarde he pasado volando por el reino de vuestro padre, y, en qué conflicto le habéis puesto!



ALE. — ¿Qué ha sucedido?

MAR. — El gnomo Avispa ha preparado un gran ejército de avispas y mañana va á atacar el palacio. (*Vase.*)

ALE. — (*Cae de rodillas.*) ¡Oh! mis pobres padres! (*Llora. La mariposa vase.*) ¡Qué va á ser de ellos! ¡Y por culpa mía! ¡Ay, mis pobres, mis queridos padres! ¡Ah, si los pudiera salvar! ¡Madrina, madrina! si llego á encontrar á la mariposa y vuelvo á mi casa, prometo ser caritativa, humilde y obediente. ¡Ay papá! ¡mamá querida! (*Llora fuerte.*)

## ESCENA VIII

### DICHA Y RAYO DE SOL

De entre la multitud de mariposas, avanza Rayo de Sol y levanta á Alegría.

ALE. — (*Abrazando al hada.*) ¡Oh, mis pobres padres!

HADA. — Los salvaremos, Alegría. Ahora tengo el poder para hacerlo porque me lo has dado. Nada podía hacer mientras tú, sólo pensabas en tí. Pero al fin has derramado lágrimas por los dolores de los demás; al fin has sabido lo que es padecer y sabrás compadecerte de los padecimientos ajenos. ¿Ves allí, aquellas mariposas? Entre ellas está la que has perdido; ven, vamos á buscarla. (*Entran. Hada toca con su varita á una mariposa; ésta presenta la cadenita con la joya.*)

ALE. — ¡Ah! ¡madrina! ¡aquí está! Es la mariposa perdida. (*Vuelve á colocar en el cuello la cadenita y regresan á la puerta.*)

HADA. — Sí, ésta es; y ahora ven, vamos á consolar á

tus pobres padres; ellos ya te esperan; yo envié una mariposa mensajera, para que les llevara la noticia. *(Toma de la mano á Alegría y se retiran.)*

## Cuadro tercero

### JARDÍN DEL PALACIO REAL

Un hermoso jardín con fuentes, y estanques. Á la derecha, una terraza con escalinata cubierta por una alfombra; cuatro sillones en la terraza y ésta adornada con flores, guirnaldas y tules formando pabellones; en el centro del jardín hacia el foro, las arpas sobre un césped, que puede imitarse por medio de una tela verde sembrada de florcitas. Gran profusión de luces.

### ESCENA PRIMERA

#### EL REY, NIÑO Y NIÑA

Del interior de la terraza sale una mariposa, baja ligero la escalinata y vase por la izquierda. Salen los reyes seguidos de las doncellas y caballeros.

REY. — *(Á la corte.)* ¿Habéis oído? Pronto llegará nuestra princesa Alegría con el hada Rayo de Sol, su madrina. Ella es quien nos devuelve nuestra querida hija. ¡Regocijaos todos! *(Á un paje.)* Dad aviso á la orquesta inmediatamente que las veáis llegar, para recibir las con las mayores muestras de alegría. *(El paje se inclina y vase por la izquierda. Las doncellas arpistas bajan y se colocan junto á las arpas. Entran corriendo por la izquierda la niña y el niño del primer cuadro, batiendo palmas y gritando.)*

NIÑO Y NIÑA. — ¡Ya vienen, ya vienen! *(La orquesta, entre bastidores, entona una marcha triunfal, las arpas acompañan.)*

## ESCENA II

### DICHOS, RAYO DE SOL Y ALEGRÍA

Los reyes acuden á recibirlas seguidos de la corte : abrazan y besan con efusión á Alegría y al Hada ; las doncellas y los caballeros rodean el grupo, dando manifiestas señales de contento. Si se creyere oportuno, podrían cantar todos un coro adecuado á la situación. Terminada la música ó el coro, el hada se vuelve á los reyes.

HADA. — Ha llegado el momento de revelaros el misterio de la mariposa, la joya que lleva puesta la princesa Alegría.

Escuchad todos con atención, os lo ruego. Poco tiempo antes de que tú nacieras (á Alegría), el rey de un lejano país se vió despojado de su pequeño hijo; pues el gnomo Avispa se lo había robado. Apeló á mí, pero yo no pude ayudarlo sino de una manera. Me vi obligada á transformar el niño en mariposa, en cuya forma permanecería hasta que se cumplieran las dos siguientes condiciones : primera, hasta que tú, como eres su dueña, hubieras aprendido á llorar por los sufrimientos ajenos; y segunda, hasta que hubieras derribado al gnomo Avispa. Con mi ayuda has conseguido llenar la segunda y al fin tu corazón ha cumplido la primera; aunque debo decirte que llegué á temblar por la suerte del príncipe. Y ahora, á la obra. (*Con su varita toca la mariposa que lleva al cuello la princesa.*) Volved á la vida, príncipe Papillón, y haced valer vuestros derechos ante la bella princesa Alegría. (*En este instante se presenta en la puerta de la terraza un caballero con rico traje de príncipe.*) ¡Mirad! (*Señala al príncipe.*)



*Todos, asombrados se vuelven, para mirar al príncipe).*

### ESCENA III

#### DICHOS Y EL PRÍNCIPE

PRIN. — (*Avanza majestuoso y gentil; baja la escalinata, llega hasta Alegría; dobla una rodilla en tierra y la besa la mano.*) Gracias, mi bella princesa, por haberme libertado. (*Se levanta y se inclina besando la mano al hada.*) Y gracias á vos, poderosa y bondadosa hada.

ALE. — ¡Oh, mi madrina! ¡Qué poder tan grande tienes y qué bien lo empleas!

REY. — (*Abrazándolo.*) Bien venido seáis, hijo mío.

REINA. — (*Abrazándolo.*) Bien venido, querido hijo.

REY. — (*Á los cortesanos.*) Nobles doncellas y nobles caballeros : os presento al príncipe Papillón; al que en breve será nuestro hijo y vuestro futuro rey. Y ahora, siendo éstos, momentos de gran felicidad para la corte, os suplico que gocéis y os divertáis. Id, pues. (*Á un paje.*) Avisad á los músicos y comiencen las denzas. (*El paje se inclina y retira. Las damas y caballeros hacen una reverencia y se diseminan por el jardín; unos, se sientan y conversan; otros, se toman del brazo y pasean; comienza la música muy quedo á tocar una pieza de baile; algunas de las damas y caballeros principian á bailar y bailando se retiran de la escena para volver á intervalos. Al comenzar, el hada, la leyenda de la tortuga, se suaviza la música hasta que cesa por completo y todas las doncellas y caballeros se retiran.*)

REY. — Sentaos mi querida Rayo de Sol. (*Le indica un sillón y ella se sienta; la reina y el rey la imitan; el príncipe ofrece la mano á Alegría y la acompaña al sillón junto al hada, él permanece de pie trás el sillón. El niño y la niña se sientan á los pies de Alegría.*) Decidnos, nuestra bella y poderosísima Rayo de Sol, ¿cómo podremos agradecer tan grandes favores?

REINA. — ¡Querida amiga, cuán buena habéis sido para con nosotros! ¡Cuánto os debemos!

ALE. — ¡Oh, mi querida madrinita! (*Abrazándola.*) Por tí, seré siempre feliz. Por tí, sólo.

HADA. — Es una gran satisfacción para mí, y mucha recompensa haberte hecho encontrar el camino de la verdadera dicha, y haberte salvado.

ALE. — ¿Salvado? ¡Ah! de ese pérfido gnomo Avispa. Pero lo castigarás, ¿verdad? madrina.

HADA. — Sí; pero hay otra potencia mayor, de la que no hubiera podido ni podría salvarte si tú volvieras á ser la soberbia y despiadada princesa.

ALE. — (*Con temor.*) Explícate, madrina; ¿de qué no podrías salvarme?

HADA. — ¡Ah! ¿No conoces la historia de Esplendor, la bella y orgullosa hija del rey Mago?

ALE. — ¿Yo? ¡No!

HADA. — ¿Nunca te han narrado la leyenda de la Tortuga Encantada?

ALE. — Nunca.

HADA. — Pues bien, escúchala, y no la olvides. (*Todos escuchan con atención.*) En los tiempos del rey Mago, existía una tortuga á la que llamaban « La Tortuga Encantada »; ésta, tenía por morada el magnífico jar-

dín del suntuoso palacio del rey Mago. El maravilloso palacio, todo de mármol revestido de marfil, con relieves de plata é incrustaciones de nácar, con sus gigantescas estatuas de bronce y de oro, relucientes ba-



jo los rayos del sol, se erguía soberbio, majestuoso, dominador, en el centro de un lago, cuyas aguas transparentes y tranquilas, dejaban ver en su fondo multitud de piedras preciosas; mas no era éste su nombre, como ustedes podrían suponer; los habitantes de aquel reino le habían impuesto el de « Lago de la Sirena Encantadora ». La tortuga encantada, con su andar lento, perezoso, alcanzaba durante el día á recorrer todo el jardín, aquel delicioso jardín del palacio de marfil; y cuando, cerrada ya la noche, lo alumbraba la vaga luz de la luna, dirigíase á

la orilla del lago, frente á la escalinata principal de la regia mansión; allí, estiraba su rugoso cuello, levantaba su pequeña cabeza, abría la boca enseñando sus dientecitos menudos y blanquísimos; y un grito intenso, prolongado, como el de un alma herida de muerte, repercutía por todos los ámbitos de aquel palacio y de aquel jardín, mientras la tortuga caía pesadamente en



las aguas del lago. Y entonces, al chocar con el agua el triste animalejo, acontecía algo extraordinario, asombroso; de entre las tersas aguas, bajo los rayos de la luna que alumbraba la transformación prodigiosa, surgía como por arte mágico una figura blanca, tenue, aérea, envuelta en diáfanos velos que arrastraba sobre la superficie de las aguas, mientras con los pies apoyados en el dorso de carey, deslizábase lentamente por las tranquilas ondas del lago; en sus ojos, vueltos al cielo, sin expresión, casi apagados, temblorosas lágrimas brillaban con reflejos de chispas diamantinas; llevaba una lira apoyada en su seno y de ella arrancaba notas tristes, quejumbrosas como ayes de moribundo, con las que acompañaba su canto; un canto lento, suave, impregnado de honda melancolía, saturado de recuerdos y reproches, de arrepentimientos y promesas, de suspiros y sollozos. Y mientras la fantástica aparición seguía deslizándose lentamente sobre las ondas tranquilas, en medio de aquel silencio de agonía, interrumpido sólo por la voz de aquella sombra dolorida, las aguas del lago con su murmullo, las hojas de los árboles con el susurro, y con su soplo el viento, narraban una extraña y pavorosa historia. En su raro lenguaje decían: « Esplendor, la bellísima hada de estos jardines, la hija del poderoso rey Mago, la que llamaron Sirena Encantadora por su gracia hechicera y hermosura soberana, para siempre mora en la horripilante piel de esa tortuga. La arrogante dueña de estos lugares era soberbia, altanera y desdeñosa. La elegida de la Belleza, del Poder y la Riqueza, no concebía que alguien fuera más poderoso que ella, ni suponía existiera quien dejara de admi-

rarla, quien no se inclinara reverente ante el deslumbrante poder de su opulencia y hermosura. Una potencia mayor la castigó. Una tarde, en el gran vestibulo del palacio de marfil, reclinada en su trono de nácar y esmeraldas, recibía homenajes de su cortejo de grandes y pequeños aduladores, pasó el águila habitante de la Roca del lago; no se detuvo, y con sus grandes alas veló á la bella y orgullosa princesa, ocultándola por un instante á los rastreros aduladores. Esplendor, roja de cólera, desafió al atrevido pájaro; éste aceptó el reto, esperando á la poderosa princesa en la cumbre de su vivienda. Esplendor comenzó el ascenso de la peligrosa roca; el águila, tendidas las alas, los ojos fulgurantes, el pico abierto, las garras prontas, ya se lanzaba sobre la presa... Mas, el Excelso poder que crea y destruye, que levanta y derriba, que perdona y castiga, sopló sobre la orgullosa hija de la tierra; ésta sintió el vértigo... vaciló... arrojó un grito... se abandonó al vacío, y desde la altura de la Roca del Águila cayó al fondo de las aguas del lago.

La soberbia y atrevida Sirena Encantadora, fué transformada en una lenta y hórrida tortuga. (*Alegría inclina la cabeza, pensativa.*) ¿Has comprendido, mi querida Alegría?

ALE. — ¡Oh sí, madrinita querida, sí! Guardaré bien en mi memoria esta leyenda, y nunca la olvidaré.

HADA. — Así lo espero. Queridos amigos, debo anunciaros mi partida y con ella una sorpresa que os reservaba. Para que no podáis temer nada del gnomo Avispa, le hice prender y encarcelar con todo el ejército de avispas, menos las que deben acompañar hasta

aquí á las mariposas bailarinas de mi corte, para que os rindan homenaje. (*Se oye el zumbido de las avispas y gran ruido de alas.*) Ya llegan.

REY. — (*Llamando.*) ¡Paje Mirtó! (*Se presenta el paje.*) Avisad á la corte que deseamos vuelva al jardín, á reunirse. (*El paje se inclina y vase. El rey se levanta, los demás hacen otro tanto; ofrece la mano al hada, ésta, sonriente y con ademán gracioso indica la reina, y abraza á Alegría; la reina, se inclina ante Rayo de Sol, por su fineza, y da la mano al rey, quien la acompaña á un sillón, en la terraza; siguen Alegría y el hada abrazadas, quienes también se sientan en dos sillones de la terraza; último, sigue el príncipe, quedándose de pie detrás del sillón de Alegría. Los dos niños siguen á Alegría y se sientan á sus pies. Entran las damas y caballeros, inclinanse ante los reyes y se sientan en los sillones, sofás y sillas del jardín. Las arpistas toman su puesto. Durante la escena descripta, la orquesta tocará á intervalos, muy quedo.*)

## ESCENA IV

### DICHOS, LAS MARIPOSAS Y LAS AVISPAS

Entran las mariposas, seguidas de las avispas; la música prorrumpe en un *allegro*; las mariposas y las avispas se desbandan por el jardín como si volaran; luego se reúnen delante de los reyes y hacen una profunda reverencia; en seguida bailan una gavota ó un minué, acompañadas por la orquesta, haciendo de caballeros las avispas. Cuando hayan terminado, vuelven á hacer una reverencia y se desbandarán por el jardín.

ALE. — ¡Ah, madrina! ¡qué hermoso es ésto!

DAMAS y CABALLEROS. — ¡Qué hermosas mariposas!



¡Qué bien bailan! ¡Esto es hermoso! ¡Debieran repetir!

HADA. — (*Se levanta.*) Mis amigos queridos, permitid que meretire.

REY y REINA. — (*Se levantan.*) ¿Ya? ¡No es posible!

HADA. — No puedo permanecer mayor tiempo fuera de mi reino. (*Á Alegría.*) Haz que traigan mi coche, te lo ruego.

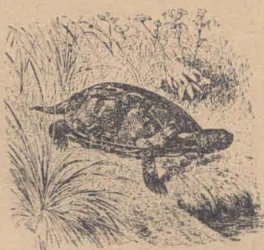
ALE. — Sí, madrina. (*Se vuelve al niño.*) Vé, y haz traer el coche de la princesa Rayo de Sol. (*El niño baja la escalera y vase por la izquierda de la terraza.*) ¡Ya nos dejas, madrinita!

HADA. — No tardaré en volver á visitaros. Mientras tanto, mi querida Alegría, no te olvides de la Tortuga Encantada, y de saber conservar tu felicidad y tu poder. (*Se oyen las campanillas y aparecen las palomas con la carroza. Hada abraza á la reina, á Alegría, saluda al rey y al príncipe; al bajar la acompañan; Rayo de Sol hace una reverencia á las damas y caballeros; éstos corresponden, y todos la acompañan hasta el coche; el príncipe y Alegría la ayudan á subir; ya en el coche, dice á Alegría:*) Las avispas y mariposas quedarán en el palacio hasta terminados los festejos. (*Las avispas y mariposas rodean el coche. Hada hace un ademán imperioso.*) Id vosotras, y danzad. (*Recoge las bridas y vase.*)

## ESCENA ÚLTIMA

### DICHOS, MENOS RAYO DE SOL

La música comienza un vals. Los reyes y los príncipes vuelven á la terraza ; las doncellas y caballeros se sientan ; las mariposas y avispas vuelven á bailar. Mientras, baja el telón.



# TRAVIESA

COMEDIA EN UN ACTO



*Á la inteligente Lola Vidal.*

*Á ti, niña querida, alma de artista,  
mi ángel inspirador, dedico esta co-  
media, testimonio de profundo cariño  
y sincera admiración por tu talento y  
tus virtudes.*

*Tu maestra.*

J. Ugo.

## PERSONAJES

ANGELITA, niña de 10 á 11 años.

MISIA LUISA.

JACINTA, vieja criada.

MISIA AUGUSTINA, abuela de Angelita.

ARTURITO, niño de 6 á 8 años.

LUCÍA, mamá de Angelita.

La acción se desarrolla en una casa de campo de Misia Luisa, en las inmediaciones de Buenos Aires.

Época actual





Cuarto de estudio. Puertas laterales : en el foro un gran ventana por donde se ve el jardín y un gran cerezo. Piano, escritorio, sillas, sillones, sofá, una mesita : un silloncito de hamaca.

## ESCENA PRIMERA

Misia Luisa de pie junto al escritorio buscando sus lentes. Angelita arriba del cerezo sentada en una rama, oculta por el follaje.

MIS. LUI. — ¿Dónde los habré puesto ? Aquí no están. (*Mira sobre el piano.*) Sobre el piano... tampoco. (*Sigue buscando.*) En fin, no los encuentro. Y sin embargo tengo la seguridad de haberlos dejado encima de este libro cuando hace un momento acudí á los gritos de aquella traviesa.

## ESCENA II

DICHA Y JACINTA

JAC. — (*Entrando por la derecha.*) Mala, pícara, per-versa. Esta me la vas á pagar. Atrevida.

MIS. LUI. — ¿Por qué está tan enojada ? Jacinta.

JAC. — ¿Por qué ha de ser, sino por ese diablo de

siete cuernos que nos han traído aquí por nuestros pecados ? Pero mire, misia Luisa, le advierto que ya voy perdiendo la paciencia; y en cualquier momento que se me vuelen los pájaros, le doy una buena tunda y la plantifico de patitas en la calle.

MIS. LUI. — (*Con reproche.*) ¡Jacinta!

JAC. — Sí, señora, como lo acabo de decir; de patitas en la calle. ¿Qué se figura esa mocosa ? ¿Que le voy á estar soportando todas sus impertinencias calladita la boca ? ¿Soy algún firulete para jugar conmigo ? Ya estoy cansada, cansadísima de todas las travesuras de esa malvada, como lo ha de estar todo bicho viviente de la quinta. ¡Pobres aves del corral si pudieran hablar! y los pollitos, los conejitos, los pajaritos, las plantas, las flores y hasta las piedrecillas del jardín, ¡qué coro de alabanzas entonarían contra esa calamidad! ¡Si ni á los gatos deja vivir en paz! ¿Usted no sabe, misia Luisa, qué nueva travesura me acaba de hacer ?

MIS. LUI. — ¿Qué le ha hecho ? Cuénteme.

JAC. — Al volver del mercado, voy á servirme de la olla grande, y veo sobre la tapa dos planchas. Saco las planchas, imaginando ya una travesura de ese pícaro demonio; no bien las hube sacado, salta la tapa y sale de la olla dando un brinco, toda esponjada, enfurecida, dando bufidos, Totita, la gata blanca, á quien había atado al cuello una docena de cascabeles y á la cola una lata de sardinas.

¡Me llevé un susto!... ¡Ay, San Antonio bendito!

¡Por poco más me muero! Chiquilina perversa.

MIS. LUI. — ¡Qué traviesa! La amonestaré, Jacinta.

JAC. — ¿Y lo dice con esa pachorra ? No sé de dónde

saca usted tanta paciencia, ni cómo se avenga á esta vida de sobresaltos y disgustos que le da esa traviesa mal criada. ¿Por qué no se la devuelve á su madre? Que se las arregle ella como pueda.

MIS. LUI. — Bien sabes, Jacinta, que esto no lo puedo hacer. La mamá es muy amiga mía; su salud, ya quebrantada por la muerte del esposo, sigue agravándose á causa de la mala conducta de Angelita; yo, en nombre de esa amistad, me encargué de su educación y prometí devolvérsela completamente cambiada.

JAC. — Perdone, pero me parece que ha hecho usted muy mal en prometer lo que es imposible cumplir.

MIS. LUI. — ¡Quién sabe! Si esta niña tiene corazón...

JAC. — ¡Válgame Dios! misia Luisa. ¿Cómo puede usted suponer que ese demonio tenga corazón? Lo que soy yo, creo á pie firme que en su lugar le han puesto una cebolla.

MIS. LUI. — Pero, Jacinta, compéndalo de una vez; la educación, el ejemplo, el trato...

JAC. — No me venga con cuentos, misia Luisa; no me venga con cuentos de que el corazón de los niños se forma por la educación, el ejemplo, el trato. ¡Qué se va á formar! Oiga : el que viene al mundo sin éste (*señalando el corazón*), para mí, no hay ejemplo ni educación que valga á formarlo; y el que nace travieso, malo, perverso, embustero, irrespetuoso, respondón, insolente, pícaro y atrevido, así continuará siendo todos los días de su vida hasta el día de su muerte; amén.

MIS. LUI. — ¡Cómo se equivoca, Jacinta! Yo que he seguido paso á paso la transformación de tantas de



esas almitas, tengo fe en mi empresa y espero salir victoriosa.

JAC. — ¡Es obstinación la suya! ¿Qué va á sacar con eso?

MIS. LUI. — Cumplir dos buenas acciones : devolver la salud á la madre por medio de la hija completamente transformada.

JAC. — Pero si tal cosa no lo conseguirá nunca. Créame, misia Luisa, mejor es dejar que el agua siga su corriente. Desista.

MIS. LUI. — ¿Desistir? Jamás.

JAC. — ¿Apostemos que no se sale con la suya?

MIS. LUI. — Perderá.

JAC. — Ganaré.

MIS. LUI. — Perderá. Angelita tiene corazón. (*Negación de Jacinta.*) ¡Quién sabe! Bastará un hecho, una circunstancia cualquiera para hacerlo despertar, y el día en que él despierte hablará.

JAC. — Ese día será el del juicio final.

MIS. LUI. — (*Sonriendo.*) Vea, Jacinta, usted entiende muy bien de cocina; váyase á ella que ya hace mucho rato que falta.

JAC. — Sí, señora; tiene razón. Vamos á ver si esa pícara me habrá hecho una nueva travesura. (*Ya en la puerta se vuelve dándose una palmada en la frente.*) ¡Ah! se me olvidaba lo que venía á buscar.

MIS. LUI. — ¿Qué venía á buscar?

JAC. — La espumadera.

MIS. LUI. — ¿La espumadera? ¿Y la viene á buscar aquí, en el escritorio? ¡Es ocurrencia la suya!

JAC. — Ocurrencia de esa traviesa la de haberla escondido.

MIS. LUI. — ¿Cómo puede decir que es ella?

JAC. — ¿Quién ha de ser sino ese duende maligno que aquí vino á vivir para mi desesperación y la de usted?

MIS. LUI. — ¡Pero mujer, venir á buscar la espumadera en mi escritorio!

JAC. — Pero, señora, ¿no fué usted el otro día á buscar sus lentes en el gallinero?

MIS. LUI. — ¡Ah, mis lentes! ¿Los ha visto usted, por casualidad?

JAC. — Sí, señora; hoy estaban en la cocina.

MIS. LUI. — ¿En la cocina?

JAC. — Ya ve si tengo motivos para venir á buscar la espumadera en su escritorio.

MIS. LUI. — Vaya á traérmelos.

JAC. — He dicho que estaban y no que están.

MIS. LUI. — ¿Ya han desaparecido de la cocina?

JAC. — ¡Claro! como la espumadera.

MIS. LUI. — Busque á Angelita y tráigamela.

JAC. — ¿Traerla? Este si que es asunto complicado.  
¡Vaya usted á saber dónde se habrá prendido ese abrojo!

MIS. LUI. — Búsquela; necesito mis lentes.

JAC. — Y yo mi espumadera. (*Vase por la derecha llamando.*) ¡Angelita!... Angelita!...

### ESCENA III

#### MISIA LUISA

MIS. LUI. — En verdad que es asunto serio esta niña. Estoy por creer que si no empleamos algún medio enérgico... Hay que encontrarlo.

JAC. — (*Pasa frente á la ventana, por debajo del cerezo, llamando.*) ¡Angelita!... (*Se oye un silbido de Angelita; Jacinta se para, mira á su rededor; sigue llamando.*) ¡Angelita! ¡Diablo! ¿Dónde se habrá metido? (*Desaparece.*)

MIS. LUI. — Si me atreviera... hace mucho que lo pienso, pero... en fin, veremos. Hoy ha de venir misia Agustina; consultaré con ella y tal vez... (*Entra Jacinta por la puerta opuesta á la que salió.*)

## ESCENA IV

### DICHA Y JACINTA

JAC. — Misia Luisa, no la encuentro.

MIS. LUI. — ¡Dios mío! ¿Dónde estará? Hace mucho rato que no la veo ni la oigo. ¿Habrà sucedido alguna desgracia?

JAC. — Quizás haya salido de la quinta y se ha extraviado como ayer.

MIS. LUI. — Ó caído en el estanque. Venga, vamos á buscarla. (*Dirigiéndose á la puerta, seguida de Jacinta.*) ¡Angelita!... Mi hijita!...

JAC. — Esta criatura nos va á sacar canas verdes. (*Llamando fuerte.*) ¡Angelita! (*Angelita vuelve á silbar; Luisa y Jacinta se paran y escuchan; otro silbido.*)

MIS. LUI. — ¿Ha oído, Jacinta?

JAC. — Es la segunda vez. (*Angelita comienza á cantar, muy quedo, después poco á poco levanta la voz.*)

MIS. LUI. — Cantan, ¿oye? (*Escuchan.*)

JAC. — Es la voz de Angelita.

MIS. LUI. — Sí; es ella. ¿Dónde estará?



JAC. — No parece muy lejos.

MIS. LUI. — Es en el jardín; aquí cerca. (*Acercándose á la ventana.*)

JAC. — Sí, señora; por aquí es.

MIS. LUI. — ¡Angelita! ¿Dónde estás? (*Momento de silencio en que se oye fuerte y claro el canto.*)

JAC. — ¡Demonio, responde!

ANG. — (*Suelta una carcajada y luego un grito.*) ¡Bicho feo!

JAC. — Véala, señora, allí arriba del cerezo. (*Misia Luisa se acerca y mira.*)

ANG. — (*Suelta otra carcajada y grita.*) ¡Sí, aquí estoy!

MIS. LUI. — ¡Jesús de mi vida! No te muevas. ¡Espera! Te vas á caer. Jacinta, vaya á traer la escalera. (*Jacinta se va presurosa y aparece casi en seguida arrastrando una escalera de manos.*) ¡Ah criatura! ¡criatura traviesa! ¡Qué momentos me haces pasar! ¡Qué de zozobras! (*Á Jacinta.*) Apóyela en el tronco, y ayude á bajar á esa pícara.

ANG. — (*Al ver los esfuerzos que hace Jacinta por llevar la escalera, se burla de ella riéndose.*) ¡Uf! ¡qué pesada había sido la escalera! ¡Ah! ya no puedo más. ¡Pobre Jacinta! ¡Ja, ja, ja!

JAC. — ¡Todavía se burla! ¡Canalla! ¡Bribona! Á que la dejo que se baje sola y se rompa la cabeza.

ANG. — ¿Á que no lo hace?

MIS. LUI. — Cállese, y baje.

JAC. — (*Quien ha apoyado la escalera.*) Apoye el pie firme, así... baje sin temor, yo le sostengo la escalera.

ANG. — (*Al llegar al último escalón aparta á Jacinta.*) Apártese un poco. (*Da un salto, echa á correr y entra*

á la escena saltando por la ventana ; á Jacinta.) Á ver quién salta más ligero.

## ESCENA V

### DICHAS Y ANGELITA

ANG. — (*Con un par de cerezas colgadas de las orejas á manera de aros ; un ramito en el pecho, una coronita en la cabeza ; una cereza en el ángulo de la boca, y los bolsillos del delantal, repletos. Risueña, atrevida, se planta delante de misia Luisa.*) Aquí estoy, misia Luisa ; ¿ para qué me llamaba ?

JAC. — Véanla, con qué descaro.

ANG. — (*Se vuelve rápida y en tono autoritario á Jacinta.*) Usted llévase la escalera, meterete.

MIS. LUI. — (*Reprochándola.*) ¡ Angelita !

JAC. — (*Mientras se lleva la escalera.*) ¡ Lucifer ! (*Vase.*)

MIS. LUI. — (*Se acerca á Angelita, la mira un instante con tristeza.*) ¡ Pobre criatura ! ¡ Cuánto te compadezco !

ANG. — (*Con ceño.*) ¿ Por qué me compadece ?

MIS. LUI. — Porque advierto con dolor que no solamente eres traviesa, también eres mala ; y á los malos se les compadece, porque siempre son desgraciados.

ANG. — (*Mortificada inclina la cabeza ; luego la levanta resuelta.*) Á los malos se les castiga, no se les compadece. ¿ Por qué no me castiga, si soy mala ?

MIS. LUI. — Porque deseo vencer tu alma rebelde por la dulzura, doblegarla por la bondad.

ANG. — (*La mira largo rato ; queda un instante pensativa ; después se mira las manos, y se toca una rodilla*

*como si sintiera dolor. Como hablando consigo misma.*) Hace días, subí arriba de aquel peral tan alto y bajé sola; me desgarré los vestidos, me lastimé las manos, esta rodilla, y estuve á punto de caer.

Es verdad, he sido mala con Jacinta, quien me ha hecho un gran servicio alcanzándome la escalera.

## ESCENA VI

### DICHAS Y JACINTA

ANG. — (*Entra Jacinta.*) Jacinta, me he burlado de usted mientras era tan buena conmigo y me libraba tal vez de una caída. Gracias; y... (*Se le acerca con gracia.*) ¿me perdona?

JAC. — (*Asombrada mira á misia Luisa; ésta la mira sonriendo con aire de triunfo como queriendo decir: Ves, ¿qué te decía yo?*)

MIS. LUI. — (*Aparte.*) Tiene corazón, venceré.

JAC. — (*Aparte.*) ¿Me habré equivocado? Perderé.

ANG. — ¿No me perdona?

JAC. — (*Con ternura.*) Sí, mi hijita; la perdono... Pero díganos, ¿por qué se subió al cerezo á darnos semejante susto?

ANG. — Para comer cerezas.

JAC. — Y adornarse con ellas, según parece.

ANG. — ¿Verdad que me sientan muy bien?

MIS. LUI. — Has hecho muy mal. Sabes que no me gustan las niñas golosas.

ANG. — ¿Y por qué no las ponen en la mesa?

JAC. — Porque todavía no están maduras.

ANG. — ¿Que no están maduras? (*Sacando un gajito del*



bolsillo y brindándolo á Jacinta.) Pruébelas, y verá como se deshacen en la boca de puro maduras que están. (*Cambiando de tono.*) Pero es cierto, he hecho mal. ¿Me perdona? misia Luisa.

MIS. LUI. — Con tal que no lo vuelvas á hacer.

ANG. — ¿Y usted, Jacinta, me perdona también esto?

JAC. — Sí, mi hijita, también esto. (*De pronto recuerda la travesura del gato.*) Y lo del gato, ¿eh? Eso sí que no se lo perdono.

ANG. — (*Soltando una carcajada.*) ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Se asustó mucho?

JAC. — Y se ríe la muy sinvergüenza. (*Acordándose.*) ¡Ah! ¿y la espumadera?

ANG. — ¿No la encontró?

JAC. — ¿Adónde ha puesto usted la espumadera?

ANG. — Adivine.

JAC. — ¡Qué descaró!

MIS. LUI. — Angelita, dí pronto donde la has puesto.

ANG. — Mire, Jacinta...

JAC. — (*Con enojo.*) Doña Jacinta, irrespetuosa.

ANG. — Bueno, doña Jacinta (*Recalcando la palabra*), usted la busca y yo le diré frío, cuando esté lejos; tibio, cerca; caliente, más cerca, y se quema, cuando esté muy cerquita. Á ver si así la encuentra.

JAC. — Chicuela impertinente. ¿Cree que me voy á prestar á sus caprichos? La ocurrencia de esta mal criada. (*Al decir esto caminando, se acerca al piano.*)

ANG. — Tibio, tibio... (*Jacinta no le hace caso, sigue andando y se acerca más al piano.*) Caliente, caliente.

MIS. LUI. — ¿Conque la has traído aquí?

ANG. — No sé.

JAC. — ¡Es claro! ¿Qué le decía yo, misia Luisa? (*Se aleja del piano.*)

ANG. — Frío. (*Jacinta se aleja más buscando con los ojos dónde podría estar la espumadera.*) Frío... como el agua del río...

JAC. — (*Se acerca de nuevo al piano y se apoya en él cruzándose de brazos.*) ¿Dónde estará?

ANG. — Se quema, se quema.

JAC. — (*Mira alrededor cerca de sí sin atinar á adivinar.*) ¿Pero dónde la has puesto?

ANG. — (*Corre al piano, lo abre con rapidez y saca una espumadera de sobre el teclado. Se vuelve sosteniéndola con las dos manos.*) Aquí. Tome su espumadera, doña (*recalcando la palabra*) Jacinta. (*Ésta la recibe y hace ademán moderado de castigarla con ella, pero se contiene haciendo una mueca; Angelita suelta una carcajada.*) ¡Ja, ja, ja!

MIS. LUI. — ¡Ha sido ocurrencia la tuya! mi hijita.

JAC. — Pregúntele por sus lentes, misia Luisa.

ANG. — ¿Sus lentes? Los tiene puestos mi muñeca.

JAC. — ¡Ya lo ve! ¡Su muñeca!

ANG. — Estuve jugando con ella á las maestras y para darle apariencia le coloqué los lentes. Voy á traerlos. (*Vase corriendo y vuelve en seguida con una muñeca grande, vieja, sin cabellos, sin un brazo, la nariz rota y sin un ojo.*) ¡Ve, misia Luisa, qué bien le quedan! ¿No parece una profesora? Como ya no los precisa se los devuelvo. (*Los saca de la muñeca y se los da á misia Luisa.*)

MIS. LUI. — Pero... mi hijita...

JAC. — (*No pudiendo contenerse la interrumpe.*) Sería

mejor que estudiara en vez de jugar á las muñecas.  
¡Una niña de once años!...

ANG. — (*Se vuelve rápida.*) Tengo diez años y no once.

JAC. — Once.

ANG. — (*Se le acerca amenazadora.*) ¡Diez!

JAC. — ¡Y jugar con una muñeca tan fea!

ANG. — (*Furiosa.*) ¿Fea? ¿Fea, Mariquita? (*Agarra la muñeca por las piernass y hace ademán de querer golpear con ella á Jacinta.*) Fea será usted, lechuza.

MIS. LUI. — (*Interviniendo.*) ¡Angelita!

JAC. — ¡Jesús me ampare! ¡Esta chica es una víbora!  
¡Y se llama Angelita!

MIS. LUI. — No se altere Jacinta; vaya á la cocina; yo la reprenderé.

JAC. — Sí, me voy, me voy á mi cocina; pero usted perderá, señora, perderá. (*Se va furiosa; á Angelita.*)  
¡Demonio, diablo, Lucifer, Belcebú!

ANG. — (*La sigue, diciéndola quedo :*) Lechuza, lechuza, lechuza.

## ESCENA VII

### MISIA LUISA Y ANGELITA

ANG. — (*La mira un momento con ceño; luego se vuelve serena hacia misia Luisa.*) ¿Qué es lo que perderá? señora.

MIS. LUI. — Tal vez... nada, y quizás... mucho. (*Se sienta al escritorio observando á Angelita.*)

ANG. — (*Se sienta en el silloncito, acomoda su muñeca y la besa con cariño.*) ¡Pobre Mariquita!

MIS. LUI. — (*Aparte.*) Y sin embargo quiere á la muñeca; no me equivoco, tiene corazón.



ANG. — (*Repentinamente hace una mueca de desdén, se levanta y acerca rápidamente á la ventana, arrojando por ella la muñeca.*) ¡Mamarracho! (*Luego, tranquila, se sienta en el silloncito y comienza á comer cerezas, amacándose.*)

MIS. LUI. — (*Estupefacta.*) ¿Qué has hecho? criatura.

ANG. — (*Con calma.*) He tirado á Mariquita.

MIS. LUI. — ¿No la querías?

ANG. — (*Con movimiento de hombros despreciativo llevándose á la boca una cereza.*) ¡Qué la iba á querer! ¡Me hacía hacer cada papelón!... También un chico ayer se rió de ella. Tenía razón; era un mamarracho.

MIS. LUI. — (*Con desaliento.*) ¿Me habré engañado? ¿En esa criatura encantadora, no existirá ni una partícula de corazón? Jacinta, en su ignorancia ¿habrá dicho la verdad? ¿Perderé? ¡Pobre amiga mía! Angelita, venga á dar sus lecciones.

ANG. — (*Aparte y comiendo.*) Ya empezamos con las lecciones. (*Alto.*) Déjeme acabar las cerezas ¿quiere?

MIS. LUI. — No, señor; venga en seguida. (*Angelita no se mueve.*) Muévase.

ANG. — (*Levantándose despaciosa.*) Voy, voy. (*Con un suspiro.*) ¡Ah, qué sacrificio! (*Adelantando paso á paso y deteniéndose de cuando en cuando.*)

MIS. LUI. — A ver si se apresura. ¡Vamos; Dios mío, qué paciencia! Siéntese. (*Angelita se sienta al escritorio frente al público.*) Saque sus libros.

ANG. — (*Aparte, sonriendo maliciosamente.*) ¡Lo que es hoy, te vas á lucir!

MIS. LUI. — ¿Oye?

ANG. — Los libros no están aquí.

MIS. LUI. — ¿Adónde están?

ANG. — En el gallinero

MIS. LUI. — (*Reprimiendo la ira.*) Vaya á traerlos.

ANG. — No puedo.

MIS. LUI. — ¿Por qué no puede?

ANG. — Porque... no están presentables.

MIS. LUI. — (*Comprende.*) ¡Ah, traviesa, pícara! ¿Se ha quedado otra vez sin libros?

ANG. — Sí, señora; hay que decirle á abuelita que compre otros, pero ella no querrá comprar.

MIS. LUI. — Sí, señorita; le comprará otros, mal que le pese; usted debe estudiar, quiera ó no quiera. Conmigo no se juega. Saque su cuaderno y escriba.

ANG. — (*Saca un cuaderno del cajón del escritorio, lo abre con mucha calma, toma la lapicera y se dispone á sumergirla en el tintero.*) No hay tinta.

MIS. LUI. — ¡Cómo! ¿no hay tinta?

ANG. — No, señora; mire.

MIS. LUI. — ¿Qué se ha hecho de la tinta?

ANG. — (*Encogiéndose de hombros.*) No sé.

MIS. LUI. — ¡Paciencia ayúdame! Escriba con lápiz.

ANG. — (*Toma un lápiz.*) No tiene punta.

MIS. LUI. — (*Le dirige una mirada severa; Angelita vuelva la mirada á otra dirección.*) Tome el mío. (*Le da un lápiz que lleva con un cordoncito al cuello.*) Escriba lo que le dictaré. (*Dictando.*) « La niña traviesa ». (*Angelita la mira de través, y escribe.*)

ANG. — Ya está.

MIS. LUI. — Escriba debajo : Cuento.

ANG. — (*Después de haber escrito.*) Ya está escrito.

MIS. LUI. — (*Mira el cuaderno.*) ¿ Á eso llama usted escribir? Esas no son letras, son garabatos.

ANG. — Hoy no puedo escribir.

MIS. LUI. — ¿Por qué?

ANG. — Me duele este dedo. (*Señalando el índice.*)

MIS. LUI. — Embustera.

ANG. — ¡De veras! Mire qué rasguño tengo, ¿no ve?  
(*Señalando la yema del dedo.*)

MIS. LUI. — Le voy á dar yo rasguño. Siga escribiendo.

ANG. — (*Lloriqueando.*) No puedo... me duele... ¡ay!...  
¡ay! ¡Cómo me duele! (*Sacudiendo la mano y soplando sobre el dedo.*)

MIS. LUI. — ¡Qué embustera! (*Alto.*) ¿Cuántas veces le he dicho que no mienta; que es muy feo mentir?

ANG. — ¿Y entonces por qué usted miente?

MIS. LUI. — ¿Yo?

ANG. — Sí; el otro día le dijo á una amiga suya que no podía acompañarla á paseo porque le dolía mucho la cabeza, y no era cierto.

MIS. LUI. — Cállese la boca, insolente. (*Angelita baja la cabeza no pudiendo soportar la mirada severa de misia Luisa.*) Puesto que hoy no puede (*subrayando*) ni leer, ni escribir, dé su lección de música. Comience por el solfeo.

ANG. — ¡Ay! ese antipático solfeo! No puedo solfear; me duele la garganta.

MIS. LUI. — Saque en seguida el cuaderno ó la castigo.

ANG. — ¡Qué me importa!

MIS. LUI. — ¡Angelita! Le ordeno traer su cuaderno de solfeo. ¿Oye?

ANG. — ¿Lo quiere? Bueno, se lo voy á traer. (*Se levanta, rápidamente se acerca al piano, se arrodilla y saca de debajo de él un cuaderno completamente manchado de tinta.*)

MIS. LUI. — ¿Dónde lo ha puesto?



ANG. — Aquí debajo, para que usted no lo encontrara.

Tome. (*Se lo alcanza.*)

MIS. LUI. — (*Al recibirlo.*) ¿Qué es esto?

ANG. — El cuaderno de solfeo.

MIS. LUI. — ¿En este estado? ¿No tiene vergüenza?  
¿Cómo se ha hecho ésto?

ANG. — (*Encogiéndose de hombros.*) No sé.

MIS. LUI. — ¿Cómo no sabe?

ANG. — Se habrá hecho solo.

MIS. LUI. — ¡Dios me asista! Tiene razón Jacinta; esta chica nos va á sacar canas verdes. (*Se serena y atrae á Angelita.*) Venga, mi hijita; no quiero castigarla como lo merece porque, ya se lo he dicho, deseo corregirla por la dulzura, por la bondad. (*Con cariño.*) Dime Angelita, ¿por qué eres tan mala? ¿No te ruborizas de vergüenza? ¿No sientes un poquito de cariño, de gratitud hacia quien tanto te quiere? ¿Á quien procura educarte, instruirte, formarte para la vida? ¿No tienes aquí un corazoncito que te reproche tus maldades, que se conmueva de ternura, que palpita de amor por tus pobres abuelos? ¿Y por tu mamá, pobrecita... siempre enferma... que tanto te quiere, que eres la luz de sus ojos, el aliento de su vida? (*Angelita ha dejado caer la cabeza sobre el pecho.*) ¿Me prometes, Angelita, ser buena de hoy en adelante? ¡Responde, pues! Levanta la cabeza. (*Le levanta la cabeza, Angelita la deja caer.*) ¡Nada! Esta criatura es insensible. (*Angelita deja escapar un sollozo sofocado. Misia Luisa la mira, rápidamente vuelve á levantarle la cabeza sosteniéndola por la barba.*) Angelita, levanta los ojos. Mírame. (*Angelita levanta los ojos y la mira con tristeza; misia Luisa*

*fija en ellos su vista, luego \*con impetu la abraza besándola en la cabeza.)* ¡Una lágrima, ví una lágrima en sus ojos! Sí, sí, tiene corazón. Venceré. Y ahora, mi hijita, me darás tu lección de piano y después te dejó libre todo el día. Vamos. (*Acerca una silla al piano y se sienta al lado del taburete.*)

ANG. — Misia Luisa... (*suplicante*) la lección...

MIS. LUI. — ¿No la has estudiado? (*Angelita hace señas con la cabeza que no.*) La estudiarás conmigo.

ANG. — Misia Luisa...

MIS. LUI. — ¿Otra vez? No vuelvas á ser mala. Vén.

ANG. — (*Vacila un momento, luego resuelta.*) ¡Oh! tanto peor. (*Va al piano y se sienta en el taburete.*)

MIS. LUI. — Comienza las escalas. (*Angelita no se mueve.*) Comienza. (*Angelita intenta poner las manos en el teclado pero no se atreve.*) ¿Qué haces?

ANG. — No sé por cuál empezar.

MIS. LUI. — Empieza por la del do natural.

ANG. — (*Hace el mismo juego no atreviéndose á tocar.*) No me acuerdo.

MIS. LUI. — (*Impacientada.*) Salga un momento; yo comenzaré. (*Angelita se levanta y se aleja un poco del piano mirando de soslayo á misia Luisa. Ésta se sienta en el taburete y se dispone á tocar.*)

ANG. — (*Aparte.*) Ahora viene lo bueno.

MIS. LUI. — (*Al tocar la escala nota la falta de sonido de varias notas. Asombrada.*) ¿Qué es ésto? (*Se vuelve hacia Angelita, que se aleja siempre más.*) ¿Qué ha hecho usted al piano?

ANG. — Nada.

MIS. LUI. — ¿Cómo es que hay cinco notas que no sueñan? ¿Eh? Responda.

ANG. — Yo... no sé.

MIS. LUI. — (*Llamando.*) ¡Jacinta! Jacinta!

## ESCENA VIII

### DICHAS Y JACINTA

JAC. — (*Por la izquierda.*) ¿Qué hay señora?

MIS. LUI. — ¿Quién ha tocado el piano? Hay cinco notas que no suenan.

JAC. — (*Con gran asombro.*) ¡Cinco notas! ¿Está segura? Á ver, ¿cuáles son? (*Va al piano y con un dedo toca las notas.*)

MIS. LUI. — (*Abre la tapa alta del piano y mira dentro, tocando las teclas que no suenan.*) ¡Cinco martillos rotos! (*Angelita poco á poco se habrá retirado lejos, la cabeza gacha.*)

JAC. — ¡Cinco martillos rotos! ¡Qué barbaridad! ¡Ahora comprendo! ¡Quién ha de ser, señora! ¿No lo ve quién ha sido? (*Señalando á Angelita.*)

MIS. LUI. — ¿Cómo puede haber sacado ella la tapa?

JAC. — La he sacado yo.

MIS. LUI. — ¿Usted?

JAC. — Sí, ahora verá cómo. Esta mañana me llamó esa traviesa para que sacara la tapa, porque, me dijo, al querer mirar adentro, subida en una silla, se le había caído la cadenita que llevaba al cuello; cuando la hube sacado, Angelita, que miraba por la ventana, me gritó que alguien llamaba á la verja de la quinta; fui corriendo... no había nadie... Cuando regresé me mostró la cadenita, y entonces volví á colocar la tapa sin sospechar siquiera semejante diablura.



MIS. LUI. — Está bien. (*Se acerca á Angelita, calma, severa; Angelita, que la está mirando de reojo, al verla acercarse intenta escaparse por la puerta más próxima; misia Luisa se apresura, la alcanza y toma de un brazo.*) No, no se me va á escapar. Le he perdonado todas las travesuras de hoy, pero ésta es el colmo. (*La lleva al ángulo de la derecha.*) Aquí, en este rincón, se va á quedar todo el día vuelta contra la pared, con los brazos á la espalda. Y cuidadito con moverse, y con hablar.

JAC. — ¿Quién tiene razón, señora? Lo dicho, perderá.

MIS. LUI. — Perderé. ¡Pobre Lucía!

JAC. — (*Al pasar cerca de Angelita.*) ¿Ha visto lo que se gana con ser mala?

ANG. — (*Se vuelve furiosa.*) ¡Usted métase en su cocina! (*Jacinta se va por la derecha.*)

MIS. LUI. — He dicho que no hable. (*Se oye golpear las manos.*) ¿Quién será?

MIS. AGUS. — (*De adentro.*) ¿Se puede?

MIS. LUI. — (*Va á su encuentro por la izquierda.*) Adelante, misia Agustina. (*Angelita al oír la voz de misia Agustina hace un movimiento como para correr á su encuentro, una mirada de misia Luisa la detiene y vuelve á su actitud.*)

## ESCENA IX

### DICHAS Y MISIA AGUSTINA

Misia Agustina entra por la izquierda, con un paquete, que dejará sobre la mesa.

MIS. LUI. — (*Tendiéndole la mano.*) Buenos días, mi-

sia Agustina. ¿Cómo está mi querida señora? (*Le indica sentarse.*)

Mis. AGUS. — Á Dios gracias, de salud, bien.

Mis. LUI. — ¿Y Lucía?

Mis. AGUS. — Lucía, la pobrecita, siempre enferma.

(*Misia Luisa dirige una mirada de reproche á Angelita; ésta que tenía vuelta la cara hacia ellas la vuelve con rapidez hacia la pared.*) Esperando con avidez noticias de su hija, y si éstas son buenas me encargó le pidiera permiso á usted para llevarla á pasar el día á su lado. (*Esperando contestación, viendo que misia Luisa nada dice.*) ¿Angelita no se porta mejor? ¿No tendré el placer de llevarle buenas noticias á su mamá, á mi pobre hija?

Mis. LUI. — Sí, á Lucía le llevará buenas noticias. ¿Para qué afligirla más? Però usted debe saber la verdad.

Mis. AGUS. — ¿Y la verdad es?

Mis. LUI. — La de siempre.

Mis. AGUS. — ¿Angelita no se corrige?

Mis. LUI. — ¡Ay, no! misia Agustina. Le aseguro que hago todo lo que puedo, empleo todos los medios á mi alcance, pero sin obtener ningún resultado. Veo con dolor que esta niña es un alma insensible; no tiene corazón, será muy desgraciada y formará la desdicha de cuantos la rodeen. (*Esto dicho con intención para Angelita.*)

Mis. AGUS. — Però usted, misia Luisa, nos había dado esperanzas...

Mis. LUI. — Sí, querida amiga, yo las abrigaba... y hay momentos que aún espero porque... á ratos tiene... ¿cómo diré?... relámpagos, que me hacen creer que

en esa almita se agitan los mejores sentimientos, pero... no son más que relámpagos.

MIS. AGUS. — (*Con dolor.*) ¡Pobre mi hija! Ella que la adora; que no vive más que por su hijita, y por ella tal vez morirá! ¿Dónde está ahora Angelita?

MIS. LUI. — Allí, véala misia Agustina. (*La señala.*)

MIS. AGUS. — (*Se vuelve.*) ¿En penitencia?

MIS. LUI. — Sí, señora; es la primera vez que la castigo, pero ya no era posible perdonar. Si usted supiera, misia Agustina, todas las travesuras que nos ha hecho hoy, y la última!...

MIS. AGUS. — Ya me ha contado algo de eso, Antonio, el jardinero, al abrirme la verja; el pobre no ha podido callar; pero en verdad creía que exageraba.

MIS. LUI. — (*Bajando la voz.*) Misia Agustina, la dejo sola con ella; usted bien comprenderá que no debo perdonarla ni aun por su venida, pero no quiero privar á usted del placer de abrazar á su nietita. Mientras, amonéstela, procure sondearla. (*Se levanta también misia Agustina.*) Con su permiso, me retiro un momento. (*Misia Agustina se inclina.*) Hasta luego. (*Se va por la derecha.*)

## ESCENA X

### MISIA AGUSTINA Y ANGELITITA

MIS. AGUS. — (*Se sienta de espaldas á Angelita; momento de silencio; vuelve la cabeza para mirar á Angelita; ésta, que había hecho lo mismo, al encontrar la mirada de la abuela, vuelve la cabeza con rapidez; misia Agustina hace lo mismo; momento de silencio;*



*repiten la escena anterior; misia Agustina tose, se suena las narices para atraer la atención de Angelita; ésta queda inmóvil y sigue comiendo cerezas. Llamándola, sin mirarla.) ¡Angelita! (Ésta no responde.) ¡Angelita! ¿No me oyes?*

ANG. — Sí, la oigo.

MIS. AGUS. — ¿Y no contestas?

ANG. — No puedo contestar.

MIS. AGUS. — ¿Por qué?

ANG. — No puedo hablar.

MIS. AGUS. — ¿Conque no puedes hablar? Por buena pieza ¿no? *(Se vuelve.)* ¿Qué comes?

ANG. — *(Vuelve rápidamente los brazos hacia la espalda.)* Nada.

MIS. AGUS. — ¿Por qué no viene á dar un beso á su abuelita, mi hijita? Venga, pues. Obedezca.

ANG. — No puedo obedecer.

MIS. AGUS. — Muévase ligerito y venga.

ANG. — No puedo moverme.

MIS. AGUS. — ¿Por qué no puede moverse?

ANG. — Porque estoy en penitencia.

MIS. AGUS. — ¡Ah, ah! ¡está usted en penitencia! ¿Conque misia Luisa se vió obligada á castigarla? Muy bien, muy bien. Se está portando usted divinamente. Ya me contaron sus hazañas; me satisface mucho el tener una nietecita modelo como usted. ¡Lindo consuelo le da á sus abuelitos y á su mamá! ¿Qué dirá ella cuando le cuente lo mala que es usted? Yo que esperaba darle un alegrón llevándomela hoy á casa...

ANG. — Á casa no quiero ir.

MIS. AGUS. — *(Mirándola con sorpresa.)* Veamos, ¿por qué?

ANG. — No puedo hablar.

MIS. AGUS. — Yo la autorizo; hable.

ANG. — (*Con apresuramiento.*) Porque es una casa fea, chica, sin aire, sin luz, sin árboles, sin plantas, ni hay frutas, ni pájaros, ni flores.

MIS. AGUS. — Desató el pico. Claro, á usted le gusta ésta porque puede correr á sus anchas, destrozar plantas, subirse á los árboles, destruir nidos, atormentar á los pobres pajaritos, indigestarse de cerezas, jugar y divertirse haciendo toda clase de diabluras. ¿No? (*Se levanta, y la trae al proscenio. Severa.*) Pero se acabó la fiesta ¿oye? Usted debe estudiar ¿comprende? Yo quiero que estudie, se lo mando.

ANG. — (*Lloriqueando.*) Yo no quiero estudiar.

MIS. AGUS. — ¿Por qué razón?

ANG. — Porque los médicos dicen que los niños no deben estudiar.

MIS. AGUS. — ¿No deben estudiar los niños?

ANG. — No, porque se enferman y yo no quiero enfermarme; por eso he elegido una carrera que no necesito saber leer ni saber escribir, ni geografía, ni historia, ni aritmética, ni piano.

MIS. AGUS. — ¿Y qué carrera ha elegido usted? ¿Cocinera?

ANG. — (*Altiva.*) Bailarina.

MIS. AGUS. — (*En el colmo de la sorpresa.*) ¿Bailarina? ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

ANG. — Al verlas en el circo. (*Con gozo.*) ¡Ah! cuando me llevan y las veo tan lindas, con esos vestidos vaporosos, relucientes de lentejuelas, brillantes de pedrerías, con perlas, flores en la cabeza, tan lindas, dando vueltas en el suelo, en el aire, en los trapecios;

saltar sobre el caballo mientras éste corre á galope, pasar por los cercos como flechas, hop, hop, hop, ¡me encantan! ¿Y los payasos? ¡Ay, los payasos! Si yo fuera varón, me haría payaso. ¿Me trajo el vestido de payaso?

Mis. AGUS. — ¡Dios mío! ¡qué escucho! (*Con dolor.*) ¡Desgraciada! No dejes oír nunca á tu mamá semejantes disparates. ¡Pobre Lucía!

ANG. — ¿Por qué?

Mis. AGUS. — Basta, ni una palabra más. Aquí traía (*señalando el paquete dejado sobre la mesa*) tu traje de payaso de carnaval para que jugaras con él (*acción de Angelita*), pero me lo vuelvo á llevar.

ANG. — (*Lloriqueando.*) No, abuelita, no... por favor.

Mis. AGUS. — Serías capaz de llorar por tu traje de payaso, pero no derramas ni una lágrima por tu pobre madre, que está enferma, ni siquiera preguntas por ella. ¡Despiadada! Vete á tu rincón! (*La lleva.*) ¡Cumple tu castigo, perversa! (*Entra misia Luisa.*)

## ESCENA XI

### DICHAS Y MISIA LUISA

Mis. LUL. — (*Por la derecha.*) Ya me tiene de vuelta, misia Agustina. (*Misia Agustina va á su encuentro, bajando la voz.*) Y bien, ¿qué me dice?

Mis. AGUS. — Tengo el corazón contristado, misia Luisa. ¿Qué le voy á decir á su mamá? ¿Cómo tener valor de engañarla, ahora que comprendo lo inútil de cuanto se haga? Angelita no cambiará.

Mis. LUL. — ¡Quién sabe! misia Agustina. Tengo un



proyecto que voy á comunicarle; es algo arriesgado, por eso vacilaba en realizarlo; y además cierto temor... cierta delicadeza... pero pienso que se debe intentarlo. Creo que usted opinará como yo. Venga, misia Agustina, vamos á dar una vuelta por la quinta y le expondré mi proyecto. (*Ofrece el brazo á misia Agustina y se alejan hablando.*) Si resiste á esta prueba, entonces ya no habrá más nada que hacer. (*Se van por la izquierda.*)

## ESCENA XII

ANGELITA SOLA

ANG. — (*Apenas han desaparecido, abandona su puesto y avanza.*) ¡Uf! ¡ya estaba cansada! ¡Está lucida si cree que me voy á quedar aquí todo el día! ¡Sí, que se espere! (*Apoderándose del paquete y disponiéndose á desatarlo.*) ¿Y abuelita se cree que voy á dejarla llevar mi payaso? ¡Ah, ah! ¡cómo no! Aquí estás y aquí te quedarás. En seguida me lo voy á poner. (*Aparece Arturito por la izquierda y se queda parado en la puerta; está descalzo y lleva ropas andrajosas.*)

## ESCENA XIII

DICHA Y ARTURITO

ANG. — (*Al dirigirse á la puerta corriendo, lo advierte, se queda como clavada por la sorpresa, luego retrocede.*) ¿Un chico? ¿Quién será este chico descalzo

y harapiento ? ¿ De dónde vienes ? ¿ Quién te manda ?  
¿ Cómo has entrado ? ¿ Qué quieres ?

ART. — (*Asustado y con voz plañidera.*) Una limosnita,  
por el amor de Dios !

ANG. — Aquí no se hace limosna ; véte, vagabundo.

ART. — Una señora me hizo entrar ; me dijo que aquí  
me darían de comer.

ANG. — Véte á tu casa, que te dé de comer tu papá.

ART. — No tengo papá.

ANG. — Entonces tu mamá.

ART. — No tengo mamá.

ANG. — (*Sorprendida, cambia de expresión.*) ¿ Cómo, no  
tienes mamá ? yo no tengo papá pero mamá tengo.

ART. — Yo, no.

ANG. — Tendrás abuelito...

ART. — No.

ANG. — Abuelita...

ART. — Tampoco.

ANG. — (*Acercándose.*) Tíos... tías...

ART. — Á nadie ; soy solito.

ANG. — (*Deja el traje sobre la mesa y se acerca más á  
Arturito.*) ¿ Solito, solito ?

ART. — Sí, soy huérfano !

ANG. — ¡ Pobrecito ! ¿ Y dónde vives ?

ART. — En casa de una mujer mala que me pega cuando  
no llevo centavos.

ANG. — ¿ Quién es esa bruja ? (*Cerrando los puños.*) ¡ Si  
llega á venir aquí !...

ART. — Tengo hambre, ¿ dame pan ?

ANG. — ¿ Tienes hambre ? Espera un momento y verás  
cuánta comida te traigo. (*Vase corriendo por la de-  
recha ; desde la puerta le grita.*) Entra, entra mi

hijito, no tengas miedo; en seguida vuelvo. (*Vase; Arturito entra, mira á su rededor; toca los muebles, la alfombra; se sienta arrellenándose bien en un sillón; apenas entra Angelita, avergonzado se pone en pie de un salto. Vuelve Angelita con un pan debajo de un brazo, una botella debajo del otro, un plato con comida y una copa; avanza despacito y coloca todo sobre la mesa.*) Acércate... ¿cómo te llamas?

ART. — Arturito.

ANG. — Acércate Arturito, siéntate y come todo lo que quieras; aquí tienes también para beber. (*Arturito no se atreve á sentarse.*) Siéntate, pues. (*Arturito la mira, y va á sentarse despacito. Angelita fastidiada le da un empellón.*) ¡Siéntate de una vez! (*Le acerca el plato, le corta un pedazo de pollo, de pan; vierte vino en la copa.*) Come ¿eh? come sin miedo. (*Se aleja, se sienta y lo mira.*) ¡Pobrecito, qué hambre tiene! y qué mal vestido está! ¡Cómo debe tiritar de frío, en invierno! Si yo fuera varón le daría un vestido mío... en vez... así... no puedo... ¡Cómo lo voy á vestir de mujer! Le daré mi payasito. ¡Quién sabe si le gusta! (*Se levanta, desdobra el traje de payaso, con cascabeles.*) Arturito, mira si te gusta este traje.

ART. — (*Se vuelve, y se levanta admirado.*) ¡Ay qué lindo! He visto muchos en carnaval pero ninguno tan lindo. (*Tocando los cascabeles.*) ¿Y éstos, suenan?

ANG. — Sí que suenan, oye. (*Los hace sonar sacudiendo el traje.*) Tilín, tilín, ¿has oído?

ART. — (*Mirando extasiado.*) Sí, sí; ¡qué lindo, qué lindo!

ANG. — ¿Lo quieres? Te lo doy.



ART. — ¿Para mí?

ANG. — Sí, para tí.

ART. — ¿De veras?

ANG. — Te digo que sí.

ART. — ¿Cuándo me lo puedo poner?

ANG. — Ahora mismo si quieres.

ART. — (*Palmoteando de alegría.*) Sí, sí; quiero.

ANG. — Antes concluye de comer.

ART. — No, no; ya comí un poquito; ahora me lo pongo y después vuelvo á comer. (*Quiere apoderarse del traje, pero Angelita no lo suelta y está pensativa.*)

¿En qué piensas? ¿No me lo quieres dar más?

ANG. — Pienso que si te quedaras conmigo podríamos jugar al circo. Tú serías el payaso, yo la bailarina.

¿Nunca has visto un circo?

ART. — Sí, he visto.

ANG. — Entonces, quédate y jugamos.

ART. — ¿Y si la mujer mala me pega?

ANG. — ¡Qué te va á pegar!

ART. — No, no, me voy.

ANG. — Yo quiero que te quedes, sino no te doy el vestido. (*Arturito lloriquea.*) Bueno, te daré veinte centavos, así la bruja no te pega.

ART. — (*Saltando de alegría.*) Sí, sí, me quedo.

ANG. — Ven conmigo; nos vamos á vestir. Toma, llévate esto; así vas comiendo. (*Le da pan y pollo. Arturo los toma, les da un mordisco y se van por la derecha.*)

## ESCENA XIV

### MISIA LUISA Y JACINTA

Entran por la izquierda. Jacinta trae una corona de flores frescas que deja sobre el escritorio.

JAC. — Le digo que todo será inútil.

MIS. LUI. — Angelita ya no está aquí.

JAC. — ¡Claro! ¿Se figuraba usted que iba á quedarse aquí todo el día? Sí, ella para ser tan dócil.

MIS. LUI. — Así tenía que ser, entraba en mi plan. (*Advierte la comida sobre la mesa y la botella.*) ¡Ah! mire, Jacinta, estos restos de comida.

JAC. — ¿Y bien, qué?

MIS. LUI. — Ellos me prueban que la he comprendido y venceré; ya verá.

JAC. — Si, efectivamente, es ella quien ha dado de comer al huerfanito!...

MIS. LUI. — ¿Quién ha de ser? Ya ve que tengo razón.

JAC. — No, no, no... no. Si ha sido ella, será uno de esos relámpagos, como usted dice, y luego se acabó. Persisto en mis trece: es una malvada.

MIS. LUI. — Pronto lo sabremos.

JAC. — ¿Usted cree que la señora Lucía consentirá?

MIS. LUI. — Consentirá; es por su bien y el de su hija.

JAC. — Si fuera una supersticiosa no se prestaría á semejante juego; lo creería de mal agüero.

MIS. LUI. — Lucía es de alma bastante fuerte para no preocuparse de esas tonterías.

JAC. — No le parece que ya podrían estar aquí.

MIS. LUI. — No, Jacinta; hay más de media hora de tranvía para llegar á su casa, otro tanto para volver,

tiempo para prepararse... (*mira el reloj*) dentro de un rato estarán aquí.

JAC. — ¿Y Angelita que no aparece?

MIS. LUI. — Es cierto. ¿Dónde se habrá metido otra vez? Es preciso ir á buscarla.

JAC. — ¿Y el muchachito?

MIS. LUI. — Se habrá ido, ó estará con ella en la quinta. Venga, vamos á ver. (*Se van por la izquierda.*)

## ESCENA XV

### ANGELITA Y ARTURITO

Entran por la derecha Angelita y Arturo; la primera, envuelta en un tul color rosa; lleva un gran aro en la mano y entra haciéndolo rodar; Arturito, con el traje de payaso y la cara pintada, entra haciendo girar en el índice el bonete y lanzándolo al aire, dando bríncos y haciendo muecas.

ANG. — Muy bien, Arturito; ¡bravo! ¡Qué lindo payaso eres!

ART. — Y tú, una bailarina preciosa.

ANG. — (*Ve las flores.*) ¡Oh! aquí hay una corona de flores. ¿Para quién será? ¡Qué bien me vendrían estas flores para adornarme! Voy á sacar algunas. (*Saca unos cuantos ramitos de la corona y se los coloca.*) Éste... aquí... un ramito... aquí... Ya está. ¿No estoy más linda así?

ART. — Dame á mí también.

ANG. — Los payasos no llevan flores. Súbete á este banquito. (*Lo hace subir sobre el banquito de pies, que colocará en medio de la escena.*) Toma este aro.

ART. — ¿Voy á saltar aquí dentro?

ANG. — Tú lo sostienes; yo soy la que salto. Ahora apó-



yalo en el suelo, así. Por aquel lado (*indicando la izquierda*) salgo, me adelanto y saludo al público; tú serás el público y me aplaudirás muy fuerte. Después subo á caballo.

ART. — (*Mirando alrededor.*) ¿Dónde está el caballo?

ANG. — (*Impacientada.*) En la caballeriza, pavo. Se figura... Atiende á lo que te digo. Después, empiezo á correr dando vueltas mientras tú tocas la música; cuando estaré cerca gritaré : ¡atención! y uno, dos, tres; al tres, levantas el aro, y yo zás, paso por dentro como una flecha. Tú aplaudes gritando : ¡bravoo!

ART. — Bueno.

ANG. — ¡Ah! se me olvidaba; á las bailarinas célebres, las anuncian al público; tú me vas á anunciar. Repite lo que te digo. Muy distinguido público...

ART. — (*Repitiendo.*) Muy distinguido público...

ANG. — Hoy por primera vez...

ART. — Hoy por primera vez...

ANG. — Se presentará ante vos...

ART. — Se presentará ante vos...

ANG. — La muy célebre...

ART. — La muy célebre...

ANG. — Bailarina Krikicof...

ART. — Bailarina. Kru... ¿cómo has dicho?

ANG. — Krikicof.

ART. — Qui...co... ¡qué nombre difícil!

ANG. — Las bailarinas siempre llevan nombre difícil.

ART. — No puedo decirlo.

ANG. — Bueno, dí el que quieras.

ART. — El de la vieja mala. La bailarina Ramona.

ANG. — Y agregarás : aplaudid, señores, aplaudid.

ART. — Aplaudid, señores, aplaudid.

ANG. — Eso es; me voy á mi sitio. Atención. (*Se va corriendo; al pasar junto al escritorio toma una regla, desaparece por la izquierda; asoma la cabeza, hace señas á Arturito que empiece el discurso, éste no se acuerda; impaciente le grita.*) Anúnciame...

ART. — (*Se coloca el aro entre las rodillas, sosteniéndolo, y hace muchos ademanes.*) Señor público... hoy aparecerá... por última vez...

ANG. — (*Escuchando.*) Por primera vez.

ART. — Es lo mismo. La... la...

ANG. — Célebre...

ART. — Célebre bailarina... Ramona. Aplaudid, señores, aplaudid.

ANG. — Ya salgo. (*Desaparece un instante; entra, saluda al público imitando á las artistas ecuestres.*)

ART. — (*Aplaudiendo.*) ¡Bravoo!

ANG. — (*Se inclina sonriente, levanta un pie, hace como quien lo apoya sobre la mano del compañero, como hacen en los circos; da un saltito y un pequeño grito: — ¡Hop! — como si subiera á caballo.*) Empieza la música, Arturito. (*Echa á correr deteniéndose á trechos para dar saltitos y vueltas, sosteniéndose sobre un pie, manejando la regla como para equilibrarse y gritando.*) ¡Hop, hop, hop, hop!

ART. — (*Imitando la banda.*) Chin, batáchin, chin, chin. (*Haciendo corneta con una mano y con la otra como si tocara el bombo.*) Tu, turutú, tutú; batáchín, turututú, tutú, batáchinchín, chin, bombombón; tuturutú, bon bon, chinchín.

ANG. — ¡Hop, hop, hop! (*Corriendo alrededor de la escena.*)

ART. — Chinchín, batáchinchín, taratá, bon bon.

ANG. — ¡Atención! Uno... dos... y tres. (*Arturito, entusiasmado no la oye y sigue tocando la banda.*) ¡Eh! basta de música. (*Sacudiéndolo por un brazo.*) ¿Por qué no has levantado el aro?

ART. — Me olvidé. Estaba tocando la música!...

ANG. — (*Con enojo.*) ¡Payaso tilingo! (*Con el puño cerrado hace ademán de pegarle.*) Á que te pego.

ART. — (*Lloriqueando.*) No me pegues...

ANG. — Bueno, vamos á empezar otra vez, y si te descuidas no te doy los veinte centavos. Ya sabes que la vieja mala te va á pegar. (*Se repite la escena anterior desde cuando comienza á correr Angelita.*) — ¡Atención! — (*Arturito levanta el aro sosteniéndolo con la derecha, mientras con la izquierda sigue tocando la música. Aparecen por la derecha misia Luisa y Jacinta.*) Uno... dos... y... (*Se dispone á saltar.*)

## ESCENA XVI

DICHOS, JACINTA Y MISIA LUISA

MIS. LUI. — Tres. (*La sujeta por la cintura.*)

ANG. — (*Con terror.*) ¡Ah, misia Luisa!

ART. — Chimbatach... ¡Ah! (*Corre á esconderse detrás del piano dejando caer el aro.*)

JAC. — (*Riéndose á carcajadas y aplaudiendo.*) Muy bien, muy bien, bravo! ¡Ja, ja, ja!

ANG. — (*Burlándose con rabia.*) ¡Ja, ja, ja!

JAC. — (*Rie más fuerte.*) ¡Bravo! ¡Ja, ja, ja!

MIS. LUI. — (*Con reproche.*) ¡Jacinta! basta. (*Jacinta se aleja esforzándose para no reir.*)



ANG. — (*La ve y en un impetu de ira saca la lengua.*)

Juan Copete que en todo se mete.

JAC. — (*La ve, suelta la carcajada.*) ¡Ja, ja, ja!

MIS. LUI. — ¡Silencio! ¿Qué estabas haciendo?

ANG. — Jugando al circo con Arturito.

MIS. LUI. — ¿Quién es Arturito?

ANG. — (*Señalando á Arturo, que vuelve á asomarse.*)

Aquel chico.

MIS. LUI. — (*Va hacia Arturito, lo saca de detrás del piano.*) ¿Y quién es este chico?

ANG. — Arturito.

ART. — Sí, soy Arturito; ¿no me conoce? Usted me mandó aquí para que me dieran de comer.

MIS. LUI. — ¿Quién te ha vestido de esa manera?

ART. — (*Señalando á Angelita.*) Ella.

ANG. — Sí, yo; pero te prometí veinte centavos.

MIS. LUI. — ¿Quién le ha dado á usted permiso para disponer de este traje?

ANG. — ¡Es mío!

MIS. LUI. — ¿Y ese tul, es suyo también?

ANG. — Este... tul... no, no es mío...

MIS. LUI. — ¿Cómo se ha atrevido á sacarlo de donde estaba guardado? ¿No sabe que debía servir para un vestido?

ANG. — No está gastado, se plancha y sirve lo mismo.

MIS. LUI. — Cállese la boca, atrevida. Y como si no fueran bastante todas sus travesuras de hoy, cumple la obra deshaciendo esa corona para engalanarse con sus flores. (*Cambiando de tono.*) Tan luego con las flores de esa corona. ¡Ah, pobre Angelita!

JAC. — (*Al ver la impasibilidad de Angelita.*) ¡Véanla! como si no hablaran con ella.

ANG. — Á usted qué le importa, metida.

JAC. — Relámpagos, misia Luisa, relámpagos; aquí no hay nada (*señalando el corazón*); perderá.

MIS. LUI. — Jacinta vaya á traer otras flores para componer esta corona; sabe que debemos llevarla en seguida, (*mirando á Angelita*) siendo para quien son. (*Angelita no hace caso. Jacinta se va por la izquierda.*)

ART. — (*Se acerca á misia Luisa, que arreglará la corona, y con timidez pregunta.*) ¿Para quién es, señora?

MIS. LUI. — (*Mirando á Angelita.*) Para una señora que ha muerto.

ART. — ¡Oh, como mi mamá! ¿Por qué ha muerto?

MIS. LUI. — (*Siempre mirando á Angelita.*) Porque tenía una hija muy mala.

(*Angelita se estremece, vuelve lentamente la cabeza y mira á misia Luisa largamente.*)

ART. — ¿Y las mamás se mueren cuando sus hijas son malas?

MIS. LUI. — Por supuesto, se mueren de pena.

(*Angelita inmóvil escucha atenta.*)

ART. — Pero yo no he sido malo con mi mamá, ¿no es cierto? señora.

MIS. LUI. — (*Acariciándolo.*) No, mi hijito; tú eres muy chico todavía.

ART. — (*Juntando las manos.*) ¡Oh, si tuviera á mi mamá! no la dejaría morir de pena, no; la querría tanto, tanto!... sería bueno, muy bueno, así no se moriría nunca, ¿verdad?

MIS. LUI. — Sí, mi hijito, sí.

ART. — No me quedaría tan solito; comería cuando tuviera hambre, no andaría descalzo, no tendría frío

y nadie me pegaría. Ve, señora, cuando esa mujer mala me pega, me siento en el suelo en un rinconcito y lloro... lloro y pido á mamá que me lleve allí en el cielo donde está ella. Y cuando pido limosna á esas niñas que llevan puestos tan lindos vestidos y ellas se ríen... también lloro, y... aquí (*indicando el pecho*) siento algo que me aprieta... y me duele. ¿Por qué ellas ríen y yo lloro?

MIS. LUI. — (*Enternecida.*) ¡Pobre huerfanito!

ART. — ¿Por qué soy huerfanito si no he sido malo? ¡Soy tan chiquito! Mamá, ¿por qué me has dejado solito? (*Llora; misia Luisa lo acaricia; él deja caer la cabeza en la falda de misia Luisa.*)

MIS. LUI. — ¡Pobre niño! ¡Sí, llora! ¡Es tan triste ser huérfano! Si esa chica mala lo supiera, preferiría morirse antes.

ART. — (*Levanta la cabeza, lloriqueando.*) ¿No tiene más que á su mamá?

MIS. LUI. — Tiene abuelitos; pero también ellos morirán de pena, y como es una chica tan mala nadie la querrá recoger. ¡Oh, cuánta piedad siento por ella! Tú, pobre huerfanito, mientras te acosaba el hambre, debiste volverte payaso por la promesa de veinte centavos que te salvarían de un castigo inmerecido. ¿Quién sabe si algún día esa niña, huérfana como tú, no tendrá que convertirse en pulchinela para servir de juguete á alguna niña traviesa y perversa?

(*Angelita, durante la escena precedente habrá escuchado con atención y demostrado en el semblante las diversas impresiones: luego, poco á poco, lentamente, se despoja de las flores, de todos los adornos, y por último desprende el tul y lo deja caer. Mi-*



sia Luisa la habrá observado con mucha atención.  
*Entra Jacinta con las flores.*)

## ESCENA XVII

DICHOS Y JACINTA

JAC. — Señora, las flores...

MIS. LUI. — (*Le hace señas que se calle.*) ¡Chist! (*Jacinta deja las flores sobre la mesa y se dispone á hacer ramitos.*)

ANG. — (*Al oír la voz de Jacinta, se vuelve y se estremece al ver las flores.*) Flores... para una señora muerta... ¡Se puede morir por tener una hija mala! Yo... ¿soy mala? Todos lo dicen... Y mi mamá está enferma... Siento un dolor aquí... (*Señala el corazón*) un nudo en la garganta... quisiera llorar... no puedo... (*Resuelta.*) Señora, mándeme á mi casa.

MIS. LUI. — Pero mi hijita...

ANG. — Quiero irme á mi casa.

MIS. LUI. — Ahora... no se puede.

ANG. — Sí, se puede. Quiero estar al lado de mi mamá, quiero que sane, que no muera. Yo antes no sabía que se podía morir por tener una hija mala... ahora que lo sé, quiero volverme buena, muy buena. ¡Oh, mi mamá! ¡cuánto te voy á querer! ¡Mi buena mamá! Lléveme, lléveme pronto á mi casa.

JAC. — (*Mirando hacia la izquierda.*) Señora, está misia Agustina.

## ESCENA XVIII

### DICHOS Y MISIA AGUSTINA

ANG. — (*Apenas la ve, va á su encuentro corriendo, y abraza sus rodillas.*) Abuelita, ¿viene á buscarme? ¿Me va á llevar á casa? Ahora sí quiero ir, quiero ir.

MIS. AGUS. — (*Mira á misia Luisa, ésta le hace una seña y sonríe indicando á Angelita.*) Mi hijita, ¿por qué este afán? ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

ANG. — Mamá, mi mamá. ¿Por qué no me lleva en seguida?... ¿Ó ha venido mamá con usted?

MIS. AGUS. — No, mi hijita.

ANG. — ¿Por qué no la ha traído? ¿Por qué está triste? abuelita. (*Una idea repentina le demuda el semblante, mira con ojos extraviados las flores, y á misia Agustina, á misia Luisa, luego con voz temblorosa.*) Estas flores... ¿para quién son? (*Nadie responde, demostrando embarazo. Con un grito de dolor.*) ¡Ah, son para mamá! (*sin dar tiempo á que la desengañen.*) Quiero verla, quiero verla. (*Corriendo hacia la puerta.*) ¡Mamá! ¡Mamá!

LUCÍA. — (*De adentro.*) Mi hijita, aquí estoy.

ANG. — (*Al oír la voz de la madre, arroja un grito de alegría y queda como paralizada; los ojos abiertos, fijos; una sonrisa de dicha inmensa ilumina su semblante y exclama juntando las manos.*) ¡Es la voz de mamá! (*Se vuelve; en ese instante entra Lucía.*)

## ESCENA XIX

### DICHOS Y LUCÍA

LUCÍA. — (*Viste con sencillez, de medio luto, está muy pálida y de aspecto enfermizo.*) ¡Mi hija!

(*Angelita al verla quiere dar un paso, pero vencida por la emoción, cae en brazos de la madre, que la estrecha afectuosamente.*)

LUCÍA. — ¡Mi Angelita... mi nena querida! (*Se sienta en un sillón y Angelita en sus faldas; misia Luisa echa viento á Angelita con una pantalla que tomará de sobre el escritorio; Jacinta vase y vuelve en seguida con un frasco que hace oler á Angelita; misia Agustina se arrodilla y le palmea la mano.*)

MIS. LUI. — No temas, Lucía, no es nada; un corto desmayo, nada más.

MIS. AGUS. — ¡Angelita!... La emoción ha sido muy fuerte... si se enferma... Queridita... ¡Nenita mía!

LUCÍA. — Vuelve en sí... abre los ojos. ¡Mi vida, mi tesoro! (*La cubre de besos.*)

ANG. — (*Se restrega los ojos, mira con fijeza á su mamá como quien teme no sea más que un sueño.*) ¡Mamá! ¿verdad, que eres tú? (*La besa, la acaricia.*) ¡Mi pobre mamita!

LUCÍA. — Sí, luz de mis ojos, sí, soy yo.

(*Angelita rompe en sollozos dejando caer su cabeza en el hombro de Lucía.*)

LUCÍA. — Mi rica, ¿por qué esos sollozos?

MIS. AGUS. — ¿Qué tienes?

MIS. LUI. — No llores, pues.





JAC. — (*Conmovida se seca los ojos con el delantal.*)

Ahora lloramos todos. ¡Vaya con la chiquilina!

LUCÍA. — ¿Por qué lloras, mi tesoro?

ANG. — Porque he sido mala, muy mala contigo, mamita, y ya no me querrás.

LUCÍA. — Sí, mi vida, te quiero siempre.

ANG. — ¿Me perdonas?

LUCÍA. — Sí, mi almita. (*Dándole un beso.*)

ANG. — (*Salta de las rodillas de Lucía y dice humildemente.*) Usted, misia Luisa, ¿me perdona?

MIS. LUI. — (*Abrazándola.*) De todo corazón, mi hijita.

ANG. — ¿Y usted, Jacinta?

JAC. — (*Lloriqueando.*) Sí, ricura; sí, la perdono.

ANG. — ¿También lo del gato?

JAC. — (*La mira de través, luego como haciendo una concesión.*) También lo del gato.

ANG. — Gracias Jac... (*se corrige*) doña Jacinta.

JAC. — Es lo mismo.

ANG. — ¡Qué feliz voy á ser! ¡todos me perdonan, todos me quieren! (*Al volverse, ve á Arturito, quien, retirado á un lado de la mesa, aprovecha que nadie se ocupa de él, para comer un bocado, de cuando en cuando.*) ¿Y Arturito? ¡Pobre! (*Lo toma de la mano y lo presenta á Lucía.*) Mamá, este chico es solito... ni siquiera tiene una abuelita...

LUCÍA. — (*Comprende; atrae á Arturito, lo besa, y abraza á los dos juntos.*) Será tu hermanito.

ANG. — (*En el colmo de la alegría, abrazando á Arturito.*) ¿Has oído, Arturito? serás mi hermano. (*Lo presenta á misia Agustina.*) Esta señora será tu abuelita.

Mrs. AGUS. — Muy bien, mi hijita. Venga mi flamante



nietecito. (*Lo acerca á ella, le rodea el cuello con un brazo, Angelita la sigue rodeándole la cintura.*)

ART. — (*Palmorea.*) ¡Viva! ¡Bravo! ¿Toco la música?

ANG. — Sí, sí.

ART. — (*Imitando la banda y haciendo corneta con la mano.*) Chín batachín, chín, chín; tú turuturú, tatá, taratatá. (*Se van por la derecha. Angelita envía besos á su mamá; ésta la mira enternecida.*)

### ESCENA ÚLTIMA

MIS. LUI. — Jacinta ha perdido.

JAC. — Y quedo muy satisfecha.

LUCÍA. — (*Abrazando á misia Luisa.*) ¡Oh, amiga mía! nos has salvado.

MIS. LUI. — ¡Bien lo sabía yo! Si existe el corazón, basta saber tocar sus resortes para hacerlo hablar. (*Pasan por la ventana misia Agustina con Arturito y Angelita, el primero siempre tocando la música, la segunda enviando besos á Lucía.*)

LUCÍA. — (*Se acerca á la ventana y dice con ternura á Angelita enviándole un beso.*) ¡Vida mía!



# ¿Por qué?

DRAMA EN UN ACTO (1)



## PERSONAJES

MISIA ANGÉLICA, madre de

MARGARITA, niña de 15 á 18 años.

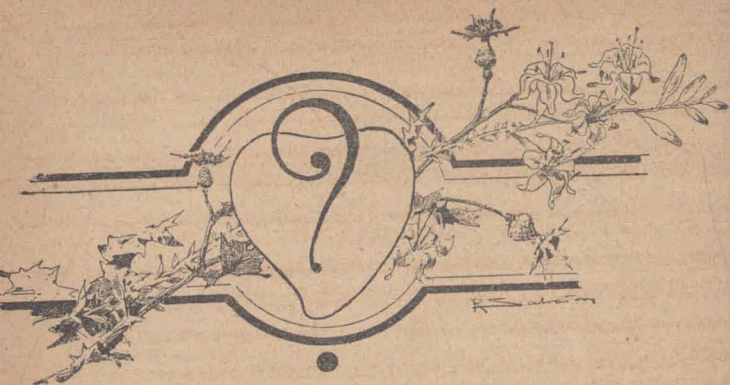
MARÍA, niña ciega, de 13 á 15 años, hija de  
DOÑA DOLORES.

BLANCA, niña huérfana, de la misma edad de María.

TERESA, anciana gobernanta.

(1) Inspirado en la hermosa leyenda que va á continuación, *La reina buena*, de Carmen Sylva. (Nota. de la A.)





## ¿Por qué?



Una sala muy sencilla. Un sofá, sillones, una mesa y una mesita.  
Puertas laterales.

### ESCENA PRIMERA

#### TERESA Y BLANCA

Entra por la derecha Teresa, quien introduce á Blanca ; ésta viste de luto, pobremente. Teresa lleva delantal y cofia negra con puntillas blancas ; viste con pulcritud y cierta elegancia ; vestido gris ó marrón, pañoleta blanca, de encaje.

TER. — Entre, mi hijita, entre sin temor. Siéntese aquí.  
(Indicándole un sillón hacia la izquierda.) Haga el favor de esperar un momentito á la señora, quien ha ido al asilo con la niña, como acostumbra hacerlo todas las semanas.

BLAN. — (Aparte, con desaliento.) ¡No está! (Alto.) No

quisiera molestar. Volveré más tarde... (*Por retirarse.*)

TER. — No puedo permitirlo; misia Angélica me reprendería. (*Con dulzura haciéndola sentar.*) Siéntese, mi hijita, y espérela; no puede tardar, ya es hora de que vuelva. (*Con cariño tomándole una mano.*) Si mientras tanto yo pudiera serle útil en algo... dígallo, mi hijita. Tengo orden de la señora, de mi santa señora, porque es una santa — que Dios bendiga *in æternum* — de atender con la mayor solitud á todos los que vienen, y durante su ausencia ofrecerles mis humildes servicios, si éstos pueden serles de alguna utilidad.

BLAN. — Gracias por su bondad; pero es con la señora personalmente con quien deseaba hablar.

TER. — Entonces, mientras espera le traeré una tacita de té con bizcochitos, porque hace mucho frío, ¿no le parece, mi hijita?

BLAN. — Ruego á usted que no se moleste.

TER. — ¡Qué va á ser molestia! Es orden de la señora. (*Vase por la izquierda.*)

## ESCENA II

BLANCA, SOLA

BLAN. — ¡Qué acogida tan cariñosa tiene esta buena mujer! Bien se conoce que está al servicio de un ángel, y los ángeles reflejan su luz divina sobre cuanto les rodea. Madre querida, ¿serás tú quien ha guiado mis pasos á esta santa casa en busca de protección y asilo?

### ESCENA III

BLANCA Y TERESA

TER. — (*Vuelve con una taza y un plato con bizcochos en una bandeja; la coloca sobre la mesita y la acerca á Blanca.*) Aquí estoy. Tómelo prontito, mi hijita, mientras está calentito. (*Con cariño tomándola de la barba.*) Y serene esa carita tan angustiada. Recuerde que esta casa es como la del Señor : nunca se llama á ella en vano. (*Suena una campanilla eléctrica.*) Será la señora. (*Mira por la derecha.*) No, no es ella. (*Se acerca á Blanca.*) Si tardara mucho, aquí tiene usted unos libros para distraerse. (*Saca de entre varios libros y revistas sobre la mesa, uno, y lo coloca sobre la mesita junto á Blanca.*) Es lectura elegida por la señora. « La lectura siempre distrae y siempre enseña. Leed, distraeos y aprended. » Esto dice mi señora, quien además de ser una santa es una sabia. (*Suena de nuevo la campanilla.*) Voy en seguida. (*A Blanca.*) Ya vuelvo. (*Vase por la derecha.*)

### ESCENA IV

BLANCA, SOLA

BLAN. — (*Deja la taza y mira el libro.*) ¿Qué libro será este? (*Leyendo.*) « Compendio de la Historia Bíblica. » (*Repite á sí misma como recordando.*) Historia Bíblica... El santo libro donde aprendí á conocer y amar á Dios. ¡Qué gratos y tristes recuerdos trae



á mi memoria! (*Volviendo las páginas.*) Aquí están los grabados que yo contemplaba extasiada cuando era aún muy niña, mientras escuchaba con avidez la explicación que me daba mi pobre abuela. (*Hojeando y volviendo las páginas con rapidez.*) Y aquí... recuerdo... que en este libro... Sí... ¡Ah! aquí está. (*Leyendo*) « Pedid y se os dará. » (*Con angustia juntando las manos suplicante.*) ¡Dios mío, Dios mío! ¡apiádate de mí! Yo te pido que un rayo de benéfica luz consoladora ilumine las tinieblas de mi triste orfandad.

## ESCENA V

BLANCA, DOÑA DOLORES, MARÍA Y TERESA

TERESA entra por la derecha é introduce á doña Dolores, quien conduce de la mano á María; ésta trae una cítara ó un mandolín. Las dos visiten pobremente. Dolores lleva en la cabeza velo ó mantón. Blanca, al verlas entrar se levanta y va á sentarse en el ángulo de la izquierda como para no molestar y no ser advertida.

TER. — Entren, entren sin temor alguno. Siéntense (*indicando el sofá*) y tengan la bondad de esperar un momentito á la señora; pronto estará de vuelta.

DOL. — Gracias, mi buena señora. Siéntate, María; debes estar cansada. (*La hace sentar. Á Teresa.*) ¡Venimos desde tan lejos!...

TER. — ¿Sí? ¡Pobrecitas! Siéntese usted también, señora, descanse.

DOL. — ¡Oh! yo estoy acostumbrada; pero esta pobre criatura!...

TER. — (*Acariciando á María.*) ¿Cómo está, mi querida niña? ¿Se siente usted con mejor disposición de ánimo que el otro día?

MAR. — ¡Ay, señora! al escuchar que debía separarme de mi madre, sentí una gran pena; pero al comprender que esto era necesario y en bien mío, hoy vengo con el ánimo tranquilo y resignado.

TER. — Bien hecho, mi hijita; así debe hacerse. (*Sentándose al lado de María.*) Mi señora se ha ocupado mucho de usted y creo que hoy mismo... pero no, yo no debo decirle nada; es á mi señora á quien corresponde el placer de dar á usted la buena noticia. (*Se apodera del instrumento que María sostiene en sus rodillas y lo coloca al alcance de ella sobre el sofá.*) Ya veo que no se ha olvidado del encargo de mi señora, y ésto la complacerá mucho; pues ella se encanta escuchándola; dice que tiene usted una voccita de ángel y que sabe acompañarse con verdadera maestría...

MAR. — (*Con regocijo.*) ¿Esto dice la señora?

DOL. — ¡Ella es tan bondadosa!...

TER. — Y que estudiando, llegará usted á ser una notabilidad.

DOL. — ¿Tardará mucho la señora?

TER. — No; en seguida vendrá. Si mientras tanto yo pudiera servirla...

DOL. — Gracias, señora. Usted bien lo sabe que si nos permitimos venir á molestar es por invitación de la señora, quien tanto se interesa por la suerte de mi pobre hija.

TER. — Como se interesa por la suerte de todos los que sufren y lloran; sí, buena mujer, lo sé. Mientras la espera voy á traerles alguna cosita para reponer las fuerzas. (*Se levanta.*)

DOL. — No, no... (*Levantándose.*)

TER. — Sí, sí; es orden de la señora. Ella desea que á todos los que vienen á solicitar su protección y amparo los recibamos con los mayores agasajos. Siempre nos dice: « Antes de prestar ayuda á los desgraciados es menester reconocerlos como hermanos » (1). Y en verdad es un hermano que Dios nos envía para ser consolado y para consolarnos, tratémosle, pues, con todo cariño.

DOL. — (*Conmovida.*) ¡Oh! ¡alma piadosa que iluminas con tu bondad las tinieblas del dolor, sé mil veces bendecida!

TER. — Sí, y bendito mil veces sea Él, que envía uno de sus ángeles á la tierra para alivio de tantos males. Pero ya se me olvidaba traerles lo ofrecido; voy y vuelvo en seguida. (*Por irse.*)

DOL. — (*La detiene.*) Perdone, señora, ¿sería molestia que dejara aquí un momento á mi María, mientras yo voy á hacer una diligencia aquí cerca?

TER. — Ninguna molestia. Vaya usted sin cuidado por ella; está como en su casa. (*Suena la campanilla.*)

DOL. — ¿Tal vez la señora?

TER. — (*Después de haber mirado.*) No, no es ella. Con permiso. (*Vase.*)

## ESCENA VI

BLANCA, MARÍA Y DOLORES

Blanca, siempre sentada habrá hojeado el libro; en la escena siguiente lo deja y observa con atención dando muestras de dolor.

MAR. — ¿Te vas? mamá.

(1) Pensamiento de Carmen Sylva.



DOL. — (*Acariciándola.*) Sí, mi hijita; pero vuelvo en seguida. Sabes que debo trabajar y es bueno que aproveche estos momentos haciendo esta diligencia para no volver mañana.

MAR. — (*Acariciándole las manos que habrá tomado entre las suyas.*) Tienes razón, mi pobre mamá. Pero vuelve pronto; ya sabes que cuando tú no estás á mi lado soy doblemente ciega.

DOL. — (*Abrazándola con cariño y besándola en la frente.*) No temas, mi querida María, vuelvo al momento. Pero... si llegas á ingresar en el asilo... será forzoso separarnos...

MAR. — (*Abrazándose al cuello de Dolores.*) Sí, mamá, bien lo sé. Será un gran dolor para tí... y para mí... No escuchar ya tu voz, no sentir tu aliento, no oír tus pasos, perder tus caricias... Ya no podrás secar mis lágrimas con tus besos. Pero irás á verme á menudo ¿verdad? (*Con júbilo.*) Y si pudiera conseguir la vista... si llegara á verte... ¡Oh! entonces ¡cómo bendeciría la mano piadosa que nos hubiera separado!

DOL. — Esperemos, hija mía, esperemos y tengamos fe en Él, que todo lo puede. (*Apartándola con cariño y poniéndose de pie.*) Me voy; no te apartes de aquí. En cinco minutos estoy de vuelta. (*Vase; al llegar á la puerta, María la llama.*)

MAR. — ¡Mamá!

DOL. — (*Volviendo.*) ¿Qué? hija mía.

MAR. — Acércate.

DOL. — (*Se acerca.*) Aquí me tienes. (*Tomándole una mano.*)

MAR. — Inclínate. (*Dolores se inclina hasta rozar con la frente la cabeza de María.*) Bésame una vez más.

(Dolores la besa, María circunda su cuello con los brazos y la besa con cariño repetidas veces.) ¡Ay, mamá! ¿por qué no podré verte? (Dolores conmovida le seca las lágrimas y se retira reteniéndole las manos cuanto puede, al dejarlas le imprime un beso, dirige al cielo una mirada suplicante y vase secándose los ojos.)

## ESCENA VII

### MARÍA Y BLANCA

BLAN. — ¡Ella tiene una madre! ¡Cuán feliz es! (Deja caer la cabeza entre sus manos sollozando.)

MAR. — (Escuchando.) ¡Un sollozo!... ¡alguien llora! Mi oído no me engaña; no estoy sola aquí. Algún sér que sufre. (Se levanta é indica el lado en que está Blanca.) Es por aquel lado. ¡Si mientras tanto pudiera yo darle un consuelo!... (Guiada por los sollozos de Blanca se dirige á tientas hacia ella; se le acerca, tiende los brazos y toca á Blanca.)

BLAN. — (Levanta la cabeza y mira con sorpresa á María.) ¡Ah!

MAR. — (Con dulzura, mientras palpando se apodera de una mano de Blanca.) ¿Por qué lloras?

BLAN. — ¿Para qué quieres saberlo? No eres tú la que puede hallar un consuelo á mi dolor.

MAR. — (Tristemente dejando la mano de Blanca.) Es verdad. ¡Soy tan desdichada! Pero quizás en mi desdicha podría encontrar una palabra de consuelo para mitigar tu pena! ¿Quién eres?

BLAN. — (Se levanta y avanza al proscenio. María, guia-

*da por los pasos de Blanca, la sigue.*) ¿Quién soy?  
Una pobre huérfana.

MAR. — (*Junta las manos dolorosamente y dirige los ojos al cielo.*) ¡Huérfana! ¡Infeliz!

BLAN. — Sí, huérfana de todo afecto. Y, hace un momento, cuando aquí ante mis ojos, tu madre te prodigaba sus caricias, sus besos, y tú le correspondías, yo tuve celos de tu dicha, sentí la envidia morderme en el corazón, desbordó mi dolor y no pude contener los sollozos. ¡Ah! ¡tú tienes una madre! ¡tú eres feliz!

MAR. — (*Mortificada.*) Si lo hubiera sabido... Perdóname.

BLAN. — (*Tomando de las manos á María.*) ¿No lo has comprendido por mis ávidas miradas, no lo ves por la angustia que se refleja en mi semblante, no ves mi luto?

MAR. — (*Con dulzura.*) No puedo verte, soy ciega.

BLAN. — (*Dolorosamente sorprendida.*) ¿Ciega? ¡Ciega! ¡Desdichada!

MAR. — ¡Ay, sí! ¡muy desdichada!

BLAN. — (*Tomándola otra vez de las manos y estrechándolas con afecto.*) Pobre hermana de dolor! He sido cruel, ¡perdón! (*Le besa las manos, le rodea la cintura con el brazo y la conduce al sofá.*) Ven, ven; sentémonos aquí. Me contarás tus penas, yo te contaré las mías.

MAR. — Mi pena es profunda como es inmensa mi desdicha. (*Tomándole las manos.*) ¿Te has imaginado tú alguna vez ser ciega? ¿Comprendes la horrible verdad que encierra esta palabra? ¡Dicen que el mundo está lleno de maravillas! El sol que da calor, alum-



bra y embellece la tierra; el cielo azul con sus innumerables estrellas brillantes; los mares, los montes, los verdes prados, los floridos jardines, y tierras que encantan con la riqueza de su vegetación espléndida y variada... Maravillas son éstas de la naturaleza que nunca he visto. ¿Y todas las maravillas que pueblan el mundo surgidas de las manos y del pensamiento del hombre? Tampoco las he visto, y tal vez no las veré jamás. Pero la pena profunda que me corroe el corazón es no ver á mi madre, no poder mirarme en el espejo de sus ojos. ¡Ah, Dios mío! Renunciaría á las maravillas del mundo entero por sólo ver el semblante de mi madre adorada.

BLAN. — Sí, profunda es tu pena é inmensa tu desdicha! ¿Y la mía? ¿Te has imaginado tú alguna vez ser huérfana? ¿Comprendes la horrible verdad que encierra esta palabra? Dicen que las madres adoran á sus hijos, que embellecen su existencia velando por ellos, guiándolos en el camino de la vida; dicen que les enseñan el trabajo, la honradez, el cariño, la caridad; que les inculcan la bondad, la fe, la resignación, la nobleza y el valor. Dicen que el cariño de las madres llega hasta el sacrificio por sólo evitar una lágrima á sus hijos. Yo ignoro esas sublimes maravillas del afecto maternal y las ignoraré siempre. ¡Ay, Dios mío! Yo que daría la luz de mis ojos por sólo sentir las caricias de mi madre.

MAR. — (*Palpando, le rodea el cuello con un brazo y con la otra mano la acaricia.*) ¡Pobre hermana mía! ¡Llora, llora! (*Blanca llorando, deja caer la cabeza en el hombro de María; pausa. En este momento apa-*

recen por la derecha, misia Angélica, Dolores y Margarita; mas viendo á las niñas, Angélica hace señas á las demás y se retiran.) Es horrible en verdad tu desgracia. Siento el frío de la muerte en el corazón al sólo pensar que yo pudiera perder la mía. ¡Qué dichosos somos los que tenemos madre! ¡Si me fuera posible darte algún consuelo! (*Por una súbita idea le levanta la cabeza y tomándole las manos.*) Dime, ¿si mi madre lo fuera también tuya?

BLAN. — ¿Qué dices? No te comprendo.

MAR. — Escucha. Yo debo ingresar en el asilo de ciegos; un médico dijo que tal vez pueda yo recuperar la vista. Y si tal cosa no fuere posible, estudiaré ó aprenderé á trabajar. Tendré que quedarme allí muchos meses... quizás años... y mi pobre madre quedará sola... ¿Quieres tú ser mi hermana? serás su hija.

BLAN. — ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué esperanzas me das!

MAR. — ¡Ella es tan buena! Te querrá mucho y mucho aprenderás á su lado. Ella posee un gran libro en el que aprendió á leer, en el que hubiera aprendido á leer yo. Dichosa de tí que puedes hacerlo y en él aprenderás á tener fe y á ser resignada.

BLAN. — ¿De qué libro hablas?

MAR. — De la Biblia.

BLAN. — ¿La Biblia? ¡Ah, sí! la conozco. Algo de ella tengo ya grabado en la mente y en el corazón. Aquí está. (*Se levanta y trae el libro.*) Es la lectura que esta buena señora ofrece á los que vienen á pedir su amparo, y la esperan.

MAR. — ¿Ah, sí? ¡Alma piadosa! brinda el bálsamo de la fe y la resignación. Abre el libro página 172.

El sermón de la montaña: Las ocho bienaventuranzas, tercer párrafo. Lee.

BLAN. — (*Leyendo*) « Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados. »

MAR. — Tú lloraste y fuiste por mí consolada; yo lloré y fui consolada por tí. Sigue al párrafo quinto.

BLAN. — « Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. » Tú fuiste misericordiosa para conmigo...

MAR. — Y tú lo serás para mí aceptando mi ofrecimiento.

BLAN. — (*Asombrada.*) Tú no puedes leer ¿ y cómo sabes esto ?

MAR. — Mi madre me lo ha enseñado. Ella lee siempre este libro para mí y me dice: « Si yo llegara á faltarte recuerda esta lectura; ella será tu guía en la vida y afirmará la fe en tu corazón. » ¿ Comprendes ? ¡ Ah! dichosa de tí que posees el inapreciable don de la vista y puedes poblar tu soledad con la lectura y levantar tu espíritu con ella. Cuando vayas con mi madre á visitarme al asilo, me leerás un capítulo del santo libro, ¿ quieres ?... ¿ cómo te llamas ?

BLAN. — ¡ Blanca!

MAR. — ¿ Quieres ? Blanca.

BLAN. — Sí... ¿ cuál es tu nombre ?

MAR. — María.

BLAN. — (*Con efusión abrazándola.*) ¡ María! Suave nombre, emblema de dolor y de piedad. Sí, acepto, piadosa hermana mía! ¡ Qué feliz será mi existencia entre el cariño de una hermana y el de una madre! Mas dime, tú, ¿ cómo animas el silencio, cómo pueblas tus horas de soledad ?



MAR. — Con el dón que Dios da á casi todos mis compañeros de dolor. Cuando la soledad entristece mi alma, cuando el silencio me oprime, pulso las cuerdas de este instrumento y acompaño las melódicas notas con las quejas de mi corazón. Escucha: *(Canta acompañada con el instrumento que habrá traído; si la niña no sabe música finge hacerlo y alguno entre bastidores la acompaña.)*

LA CIEGA

(Fragmentos)

¡ Todo es noche, noche oscura !  
Yo no veo la hermosura  
De la luna refulgente ;  
Del astro resplandeciente  
Tan sólo siento el calor  
No hay nube que el cielo dora,  
Ya no hay albor, no hay aurora,  
De blanco y rojo color.

Yo no gozo la belleza  
Que ofrece naturaleza,  
Lo que el mundo adorna y viste ;  
¡ Todo es noche, noche triste,  
De confusión y pavor !  
¡ Doquier miro, doquier piso.  
Nada encuentro, y no diviso  
Sino lóbreguez y horror !

Cual cautivo desgraciado  
Que se mira condenado  
En su juventud florida,  
Á pasar toda la vida  
En una horrenda prisión,  
Tal me veo, de igual suerte :  
Sólo espero que la muerte  
De mí tendrá compasión.

BLAN. — (*Apenas termina el canto, como arrastrada por una fuerza superior, comienza á cantar muy quedo poco á poco se anima, se levanta y canta con voz esplayada. María la escucha con grata sorpresa y sigue acompañándola con la música.*

¡ Huérfana soy ! Desgraciada  
Flor en su abril marchitada  
¿ Qué soy yo sobre la tierra ?  
Arca de tristeza encierra  
Su más tremendo amargor ;  
Y mi corazón enjuto  
Cubierto de negro luto  
Es el trono del dolor.

Mil placeres halagüeños,  
Bello días y risueños  
El porvenir me pintaba,  
Y seductor se mostraba  
Por un prisma encantador.  
Las ilusiones volaron  
Y en mi alma sólo quedaron  
La amargura y el dolor.

Agotada mi esperanza  
Ya ningún remedio alcanza ;  
Ni una sombra de delicia  
Á mi existencia acaricia ;  
Mis goces son el sufrir :  
Y en medio á tanta desdicha  
Sólo me queda una dicha  
Y es la dicha de morir.

(*María Josefa Mugía.*)

MAR. — (*Fascinada por la voz de Blanca, se levanta al terminar ésta el último verso, y las dos comienzan y siguen á dúo la estrofa :*)

BLAN. — ¡ Huérfana soy ! Desgraciada  
MAR. — ¡ Yo ciega soy ! Desgraciada  
BLAN. Y MAR. — Flor en su abril marchitada  
¿ Qué soy yo sobre la tierra ?  
Arca de tristeza encierra  
Su más tremendo amargor ;  
Y mi corazón enjuto  
Cubierto de negro luto.  
Es el trono del dolor.

(Al terminar, las dos se abrazan sollozando.)

## ESCENA ÚLTIMA

DICHAS, MISIA ANGÉLICA, MARGARITA, DOLORES  
Y TERESA

MARG. — (Abraza y besa á Blanca.) ¡Pobre huérfana!

ANG. — (Abraza á María, la besa y apoya una mano en su cabeza.) «Los ciegos están llamados á esparcir la luz de su alma y de su profunda inteligencia » (1).

MAR. — (Apoderándose de las manos de misia Angélica y besándolas con júbilo.) ¡Ah, es su voz! ¡La voz de mi santa adorada!

ANG. — Todo lo hemos escuchado, hijas mías. ¡Pobre huérfana! La madre de María te abre sus brazos. (Arroja dulcemente á Blanca en los brazos de Dolores.)

DOL. — (Abrazándola con afecto.) Sí, hija mía.

BLAN. — Gracias, madre mía, gracias.

(1) Pensamiento de Carmen Sylva.



ANG. — Y tú, mi buena María, encontrarás allí en el « Hogar de la luz », cien corazones que te recibirán con ternura y afecto de hermanos y de madre amorosa.

MAR. — (*Juntando las manos.*) ¡Oh, gracias! ¡gracias!

DOL. — ¡Oh, sí! ¡gracias mil veces! Permitid, señora, que os bese la orla del vestido como á una santa! (*Por arrodillarse.*)

ANG. — (*Impidiendo el acto.*) ¡No, jamás! Bien poca cosa es lo que yo hago. No es más que mi deber; es el de todos; consolar al triste, ayudar al desgraciado.

TER. — ¡Oh, señora! ¿Por qué Dios, que os ha enviado á la tierra como una hada de piedad y de consuelo, no os ha dado la virtud de aliviar todos los dolores y transformar en un edén esta tierra llena de penas y amargas?

MARG. — (*Abrazando á Angélica y llorosa.*) Sí, madre mía; dínos, ¿por qué cuando se posee un alma hermosa cual la tuya, Dios no le da ese poder?

ANG. — ¿Lloras...? Margarita, y te he vedado verter lágrimas ante el dolor. No reside en el llanto la verdadera piedad, sino en el corazón que impulsa á socorrer á nuestros hermanos. Debes vigorizar tu espíritu y contemplar sin flaqueza las miserias humanas para encontrar fuerzas y aliviarlas.

MARG. — Sí, lo sé, y procuro hacerlo, madre mía. Mas no siempre obedece la voluntad á la razón. Y al ver tantos dolores, al contemplar tantas miserias, siento que el llanto afluye á mis ojos y en mi corazón estalla un grito de angustia: ¿Por qué, Dios mío, por qué?

BLAN. — (*Repite dolorosamente juntando las manos.*) Y ése es también el grito que arroja mi pobre co-

razón de huérfana : ¿ Por qué, Dios mío, por qué ?

MAR. — (*Idem.*) Y es el grito que mi corazón angustiado repite sin cesar : ¿ Por qué, por qué ?

ANG. — ¡Ay, hijas mías! Hubo un tiempo en que ese grito también estallaba en mi corazón á cada instante. Y en mi afán de querer aliviar todos los sufrimientos que á cada paso veía, suplicaba á Dios me concediera el dón de poder hacerlo; pero sólo me concedía la virtud de la piedad que torturaba mi corazón haciéndole prorrumpir en ese grito desesperado : ¿ Por qué, por qué, Dios mío ? Cuando un día, uno de esos días grises, lluviosos, tristes, en que parece llover lágrimas, y que nos evocan todos los dolores, todas las miserias que imperan sobre la tierra, en que nuestra alma se siente sacudida por ese grito de angustia que repite sin cesar esta pregunta : ¿ Por qué, por qué ? y nos torturamos el cerebro para investigar la causa de tantos males, buscando en vano una respuesta, sentí que un gran cansancio me invadía, y postrada al fin, cerré los ojos y quedé aletargada. Entonces me pareció que una gran claridad se difundía á mi rededor, y fija la vista en el espacio vi dibujarse una majestuosa figura de mujer, envuelta en blanca vestidura, que acercábase á mí, entreabiertos sus labios por la más suave sonrisa, reflejando sus pupilas azules una infinita dulzura y toda su hermosa persona la apacible serenidad de las almas elegidas. Sentí impulsos de arrodillarme ante ella como ante el ángel de la bondad; llega á mi lado, se inclina y me narra al oído una leyenda; una piadosa leyenda, toda amor, abnegación, sacrificio y fe, dándome al fin en ella la respuesta nunca hallada, y era

ésta de tal virtud consoladora que acalló el angustioso grito de mi corazón, dióle esperanza, resignación y paz. Levanté mis ojos hacia la blanca visión, y ella á su vez elevó los suyos señalándome el cielo, y desapareció silenciosa dejando inundada mi alma con la luz de sus pupilas. Al despertar de mi letargo grabé en el papel la narración consoladora para no olvidarla jamás. Aquí está. (*Va á la mesa y saca del cajoncito un rótulo y vuelve al proscenio.*) ¿Queréis escuchar la lectura? En ella hallaréis la respuesta á vuestra pregunta como la he hallado yo, y reinará la tranquilidad en vuestros corazones como desde entonces reina en el mío.

MARG. — Sí, mamá; lee.

DOL. — Sí, señora, leed; es favor que nos hacéis.

ANG. — (*Comienza á leer; todos escuchan atentamente.*)

#### LA LEYENDA DE LA REINA BUENA

(de Carmen Sylva)

Existía en un tiempo una reina buena. Deseaba ésta calmar todos los sufrimientos que veía sobre la tierra. No obstante, cuanto más bien hacía, parecíale que la miseria se multiplicaba. Sus recursos no bastaban para pobreza tan grande; sus palabras no tenían la virtud de librar del peso de su dolor á los pobres, y su mano no sabía curar todas las enfermedades. Pensó, sin embargo, que Dios, que es la bondad misma, no podía querer un mundo tan defectuoso, y que, si únicamente los hombres se avenían á tomarlo como era, no dejarían de ser felices. Entonces se dirigió á la iglesia y elevó una plegaria, cuyo alcance y atrevi-



miento desconocía en aquel instante. Oraba, como tantos otros, en su demencia, sin saber, al fin y al cabo, si sus ruegos serían escuchados.

Y decía « ¡Dios bondadoso, haced que cuando encuentre alguno que sufra le convierta en dichoso con mi sola mirada, aun cuando recaigan sobre mí sus dolores! »

Salió con el corazón oprimido, preguntándose si Dios la habría escuchado. Muchas veces Dios parece sorrido á nuestras oraciones; pero el mismo día comprendió la reina que había sido oída.

En efecto, encontró á un muchacho que, tendido en su carrito, nunca había podido dar un paso. Conociólo la reina desde tiempo atrás y él la amaba con todas las fuerzas de su alma. Como de costumbre, se acercó á él, tomó su mano en la suya, y con dulce voz le habló de una pronta curación.

Los ojos del niño se agrandaban poco á poco.

La reina sintió que, merced á su mirada, el muchacho recobraba todo su vigor, y un cansancio desconocido la rendía. De pronto, el niño se tornó alegre.

« Creo que puedo andar » — dijo, cual si soñara, y levantándose de su lecho de dolor púsose á caminar, como si jamás hubiese estado paralítico.

La reina selló su contento con una sonrisa de cansancio; regresó á su palacio, cayó en cama, y quedó paralítica durante gran número de semanas. Sus piernas estaban como muertas, pero rehusaba todo auxilio médico, diciendo que cuando llegase su hora Dios la libraría del sufrimiento. Esa hora llegó.

Desde aquel día se hizo, sucesivamente, cargo de todas las dolencias; se puso ciega, sorda, muda, calentur-

riente, pero siempre salía de estas pruebas más hermosa, más joven, más radiante. Nunca se la oía exhalar un lamento. A pesar de que ella no hablaba jamás palabra, pronto se divulgó su arte de curar. Y las gentes la atormentaban con sus sufrimientos, aun comprendiendo los sacrificios que en su pro hacía. Decíase que la reina estaba expuesta á todos los contagios, y no consentía que se la preservase de ellos, particularmente tratándose de niños.

No tardó en tocar ella misma la pobreza. Pensaba procurarse trabajo; pero al cabo de algún tiempo no tenía nada, ni para atender á su propia persona; no podía hacerse la más pequeña ilusión; siempre le faltaban los medios. Así, á pesar de los numerosos subsidios de su tierno esposo, le ocurrió como á Santa Isabel: apenas poseía un manto.

Su nombre era mil veces bendecido; se buscaba la ocasión de acercarse á ella, de tocarla, de robarle una mirada, porque el brillo de sus ojos consolaba á quien la mirase. Se consideraba feliz y tranquila, y su destino era completamente bueno, no apartándose de Dios. Nadie sabía resistir á la paz que de ella se desprendía.

Más difíciles de sobrellevar eran las horas de olvido, cuando había apaciguado alguna discordia, y debía abrigar, allá en su interior, malos propósitos. Hacía por olvidar, en tal instante, que todo ello era parte de su dón generoso, y lloraba en silencio. Pronto, sin embargo, volvían á disiparse los nublados y comprendía que, aun en el orden moral, debía echar sobre sí las penas del prójimo. Desde entonces, su paciencia fué inalterable, y las gentes olvidaban que la habían

tratado mal, imaginándose que habían amado siempre á su reina, y nunca la desconocieron ni insultaron. Dulcemente, una sonrisa llegaba hasta su corazón: *una mirada de sus ojos les había dado el olvido.* Para ella fué una prueba especial el haber devuelto al buen camino á un hombre, víctima de una perniciosa tentación y tener que sufrir por tal hecho remordimientos y todas las torturas de la conciencia, como si ella misma hubiese cometido la falta. Pesaba ésto demasiado, porque ella se juzgaba inocente, y, sin embargo, su pobre corazón palpitaba, noche y día, mortalmente angustiado. En ocasiones, comprendía que tal estado era pasajero, semejante á todos los demás, pero el sufrimiento era terrible.

Un día oyó á una pobre mujer que le suplicaba: « Bondadosa reina, mi único hijo se muere, y sé que poseéis hierbas que curan lo que nadie puede curar. »

Sin vacilar, se dirigió hasta el lecho de muerte en que agonizaba el niño. Entreabrió éste sus ojos medio cerrados ya, y miró á la reina todavía una vez. Esta sola mirada bastó para que reardiese la llama interior de su cuerpo; el pecho recobró su respiración, los labios descoloridos y fríos tornáronse rojos y calientes, y aquella madre, reconocida, se arrojó á los pies de la reina, abrazando sus rodillas, al ver á su hijo fuera ya de peligro.

Esta vez, cuando regresaba á su palacio, la reina no se sintió tan fatigada como de ordinario, y no obstante, un grave mal, la muerte misma quizá, debía espiarla. ¡ Cuál no sería su impresión cuando vió al día siguiente caer gravemente enfermo á su hijo único é ir á grandes pasos al encuentro de la muerte! « ¡ Dios mío!



¡Dios mío! — gemía — no me pidáis este sacrificio, que es superior á mis fuerzas! » Vanas eran sus súplicas. De nada le servían sus cuidados y su experiencia. Su propia mirada había perdido su poder. El niño no abría los ojos; sólo hablaba, balbuciente, de ángeles extraordinariamente hermosos y de flores, hasta que quedó en sus brazos, pálido é inanimado, mientras la desventurada madre, herida, sin una lágrima, sin fuerzas, sólo sensible al dolor que la devoraba.

Desde entonces su dón pareció haber huído de ella. La gente creía que había perdido la fe en sus hierbas milagrosas. Por aquel tiempo la vida presentábase con tintes negros á la pobre reina. Maldijo ésta su plegaria y se maldijo á sí misma. Acusábase de haber hecho recaer sobre su esposo el peso de su propia desventura. ¡El mundo se le ofrecía lleno de tinieblas, sumido en una noche sin aurora, sin primavera, sin árboles hermosos, sin cantos de pájaros, sin nada!

Nada de cuanto otras veces encantaba su corazón.

La que jamás había exhalado una queja y tanto había trabajado por aliviar la miseria de los demás, halló entonces despiadado el cielo, y no tuvo la virtud de congratularse de la dicha de la otra madre á quien ella había librado de este dolor espantoso.

Luego que anduvo á tientas largo tiempo, mucho después, en la noche de las dudas, la reina quedóse por fin dormida. De pronto le pareció que se abría la puerta de su alcoba; que entraba su hijo radiante de felicidad; que se sentaba al borde de su cama; que con su manecita levantaba la loza de plomo que pesaba sobre su pecho; que le comunicaba la alegría en un

hálito que despedía el aroma de la violeta, y que le decía con voz armoniosa:

« ¡Madre mía, no llores más! ¡Me has hecho más dichoso de lo que hubiera podido ser aquí abajo, á pesar de tu amor entrañable! ¿No me has abierto el cielo? ¡A él he podido volver sin dolor y sin pecado, gracias á tu sacrificio, madre mía! ¡No llores más! Yo estoy siempre á tu lado. Cometiste una piadosa falta cuando creíste poder aliviar todos los dolores del mundo. Ya has tenido que expiarla, encorvada sobre el polvo. La tierra es tal como Dios la quiere: una cantera, un hornillo, un crisol, el paso brevísimo de una existencia á otra, más perfecta á medida que hayamos depurado nuestro espíritu sobre la tierra. ¡Paciencia, madre mía! La hora de la libertad suena, y ni un momento dejaré de asistirte, iluminándote con mi luz y alentándote con mi fuerza. ¡Fácil te será hallar siempre consuelo, porque crees en una vida futura, y estás convencida de que nos espera á todos! ¡La muerte no existe! No es ésta sino un renacimiento y ¡madre mía! si supieses cuán hermosa es, la esperarías radiante de gozo, y no suspirarías más! La pobreza, la enfermedad, la injusticia y la lucha son necesarias; todo ello sirve para purificarse, ayudarse y apiadarse mutuamente.

« Así son felices cuantos van con todas sus fuerzas en socorro de los desgraciados, y les ofrecen todo cuanto pueden darles; pero convertir la tierra en paraíso, eso ninguno ni puede ni debe hacerlo; porque la tierra es un obrador que se llama, en el concepto humano, *inflerno ó purgatorio*. »

Despertó la reina entonces, y volvió á reinar la paz en

su corazón. Podía nuevamente hacer bien, alegrarse, pero curar... no. Ni lo deseo más; vivía en una dicha apacible, y á su rededor derramaba la tranquilidad.

ANG. — (*Abrazando á Blanca y á María.*) ¡La tranquilidad! Este, hijas mías, es el bien á que debéis aspirar en la tierra, y para obtenerlo, acallad vuestro grito angustioso con una sola respuesta: ¡Espera!







# Romeo y Julieta

Juguete cómico



*Escrito expresamente, y representado por mis alumnas en un concurso de declamación en el instituto musical Santa Cecilia, el 10 de agosto de 1905, y repetido con el mayor éxito, en un segundo concurso en el salón del Príncipe Jorge, el 17 de diciembre del mismo año.*

## PERSONAJES

CELINA, 8 á 11 años

AURORA, 7 á 10 años.

ROBUSTIANA, niñera.

# Romeo y Julieta

---

Una pieza de estudio. Puertas laterales. Biblioteca ó mesitas con libros : sillas, y un pequeño escritorio en el centro, con libros, cuadernos, tintero, lapiceras; y el frasquito de la goma. Un banquito para apoyar los pies.

## Acto único

### ESCENA I

#### CELINA Y AURORA

Sentadas al escritorio : la primera con un libro abierto estudiando ; la segunda, escribiendo en una pizarra. Si no hubiere telón, las niñas entran en la escena por la izquierda, se dirigen al escritorio y se sientan.

AUR. — Cinco por cinco... ¿ cuánto hacen ? no me acuerdo. Celina, ¿ cuánto hacen cinco por cinco ?

CEL. — ¡Cómo! ¿ no sabes cuánto hacen cinco por cinco ? Cinco por cinco cuarenta.

AUR. — ¡Cuarenta! no puede ser tanto; estás equivocada.

CEL. — Bueno, mejor. ¿ Por qué me preguntas ?

AUR. — (*Contando con los dedos.*) Cinco, diez, quince,



veinte, veinticinco. ¡Ah! veinticinco, bien decía yo.  
(*Escribe.*)

CEL. — (*Cierra el libro y dice de memoria.*) El poliedro tiene las superficies planas; eso es; las superficies planas. (*Sigue estudiando.*)

AUR. — Ahora la suma. Tres y siete... (*Contando con los dedos.*) Ocho, nueve, diez. (*Escribe y sigue sacando cuentas.*)

CEL. — (*Leyendo.*) Una línea recta sobre un cuerpo redondo no toca más que en un punto. (*De memoria.*) No toca más que en un punto.

AUR. — Ya está. Veamos ahora la división. (*Escribiendo.*) Cuatro, cero, siete y cinco. Cuatro mil setenta y cinco dividido por cinco. Veamos.

CEL. — (*De memoria.*) No toca más que en un solo punto.

AUR. — El cinco en el cuatro cabe... cabe... ¿Cuántas veces cabe el cinco en el cuatro? Celina.

CEL. — (*Distraída.*) Un solo punto.

AUR. — ¡Cómo un solo punto! ¿qué dices?

CEL. — ¿Eh? ¿qué me has preguntado?

AUR. — El cinco en el cuatro, cuántas veces cabe.

CEL. — Y, cabe... cabe una vez.

AUR. — ¡Ah, sí! es cierto. Una vez. (*Escribe.*)

CEL. — (*De memoria.*) El cuadrilátero tiene... ¿Cuántos lados tiene el cuadrilátero? (*Piensa.*)

AUR. — ¿Y en el diez? cinco y cinco... diez; dos veces.

CEL. — Aurora, ¿cuántos lados tiene el cuadrilátero?

AUR. — (*Distraída, escribiendo.*) Diez.

CEL. — ¡Diez! No puede ser. Me parece que tiene tres.

Á ver. (*Mira en el libro.*)

AUR. — Y ahora, la prueba. Á ver si sale bien.

CEL. — Cuatro tiene. ¡Es claro! cuadrilátero... cuatro.  
¡Es tan fácil! Pero es inútil, á mí no me entra la geometría. Yo no comprendo por qué harán estudiar la geometría, cuando á uno no le gusta.

AUR. — (*Con impaciencia.*) Y no sale bien; no sale bien. Está equivocada. ¡Ay! no sé lo que le haría al que inventó la aritmética.

CEL. — ¿Y al que inventó la geometría? ¡Qué tirón de orejas le daría yo!

AUR. — ¡Por qué harán estudiar estas cosas que cuesta tanto aprenderlas!

CEL. — Y cuando á uno no le gustan; porque á mí, ¡vaya la gracia que me hace la señora geometría!

AUR. — ¿Y á mí la señora aritmética? ¡mucho gracia que me hace!

CEL. — ¡Y luego dicen que no nos gusta estudiar! Á mí me gusta; pero me agrada estudiar lo que me gusta. Los versos, por ejemplo. ¡Son tan lindos los versos y tan fáciles! Se aprenden en un amén-jesús.

AUR. — ¡Por supuesto! ¡Y el baile! ¿no es lindo el baile? ¿y fácil? ¿y divertido? ¡Y á mí me gusta tanto! Pero, no señor, del baile no hay que hablar. (*Con enojo.*) Y nos dejan aquí á marearnos con la aritmética y la geometría.

CEL. — ¡Y tan luego hoy!

AUR. — Hoy no es peor que los demás días.

CEL. — Para mí, sí.

AUR. — ¿Y por qué?

CEL. — ¿Cómo por qué? ¿Ya no te acuerdas de Romeo y Julieta que vimos ayer en el Odeón?

AUR. — ¡Ah, sí! ¡Qué linda era la música que tocaban!  
¡Ay! ¡me encantaba!

CEL. — Tú no te acuerdas más que de la música. Pero yo hablo de lo que representaban los artistas en el escenario.

AUR. — Yo me acuerdo de la música porque con música se baila. Y de lo que hacían y decían los artistas á mí ¡qué me importaba!

CEL. — ¡Es claro! Si tú no piensas más que en el baile, y saldrás hecha una bailarina!

AUR. — Y tú una cómica; siempre estás haciendo muecas delante del espejo.

CEL. — ¿Muecas? ¿muecas? Arte, y arte de lo bueno.

AUR. — Así será. Bueno, déjame sacar mis cuentas bien, porque sino me pondrán un cero.

CEL. — Pues á mí, nada se me importa de obtener un cero, dos, tres, diez, veinte ceros, y lo que es hoy la geometría se va á paseo. (*Cierra el libro con enojo, se levanta y avanza hacia el proscenio.*) ¡Es inútil! Tengo aquí (*señala la frente*) á Romeo y Julieta. ¡Tan linda! ¡con ese vestido blanco que llevaba, de cola larga, larga... el cabello suelto... y esa carita de ángel! Pobrecita, ¡cómo lloraba! ¿Y Romeo? ¡Tan mono! Con ese manto echado sobre el hombro, el puñal en el cinto, y su gorra con pluma caída. (*Declamando é imitando á Romeo.*) ¡Julieta! ¡mi Julieta! ¡Ah, Romeo! ¡mi Romeo!

AUR. — (*La mira sorprendida y se echa á reir burlescamente.*) ¡Ja, ja, ja!

CEL. — (*De pronto queda mortificada, después con enojo remeda á Aurora.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Eres graciosa, sí! Saca tus cuentas y á mí déjame en paz.

AUR. — Es que no puedo dar con la equivocación, y ya me tiene fastidiada.



CEL. — (*Aparte, mirando á Aurora.*) ¡Ah! qué buena idea! (*Llamándola.*) ¡Aurora!

AUR. — Ahora no más la mando á paseo del brazo con tu geometría.

CEL. — Y harás muy bien. Conviene descansar. Después del estudio la distracción es necesaria. Esto lo dice también la maestra.

AUR. — Tienes razón. La dejaremos para más tarde cuando hayamos descansado. (*Aparta la pizarra y se levanta.*)

CEL. — Muy bien pensado. Y para distraernos, ¿sabes qué te propongo?

AUR. — ¿Qué?

CEL. — Que hagas de Julieta; yo haré de Romeo.

AUR. — ¿Que haga de qué?

CEL. — De Julieta. ¿No comprendes? ¡Qué dura! Vamos á representar el teatro. ¿Comprendes?

AUR. — ¿Y cómo hacemos? yo no me acuerdo.

CEL. — No importa; yo te diré lo que tú tienes que decir.

AUR. — ¿Lo que dice Romeo?

CEL. — No, Julieta.

AUR. — ¿Y yo haré de Romeo?

CEL. — No, de Julieta.

AUR. — ¿Y por qué?

CEL. — Porque Romeo es más difícil.

AUR. — ¿Y tú harás de Julieta?

CEL. — (*Impancientándose.*) No, no; yo Romeo y tú Julieta.

AUR. — ¡Ah, sí! ya entiendo. Mi Julieta la muñeca; voy á traerla en seguida.

CEL. — (*La detiene.*) ¡Ay, qué paciencia! No, no.

AUR. — ¿Y entonces ?

CEL. — Entonces, tú, no tu muñeca, harás de Julieta y yo misma haré de Romeo. ¿Has comprendido ? cabeza de corcho duro.

AUR. — ¡Ahora sí! ¡no te explicabas! Pero y las tumbas y los trajes ¿cómo nos arreglamos ?

CEL. — Tumba no hace falta más que una; la de Julieta; las demás se suprimen; los trajes... (*Reflexiona.*) Tú, te pones el batón blanco de mamá. Yo... necesito un manto... la capa negra de mamá; el puñal... el espadín que le regaló padrino á Pepito; gorra... la gorra de Pepito, y la pluma la saco del plumero. Ya está arreglado. Ayúdame á preparar la escena. El escritorio lo arrimamos á la pared. Levántalo del otro lado.

AUR. — (*Levanta el escritorio, después lo deja caer de golpe.*) ¡Ah! ¿y si llega mamá y nos sorprende ? ¡Mira el Romeo y la Julieta que nos va á tocar!

CEL. — Pero, Aurorita, si mamá ha ido á las tiendas, y hasta la noche no volverá.

AUR. — ¿Y si vuelve antes ?

CEL. — ¿Cómo va á volver antes ? ¡Nunca lo hace! ¿Precisamente ha de ser hoy ? Ni que se lo dijera el dedito. (*Acariciándola.*) Sé buenita, Aurorita...

AUR. — Sí, buenita, buenita; pero si las recibimos...

CEL. — ¡Qué! si mamá no pega nunca. A lo sumo será una penitencia. ¡Gran cosa! cuando se está habituada, una más una menos, es lo mismo. Ven, ven; que después bailaremos una gavota, una pavana, lo que gustes. ¿Estás contenta ?

AUR. — (*Palmoreando de alegría.*) ¡Ah, así sí!

CEL. — Antes, el escritorio. (*Llevan el escritorio hacia*

el foro.) Ahora, tres sillas aquí. (*Las coloca al frente del proscenio.*) Es la tumba de Julieta. Y aquí, este banquito. Es poco. ¡Ah! ¡los libros! (*Saca los libros de la biblioteca y los coloca escalonados frente al banquito, al pie de las sillas.*)

AUR. — ¿Y para qué?

CEL. — Figuran los escalones de mármol.

AUR. — ¡Ah, ah! ¿y si al bajar tropiezo y me caigo?

CEL. — ¡Jesús, qué miedosa! (*Terminando de arreglar los libros.*) Ya está. Ahora acuéstate.

AUR. — (*Se sienta en la silla del medio y al recostarse advierte que no hay almohada.*) ¿Y sin almohada? ¡Ah, no! es muy bajo y me voy á marear.

CEL. — Espera. (*Trae más libros y los coloca sobre la silla al lado de Aurora.*) Estos libros. Ya tienes almohada.

AUR. — Es una almohada muy dura; va á dolerme la cabeza. Me quedo sentada.

CEL. — No, sentada no, porque no es lo mismo.

AUR. — Entonces me voy. (*Se va corriendo, Celina la detiene.*)

CEL. — Sí, sí, es lo mismo; quédate sentada. Ahora te callas, y escucha bien mis instrucciones.

AUR. — Soy toda oídos.

CEL. — Tú no debes mover ni un dedito cuando entra Romeo, porque estás muerta. ¿Oyes?

AUR. — Sí; ¿y después?

CEL. — Después, yo, ó sea Romeo, se acerca á la tumba, llora, se desespera; pero tú, siempre calladita y quietecita. Despiertas cuando te haré seña; te levantas, haces así y dices: (*Pasándose las manos por los ojos.*) ¡Ah! ¿Estoy despierta ó estoy dormida? ¿es-



toy muerta ó estoy viva ? llamas : ¡Romeo, Romeo, ven, sálvame tú! Yo te oigo, me vuelvo y te veo á tí, blanca como la nieve, inmóvil como una estatua; te creo una aparición y llamo : ¡Julieta! Tú avanzas, arrojas un grito, corres hacia mí, yo, hacia tí, y nos abrazamos; yo tambaleo, caigo y muero. Tú, desesperada te apoderas del puñal, te matas, caes, mueres... y... se acaba la tragedia. ¿Has comprendido ?

AUR. — (*Levantándose.*) Me parece que me has aturdido.

CEL. — Sí, sí; has comprendido muy bien. (*Se vuelve para irse; Aurora la detiene.*)

AUR. — No he comprendido nada.

CEL. — Repasa tu papel que vuelvo en seguida. (*Trata de irse.*)

AUR. — (*Deteniéndola de nuevo.*) Pero, escucha...

CEL. — ¿El batón de mamá ?... ya te lo traigo.

AUR. — No, es que...

CEL. — Sí, te lo traigo, te lo traigo.

AUR. — No digo eso...

CEL. — Voy y vuelvo en seguida. (*Vase corriendo.*)

## ESCENA II

### AURORA SOLA

AUR. — No hay vuelta que darle. ¡Está tan entusiasmada con su Romeo y su Julieta!... Á mí, francamente, no me hace mucha gracia! Si llega mamá y ve este revoltijo, ya nos vamos á lucir! Disuadir á Celina es imposible, y yo tengo miedo. Lo mejor es que me vaya al jardín y la deje á ella sola que se las com-

ponga como le parezca. Sí, sí; me voy. (*Vase corriendo por el lado opuesto del que salió Celina, pero al llegar á la puerta se detiene y vuelve al proscenio.*) Pero es muy capaz de ir á buscarme y traerme aquí otra vez aunque yo no quiera. Entonces... lo mismo da! ¡Ah! ¡una buena idea! Llamo á Robustiana, ella que es tan complaciente, la mando al balcón, así nos avisará cuando llega mamá, y tenemos tiempo de acomodar todo y salvarnos del granizo. (*Llamando en voz alta.*) ¡Robustiana, Robustiana!

### ESCENA III

#### AURORA Y ROBUSTIANA

ROB. — (*Por la izquierda.*) Aquí estoy, niña. ¿Qué desea? ¡Ay, Jesús de mi vida! ¿Qué significa este desorden? ¿Qué han hecho ustedes, picaronas, en vez de estudiar como les había ordenado su mamá? ¡Y los libros! Vean ustedes esto ¡en el suelo! (*Trata de levantarlos.*)

AUR. — Déjalos; son los escalones de la tumba.

ROB. — ¿Eh? ¿Escalones estos libros? ¡Y en la silla! (*Va á recogerlos.*)

AUR. — Déjalos, es la almohada.

ROB. — ¡Almohada estos libros! ¿Qué almohada?

AUR. — La de Julieta.

ROB. — ¿Julieta? No entiendo lo que dice. (*Recogiéndolos.*)

AUR. — (*Con enojo.*) Te digo que no toques nada; que lo dejes todo como está.

ROB. — ¿Y si llega su mamá?

AUR. — Para eso te he llamado. Escucha, Robustiana :  
(*tomándola de las manos, y con voz cariñosa*) debes  
hacerme un gran favor.

ROB. — ¿Cuál ?

AUR. — Ponerte de centinela.

ROB. — ¿ De qué ?

AUR. — De centinela.

ROB. — ¿ Y adónde ?

AUR. — En el balcón.

ROB. — ¡ Vaya el capricho ! ¿ Y para qué ?

AUR. — Para avisarnos cuando veas venir á mamá.

ROB. — ¡ Ah ! para avisarles cuando... ya, ya. ¿ Y qué  
piensan ustedes hacer ?

AUR. — Jugar.

ROB. — Por supuesto, ya se ve. ¿ Y le parece á usted  
lindo engañar á su mamá que les traerá sabrosos dul-  
ces para recompensarlas del estudio ? Pero al ver  
ésto, ¡ ya les dará á ustedes dulces, sí ! dulces amargos.

AUR. — No, Robustiana, porque tú nos avisarás ; y de  
los dulces que traiga mamá, la mitad serán para tí.  
¡ Te gustan tanto ! (*Haciéndole cariños.*)

## ESCENA IV

### DICHOS Y CELINA

Entra por la izquierda Celina, con una capa negra puesta de través, gorra  
de niño con una pluma larga de plumero ; cinturón y una espadita ; un  
batón blanco sobre el brazo.

CEL. — Ya estoy pronta. (*Al ver á Robustiana se de-  
tiene algo avergonzada.*) ¡ Ah !



ROB. — (*Haciendo la señal de la cruz.*) ¡Jesús padre y señor nuestro! ¿De dónde sale usted puesta así de mamarracho?

CEL. — Mamarracho serás tú. Este es Romeo (*señalándose á sí misma*), y ésta es Julieta. (*Señalando el batón*).

ROB. — ¿Ese batón Julieta? ¿Si habrá perdido el juicio esta niña?

CEL. — Pronto, Aurora; ponte el batón. ¡Ah! Robustiana, ya que estás aquí, harás de padre Lorenzo.

ROB. — ¿De qué?

CEL. — Me explico: vamos á representar Romeo y Julieta.

ROB. — ¿Y quiénes son esos señores?

AUR. — Los que representaron anoche en el teatro.

CEL. — Y como también figuraba un padre Lorenzo, tú lo vas á representar.

ROB. — ¿Yo? ¡No faltaba más! Una me quiere de centinela y la otra de padre Lorenzo.

CEL. — ¿Qué es eso de centinela?

ROB. — Que Aurorita quiere que esté en el balcón para avisarles cuando venga su mamá.

CEL. — ¡Excelente idea! Paciencia, me pasaré sin el padre Lorenzo. (*Con ademán imperativo.*) Vaya á su puesto Robustiana.

ROB. — ¿Á estar de centinela? ¡Nunca! porque no les puedo permitir...

CEL. — (*Cuadrándose delante de la puerta.*) Ó el padre ó el centinela; sino, no pasas.

AUR. — (*Asiéndola del brazo.*) Ó el centinela ó el padre, sino, no te vas.

CEL. — (*Asiéndola del otro brazo.*) Robustianita, no

seas mala; sabes que te queremos mucho. ¿Verdad?  
Aurorita.

AUR. — ¡Y cómo no! ¡Si es tan buena! Robustianita queridita. (*La acaricia.*)

ROB. — Sí, sí; ahora soy Robustianita y queridita, ¿verdad? pero después, cada travesura que me hacen!...

CEL. — Travesuras, ¿nosotras? ¿nosotras? *Jamais de la vie* (*Con gravedad cómica.*)

ROB. — No hable inglés, porque ya sabe que no lo entiendo.

CEL. — (*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja! Inglés, ¡si es francés!

AUR. — Conque ¿vas á quedarte de centinela?

CEL. — Y nos vas á avisar, ¿sí, eh?

ROB. — Pero, mis hijitas...

CEL. — ¿No, no? Mira Robustiana, que le digo á mamá que ayer le tomabas el chocolate.

ROB. — Era para probarlo si estaba bastante dulce, mi hijita.

AUR. — Sí, probarlo, probarlo; si te descuidas dejas la taza vacía.

ROB. — Estas niñitas son unos diablitos.

CEL. — Angelitos de Dios somos, que te queremos mucho, mucho, mucho. (*Abrazándola y besándola.*)

AUR. — (*También abrazándola y acariciándola.*) Sí, mucho, muchísimo. Tan buena, buenita Robustianita!

CEL. — Queridita que se marcha enseguidita á estar de centinela. Ricura, pochocha.

AUR. — Pochochita rica... buena. (*La abrazan, la tiro-nean, la empujan hacia la puerta.*)

ROB. — (*Aturdida.*) Y... basta... basta... no me aturden. Sí, haré lo que ustedes quieran. (*Se desprende de las niñas y vase corriendo por la derecha.*)

## ESCENA V

CELINA Y AURORA

CEL. — (*Vuelve al proscenio palmoteando de alegría.*)  
¡Por fin la convencimos! Ponte el batón. (*La ayuda.*) Ya está. Vamos, acuéstate.

AUR. — He dicho que acostada, no.

CEL. — Bueno, como quieras. (*Aurora se sienta en la silla del centro.*) Cierra los ojos. (*Aurora cierra los ojos.*) No te muevas. Ya entra Romeo con el guardián.

AUR. — (*Poniéndose de pie.*) Y el guardián ¿quién lo hace?

CEL. — (*Enojada.*) Que te calles; el guardián lo hago yo. (*Aurora se vuelve á sentar y cierra los ojos. Celina se dirige á una puerta lateral, se envuelve en la capa; entra y finje hablar con otro personaje, con voz quejosa.*) Gracias, mi amigo. Ahora déjame solo. (*Cambiando tono de voz.*) — No, señor; solo no os puedo dejar. (*Con su voz.*) — Te lo suplico, amigo. (*Alterando la voz.*) — Desobedeceros me manda mi deber. — Te digo que te vayas. — No debo obedeceros. (*Con ademán imperioso.*) — Vete. Y el guardián se va. (*Da una media vuelta; luego baja al proscenio. Ahuecando la voz.*) La tumba de mi Julieta adorada, ha de estar por aquí... ¡Ah! Esta es; ya la encontré. Esta forma blanca, vaporosa, vaga, encierra los despojos de la que fué... de la que fué...

AUR. — (*Abriendo los ojos é incorporándose.*) No, señor; el Romeo del teatro no decía así.



CEL. — Que te calles. Claro que no decía así. Vaya tu pretensión de que uno se acuerde palabra por palabra. Se dice un más ó menos. Bueno, silencio. (*Aurora vuelve á cerrar los ojos y á quedar inmóvil. Con tono declamatorio.*) ¡Ay mi Julieta! El destino fatal separado nos ha, mas la muerte reunirnos sabrá. (*Rápidamente y bajando la voz.*) Me olvidé el frasquito del veneno. Y ahora ¿cómo hago?

AUR. — (*Abriendo los ojos é incorporándose.*) Sobre el escritorio está el de la goma. (*Vuelve á quedar inmóvil.*)

CEL. — ¡Ah, sí! (*Se apodera del frasquito y sigue en tono declamatorio.*) ¡Ven, ven ¡oh! dulce néctar! (*Con voz natural y rapidez.*) Te toca á tí, Aurora. (*Alterando la voz.*) Tráeme el reposo, el olvido. (*Se lleva el frasquito á los labios y finge beber.*)

AUR. — (*Se incorpora y suspira pasándose las manos por los ojos.*) ¡Ah! ¿Qué es ésto? ¿Estoy despierta ó estoy dormida? ¿Estoy muerta ó estoy viva? ¿Dónde estoy? ¡Qué obscuridad, Dios mío! (*Baja al proscenio en dirección contraria á la de Celina.*)

CEL. — (*Con un grito.*) ¡Qué veo! ¿Es de mis ojos ilusión, ó veo allí una aparición? (*Con voz natural y apresurada.*) Suspiras y llamas á Romeo.

AUR. — (*Con un suspiro.*) ¡Ay de mí! ¡Romeo, Romeo!

CEL. — (*Con un grito.*) ¡Julieta!

AUR. — Esta voz... ¿quién eres?

CEL. — Romeo, ¿y tú?

AUR. — Julieta.

CEL. — ¡Ah! ¡Mi Julieta!

AUR. — ¡Mi Romeo! (*Se abrazan.*)

CEL. — (*Con voz natural y apresurada.*) ¿No vez que tambaleo? pregúntame qué tengo.

AUR. — ¿Qué tienes Romeo?

CEL. — (*Apoyándose en el hombro de Aurora.*) ¡Ah, mi Julieta! ¡tú no sabes lo que nos espera!...

## ESCENA VI

### DICHAS Y ROBUSTIANA

ROB. — (*Entra corriendo por la derecha.*) ¡Su mamá! su mamá! ¡Pronto todo en su sitio! (*Las niñas arrojan un grito.*)

AUR. — ¿Ves lo que nos espera? un sermón con acompañamiento de música. (*Haciendo el ademán que indica castigar.*)

CEL. — Ayúdame, Robustiana, á sacarme la capa.

AUR. — Robustiana, ayúdame á sacar el batón.

ROB. — Una por vez; no puedo partirme en dos. Ya está. Venga Aurora. Apresúrese Celina; saque los libros; llévelos á su sitio. El escritorio déjelo; yo lo traigo. (*Pone el escritorio en el sitio de antes.*)

AUR. — Y las sillas...

CEL. — Y los libros... Toma Robustiana (*dándole el batón, la capa, etc., todo envuelto*), ésto te lo llevas y lo pones en su sitio.

AUR. — Pronto, que ya sube la escalera. (*Empujando á Robustiana.*)

CEL. — Sí, vete; pronto, pronto. (*La empuja.*)

AUR. — Sí, sí, de prisa, de prisa.

ROB. — ¡Eh!... ya me voy... ya. (*Vase.*)

## ESCENA ÚLTIMA

CELINA Y AURORA

CEL. — Toma tu libro de aritmética y estudia en voz alta. Y yo, la geometría. *(Cada una de ellas toma su libro y se sienta al escritorio — si hay telón — y si no lo hay, paseando con el libro abierto en las manos como quien estudia, se retiran de la escena, diciendo en voz muy alta.)*

AUR. — La aritmética es la ciencia de los números.

CEL. — El poliedro tiene las superficies planas.

AUR. — La ciencia de los números.

CEL. — Las superficies planas.







DIÁLOGOS





la admirable mujer! los habrá exhortado á tener valor y fe en Dios.

NIE. — Parece que ellos contestan. ¿Qué dirán?

LOLA. — Lo único que se puede contestar á esa valerosa mujer : ¡que morirán por la patria!

NIE. — Observa. ¿No te parece que el general San Martín estrecha la mano de esa dama?

LOLA. — Sí, por cierto. ¡Oh! ese gran hombre nunca deja de demostrar su admiración por las grandes y nobles acciones. ¡Dios te guíe á la victoria valiente y generoso patriota! (*Las dos niñas saludan con el pañuelo.*)

NIE. — ¡Mira allí! ¿Ves que agitan un pañuelo? Dos... tres...

LOLA. — Sí, sí; saludan aquí. ¡Son ellos, son ellos! Mis dos hermanos y el tuyo.

NIE. — ¡Qué suerte! ¡Se han reunido! (*Saluda.*) ¡Que Dios os proteja á todos y podáis volver!

LOLA. — (*Saluda.*) ¡Qué Dios os bendiga y seáis victoriosos! (*En este momento prorrumpe la música en una marcha militar.*) Ya están de marcha. (*Conmovida.*)

NIE. — Ya se van... parten... (*Agitando el pañuelo.*) ¡Adiós, adiós...!

LOLA. — Adiós... adios...

NIE. — (*Conmovida.*) ¡Cuántos no volverán!

LOLA. — No me turbes; ten valor. (*Volviéndose, advierte el ramo de flores, lo coge y da con rapidez la mitad á Nieves.*) Toma, será nuestro último saludo. (*Van á la ventana y arrojan por ella las flores como si las enviaran lejos.*) ¡Combatid con valor!

NIE. — ¡Siempre adelante!

LOLA. — Y adiós... adiós...

NIE. — Adiós... adiós... (*La música poco á poco se hará más débil cual si se alejara.*) Ya se van...

LOLA. — Se van... se van... (*Las dos se vuelven al mismo tiempo y se arrojan sollozando una en brazos de la otra, luego se arrodillan y juntan las manos.*).

LOLA y NIE. — ¡Cielos, protegedlos! (*Permanecen en actitud de orar mientras sigue oyéndose la música. Lentamente baja el telón.*)





*Personajes : HEBE y su mamá*

Una sala ; hacia la derecha una mesa, y un sillón junto á ésta. Derecha é izquierda las del actor. Una puerta, abierta, en el foro ; frente á la puerta, en el exterior del escenario, un ropero ; junto á éste, una silla. Al levantarse el telón, la mamá, de pie junto al ropero, abierto, y sacando del mismo unos vestidos de niña, los cuales dobla y coloca sobre el respaldo de la silla ; sobre el asiento de la misma, varios juguetes. Hebe, de pie cerca de la puerta.

## ESCENA ÚNICA

HEBE Y SU MAMÁ

HEBE. — (*Vuelta hacia su mamá, con enojo y golpeando un pie en el suelo.*) No, no quiero, no quiero! Toda esa ropita y esos juguetes son míos, míos! No quiero darlos! ¡no quiero! ¡no quiero!

MAMÁ. — (*Volviéndose á la niña, con dulzura*) Hebe, vida mía, ¿quieres hacerme creer que eres mala? ¿que en tu corazoncito no se alberga el sentimiento de



la piedad? ¿que tu almita no siente el placer de caridad? ¿Es posible que esos hermosos ojos, de mirada tan tierna, tan bondadosa, sólo viertan lágrimas brotadas por el impulso de tu propio pesar, nunca por el pesar ajeno?... ¿Eh? responde, mi nena querida, ¿ya no quieres tú ser el encanto mío?

HEBE. — Yo no sé nada, ni quiero saber nada. Todo eso es mío, sólo mío, y no quiero que otros chicos se vistan con mi ropita y jueguen con mis juguetes (*Acercándose á la mamá, llorosa y juntando las manos.*) No, mi mamita; no los des, sino tu Hebe enfermará y luego se morirá. (*Llora fuerte.*)

MAMÁ. — (*Mirándola con tristeza.*) ¡Ah, hijita mía! el egoísmo me entristece. Es preciso dominarlo, es preciso vencerlo. (*Queda un momento pensativa, luego resuelta, vuelve á poner en el ropero los vestidos, los juguetes, y lo cierra; toma á Hebe de las manos y le enjuga los ojos mientras se acerca al proscenio.*) Vén, alma mía, vén. No llores, mi tesoro. Tu ropita quedará toda guardadita en el ropero, ningún chico la usará; tus juguetes los dejaremos en sus cajas, ningún niño jugará con ellos.

HEBE. — (*Batiendo palmas de alegría.*) ¿De veras, mamá?

MAMÁ. — Sí, mi amor, de veras. (*Se sienta en el sillón junto á la mesa.*) Pero es lástima, lástima grande porque la que pierde eres tú; tú sola vida mía.

HEBE. — (*Acercándose á la mamá.*) ¿Y qué pierdo, mamá?

MAMÁ. — ¡Oh! ¡muchas cosas!

HEBE. — ¿Qué cosas?

MAMÁ. — Ante todo, el cuento que todas las noches su

lo contarte, y que tanto te divierte. Pues bien, sábelo; desde hoy ya no habrá cuentos.

EBE. — Sí, mamita, yo quiero cuentos.

AMÁ. — Imposible, hijita mía; siempre te he dicho que por mis cuentos exigía una recompensa, ésta era la bondad de tu corazón; tú, no la tienes, no puedes dármela; los cuentos se acabaron.

EBE. — (*Llorando.*) ¡Hi, hi, hi! no se acabaron, no!... ¡hi, hi, hi! Quiero cuentos, sino me enfermo, me muero, y me voy con Dios. (*Sigue llorando.*)

AMÁ. — Á las nenas malas Dios no las quiere.

EBE. — Entonces lloraré mucho, y muy fuerte. (*Llora fuerte.*) ¡He, he, he! Mamita, ¿me contarás cuentos?

AMÁ. — ¡He dicho que no!

EBE. — (*Vuelve á llorar.*) ¡Hi, hi, hi! ¡he, he, he! ¿No sabes más, mamita?

AMÁ. — ¡Oh, ya lo creo que sé muchos todavía! Y sé uno largo... largo... que trata de una alma hermosa, muy buena, y de ángeles, pájaros y flores.

EBE. — (*Batiendo palmas.*) ¡Ay qué lindo! Ese ¿me lo cuentas, mamá? Sí, mi mamita querida; sino lloro. (*Llora.*) ¡He, he, he!

AMÁ. — Basta ya de llorar. (*La sienta en sus rodillas.*) ¿Qué me das si te lo cuento?

EBE. — ¿Me lo cuentas esta noche misma?

AMÁ. — Esta noche misma.

EBE. — ¿Sí? Bueno, te doy... (*Pensando.*) un juguete.

AMÁ. — Bien; ¿y qué más?

EBE. — ¿Más todavía?

AMÁ. — Ya te he dicho que el cuento es largo.

EBE. — Te daré un vestido viejo de mi muñeca.

AMÁ. — ¿Para qué sirve? Dame uno tuyo.

HEBE. — (*Con un suspiro.*) ¡Ay, Dios mío! ¿Es lindo el cuento?

MAMÁ. — No sé; pero pienso que te agradará.

HEBE. — Entonces te daré un vestido mío, pero el más feo y el más usado.

MAMÁ. — Debe ser el más nuevo y el más lindo, sino no hay cuento.

HEBE. — No, mamita; te daré dos... ó tres de los viejos.

MAMÁ. — Vaya por los dos ó los tres. También me darás, mediecitas, zapatos, delantales y una de tus muñecas.

HEBE. — ¿Todo eso por un cuento sólo?

MAMÁ. — ¿Te parece mucho? Apuesto á que terminado me darás mucho más.

HEBE. — ¿Más todavía? ¡Eso sí que no! Y me lo vas á contar *ahorita* mismo, sino no te doy nada.

MAMÁ. — No debiera complacerte; mas lo haré para que tú también seas complaciente conmigo. Vén, encanto mío; siéntate aquí y escucha la historia que voy á narrarte. (*La sienta sobre la mesa.*)

HEBE. — ¿No es un cuento?

MAMÁ. — Historia ó cuento para tí es lo mismo, mientras te agrade ¿qué más da? Escucha. Dicen que Dios, el creador del mundo, después que hubo terminado su obra maravillosa, sentóse en su trono de esplendentes nubes á contemplarla, y mientras se regocijaba por haber llevado á término obra tan portentosa, pensaba si estaría perfecta, si no se habría olvidado él de alguna cosa. Mientras absorbíase en tales reflexiones, su frente se arrugaba, su rostro se contraía. Sus ojos se empañaron, y suspirando con profundo pesar exclamó: « ¡No, no eres perfecta obra



mía maravillosa! pero mi inmenso poder no alcanza más allá; no puedo hacerte perfecta; me es imposible hacer que en el mundo se evite lo que en él fatalmente será inevitable. » Y el creador del mundo, el Todopoderoso, inclinó la frente y lloró. Y las lágrimas, al brotar de sus ojos, se cuajaron en los párpados, quedando prendidas en ellos como diamantes en sus engarces. Mas, de pronto, su rostro se iluminó: « Sí, — dijo — aún fáltame dar vida á otra criatura; y la formaré con mi sangre, con mis lágrimas, y será parte de mí mismo. » El Hacedor del universo se hirió en el corazón, brotó de él una gota de sangre, recogió esa gota, desprendió las lágrimas de sus ojos, el aliento cálido de un suspiro las envolvió y: *fiat*, repitió Dios, y ante Él apareció, surgida de entre sus manos, una alma, la más bella, la más perfecta que hasta entonces Él había creado. Dios lo comprendió así y la contempló extático, gozoso; dióle vestidura de mujer, la besó en la frente y llamola Caridad. La veló con el manto de su túnica, con un rayo de sol formó una aureola en derredor de su cabeza, y envió á la tierra la divina alma Caridad.

HEBE. — ¿Y qué hizo en la tierra? mamita.

MAMÁ. — Cuando hubo descendido á la tierra, alma Caridad se mostró desde luego digna de la misión que el Señor su padre habíale confiado. Recorrió las ciudades, los pueblos, la campaña, las selvas y los mares. Formó asociaciones benéficas, fundó hospitales, fundó asilos; penetró en los claustros, en las cárceles, en los tugurios fétidos y miserables; entró en la pobre habitación del obrero, en la humilde casa del campesino, en la cabaña del pastor, en la choza del salvaje,

en el refugio del mendigo, en el camarote del viajero. Y desde entonces, alma Caridad cuida enfermos, vela cadáveres, los acompaña hasta el sepulcro, vierte lágrimas y siembra flores sobre sus fosas; socorre á inocentes y á culpables, á buenos y á malvados; baja hasta los antros, sube hasta al cadalso, desciende hasta el fango, asciende hasta el trono; regenera al vicioso, perdona al delincuente, levanta al caído, consuela al encumbrado; y con su aureola de sol penetra en esas pobres almas sombrías, que agonizando, viven sin fe, sin amor, sin piedad, sin esperanzas; inúndalas de luz, infúndeles nueva vida y conquístalas para su reino. Y en todas partes entra ella dulce, tierna, amorosa, humilde, á veces tímida, á menudo silenciosa, siempre modesta y delicada como un perfumado ramillete de violetas.

HEBE. — Dime, mamá, ¿ alma Caridad es como Dios, que está en todas partes ?

MAMÁ. — Sí, bien mío; en todas partes, allí donde se sufre y se llora, donde se padece y se gime.

HEBE. — ¿ Entonces no entra en la casa de los ricos ?

MAMÁ. — Ya te he dicho que asciende hasta al trono. También los ricos suelen necesitarla. Pero casi siempre que ella entra en sus lujosos palacios, no es para dar sino para pedir.

HEBE. — ¿ Para pedir ? ¿ Y le dan ?

MAMÁ. — Sí, mi hijita; alma Caridad es pobre, y si los ricos no le abrieran sus cofres, si el Trabajo, el Comercio, el Arte y la Ciencia no le dieran parte del fruto de su labor, ¿ cómo podría ella socorrer á tantos desventurados ?

HEBE. — ¿ Y hay muchos desventurados ?

MAMÁ. — ¡Ay, sí! ¡querida mía! ¡muchos, muchos!

HEBE. — ¿Cuántos?

MAMÁ. — No sé, mi hijita...

HEBE. — ¿No se puede contarlos, mamá?

MAMÁ. — Ángel mío, ¿podrías tú contar las estrellas del cielo, los gusanos de la tierra? ¿Los árboles derribados, las ramas cortadas, las hojas arrastradas por el viento? ¿La hierba pisoteada, las semillas dispersas, las flores tronchadas, los pájaros heridos, los nidos abandonados? ¿Podrías tú contarlos, dí?

HEBE. — ¿Tanto como todo eso hay? De veras que son muchos. ¿Y los ricos, y esos señores que has nombrado, le dan á alma Caridad para socorrer á todos?

MAMÁ. — Á todos los que ella pueda y alcance á conocer.

HEBE. — ¡Cuánta plata y cuántas cosas lindas le darán!... Yo también quisiera ser alma Caridad. Las cosas más lindas se las guardará para ella, ¿verdad? mamita.

MAMÁ. — Para ella tan sólo guarda lágrimas y suspiros.

HEBE. — ¿Nada más? ¿Todo lo da, todo? ¡Cómo deben quererla!

MAMÁ. — No siempre, nena mía; los hombres algunas veces la rechazan, y hasta llegan á injuriarla y olvidarla.

HEBE. — Porque son unos malos y hay que castigarlos.

MAMÁ. — No, corazoncito mío; hay que perdonarlos.

HEBE. — ¿Perdonarlos? ¿Por qué?

MAMÁ. — Porque de ellos no es la culpa si son malos.

HEBE. — ¿De quién es, entonces?

MAMÁ. — De nadie, vida mía; ellos sólo obedecen á una



ley ó fuerza poderosa de su naturaleza, y sufren el rigor de su mandato que les vuelve ingratos, olvidadizos y hasta malvados.

HEBE. — Pero, mamita, alma Caridad siempre es buena y nunca es mala, ¿verdad ?

MAMÁ. — Nunca.

HEBE. — ¿ Y por qué los hombres no son como alma Caridad ?

MAMÁ. — Porque alma Caridad es perfecta y ellos no lo son.

HEBE. — ¿ Por qué no lo son ?

MAMÁ. — Porque alma Caridad es del cielo.

HEBE. — ¿ Y los hombres ?

MAMÁ. — De la tierra. Y basta ya de preguntas, nena mía, porque entonces es cosa de nunca acabar.

HEBE. — ¿ Y el coro de ángeles ?

MAMÁ. — Á eso voy; ya empieza. En una espléndida tarde de primavera, alma Caridad, descansando un momento de su noble tarea, se paseaba por una ancha avenida solitaria, y mientras tanto, pensaba si cumplía ella fielmente la misión que el Señor su padre habíale confiado; si no se olvidaría de otros desventurados que la necesitaran, cuando de improviso un coro de voces infantiles la detuvo.

HEBE. — ¿ Era el coro de ángeles, mamá ?

MAMÁ. — Sí, vida mía.

HEBE. — ¿ Y qué decía ?

MAMÁ. — Esto decía : « Somos los ángeles, ángeles dichosos de nuestro feliz hogar; ángeles de alegría, ángeles de consuelo, ángeles de paz. Dios, Padre y Señor nuestro, que nos has hecho ángeles del mundo, y en él nos brindas, con un presente feliz, un hala-

güño porvenir, de rodillas sobre esta tierra cubierta de flores, perfumada con sus fragancias, humedecida por el rocío del cielo, templada por la fecunda luz del sol, aquí, entre trinos de pájaros y murmullos de las fuentes, á Tí elevamos un coro en acción de gracias por tu infinita bondad. Los ángeles venturosos de la tierra te saludan, te bendicen, te agradecen. » Terminó el coro de ángeles venturosos; se alzó un ruido como de batir de alas, se oyeron pasitos presurosos, luego resonaron risas, carcajadas, alegres palmoreos, que llenaban el alma de dulzura y alborozábanla de placer. Aceleró el paso alma Caridad hasta el fondo de la avenida, la cruzó... y se detuvo. Se detuvo extática contemplando aquel cuadro de sin igual belleza que ningún pintor creara. En un vasto y muy bello jardín, con estanques, arroyos, fuentes, frondosos árboles, innumerables pajarillos gorjeando entre el verde follaje, y flores en profusión, millares de criaturitas...

HEBE. — ¿ Eran los ángeles del coro, mamá ?

MAMÁ. — Los ángeles del coro, sí, mi bien; todas risueñas, vivarachas, inquietas y ligeras como tantas mariposas; y con sus vestiditos vaporosos y de variados matices; con sus cabellos de distintos colores, ya ondulados, crespos, lacios, sueltos ó trenzados; con sus ojos de todos tamaños, expresión y color; con sus mejillas regordetas, rosadas, blancas ó morenas; sus labios rojos y húmedos; sus dientecitos como lucientes perlitas; esas frescas y lozanas criaturas eran las más bellas flores de aquel hermoso jardín. Y esas flores ángeles y esos ángeles diablitos, corrían, saltaban, se trepaban á los árboles, daban vueltas, se

descolgaban sobre el césped, ó jugaban á las esquinatas, al pescador, á la sillita de oro...

HEBE. — Y á la *ronga catonga*, ¿no, mamá?

MAMÁ. — También á la *ronga catonga*; y se perseguían, se empujaban, se caían, rodaban por el suelo, se levantaban; unas se abrazaban, otras se besaban, también sonaba algún cachete; y en medio de tanto regocijo, de tanta algazara, resonaban las alegres carcajadas, y se oían todas á la vez esas vocesitas, que parecen rivalizar con el gorjeo de los pajaritos, y que inundan de ternura nuestro corazón, haciéndole sentir un deseo imperioso de abrazar y besar furiosamente, así como defender y amparar á todos esos angelitos, que también son flores, y también son diablitos. ¡Oh! ¡cuadro encantador, divino! Alma Caridad lo contemplaba arrobada. De pronto la decoración cambió. Sobre un pedazo de tierra desnuda y fría, otros millares de criaturitas...

HEBE. — ¿Esas también eran ángeles?

MAMÁ. — Sí, vida mía.

HEBE. — ¿Y también cantaban un coro?

MAMÁ. — Sí, alma de mi alma.

HEBE. — ¿Y decía lo mismo que el otro?

MAMÁ. — ¡Ay, no! dulce amor mío. Decía: «Somos los ángeles desventurados de la tierra; somos los pobres ángeles abandonados; sin hogar, sin pan, sin abrigo, sin cariño, sin alegrías, sin consuelos, sin guía. ¡Ay! con un presente tan cruel ¿en qué nos convertiremos? ¿cuál será el porvenir que nos espera? ¡Ay! Padre y Señor nuestro, Dios de bondad, apiádate de estos tus ángeles infelices, que de rodillas sobre esta fría tierra, que regamos con nuestras lágrimas, en



coro te saludan, te bendicen é imploran tu piedad y misericordia. ¡Piedad, Señor, piedad!... » Se oyó un lamento prolongado, intenso, desgarrador; resonaron llantos y sollozos. Alma Caridad, muda de dolor, contemplaba á esos millares de angelitos, sucios, harapientos, de cabellos desgreñados, mejillas pálidas, labios lívidos, ojos espantados ó ya infinitamente tristes. Y esos angelitos, pobres flores marchitas, pobres pajaritos sin nido, ateridos de frío, extenuados de hambre, seguían en coro implorando á Dios su misericordia y su piedad. ¿Lloras? Hebe mía.

HEBE. — (*Llorando.*) ¡Pobrecitos!... Dime, mamita, si no tenían pan ni vestido, ¿tampoco tendrían juguetes?

MAMÁ. — Tampoco.

HEBE. — ¡Ay, pobres angelitos! Y... (*pensativa*) escucha mamá. ¿Por qué Dios quiere eso?

MAMÁ. — Dios no lo quiere, vida mía; pero eso, como tú dices, es una de las tantas cosas que su poder, al crear el mundo, no pudo evitar; y por eso lloró; y por eso formó con sus mismas lágrimas y con su propia sangre al alma Caridad y la envió á la tierra.

HEBE. — ¿Y qué hizo, mamá, alma Caridad cuando escuchó el coro de ángeles desventurados y los vió tan pobrecitos?

MAMÁ. — Se volvió con paso presuroso y fué á llamar á las puertas de sus amigos. Éstas se abrieron de par en par para recibir á la divina visitante; ella les hizo escuchar el coro de ángeles que seguían implorando: « ¡piedad, piedad! » Y entonces los donativos llovieron, llovieron de todas partes; desde el palacio del opulento magnate, que entrega su cartera repleta

de monedas de oro, hasta la humilde vivienda del obrero que da su alcancía llena de monedas de níquel, fruto de largo y paciente ahorro. Y los pobres ángeles desventurados fueron amparados, tuvieron techo, cubrieron sus desnudos cuerpecitos, saciaron su hambre...

HEBE. — ¿También tuvieron juguetes?

MAMÁ. — También.

HEBE. — ¿Quién se los dió, mamá? ¿los otros ángeles?

MAMÁ. — Sí, almita mía; alma Caridad penetró en esos tiernos corazoncitos; ellos también escucharon el coro de los ángeles que imploraban piedad, y ellos también dieron; y tendieron sus bracitos, juntaron sus labios y se confundieron en un abrazo y un beso de fraternal amor; y juntos corrieron por el ameno jardín, retozaron sobre el césped florido...

HEBE. — ¿Y jugaron á la sillita de oro?

MAMÁ. — Y jugaron á la sillita de oro, y también entonaron todas las vocitas juntas el coro de ángeles.

HEBE. — ¿El de la piedad?

MAMÁ. — El de la gratitud; porque también para los pobrecitos desventurados brillaba el sol de la felicidad sobre la tierra.

HEBE. — Entonces, ¿ya no hay ángeles desventurados? mamá.

MAMÁ. — ¡Oh, sí! vida mía. Todavía hay; hay muchos; y alma Caridad los busca, los encuentra, y por eso cuando ella pide hay que dar; dar siempre, ¡Oh, nena mía! no te dice tu corazoncito que tú, siendo uno de los angelitos felices, debes socorrer á los angelitos...

HEBE. — *(No la deja terminar ; se levanta y corriendo vase por la puerta del foro ; abre el ropero, sube á una silla y saca del ropero sus vestidos y los coloca sobre el respaldo de la otra silla.)*

MAMÁ. — *(Sorprendida.)* Hebe, encanto mío, oye, escucha...

HEBE. — No puedo oír, no puedo escuchar.

MAMÁ. — ¿Qué idea repentina habrá cruzado por su mente ? *(Se vuelve y ve á Hebe encima de la silla.)*

¿Qué haces ? mi ricura.

HEBE. — No puedo contestar ahora, mamita ; déjame acabar.

MAMÁ. — *(Sonríe complacida mirándola.)* Recoge toda su ropita... ¿qué pensará hacer con ella ?

HEBE. *(En este mometo baja de la silla ; extiende un gran pañuelo sobre el asiento ; saca los juguetes del armario y los pone en el pañuelo.)*

MAMÁ. — Saca del ropero sus juguetes... ¡Ah! creo adivinar! *(Se levanta y se acerca á Hebe.)*

HEBE. — *(Entra risueña, corriendo, llevando en los brazos los vestidos que había dejado sobre la silla.)* Mama, todo esto es mío ; lo doy todo, todito á los ángeles pobrecitos... *(Deja todo sobre la mesa. Se va corriendo hacia la silla donde ha dejado los juguetes ; coge el pañuelo por las cuatro puntas y vuelve.)* Y estos juguetes, también los doy todos, toditos á los pobrecitos angelitos. *(Los deja sobre la mesa ; se vuelve á la mamá, la toma de las dos manos con cariño y gracia.)* ¿Estás contenta ? mamá.

MAMÁ. — ¡Oh, corazoncito mío! ¡encanto de mi vida! Bien lo sabía que al terminar mi historia, me darías mucho más de lo que yo te pedía. *(Se arrodilla ante*



*Hebe, y atrayéndola á sus brazos la cubre de besos.) Toma, tesorito mío; un beso, y uno más y ciento y mil. (En un arranque de cariño la levanta en brazos, se sienta en el sillón y sienta en sus faldas á Hebe acariciádodola.) Ven aquí, reclina tu cabecita en mi seno, y duérmete, queridita mía, mientras arrullaré tu sueño cantando el coro de los ángeles.*

HEBE. — ¿Cuál ? mamá.

MAMÁ. — Primero el de la piedad, después el de la gratitud. (*Hebe deja caer la cabeza sobre el seno de su mamá, cierra los ojos; la mamá la arrulla cantando muy quedo mientras baja el telón.*) Somos los ángeles desventurados de la tierra...



# La piedad de un niño <sup>(1)</sup>

*Personajes:* ADELA, madre de RICARDITO, niño ó niña de 7 ú 8 años.

*Avenida de una quinta:* á la izquierda (del actor) un banco. Gran cantidad de hojas amarillas esparcidas por el suelo.

## ESCENA PRIMERA

### RICARDITO

Ric. — *(Entra por la izquierda arrastrando muchas hojas amarillas ensartadas en un hilo de acarreto, en cuya extrmidad hay una aguja.)* ¡Ah, cuántas hojas caídas hay aquí! *(Se inclina y con la aguja sigue ensartando hojas, con afán.)* ¡No voy á poder ensartarlas todas! El hilo ya está casi lleno... y éstas son hojas chiquitas... *(Un soplo de viento, que puede imitarse con un fuelle entre bastidores, las arremolina y las aleja.)* Y el viento se las lleva... *(Corriendo tras las hojas.)* ¡Pícaro viento, malo! quédate quieto un momento. ¡Cuántas hay esta mañana, cuántas! La culpa la tiene este viento malo que sacude los árboles y las hace caer. ¡Yo no sé



(1) Este diálogo fué inspirado en la lectura de una breve narración publicada en la *Revista sudamericana*.

por qué hay viento! (*Otro soplo de viento aleja las hojas; Ricardito corriendo siempre tras ellas, arrastrando el hilo y ensartando hojas. Al viento.*) ¡Malo, malo! Quédate quieto de una vez. (*Alguien, entre bastidores, arroja puñados de hojas á la escena como impelidas por el viento; Ricardito se vuelve, al verlas, deja caer el hilo al suelo y junta las manos con dolor.*) ¿Todavía más hojas? (*Casi llorando.*) ¿Pero no sabes viento pícaro que yo no quiero que caigan las hojas? ¡que no deben caer! ¿No ves que no puedo recogerlas todas? porque son muchas, muchas, ¡y ya he levantado tantas, tantas! ¿Cómo haré, Dios mío, cómo haré? (*Levanta el hilo, luego lo deja caer con enojo.*) No, así no voy á acabar nunca; traeré una bolsa y las meto todas dentro. (*Vase corriendo por la derecha y vuelve en seguida con una bolsa; la pone en el suelo, la abre; se arrodilla; con ambas manos recoge las hojas y las pone dentro.*) ¡Así sí; hago más pronto! ¿Por qué no lo habré pensado antes? (*Sigue cayendo hojas; exasperado.*) Y siguen cayendo... y siguen. Parece que lo hicieran de propósito. (*Cuando las habrá recogido casi todas, mira en derredor y dice con júbilo.*) Ya me falta poquito... ¡qué suerte! (*Vuelve á caer hojas, al verlas Ricardito deja caer el puñado que tenía en la mano y dice con dolor*): ¿Otras? y cuántas... cuántas! (*Llorando.*) No voy á poder levantarlas todas, no voy á poder... no... no... (*Se sienta apoyado en las rodillas y sollozando deja caer la cabeza sobre el brazo.*)



## ESCENA II

### DICHO Y ADELA

Adela entra por la derecha leyendo ; al oír los sollozos levanta la vista y se aproxima á Ricardito.

ADE. — Ricardito, ¿ por qué lloras ? (*Se arrodilla á su lado acariciándolo.*)

RIC. — (*Llorando.*) Lloro porque... ese viento malo... hace caer todas las hojas... y yo no quiero que se caigan.

ADE. — (*Asombrada.*) ¿ No quieres que se caigan las hojas ?

RIC. — No, no quiero. Cuando no hay viento, yo me subo á los árboles y saco las hojas amarillas, porque son las amarillas las que se caen, ¿ sabes ? mamá ; pero hoy no puedo, ese pícaro viento sacude los árboles y las hace caer.

ADE. — ¿ Y por qué no quieres que se caigan las hojas ?

RIC. — Es un secreto.

ADE. — ¡ Un secreto ! ¿ tú tienes secretos para tu mamita ? (*Ricardo avergonzado inclina la cabeza.*) ¿ No lo puedo saber ?

RIC. — Bueno, mamita, te lo diré, si me ayudas á sacar todas las hojas amarillas para que no se caigan.

ADE. — (*Riendo.*) Pero, mi hijito, ¿ cómo quieres que yo suba á los árboles á sacar todas las hojas amarillas ? No poco trabajo piensas en darme.

RIC. — Y yo solito no puedo, porque hay muchos árboles. (*Lloriqueando.*)

ADE. — (*Se levanta, toma en sus brazos á Ricardo, lo*

sienta en el banco y ella se sienta á su lado.) Ven aquí mi rico, no llores y cuéntale á tu mamita el secreto, que si ella puede ayudarte te ayudará.

RIC. — Sabes que la mamá de Matildita está muy enferma ¿verdad?

ADE. — Sí, lo sé.

RIC. — Pero tú no sabes lo que yo sé; y ese es el secreto.

ADE. — ¿Y qué sabes tú?

RIC. — ¿Te acuerdas, mamá, de ese día que parecía de noche porque era muy obscuro, obscuro? (*Adela hace un signo afirmativo, sonriendo.*) Bueno, ese día yo estaba en casa de Matildita, y jugábamos á las escondidas. Yo me había escondido bajo la mesa del corredor y estaba por gritar: ¡Ya! cuando pasan al lado mismo de la mesa, el médico con la gobernanta de Matildita, y oigo á la gobernanta preguntar: «Y bien doctor, ¿qué me dice de la enferma?» Y el doctor contestó: «Ya no hay esperanzas, señora; cuando caigan las hojas, ella morirá». Y entonces dijo la gobernanta: «¡Pobre Matilde! Quedará huérfana, sola, ¿quién cuidará de ella? ¡Pobre criaturita!» Y se alejaron. ¡Á mí me dió muchas ganas de llorar!... Después pensé en sacar todas las hojas amarillas antes de que se cayeran, y las que el viento hiciere caer, levantarlas, porque así el doctor no sabe que se han caído y la mamá de Matildita no muere. ¡Pero son tantas... tantas... que yo solito no voy á poder, y si no me ayudan caerán todas, y Matildita se quedará huérfana... sola... ¡pobrecita! (*Llorando.*)

ADE. — (*Con ímpetu de cariño sienta á Ricardo en sus rodillas besándolo y abrazándolo con amor.*) ¡Mi án-

gel querido! ¡Dios te bendiga por tu piedad sublime!

RIC. — ¿Me vas á ayudar? mamá.

ADE. — ¡Pobre alma mía! Aunque te ayudáramos todas las madres unidas de la tierra, no podríamos impedir la caída de las hojas, ni la caída de esa pobre madre en la tumba.

RIC. — ¿Por qué? mamá.

ADE. — ¿Por qué?... (*Besándolo.*) Hijito mío, eres muy pequeño y aunque te lo explicara no alcanzarías á comprenderlo.

RIC. — Bueno, pero lo que yo comprendo es que he trabajado mucho ¿y todo mi trabajo habrá sido inútil? mamá.

ADE. — No, corazoncito mío; todo trabajo es útil en la vida, como toda bondad de alma deja huella fecunda, como todo acto piadoso merece una recompensa. ¿Sabes cuál será la tuya? Ricardito.

RIC. — ¿Cuál? mamá.

ADE. — Matildita; te doy tu amiguita por hermana, ella será mi hija; ¿quieres, Ricardito mío?

RIC. — (*Abrazando á Adela con alegría.*) Sí, quiero mamita, quiero.

ADE. — Si tu santa piedad no habrá podido salvar de la muerte á la mamá de Matildita, habrá librado á ésta de la dolorosa orfandad. (*Arrojan á la escena muchas hojas; en el mismo instante se oye lejano el tañido de una campana.*)

RIC. — ¡Mamita, mira cuántas hojas caídas trae el viento malo! (*Adela, emocionada deja al niño en el suelo, se arrodilla y abrazando á Ricardito, vueltos los ojos al cielo mueve los labios como si murmurara una oración. Breve silencio.*) Mamá, ¿por qué suena esa cam-



pana? (*Adela le besa la frente.*) ¡Cómo suena triste! ¿Lloras? mamita. ¿Por qué?

ADE. — (*Se seca los ojos, se levanta, toma de la mano á Ricardo.*) Vén, alma mía, vén; vamos á consolar á la pobre huérfana; llevémosle el cariño de una nueva madre, y el calor de un nuevo hogar. (*Se alejan lentamente por la derecha; siguen cayendo las hojas, y sigue el tañido de la campana hasta que desaparecen. Cae lentamente el telón.*)





## La leyenda del Cuervo

*Á la distinguida señorita Luisa Angélica Urquiza.*

*Á usted, mi apreciada discípula, gran cultora del arte de la declamación, me es grato dedicar esta leyenda.*

LA AUTORA.

*Personajes : LAURA, señorita de 18 á 20 años.*

*HILDA, niña de 13 á 15 años.*

La escena representa un saloncito ; es de noche ; lámpara encendida sobre una mesita en el centro. Un ramo de flores campestres en un florero sobre una mesita en el fondo, hacia la derecha.

### ESCENA PRIMERA

#### HILDA Y LAURA

Al levantarse el telón, Laura está leyendo un libro, sentada en un sillón junto á la mesita del centro.

HIL. — (*Entrando por la izquierda sin advertir la presencia de Laura ; se deja caer en un sillón cerca de la*

*puerta, y dice con voz sofocada por las lágrimas.) ¡Engañarme de esa manera! ¡Jamás los hubiera creído capaces de tanta maldad! No, no merecen perdón de Dios! ¡Es una infamia, una tiranía, una crueldad! (Rompe á llorar, dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sillón, cubriéndose el rostro con el pañuelo.)*

LAU. — *(Mirándola sorprendida.)* ¡Hilda! ¿Qué es lo que tienes? ¿Qué te ha sucedido? ¿Cuál es el motivo por el que tanto te desesperas? *(Hilda no contesta y llora más fuerte. Laura deja el libro sobre la mesita, se acerca á Hilda y la acaricia.)* Hildita, contéstame; no te desesperes así... no llores más... *(Hilda llora más fuerte.)* ¡Dios mío! Hilda, basta. Habla, pues; dime, ¿cuál es la causa de tu aflicción?

HIL. — *(Entre sollozos.)* ¡Ay, Laura mía! ¡Soy muy desgraciada!

LAU. — *(Con ironía.)* ¿De veras? ¡Pobrecita! *(Le levanta la cabeza, la besa y acaricia.)* ¿Y por qué eres tan desgraciada?

HIL. — Porque papá y mamá no me quieren.

LAU. — *(Con asombro afectado.)* ¡Es posible! Hilda, ¿cómo puedes suponer semejante cosa?

HIL. — No lo supongo, estoy segura.

LAU. — ¿Segura? ¡Ah! ¡ah! eso es ya muy grave. ¡Pobre Hilda mía! Vamos, pues; deja de llorar; seca esas lágrimas que te ponen muy fea. *(La levanta y abrazada la lleva hasta el sillón junto á la mesita. Laura se sienta en él y sienta á Hilda en sus rodillas ó en un banquito á sus pies.)* Siéntese aquí, y cuénteles á su hermanita todas sus penas. Veamos, ¿qué es lo tan grave que le han hecho papá y mamá, para disgustarla tanto?



HIL. — (*Siempre llorando.*) Me han ofendido.

LAU. — ¿Sí? ¡Oh, qué exceso de crueldad! ¡Ofender á mi Hildita!

HIL. — Y una ofensa gravísima.

LAU. — ¿De veras? Esto pasa los límites. Cuenta, pues, ¿qué es lo que te han hecho?

HIL. — ¿Me han hecho? y me han dicho.

LAU. — ¿Qué te han dicho?

HIL. — (*Con enfado.*) Papá me ha dicho vanidosa, y mamá presumida.

LAU. — (*Con indignación aparente.*) ¡Oh! ¡nada menos! ¡qué injusticia! (*Con dulzura mientras la acaricia.*) Pero dime, Hilda mía, ¿te han llamado vanidosa y presumida por algún motivo ó... solamente porque sí?

HIL. — (*Inclinando la cabeza.*) No... porque sí, no.

LAU. — Y entonces, ¿por qué?

HIL. — Porque me eché á llorar cuando manifestaron, terminantemente, que no me dejarían ir al concierto esta noche.

LAU. — ¡Ah! ¿por eso?

HIL. — ¿Acaso no tenía yo razón? ¿No habían prometido dejarme tomar parte en esa fiesta? ¿No estudié mi monólogo y poesía sin hacerme de rogar? ¿No dejé que me probara el vestido cuantas veces ha querido la modista? ¿No he sido buena, obediente, como lo había prometido? Y hoy que esperaba recibir mi justa recompensa luciéndome en el concierto, recibiendo aplausos, flores y felicitaciones, se les antoja no dejarme ir. ¿Por qué? ¿Te parece que es proceder con honradez? No, señor; es proceder sin honradez, porque me han engañado y me han ofendido, y esto lo han hecho porque no me quieren; no, no me

quieren nada, (*llorando*) ni un poquito... No tienen corazón. Sí, soy muy desgraciada. (*Con un gran suspiro.*) ¡Ay! ¡cuán triste es la vida! (*Deja caer la cabeza en el hombro de Laura y sigue llorando.*)

LAU. — (*Suelta una carcajada.*) ¡Ja, ja, ja!

HIL. — (*Con enojo.*) ¡Cómo! ¿Te ríes?

LAU. — ¡No me he de reír si tomas esas actitudes trágicas!

HIL. — ¡La gracia que me hace! En vez de reírte, debieras pedir á papá y á mamá que me dejaran ir al concierto; á tí, que te quieren, no te lo negarían. (*Con mimo.*) ¿Quieres, Laurita mía?

LAU. — Me guardaré muy bien de hacerlo.

HIL. — ¿Por qué? Ya lo estoy viendo, sí, que tú tampoco me quieres.

LAU. — ¡Cuánto te equivocas, hermanita querida! Precisamente porque te quiero, y mucho, no intervengo en tu favor, y apruebo el proceder de nuestros padres.

HIL. — ¿Tú también? (*La mira con fljeza.*) Apuesto á que lo sabías, ¿eh? dime la verdad.

LAU. — Sí, lo sabía.

HIL. — ¡No digo yo! ¡Todos en contra mía! Y decir que me he dejado acariciar, besar por tí, y me engañabas y estabas burlándote de mí! (*Se levanta y se aleja enojadísima.*) Mala, engañadora como papá y mamá. Búrlate cuanto quieras, pero he de decirlo: Soy muy desgraciada. ¡Ah! ¡ya no puedo vivir así! (*Se deja caer en actitud de abandono sobre otro sillón.*)

LAU. — Pero, mi hijita; te hemos engañado porque esa es la única manera de que podamos conseguir que

estudies y prestes tu concurso en nuestras fiestas familiares, dándoles realce, luciendo en ellas tus talentos artísticos, dedicándote un poco á nosotros, que también sabemos apreciarlos. Tú jamás quieres hacerlo. ¿ Por qué ? ¿ No lo merecemos como ese público ante el cual tanto te emocionas deseando con ardor sus aplausos, que no siempre son sinceros, sus flores, que á menudo llegan envueltas entre espinas, y sus alabanzas, que jamás parten del corazón ? (*Se levanta, toma de las manos á Hilda y la habla con cariño.*) Oye, Hilda mía : si te hemos engañado, ha sido en parte solamente; (*Hilda la mira sonriente*) sí, porque mañana es el santo de mamá y el cumpleaños de papá; y en su honor preparamos una gran fiesta aquí, en casa, la cual resultará hermosa, espléndida, y tú, Hilda, serás la reina de la fiesta, de nuestra fiesta.

HIL. — ¿ Habrá mucha gente, mucha, mucha ?

LAU. — No tanta; abuelita y abuelito, los parientes más cercanos y nuestros amigos; ya sabes que amigos no hay muchos.

HIL. — (*Descorazonada.*) ¡ Qué lástima !

LAU. — ¿ No te causa placer ? Hilda.

HIL. — No. ¿ Valía la pena estudiar tanto y estarse horas de plantón probándose un traje para después lucirlo en familia y entre los amigos de la familia ?

LAU. — ¿ Tan poco aprecias á la familia y á los amigos ? Pero si éstos y aquélla son todo, ó debieran ser todo nuestro mundo; si para ellos y ella es para quienes debemos enriquecer nuestro espíritu, educar nuestra mente, adornar nuestra persona. ¿ Cómo es posible



que no te sientas dichosa en este pequeño mundo que te rodea, donde habita el más puro ideal de la felicidad? Una felicidad tierna, cariñosa, sincera. ¿Cómo es posible que no puedan bastarte, más aún, llenarte de satisfacción, de alegría, nuestros aplausos, nuestras demostraciones de afecto, nuestras flores, siendo ellas el premio más honroso que debieras ambicionar, y el único que llegará á tí envuelto en el dulce perfume de la sinceridad y del cariño.

HIL. — Todo eso te bastará á tí, porque se te ha metido en la cabeza huir de la gente, vivir en la soledad y te metes en los rincones. ¿Y por qué? Yo no lo sé. Ni que fueras una vieja.

LAU. — Es verdad, (*sonriendo*) no soy una vieja; pero tengo presente los consejos de una vieja, de nuestra viejecita y nunca olvidaré una leyenda que ella me narró. ¿Quieres oírla?

HIL. — (*Con sequedad.*) No. Á tí te divierten las leyendas como te bastan las fiestas familiares; pero á mí, no; no me bastan, ni me bastarían jamás. (*Algo excitada.*) Yo deseo la sociedad, la alegría, el ruido, el movimiento, el aire, la luz. ¿No dicen todos que poseo talento? ¿que soy inteligente? ¿que soy hermosa? Pues bien, quiero lucir, quiero brillar, porque sólo así podré ser feliz, ¿lo oyes? Y cuando llegue el día en que nadie pueda ya imponerme su voluntad, ¡ah! (*con un suspiro de dicha*) entonces, como un pájaro libre, volaré, ¡volaré remontándome en las regiones de la verdadera felicidad, saturando mi alma con las divinas manifestaciones del arte, viviendo de una vida de triunfos, cantaré mi dicha, me embriagaré de alegrías, y cuando vuelva á este mi pequeño

mundo, lo inundaré de sol y entonces sí, seré, sere-  
mos todos felices.

LAU. — ¡Ay! ¡El Pájaro Azul! ¡El Pájaro Azul!

HIL. — ¿Qué es eso de Pájaro Azul?

LAU. — La leyenda que abuelita me contó. ¿Quieres es-  
cucharla?

HIL. — ¿Para qué? (*Alejándose con desdén.*)

LAU. — Para distraerte. Escúchala, te interesará.

HIL. — (*Malhumorada.*) Te repito que no.

LAU. — (*Sonriente.*) Ven aquí, y escucha con atención  
(*Se sienta.*)

HIL. — (*Alejándose más, con acto impaciente.*) ¡Oh!

LAU. — Se titula « La leyenda del cuervo ».

HIL. — ¡Qué me importa á mí del cuervo!

LAU. — (*Sin prestarle atención comienza á narrar.*) Éste,  
el cuervo, según la leyenda, era un pájaro llamado  
Azul... (*Hilda con acto impaciente, después de lanzar  
una mirada colérica á Laura, se sienta en un sillón muy  
lejos de ésta y hojea un álbum con aire distraído; Lau-  
ra la mira, sonríe y continúa con calma*) debido á su  
plumaje de ese precioso color; el pico y las patitas eran  
de un amarillo tan relumbrante que parecían de oro  
bruñido; lucía alrededor del airoso cuello, finísimas  
plumas de un color gris claro esplendoroso, con estre-  
llitas blancas brillantes, á semejanza de un terso collar  
de plata incrustado de diamantes. Ostentaba en su ca-  
becita movediza é inquieta, un soberbio penacho de  
plumas celeste pálido con pequeñas borlitas blanco  
marfil, cual rica franja de perlas; los ojos luminosos,  
vivos, chispeantes, con irradiaciones esplendentes, cual  
si fueran estrellas; el sedoso plumaje de un delicado  
color azul de cielo, con reflejos de luz, parecía de raso;

magníficas plumas, sembradas de puntos dorados como otras tantas estrellitas, partían de debajo del collar de plata, se alargaban sobre el dorso y se extendían, formando una majestuosa cola, que el Pájaro Azul desplegaba con donaire de princesa y altivez de rey. (*Se detiene un momento, observa á Hilda que siempre hojea el álbum.*) Hilda, ¿verdad que debía ser hermoso el Pájaro Azul?

HIL. — (*Fastidiada.*) Sí, muy hermoso, en efecto. Y sobre todo muy original.

LAU. — Me olvidaba decirte que el Pájaro Azul, además de su belleza incomparable, poseía un dón muy apreciado: el canto; sabía hacerlo de un modo maravilloso; era su voz tan dulce y armoniosa, que el mismo ruiseñor se la envidiaba.

HIL. — (*Burlándose.*) ¿Ah, sí?

LAU. — Ya comprenderás, cómo el ave, convencida de su belleza y habilidad, tendría deseos ardientes de hacerse oír, ver y admirar.

Parece que en el país de las aves, tampoco faltan los aduladores que enorgullecen y pervierten, y éstos aconsejaban mal al Pájaro Azul; mas, el que peor le aconsejaba, robándole el sueño, la tranquilidad y la alegría, era un geniecillo que surgía como por arte de encantamiento de entre las aguas de una fuente, que al término del bosque se hallaba, «La fuente de las Aguas de plata». El Pájaro Azul solía ir á menudo á esa fuente; llegaba alegre, cantor, vivaracho, y volvía de ella colérico, inquieto, despectivo; sus padres se alarmaron, y, averiguada la causa de tales cambios, ya no le permitieron hacer á solas sus excursiones por el bosque.



Pero una tarde, ¡tarde aciaga si las hubo! los padres del bello pájaro tuvieron necesidad imperiosa de ausentarse de su casita y del bosque; confiaron el hijo querido al cuidado del aya, diciéndole : — « No vayas á la fuente de las Aguas de plata; sabes que allí habita el geniecillo malo; al verte solo y sin defensa alguna, podría vencerte. » — El Pájaro Azul prometió que así lo haría; mas apenas hubieron emprendido vuelo sus padres, sin escuchar las súplicas del aya, quien, vieja y enferma, no podía seguirle, se lanzó fuera del nido protector y echó á volar hacia la fuente.

Llegó; posó sus patitas relucientes como el oro, sobre el borde de aquélla, se inclinó, miró... vió su bella imagen reflejada en las aguas, y un sentimiento de orgullo, de admiración de sí mismo le dominó. Irguióse con altivez, estirando su hermoso cuello de plata incrustado de diamantes, desplegó su majestuosa cola sembrada de estrellitas de oro, y sacudiendo el soberbio penacho con franja de perlas, comenzó á cantar, llenando la fuente, el bosque, el espacio todo, con su voz impregnada ora de notas vibrantes como cuerdas de una arpa pulsadas por dedos vigorosos en alguna sonata fantástica, ora de armoniosas variaciones cual hábil mano recorriendo ágilmente el teclado de un piano, ó bien de una suave melodía triste y evocadora como noche de luna á orillas del mar.

No tardaron en aparecer los pájaros del bosque atraídos por el encanto de aquella voz, y posados sobre las ramas de los árboles, escuchaban, extasiados y envidiosos, al divino cantor su compañero. Tampoco

tardó en hacerse oír la voz del geniecillo malo. Esa voz que murmuraba entre las aguas de la fuente : — « ¡Oh! ¡mi bello y talentoso pájaro, cuánto compadezco tu suerte! ¿Qué valen para tí esos dones con que la pródiga naturaleza te ha engalanado, si no te es permitido lucirlos fuera de estos lugares? Y cuando tu espíritu cantor abandone tu precioso cuerpo, exhalando el último gorjeo de agonía ¿cómo transmitirás tu fama para que no perezca el recuerdo de tanta maravilla? ¿Quién sabrá que has existido, mi pobre Pájaro Azul? ¿Ó acaso crees tú que no hay otro mundo fuera de esta selva inculta? »

Calló la voz. Las aguas de la fuente se removieron, se apartaron. Una figura pequeña, de rostro maligno, con sonrisa diabólica y actitud imperiosa apareció. Extendió el brazo hacia un punto del horizonte, y con voz presurosa, insinuante, tentadora, prosiguió : — « ¿Ves allá lejos aquellos montes? Detrás de ellos están los mares. Emprende el vuelo hacia la cumbre de los montes, atraviesa los mares, y llegarás á otras regiones, á otros países, á otros mundos, donde aparecerás como un meteoro de luz fulgurante, levantando hurras de admiración y de entusiasmo. Allí, se disputarán el encanto de tu voz y de tu plumaje; allí, te brindarán la riqueza, que es la dicha; el placer, que es la vida; la grandeza, que es la fuerza; la fama que es la gloria; la gloria, que es la inmortalidad. »

Se hundió en las aguas el geniecillo enano y desapareció. El Pájaro Azul, palpitante de emoción y de deseos sintióse desfallecer; lentamente volvió la cabeza hacia su casita en el hueco de un árbol, allá

en el fondo del bosque. Pensó en sus padres. ¿Qué dirían, qué harían cuando al volver no encontrarán ya al Pájaro Azul, al hijo querido, mimado, idolatrado? Dirigió la vista hacia los montes lejanos.

Las imágenes de los mundos insinuados por el geniecillo malo, como un torbellino pasaron por sus ojos dejándole deslumbrado. Sintió el piar de los pájaros en las ramas que decía: — « Sigue su consejo ¡oh, compañero de excelsa hermosura! vete, vete, ¡oh cantor divino! » — Sí, estaba vencido. Sus padres se consolarían, y cuando volviera... ¡con qué agasajos le recibirían! Y cómo embellecería él los últimos años de sus viejos queridos, dándoles toda la felicidad, riquezas y triunfos conquistados en los países recorridos! Ya no vaciló. Sintió el vértigo de la ambición que le empujaba, arrojó al aire su adiós con un gorjeo de victoria, sacudió la soberbia cabeza, tendió las alas y se lanzó al espacio.

HIL. — (*Que desde hace rato dejó el álbum, demostrando interesarse por la leyenda, espera la continuación; Laura calla.*) Y... ¿después?

LAU. — ¿Comienza á interesarte la leyenda?

HIL. — Sí... (*Silencio.*) Sigue, pues.

LAU. — El Pájaro Azul, dominado, fascinado, arrastrado por la visión luminosa que le precedía, hendió el aire, pasó los montes, atravesó los mares y llegó... á las regiones desconocidas, á los países nunca vistos, á los mundos ignorados.

HIL. — (*Con interés.*) ¿Y fué feliz?

LAU. — ¿Te interesa la historia?

HIL. — Claro que sí. Dime, pues, ¿fué feliz?

LAU. — (*Con un suspiro de piedad.*) ¡Ay! ¡sí, fué feliz!



HIL. — (*Con alegría.*) ¡Ah! ¿Consiguió lo que tanto anhelaba? ¿triunfó?

LAU. — (*Con calma.*) Lo consiguió... y triunfó

HIL. — ¿De veras? (*Aproximándose un poco con el sillón.*) Cuenta, cuenta, ¿cómo fué?

LAU. — Poseía belleza, juventud y talento; no le era, pues, difícil triunfar. Y cumplióse la profecía del geniecillo enano. El ave bella, con su vuelo lento, majestuoso, luciendo su deslumbrante plumaje, dejando caer de su garganta las divinas notas, levantaba, al pasar, murmullos de admiración, dejando rastros de luz y de deseos. Ella podía entrar libremente en el palacio de los magos, en los jardines de las hadas; y era tal el poder de su belleza y de su canto, que el agua de los ríos y el agua de las fuentes, admiradas, se detenían para escucharla, y las ramas de los árboles al oirla, reverentes se inclinaban. La serpiente, fascinada, se volvía inofensiva, el tigre se tornaba manso, la hiena olvidaba su crueldad, los magos le brindaban su poder con sus riquezas, las hadas le honraban con sonrisas y agasajos. Al Pájaro Azul le invadió el orgullo del triunfo, el triunfo de su vanidad satisfecha. Se sintió dichoso y olvidó á sus padres, á su pequeña casa, y á su bosque nativo.

HIL. — Fué ingrato.

LAU. — ¡Era feliz! Pero en medio del aturdimiento del triunfo, él no advertía la falsa limpidez del agua del río, el gusano roedor que en la rama del árbol moraba, el veneno oculto de la serpiente traicionera, los afilados dientes del tigre devorador, el olor á cadáver corrompido de la hiena, ni la codicia de los magos, ni la perfidia de las hadas. Mas debía llegar el mo-

mento amargo del despertar. Y un día, sin comprender la causa, se vió acusado, calumniado, perseguido y por último, apresado.

HIL. — ¡Oh, pobrecito!

LAU. — Un mago codicioso habíale encerrado en una luciente jaula de oro, dentro de su espléndido Palacio de los Encantos. El Pájaro Azul se rebeló, porque él no había nacido para vivir esclavo á las órdenes de déspotas amos; se rebeló, porque cuanto allí le rodeaba ofendía á su alma bien nacida.

La belleza y el talento con que habíale dotado la naturaleza, le arrastraron fatalmente á ser desobediente é ingrato, para ir en busca de triunfos y riquezas; pero era de noble extirpe, y su espíritu hermoso como su plumaje, armonioso y límpido como las notas de su garganta, jamás hubiera consentido ni en rozar la tierra con sus alas, aun con la certeza de remontar el vuelo á mayor altura. El Pájaro Azul imaginó la fuga.

HIL. — ¡Ah! ¿sí? (*Se acerca más á Laura.*)

LAU. — Trabajó, trabajó con ahinco, sin descanso y llegó el momento en que cinco barritas de oro de su jaula cedieron al empuje de su cuerpo. ¡Ah, de nuevo la libertad codiciada! Tendió el vuelo, atravesó el espacio y fué á posarse sobre la altura de un peñasco solitario. Allí, rodeado de la soledad que sugiere y aconseja, meditó.

¿Renunciaría á esa existencia brillante, llena de triunfos, que él había ansiado, ó aceptaría la lucha para volverla á conseguir? ¿Y aceptándola, vencería ó sería vencido? Fluctuaba su espíritu entre la resistencia y el abandono, entre la duda y la certeza, cuan-

do lo distrajo un rumor sordo, continuado, en el que se mezclaban silbidos de serpientes con arrullos de tórtolas, rugidos de tigres con balidos de corderos, husmear de hienas con estertores de agonía, graznidos de gavilanes con piar de avecillas, aullidos de lobos con cantos de ruiseñor, murmullos de ríos con fragores de torrentes, y soplos de brisas con rachas de huracán.

Se asomó, miró hacia el fondo del valle y sintió estremecimiento del horror.

Del límpido río que se detenía para escucharla ya no quedaba sino un lecho de fango; de la rama que se inclinaba adulatora, solamente era visible el vil gusano que la roía; del tigre, sólo se manifestaba viva ferocidad perversa que despedaza, dilacera y devora; de la hiena, sólo se escuchaba el crugir de las mandíbulas al devorar con alegría feroz los despojos de la muerte. Las hadas dulces y serenas habíanse vuelto harpías despiadadas y crueles; los magos habían perdido la virtud de su poder y yacían aletargados por la inercia de la embriaguez y el abandono.

Y en medio de ese cúmulo de mentiras, de falsedades, de impostura y corrupción, la serpiente se arrastraba silenciosa, veloz, dominadora, infalible; se enroscaba, se ceñía, incaba el diente, mordía é infiltraba su veneno.

¡Infeliz Pájaro Azul! ¡Día funesto para él era éste en el cual la espantosa realidad se le presentaba con toda la crudeza de su desnudez corrompida, y con su flecha envenenada fué á herirlo en el corazón!

El Pájaro Azul recordó á sus viejos padres, su casita, sus compañeros, la dulce tranquilidad de su bosque.



que nativo; arrojó una maldición al geniecillo enano tentador, y de nuevo se lanzó al espacio tendiendo el vuelo hacia la selva de sus padres.

Llegó, lanzó una mirada de odio á la fuente de las Aguas de plata y, sin detenerse, siguió vuelo hasta el árbol que le había visto nacer. Pero, ¿era ilusión la suya, ó se había equivocado? ¿Dónde estaba el árbol? ¿dónde su casita? ¿dónde sus padres? Allí no había nada; sólo un tronco derribado, carcomido. Anhelante, angustiado, preguntó á un pajarillo que alegre se balanceaba sobre una ramita impulsada por la brisa. El pajarillo le miró con extrañeza y luego contestóle: — Ese tronco que ves ahí, es el fin de una triste historia. Nuestros padres la cuentan á sus hijos como un ejemplo. Dicen ellos: — « Un ave que era la delicia de sus padres y de estos lugares, abandonó un día el nido paterno para no volver; los pobres viejos lloraron desesperados la dolorosa pérdida del hijo idolatrado; se entristecieron, enfermaron, y una brumosa mañana de otoño se les encontró yertos al pie del tronco. El huracán desarraigó el árbol y le derribó; sus hojas, sus ramas se secaron, no quedando de él más que el tronco estéril, como recuerdo de ingratitud y olvido. »

HIL. — (*Impresionada, se acerca más aún de Laura hasta sentarse á su lado.*) ¡Ah! sigue, Laura. ¿Y después, qué sucedió?

LAU. — El Pájaro Azul se sintió como fulminado por un rayo y desplomóse al suelo sin fuerzas para sostener sus alas. Un temblor de espanto sacudió su cuerpo. Todo había terminado para él en el mundo, no le quedaba ya nada que esperar.

Le pareció que algo dentro de sí mismo se desprendía, se desgarraba, se desmenuzaba y se iba... se iba para siempre.

Era tal vez su alma de ensueños, de ilusiones y de esperanzas, que le abandonaba dejándole solo... ¡solo con su inmenso dolor!

Dos lágrimas aparecieron en sus ojos como estrellas, empañaron su brillo y dejáronle un tinte amarillento. La majestuosa cola y las preciosas plumas de su collar se desprendieron y esparciéronse por los vientos; el soberbio penacho cayó dejándole calva la cabeza; el pico y las patitas, relucientes como oro bruñido, perdieron su brillo y su áureo color, y el delicado azul de cielo de su plumaje tornóse negro, cual un manto funerario.

Intentó cantar su último adiós al sitio aquél en el cual había sido tan feliz, mas de su garganta sólo escapóse un graznido ronco que repercutió como eco de dolor en el bosquecillo abandonado. Reunió sus débiles fuerzas, sacudió las alas, se remontó pesadamente en el aire, y fué á esconder su honda pena y su miserable cuerpo en el hueco de una roca solitaria. Desde aquella tarde angustiosa, su dulce nombre de Pájaro Azul trocóse por el fatídico de Pájaro Cuervo.

HIL. — (*Cae de rodillas á los pies de Laura, le toma las manos con cariño.*) ¡Oh! ¡hermana mía! ¡mi querida Laura! Tú has leído en mi pensamiento, en mi alma; me has comprendido y también yo te comprendo. ¡Perdóname! (*Abandona la cabeza en las fal-  
das de Laura, llorando.*)

LAU. — Sí, mi querida; te había adivinado y me había propuesto salvarte. (*Tomándole la cabeza entre las*

R. — Veamos, (*se arrodivan sobre sillas junto al escritorio, frente al público, y ojean el álbum*) pero yo creo que no.

AN. — La primera (*leyendo*) « Juramento de la Junta gubernativa. 25 de Mayo de 1810 ». ¡Qué linda es!

R. — ¿Y ésta? (*leyendo*) « Combate de San Lorenzo ». ¿Ves? mi nombre. ¿Eh? ¡Qué nombre glorioso llevo yo!

AN. — ¿Y yo? ¡Manuel! El nombre del héroe noble, bueno, abnegado, y amigo de los niños, el general Belgrano.

R. — Los dos somos gloriosos.

AN. — ¡Qué vamos á ser gloriosos nosotros! Los nombres lo son, porque los han hecho así el uno, el héroe que lo llevaba, y el otro, el héroe que combatió y venció en San Lorenzo. ¿Comprendes?

R. — ¡Ah, sí! ya sé! Es como dice papá: « Que á los nombres son las personas que le dan el lustre y el grande ».

AN. — ¡Pero chica!... papá no dice así. Las personas dan al nombre lustre y grandeza, que no el lustre y el grande.

R. — ¡Ah, sí! Me acordaré. Lustre y grandeza.

AN. — Lustre quiere decir honra.

R. — Bien, Manuelito; he comprendido, gracias. Sigamos viendo las tarjetas. (*Viéndolas.*) Batalla de Maipú... batalla de Salta...

AN. — Aquí entre estas dos batallas colocaremos á San Martín y á Belgrano. (*Las sacan de otra página y las colocan allí.*)

R. — Aquí está el ejército de los Andes: (*Leyendo.*)

« El acta de la bendición. El ejército prestó el jura-



mento de ordenanza y tomó el título de Ejército de los Andes ».

MAN. — Este es « Belgrano en el río Pasaje, (*leyendo* cuando formó cruz con su espada y la bandera hace jurar al ejército fidelidad á la gloriosa Asamblea Constituyente y á la bandera blanca y celeste

LOR. — Y aquí está « El paso de los Andes, por Sa Martín y su ejército ».

MAN. — Mira, Lorencita, vamos pasando sin detenernos porque sino vendrá papá y nos sorprenderá.

LOR. — Es cierto. (*Volviendo las páginas rápidamente.* « Revista de Rancagua »... « Combate Naval »... etc. etc. « San Martín visitando á los enfermos ». (*Vuelve.*) « San Martín en el campo de la gloria »...

MAN. — Aquí están los retratos de Rivadavia, Moreno Sarmiento, Dean Funes, Alberdi... (*Vuelve.*)

LOR. — La Madrid, Necochea, Lavalle... (*Siempre volviendo.*) Saavedra... etc., etc...

MAN. — (*Volviendo las páginas.*) Balcarce, Rosales Brown, Álvarez Jonte, etc., etc... ¡Oh, hay muchos! Creo que los hemos conseguido todos.

LOR. — (*Con gran regocijo.*) ¡Ah! y aquí, ¡mira! (*Leyendo.*) « Casa en la que se declaró la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en Tucumán, el 9 de julio de 1816 » Esta la ponemos la primerita. Hoy es su día. (*Ejecuta.*)

MAN. — ¿Sabes que me parece algo desordenada la colocación de estas tarjetas?

LOR. — Puede ser. Pero ahora no tenemos tiempo de ordenarlas; las dejamos como están, y luego con las indicaciones de papá las colocamos en orden. ¿No te parece?

AN. — Superior. ¿Y el álbum lo colocamos cerrado ó abierto?

OR. — Á mí me parece que abierto.

AN. — Á mí me parece que cerrado.

OR. — Abierto le gustará más á papá. Aquí, ves, donde están San Martín y Belgrano.

AN. — Mejor cerrado; así verá en seguida el grupo de retratos de nuestros ilustres prohombres y la corona de laurel en bronce que le hicimos colocar alrededor.

OR. — La verá después, terco; te digo que más lindo queda abierto.

AN. — La terca eres tú, como mujer que eres al fin.

OR. — Bueno, hagamos una cosa. Yo hago una pelotita de papel y la pongo en una mano cerrada; si adivinas donde está, vences tú, si no adivinas venzo yo. No me dirás que soy terca.

AN. — Aceptado.

OR. — (*Arranca un pedacito de papel que habrá sobre el escritorio; hace una pelotilla con él, se vuelve de espaldas á Manuel; luego se vuelve con los puños cerrados tendiéndolos al mismo.*) Adivina.

AN. — (*Mira perplejo los puños, vacila.*) ¿Dónde estará, dónde?... (*Se decide.*) Aquí está.

OR. — (*Abre la mano vacía. Contenta.*) No adivinaste. (*Mostrando la pelotilla en la otra mano.*) Está aquí. Yo gané.

AN. — Y pagaré haciendo como tú deseas. Pronto, manos á la obra. (*Coloca el álbum abierto en medio, frente al público, sobre el caballete, en el centro del escritorio. Si no se sostuviera abierto, coloquen los niños detrás de cada tapa del álbum, varios libros apilados.*)

LOR. — Eso es; así abierto, para que papá lo vea bien cuando venga á sentarse al escritorio.

MAN. — Trae los tules y las flores.

LOR. — (*Trae los tules, y entre los dos niños colócanlos unidos, el celeste y el blanco, formando lazos ó abullonados alrededor del álbum y al pie.*) Prende aquí... así, eso es.

MAN. — Sujeta este lado; bien.

LOR. — Vuélvelo por aquí. Dame aquella punta.

MAN. — Vuelta por aquí... por allí... Ya está. Ahora las flores.

LOR. — (*Las trae.*) Aquí están. (*Colocan la guirnalda alrededor del álbum sobre los tules y al pie flores sueltas ó ramitos.*) Esta guirnalda aquí... así... muy bien.

MAN. — Los ramitos al pie...

LOR. — Estas flores esparcidas así... Pon allí otras.

MAN. — Aquí esta palma...

LOR. — Y se acabó. Á ver. (*Ambos se alejan para observar el efecto.*) Queda lindo, ¿verdad?

MAN. — (*Palmoteando.*) ¡Magnífico! ¡Soberbio! Creo que papá quedará muy satisfecho de nosotros.

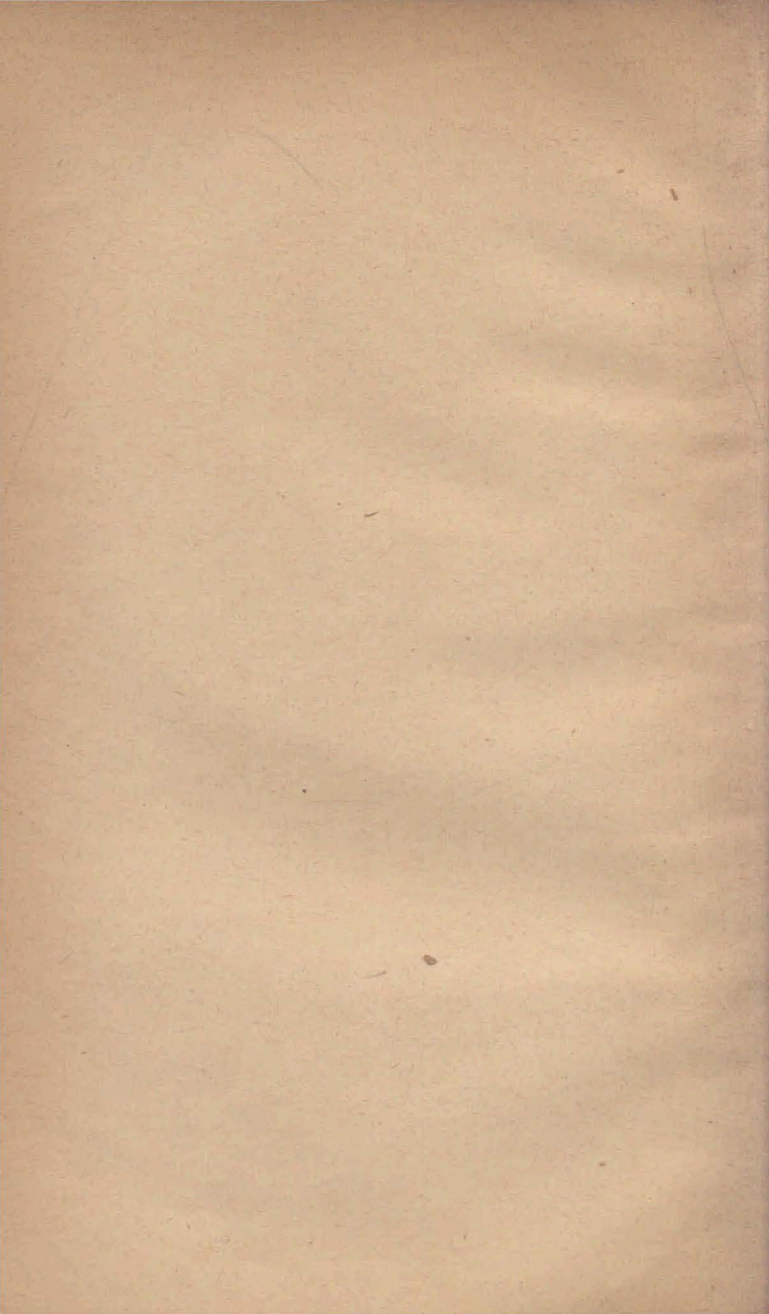
LOR. — ¡Chist! Oigo pasos. (*Vase corriendo á mirar por la ventana de la derecha; vuelve presurosa de puntillas.*) Es él, papá; viene hacia aquí. Pronto, Manuelito escondámonos y quedémonos acá para ver qué dice. (*Se van presurosos de puntillas y se colocan en la puerta del foro, medio ocultos por las cortinas, y si no las hubiere, detrás de la puerta; avanzan la cabeza y miran ansiosos hacia la puerta de la derecha.*)

MAN. — Y también para recibir nuestro deseado premio.

LOR. — Sí, el beso cariñoso de nuestro querido papá.



MONÓLOGOS





Monólogo doble para niño y niña ó dos niñas

*Á la graciosa niña Isabel Arona.*

*Personajes : LUISITA y LUISITO, de 8 á 12 años.*

La escena está dividida (puede usarse al efecto un biombo); puerta al foro de cada división. Sillas, sillones, sofá; un espejo en cada salita apoyado en la división.

Luisita lleva traje de dama, escotado y gran cola; un gran penacho en el cabello recogido; ramo de rosas en el pecho, otro ramo en la mano; los impertinentes colgados de una cadenita que lleva al cuello. Luisito viste frac y pantalón corto; flor en el ojal, monóculo; elac en la mano. Estos trajes pueden ser substituidos por otros de estilo, según el gusto de los actores.

## ESCENA ÚNICA

LUISA. — (*Entra muy erguida mirando con los impertinentes, y se dirige lentamente al espejo; se mira,*



*toma actitudes, camina, aspira las flores, etc.*) ¡Ah! ¡Precioso! ¡Divino! ¡Me sienta muy bien! Y el peinado... y estas flores... ¿Y los impertinentes? ¡Qué aspecto majestuoso tengo!

LUISA. — (*Entra y repite la misma escena.*) ¡Ah! ¡Admirable! ¡elegante! ¡chic! ¡Qué bien me sienta! ¿Y el clac? (*Lo levanta y se lo coloca.*) ¿Y el monóculo? ¡Qué imponente soy!

LUISA. — (*Se adelanta hacia el público, mirando con los impertinentes.*) ¿No parezco una gran dama?

LUIS. — (*Idem.*) ¿No soy todo un caballero?

LUISA. — (*Hace una reverencia delante del espejo.*) Para servir á usted. ¡Qué elegancia!

LUIS. — (*Idem, sacándose el clac.*) Beso á usted las manos. ¡Qué fineza!

LUISA. — Pero si mamá me viera... ya me daría ella la majestuosidad y la gran dama. Doble penitencia : al cuartito y sin comer.

LUIS. — Mas si lo supiera mamá... ya recibiría yo la imponencia y la caballerosidad. Castigo duplicado : al encierro y en ayunas.

LUISA. — Mamá mandó hacerme este vestido para recitar un diálogo con Luisito en una fiesta de caridad, y me ha prohibido terminantemente que lo usara antes.

LUIS. — Papá me hizo hacer este traje para recitar un diálogo con Luisita en una fiesta de beneficencia, y no quiere absolutamente que me lo ponga antes.

LUISA. — Y esto no es sino un capricho de mamá.

LUIS. — No puede ser sino un capricho de papá.

LUISA. — No por usarlo una media hora se va ajar ó romper. (*Dirigiéndose al espejo.*) ¿No le parece á usted? señora.

LUIS. — No por llevarlo un cuarto de hora se va á rasgar ó manchar. (*Al espejo.*) ¿No le parece á usted? caballero.

LUISA. — (*Como si contestara á la señora.*) No, seguramente.

LUIS. — (*Como si contestara al caballero.*) Por supuesto que no.

LUISA. — Yo ardía en deseos de ponerme este vestido. ¡Si usted supiera cuán feliz soy en este momento!...

LUIS. — Yo tenía unos deseos locos de verme con este traje. ¡Si supiera usted qué dichoso me siento!...

LUISA. — ¿Que cómo hice para apoderarme de él? En cuatro palabras se lo cuento. (*Acerca un sillón delante del espejo y se sienta en él muy cómoda.*)

LUIS. — ¿Me pregunta usted cómo lo he conseguido? En pocas palabras se lo explico. (*Idem.*)

LUISA. — (*Conversando con su imagen reflejada en el espejo.*) Tiene usted que saber, mi buena señora, que hoy mamá se enojó mucho conmigo y con Luisito á causa de haber roto los dos, jugando, un hermosísimo florero. (*Como exclamación de la interlocutora.*) ¡Oh!

LUIS. — (*Idem.*) Sepa usted, mi querido señor, que mamá estuvo hoy enojadísima conmigo por haber roto un florero lindísimo jugando con Luisita. ¡Ah!

LUISA. — Pues sí, señora; ella salió á tiendas, me dejó encerrada en el cuartito y se llevó la llave. (*Como contestación.*) ¡Qué me dice!

LUIS. — Así es, señor, salió mamá dejándome encerrado en el cuarto de baño y se llevó la llave. (*Idem.*) ¡Qué me cuenta!

LUISA. — Salí señora de la manera más fácil : Salté por la ventana, y en un momento en que no me veía la mucama entré en el cuarto de mamá, abrí el armario, saqué el vestido, me lo puse y aquí me tiene usted. *(Se levanta y hace una reverencia.)*

LUIS. — Mi querido señor, salir de allí no me fué difícil. Dí un brinco por el balcón, y mientras la mucama no me veía, penetré en la habitación de papá, abrí el ropero, saqué el traje, me vestí, y aquí estoy á las órdenes de usted. *(Se levanta y se inclina.)*

LUISA. — Y ahora pienso jugar... divertirme...

LUIS. — Y ahora deseo divertirme... jugar...

LUISA. — ¡Qué suerte, qué dicha!

LUIS. — ¡Qué dicha, qué suerte!

LUISA. — *(Al espejo.)* ¡Ríase, señora!...

LUIS. — *(Idem.)* ¡Señor, ríase!...

LUISA y LUIS. — *(Los dos al mismo tiempo sueltan una carcajada fuerte, sonora, que cortan bruscamente al oírse uno á otro. Se vuelven hacia el público, quedando tiesos, sobrecogidos de miedo. Pausa.)*

LUIS. — *(Con voz temblorosa.)* Me parece que alguien ha reído. *(Mira á todos lados volviendo la cabeza, no atreviéndose á mover.)*

LUISA. — *(Idem.)* Me pareció haber oído una carcajada.

LUIS. — Debe ser del otro lado.

LUISA. — Será en la otra sala.

LUIS. — *(Con resolución.)* Quiero ver.

LUISA. — *(Idem.)* Voy á ver. *(Los dos se cruzan, Luisito pasa por el lado del foro, Luisita por el del público.)*

LUIS. — *(Avanza con cautela mirando á todos lados ; con sorpresa.)* ¡Nadie!



LUISA. — (*Idem.*) ¡Nadie!

LUIS. — (*Vase á la puerta del foro y mira por ella; se vuelve.*) ¡No hay nadie!

LUISA. — (*Idem.*) ¡Nadie hay!

LUIS. — Y sin embargo juraría haber oído... ¿Será Luisita? No puede ser; está encerrada en el cuartito.

LUISA. — Yo apostaría que he oído... ¿Será Luisito? Imposible; está bajo llave en el cuarto de baño.

LUIS. — ¿Ó será el eco?

LUISA. — ¿El eco tal vez?

LUIS. — Veamos.

LUISA. — Probemos.

LUISA y LUIS. — (*Los dos á un tiempo dan un grito.*)  
¡Oh! (*Silencio. Otra vez los dos á un tiempo.*) ¡Ah!  
(*Los dos con precipitación vuelven á cruzarse; Luisa por el lado del público, Luis por el foro.*)

LUIS. — ¡Nadie! Lo dicho: es el eco.

LUISA. — ¡Nadie! Está visto: es el eco.

LUIS. — Ahora que tengo la seguridad de que no hay nadie, comenzaré la fiesta.

LUISA. — Ya que estoy segura de estar sola, empezaremos la recepción.

LUIS. — (*Va á la puerta y finge dar el brazo á una dama y acompañarla al asiento.*) Permítame, señora marquesa de... (*buscado un nombre*) de no sé dónde, el honor de apoyarse en mi brazo. (*Con voz de falsete imitando á la dama.*) ¡Gracias, caballero! Es usted exquisitamente amable.

LUISA. — (*Idem, ahuecando la voz para imitar la voz de hombre.*) Concédame el honor, señora princesa de... (*idem*) de no sé cuánto, ofrecerle mi humilde brazo. (*Como aceptando y con su voz natural.*) Mil

gracias, príncipe, tiene usted una soberana amabilidad. (*Se sienta y se inclina como saludando.*)

LUIS. — (*Finge dejar á la dama en un sillón, se inclina, y vase á la puerta, saluda con efusión como si entrara algún personaje.*) ¡Oh! ¡Mi querido capitán! ¿Y la señora capitana?

LUISA. — (*Como saludando.*) ¡Ah! ¡La señora generala! ¿Y el señor general?

LUIS. — ¡Ah! ¡El embajador de Ríofrito con sus dignas hijas! Permítame que se lo presente. (*Acciona figurando hacer las presentaciones.*)

LUISA. — (*Levantándose.*) ¡Á quién veo! (*Se dirige á la puerta y saluda con muestras de cariño.*) ¡Querida mía! (*Como presentando.*) Mi amiga, la señora caballera Catalina de Pezaguado.

LUIS. — Bueno, señores, ya empieza la música y empezemos el baile. (*Dirigiéndose á una silla.*) Señorita, ¿podría yo permitirme el atrevimiento de avanzar la pregunta de pedirle si quiere usted bailar conmigo para tener yo el honor de bailar con usted? ¿Sí? (*Como tomándola de la mano, y ofreciéndole el brazo.*) Gracias mil, soberana belleza encantadora. (*Se pasea accionando como si llevara del brazo una compañera.*)

LUISA. — ¡La deliciosa música ya se deja oír! Comenzarán, pues, las danzas. Ya veo que aquel caballero tiene intenciones de venir á invitarme. (*Imitando la voz y la acción.*) Mi noble dama, vengo á pedirle á usted, humildemente, me conceda el honor de bailar conmigo esta pieza que yo bailaré con usted. (*Se sienta y con seriedad cómica mira con los imper- tinentes como si fuera á su interlocutor, luego sonríe,*

*agradece con una inclinación de cabeza.*) Concedido, caballero. *(Se levanta, finge apoyarse en el brazo de su compañero y pasea.)*

LUIS. — Sí, señorita... ¡una fiesta encantadora, una música arrebatadora!

LUISA. — Sí, caballero; ¡una fiesta preciosa! ¡una música deliciosa!

LUIS. — *(Toma una silla.)* Esta silla será mi compañera. Empecemos.

LUISA. — *(Idem.)* Mi compañero será esta silla. Comencemos.

LUIS Y LUISA. *(Los dos comienzan á tararear una pieza de baile, muy quedo y á bailar con la silla; luego bailan con rapidez y levantan la voz hasta que los dos golpean con la silla en el biombo; suspenden el canto y atemorizados, dejan caer la silla.)*

LUISA. — No me engaño; esta vez no es el eco.

LUIS. — Esta vez no es el eco; no me equivoco.

LUISA. — Hay gente del otro lado.

LUIS. — Del otro lado hay gente.

LUISA. — Virgen mía, ¿quién podrá ser?

LUIS. — ¿Quién será? Dios mío.

LUISA. — Valor. Veamos quién es.

LUIS. — Ánimo, á ver quién es. *(Los dos se arriman al biombo por el lado del público, sacan fuera la cabeza, encontrándose, y la retiran rápidamente.)*

LUISA. — *(Con un pequeño grito.)* ¡Ah! He visto una cara. *(Se aleja.)* ¿De quién será?

LUIS. — *(Idem.)* ¡Oh! He visto una cabeza. *(Se aleja.)* ¿Á quién pertenecerá?

LUISA. — *(Con resolución.)* ¡Oh! sea quien sea!

LUIS. — ¡Pertenezca á quienquiera!... *(Se precipitan,*



*encontrándose ambos, cara á cara, se reconocen.)*

LUISA. — ¡Luisito!

LUIS. — ¡Luisita!

LUISA. — ¿Eres tú?

LUIS. — Sí, soy yo. Y tú, ¿eres tú?

LUISA. — Claro que soy yo.

LUIS. — ¿No estabas encerrada en el cuartito? ¿Cómo te encuentras aquí?

LUISA. — Y tú ¿no estabas encerrado en el cuarto de baño? ¿Cómo estás aquí?

LUIS. — Salté por el balcón.

LUISA. — Yo, por la ventana. Pero tú serás muy capaz de contárselo á mamá, ¿eh? trompeta.

LUIS. — Y tú, tendrás el valor de decírselo á papá ¿eh? soplete.

LUISA. — Y ya sabes lo que te espera. *(Haciendo la acción de castigar.)*

LUIS. — Y bien sabes lo que te darán. *(Idem.)*

LUISA. — ¡Malo! *(Lloriqueando le vuelve la espalda.)*

LUIS. — ¡Mala! *(Idem. Se oye tocar una gavota en el piano. Luis se acerca á Luisa y le dice con dulzura.)*  
¿Oyes? Tocañ una gavota.

LUISA. — *(Escuchando.)* Sí; es la misma que debemos bailar en el diálogo.

LUIS. — *(Insinuante.)* ¿Si aprovecháramos... y la bailáramos?

LUISA. — *(Risueña, y con gracia.)* ¿No le vas á contar á mamá?

LUIS. — No, ¿ni tú tampoco á papá?

LUISA. — Te lo prometo, ¿y tú?

LUIS. — Palabra de honor.

LUISA. — Entonces, acepto.

LUIS. — (*Con gracia.*) Señorita, ¿quiere usted concederme el honor de esta gavota?

LUISA. — (*Idem.*) Con el mayor placer caballero. (*Bailan la gavota, siempre acompañada internamente por el piano. Al terminar, óyese la campanilla eléctrica.*)

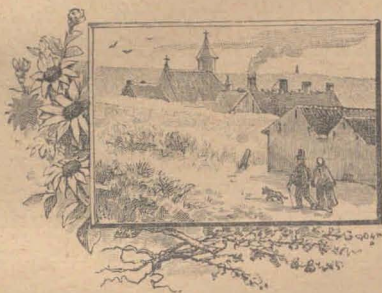
LUIS. — (*Rápidamente á Luisita.*) Seguramente es mamá.

LUISA. — ¿Mamá? Sálvese quien pueda. (*Vase corriendo hacia la derecha.*)

LUIS. — Quien pueda se salve. (*Vase corriendo hacia la izquierda; al pasar recoge el clac. Llegados á la puerta, ambos se vuelven rápidamente, llevan el índice á los labios diciendo á la vez.*)

LUISA. — ¡Chitón!

LUIS. — ¡Chitón! (*Se inclinan con gracia, sonriendo, y desaparecen.*)



# Querubín

---

Salita elegante.

(*Al entrar, se vuelve y dirige la palabra al interior de la escena.*) Sí, mamacita de mi alma, lo he oído. Los anteojos, la tabaquera y el bastón; todo te lo llevo en seguida. (*Avanza hacia el proscenio.*) ¡Mi mamacita querida! ¡cuánto me quiere! Yo también la quiero mucho; ¡la adoro á mi viejecita! Y mucho más cuando me sienta sobre sus rodillas y me cuenta algún cuento que invariablemente comienza : Había una vez un rey... Ó bien : ésta era la hija de un rey... é invariablemente termina con una lluvia de besos en mis mejillas, y los nombres más tiernos que haya podido idear. Me llama : su adorada, su tesorito, su angelito y su querubín. Sí, señores, su querubín; y éste es el que más le agrada. Siempre me dice : « Mi querubín querido. » (*Imitando la voz de la abuela.*) « Mi querubín precioso. » ¡Ah, se me olvidaba! Abuelita estará esperando sus anteojos, su tabaquera y su bastón y yo charla que te charla. Veamos si los encuentro. ¿ Adónde me dijo que estaban ? Ya no me acuerdo. (*Buscando por la escena.*) Aquí está el bastón; éste en seguida lo encontré. (*Levantándolo de sobre el sofa.*) ¡Á este bastón lo quiere más abuelita!... como que se lo regalé yo, su queru-



bín. ¡Que cosa más original! ¡regalar un bastón á una señora! ¿Y qué tiene eso de particular, si mamacita de mi alma es tan viejecita que sin este apoyo no podría caminar? como sin sus anteojos no podría ver. Á propósito de anteojos, mamacita estará esperándolos. (*Vuelve á buscar dejando el bastón sobre un mueble.*) ¿Adónde estarán? Y también su tabaquera. (*Buscando.*) Tengo el mayor interés en encontrarlos, porque mamacita me dijo que junto á los anteojos había una caja de bombones, y que éstos eran para mí. Conque así ¡ánimo! busca, revuélvelo todo y encuéntralos. (*Revolviendo todos los objetos sobre la mesa.*) Porque, además de los bombones, ya sabes lo bueno que te espera, Emita : un paseo en automóvil y luego el cinematógrafo. ¡Pero vean á esos pícaros que no los encuentro! Á ver, ¡digo! ¿Están ustedes jugando al escondite? (*Encuentra la cajita de bombones; poniéndole la mano encima.*) ¡Pst! algo encontré. Veamos. (*La examina.*) ¡Qué linda cajita! ¡Es una monada! Parece un azúcar. Aquí dentro deben estar los bombones. (*Haciendo sonar los bombones, con gracia.*) Á ver. (*Se sienta y la abre; con alegría al ver los bombones.*) ¡No lo decía yo! ¡Son los bombones! Estos queridísimos bombones que adoro y sin los cuales no podría vivir. En seguidita me como uno. (*Va á servirse, luego se detiene.*) Alto ahí, señorita glotona, ¿no puede esperar? ¿Por qué, si son míos? puesto que mi adorable mamacita me los ofrece... Un momento : su mamacita ha dicho la caja junto á los anteojos, y estaba sola. ¡Vaya una razón! Estaba sola porque los anteojos no estaban. Mamacita se habrá equivocado y estos bombones son míos; por consiguiente con el derecho de la posesión me sirvo sin temor, y

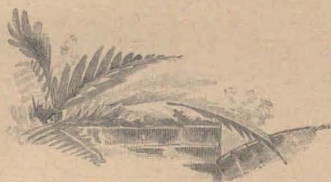
en vez de uno me comeré dos... ó tres. (*Se sienta.*) El primero será este *marroncito glacé*. (*Lo lleva á la boca saboreándolo.*) ¡Ah! Yo me muero por los *marrons glacés*! Tienen un saborcito que me extasían. (*La voz de la abuela.*) — Mi querubín, ¿te has quedado dormida? — (*Poniéndose de pie de un salto.*) Los anteojos de abuelita; los había olvidado. (*Contestando.*) Estoy buscando, mamacita, estoy buscando. (*Busca otra vez.*) ¡Pero qué fatalidad! encontrar antes los bombones. Á ver, pues, señores anteojos y señora tabaquera, si salen de su escondite. Mientras busco podría comerme otro *marroncito*. ¡Qué rico es! ¿Pero adónde estarán? pregunto yo. (*Se dirige á la mesita del fondo, que hasta el momento no había notado.*) Allí tal vez... ¡Ay, qué flores tan hermosas! ¿Quién habrá puesto ahí ese ramo tan lindo? Mamacita, seguramente; sabe que me gustan las flores y ha querido obsequiarme con ellas. (*Tomándolas.*) Y yo las acepto sin hacerme rogar. (*Se sienta, come bombones y muy complacida aspira las flores.*) Yo me pasaría todita la vida entre los bombones y las flores. En ciertos momentos oigo á mamá y á mamacita que discurren acerca de mi porvenir y hablan de un esposo, y con un suspiro dicen: « ¡Ay, sabe Dios á quién elegirá esta chica! » Por mi parte, confieso francamente, que no gastaría mucho tiempo en la elección; elegiría á un jardinero y á un confitero, así jamás me faltarían flores ni bombones. (*Pensativa.*) ¡Ah! pero no se puede elegir más que á un solo esposo. ¿Y entonces? ó el jardinero ó el confitero. ¡Bah! eso lo pensaremos después; mientras tanto aprovechemos. (*Se sirve de bombones.*) Buenos... muy buenos; de una bondad exquisita!... Y estas flores, ¡qué lindas! ¡Qué per-

fume!... (*Aspirando las flores. La voz.*) — Querubincito mío, ¿no los encuentras? (*Poniéndose de pie.*) ¡Ay! los he vuelto á olvidar. Busco, mamacita, busco. (*Busca otra vez.*) Vaya una linda manera de buscar... ¡si me viera! ¿Pero vean si no parece hecho de propósito? Todo encontré menos los objetos de mamacita. Veamos sobre el sofá donde estaba el bastón. (*Los encuentra.*) ¡Aquí habían estado! y también la tabaquera. ¡Al fin! Grandísimos pícaros. (*Con enojo, sacudiendo la tabaquera y los anteojos.*) Qué dirá mamacita querida, por haber esperado tanto tiempo á vuestras señorías, ¿eh? (*Se le cae la tabaquera y se esparce el tabaco.*) ¡Ay, pobre de mí! El rapé todo esparcido en el suelo. (*Se arrodilla y lo recoge en la caja.*) He ahí, por ejemplo, una cosa que jamás he podido comprender. ¿Cómo es posible preferir el rapé á los bombones? Así es, mi mamacita rica, á los hombres no quiere ni verlos; pero librela Dios que le falte su rapé. Y francamente eso me disgusta; porque diciéndolo aquí... que nadie me oye... es muy poco atrayente ese olor... y esas pulgaradas... (*hace el ademán*) son poco simpáticas. (*Apoyándose sobre las rodillas.*) Pero tengo gran curiosidad de saber qué efecto me produciría; mamacita nunca consintió que probara. ¿Si lo hiciera ahora?... puesto que la ocasión se presenta... (*resuelta.*) Probemos. (*Toma una pulgarada de rapé y lo aspira; estornuda fuerte repetidas veces. La voz:*) — Mi querubín precioso, ¿qué haces? — (*Levantándose.*) Nada. Estoy buscando. ¡Al demonio con el rapé! ¡hasta sabe hacer la espía! (*Restregándose los ojos y limpiándose la nariz.*) ¡Bah! ¡qué cosa fea! No pruebo más, no. Mamacita está esperando sus anteojos y voy corriendo á llevárselos. (*Recoge el bastón, los*



anteojos y se va corriendo ; al llegar á la puerta se detiene de pronto, queda un momento pensativa, luego sonríe retrocediendo algunos pasos.) Mira de lo que me estoy acordando. Precisamente de la noche en que le regalé esta tabaquera. ¡Pasaron muchos años ya! era yo entonces una pebetita así, y precisamente como ahora corría hacia mi mamacita para llevarle mi regalito, cuando la veo llegar bailando con mi papá y todos los invitados que los seguían aplaudiendo; yo me quedé con la boca abierta de sorpresa. ¡Mamacita bailando! ¡ella! ¡ah, pero era tan linda! con sus cabellos cándidos como la nieve; con su cofia nuevecita, con esa carita tan rosada y... con cada lagrimón en los ojos... (*Conmoviéndose.*) ¡Pobrecita! ¡Oh, lo sé yo, sí, la causa de aquellas lágrimas! Se acordaba de muchas cosas... y de abuelito... que se ha ido hace ya tantos años... Una señora me vió y le dijo, señalándome : « Mire á su nietecita, ¿ no parece un querubín ? » Mamacita me abrazó fuerte, fuerte, diciéndome : « Si, eres un querido, adorable querubín. ¡Si te viera tu papacito! » Y soltó dos lagrimones grandotes así. (*Señalando la yema del índice. Conmovida casi llorando.*) ¡Ay mi buen Dios! ¿ por qué no me has conservado también á mi papacito ? Mamacita no lloraría y serían dos para comprarme flores y bombones. (*La voz :*) — Mi querubín, ¿ buscas todavía ? — (*Volviendo en sí.*) ¡Jesús! siempre me distraigo. No, abuelita, ya lo encontré todo y te lo llevo corriendo. (*Se olvida los bombones, llegando á la puerta vuelve por ellos.*) ¡Ah, los bombones! no quiero dejarlos. (*Olvida las flores ; mismo juego.*) Y las flores, quiero llevarlas. (*Olvida el bastón ; mismo juego.*) El bastón, el bastón, lo olvidaba. ¿ Cómo hago para llevar

todo? Aguarda y ya lo verás. Los anteojos á caballito sobre la nariz. (*Se los coloca.*) La tabaquera aquí dentro... ¡Oh, cabe sí! (*metiéndola detro de la caja de los bombones; mientras tanto se come uno*) ya se produjo un cierto vacío... (*La cierra.*) Ya está; el bastón colgado del brazo y ahora *march.* (*La voz:*) — El automóvil está esperando. — Voy corriendo, mamacita de mi alma, voy corriendo. (*Vase corriendo.*)



# Consuelo

---

La escena representa una salita ; á la derecha un gran espejo. Consuelo entra por la izquierda, lloriqueando y como empujada por alguien. Óyese cerrar la puerta por dentro. Consuelo se vuelve hacia la puerta, la empuja, la sacude para abrirla y llama.

¡Mamá, mamá! No salgas sin mí; llévame contigo á paseo; seré muy buena. (*Golpeando la puerta.*) ¡Mamita! ¡Mamitaaaa! ¡Queriditaaa! (*Escucha; no oyendo nada se aleja despechada.*) Se fué. ¡Mala, mala! No eres queridita, no, no. Salir á paseo sin llevar á su Consuelito... es la primera vez. (*Llorando, después con enojo.*) ¿Y todo por qué? por una tontería: No hice los deberes de la escuela y no estudié la lección. ¿Acaso es obligatorio llenar siempre los deberes y siempre estudiar la lección? Muchas niñas conozco yo que no estudian nunca la lección; y ¿deberes? ni sombra; y no por eso las castigan. Pero ya se ve que hoy mamá estaba de mal humor conmigo, porque hasta me dijo que no tengo gracia para nada, que soy la chica más desgarbada que conozca, y también la más desaplicada, y que por consiguiente no le doy ningún consuelo. (*Con enojo.*) Entonces, ¿por qué me llama su Consuelo, su querida Consuelito? No quiero más que nadie me llame Consuelo. Me llamarán Pancha, Timotea, Pancracia ó



Tiburcia. En fin, un nombre de los más desgarrados; éste debe ser como la que lo lleva. (*Reflexionando.*) ¿Será verdad que soy tan sin gracia, y tan desaplicada? Desaplicada no; mamá lo ha dicho... por decir. Aunque es verdad que alguna vez me olvido de hacer los deberes y estudiar la lección, no por eso dejo de saber muchas cosas.

Sé leer, escribir, contar, bordar, dibujar, coser, tejer, tocar el piano, bailar, cantar, recitar y (*esto dicho muy ligero*) también jugar. ¿Se puede pedir más? ¡Pero si todo lo hago tan sin gracia! ¿Será cierto? Quiero ver. (*Se coloca delante del espejo y habla con ella misma fingiendo ser una visita.*) ¿Cómo está señora? ¿cómo le va? Pase usted, señora; tome asiento. ¿Mamá? ya vendrá en seguida; tenga la amabilidad de esperarla un momentito; con el permiso de usted voy á avisarla. Me voy y vuelvo con mamá. Ella se sienta aquí, allí la visita y yo en este asiento. (*Se sienta delante del espejo.*) Y Tití y Mimí, ¿están buenas? ¿Sí? me alegro mucho. Traígalas una tarde, señora, para que juguemos juntas... ¿Sí, de veras? ¡qué placer! ¿Ya se retira, señora? ¡Tan pronto! ¡Adiós! que le vaya á usted bien. Recuerdos á Tití y á Mimí. Para servir á usted. (*Figura que acompaña á la visita y en la puerta le hace una reverencia.*) Me parece que no lo hago tan mal. Pero la declamación y el baile, ¿cómo me portaré con ellos? Vamos á ver. Figurémonos que estas sillas son señoras, señoritas y caballeros que están de visita. (*Las dispone y ella se sienta.*) Mamá me invita á recitar, como lo hace siempre. (*Imitando la voz de señora.*) — Mi hijita, complace á las señoras; recita un monólogo. (*Haciéndose la retraída.*) — No, mamá. (*Fingiendo la voz de*

*una visita.*) — Consuelito, no digas que no; recítanos algo. (*La voz de la mamá.*) — Sí señora, va á recitar. (*Refunfuñando.*) — No voy á recitar nada. (*La voz de la mamá.*) — Recita ese monólogo en el que también bailas. (*La voz de las visitas.*) — Ese, ése mi hijita, que es tan lindo!... — No me acuerdo. (*La voz de la mamá.*) — Si ayer lo has dicho. — Ese no quiero, es muy largo y me cansa mucho. (*La voz de la visita.*) — Uno cortito, monona. — No tengo ganas. (*La voz de la mamá algo enojada.*) — ¡Cómo que no tienes ganas! Debes obedecer y ser condescendiente. Empiece. (*Se levanta de mala gana, y con voz llorosa.*) — Bueno, pero lo diré muy mal; porque cuando no tengo ganas es inútil. (*Se coloca delante del espejo, refunfuñando.*) Siempre recitar, siempre bailar, ¿creen que uno no se cansa? Y ahora ¿qué digo? (*Se mira en el espejo.*) ¡Oh, qué cara tan fea! ¿Cómo podré recitar haciendo pucheritos? (*Recita una estrofa de alguna poesía; prefíérense décimas octosílabas por prestarse éstas fácilmente á la cantilena que generalmente le dan los niños al recitar; recitará sin pausas, sin colorido, balanceando el cuerpo y levantando un brazo mientras deja caer el otro, ó con los dos á lo largo del cuerpo. Terminada la estrofa suelta una carcajada.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una gracia! Parezco un títere. ¡Linda manera de lucirme! Tiene razón mamá. Si así no fuera no me habría castigado dejándome en casa, y no me hubiera dicho que yo de chiquita era una monada y ahora una rústica. No, no quiero ser así, es muy feo; quiero volver á ser una monada y dejar contenta á mamá para que siempre me llame su Consuelo, su querida Consuelito. Vamos; empecemos la lección, señorita de los puche-

ritos. (*Se sienta y repite la escena anterior. Imita la voz de la mamá.*) — Querida, estas señoras desean que bailes. No te hagas de rogar. — No mamá, es el mayor gusto para mí complacerlas. (*Con desenvoltura y gracia se levanta y colócase delante del espejo.*) ¿Qué desean? ¿una gavota, un valse, ó un pas de quatre? (*La voz de una visita.*) — Lo que gustes, nena. — No, lo que ustedes gusten. ¿Una pavana? Con el mayor placer. (*Baila acompañándose con la voz; al terminar se aplaude y saluda mirándose al espejo para ver cómo lo hace.*) Muy bien, muy bien. — Gracias, no merezco. (*La voz de una visita.*) Sí, monona; toma un beso ricura. (*Se besa á sí misma en el espejo.*) ¿Una recitación ahora? Con mucho gusto; pero si me lo permiten descansaré un momento y luego las complaceré. (*Se sienta.*) ¿Ya se retiran? Siempre á sus órdenes para complacerlas. (*Se levanta.*) Y aquí unos cuantos saludos á lo Luis veinte ó diez y ocho... en fin algún Luis, porque están muy de modo los Luises. (*Hace muchas réverencias y finge dar la mano. Luego se vuelve y planta delante del espejo cruzándose de brazos.*) ¿Y? que vuelva mamá á llamarme sin gracia. (*Vuelta hacia el público.*) Pues, si éstas no son gracias, que me diga ella cuáles son. (*Lentamente se abre la puerta que antes había sido cerrada; al ruido, Consuelo se vuelve, y de puntillas vase hacia la puerta dejada entreabierta y mira por ella.*) Alguien abrió la puerta, y alguien estaba detrás de ella; oigo pasos que se alejan. (*Mira.*) Me parece mamá. Sí, sí, es ella; y está con traje de casa. Entonces no ha salido! ¡Ah! ¡qué pícara mamá! Se ha hecho la que salía y se ha quedado á escucharme ¡Picarona, picarona! ¡Bien lo decía yo! ¿Salir sin su Consuelito?



¡nunca! Y ahora, ¿qué me dirá? Yo creo que de mis gracias debe estar muy satisfecha. ¡Ah! ¡qué rico olor de biscochuelo y de chocolate! (*Mira por la puerta.*) Lo están vertiendo en las tazas. ¡Cómo humea! ¡Ah! me parece que ya lo estoy sorbiendo. (*Vuelve á mirar.*) ¡Masitas, tortitas, dulces y hasta flores! (*Batiendo palmas de alegría.*) ¡Pero esto es un banquete! ¿Y todo eso será para mi personita garbosa? (*Con gracia vuelve al espejo y se hace una reverencia.*) Es indudable, muy señorita mía, que su mamá la obsequia por haber adquirido gracia y cortesía. Siendo así, tengo el gusto de invitar á usted, muy amable y garbosa señorita, para que me acompañe á tomar media docena de tacitas de chocolate, acompañadas por una infinita variedad de *masitas* y dulces, que nosotras comeremos con la mayor gracia del mundo. (*Simula acompañar del brazo á la compañera hasta la puerta.*) Señorita, pase usted. — No, de ninguna manera. Ahora sí. (*Va á pasar ella.*) ¡Ay qué perfume! ¡y qué vista tan halagadora! Al final del banquete brindaremos, señorita mía, á la salud de mamá, quien me obsequia por haber adquirido gracia y cortesía. (*Vase, después de haber hecho al público una graciosa reverencia.*)



## Las bodas de oro

---

(*Entra riendo.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué graciosos son! ¡Qué graciosos! ¡Graciosísimos! ¡Ja, ja, ja! ¿No han venido por aquí? ¿No? ¡No! ¿Ustedes no los han visto? ¡No! ¡Qué lástima! Sí, porque han perdido, con no verlos, algo muy gracioso. ¡Pero yo sí, los he visto! ¡Y cómo me voy á acordar de las bodas de oro! ¡Qué ocurrencia!

Esta mañana fuímos todos á la iglesia. Abuelito y abuelita tenía cada uno de ellos un lindo sillón y un reclinatorio de terciopelo azul. Lo mismito que tía Laura y mi nuevo tío Federico cuando se casaron el mes pasado. Después vino el señor cura y les hizo un lindo discurso, y leyó algo en un libro que, dicen, era latín. Lo mismo, lo mismísimo que á tía Laura.

¿Y por qué? ¡Ah! será porque... cuando festejan las bodas de oro se volverán á casar. Debe ser así. ¡Esta noche en casa se dió una\* comida!... ¡Qué comida! Lo mismo que la de tía Laura. ¡Un banquete! Había cremas, helados, dulces, confites, chocolates, *masas*, tortas, bizcochitos, licores, vinos, y hasta *Champagne*... Sí, señores, ¡*Champagne*! Y yo he bebido hoy *Champagne*, por primera vez. ¡Oh, muy poquito! Pero, asimismo, me pareció... riquísimo.

Más tarde vuelvo á tomar otro poquito. Si siempre se han de dar fiestas tan lindas y comer tan ricos dulces cuando se celebran las bodas de oro, yo quisiera que mamita y papito celebraran la suya, lo menos... cada ocho días. Y con baile... como esta noche... ¡Qué contento! ¡Yo, en un baile! Y me habían dicho que para ir al baile debía esperar hasta que sea grande... una señorita. Y en vez... ya estoy en él. Y es porque abuelita y abuelito han tenido la feliz idea de festejar sus bodas de oro. Pero no comprendo una cosa. ¿Por qué han esperado hasta que sus cabellos se volviesen blancos para dar esta hermosa fiesta? ¿Por qué han esperado á ser viejos para celebrar sus bodas de oro? ¡Cuando yo sea grande, no voy á esperar á ser vieja para celebrar mis bodas de oro!

Ustedes *reciencito* me han visto reir, ¿verdad? Y les decía, que eran graciosos, muy graciosos. Pero no era para burlarme de ellos ¡No! ¡Dios me libre de semejante cosa! Es verdad que de otros me suelo burlar... ¡Pero los otros no son mis abuelitos! ¡Y á papito y á mamita los quiero demasiado para permitirme semejante irreverencia! Solamente que... me pareció tan... tan... en fin, que fué una gran sorpresa; no me la esperaba.

¡Como es la primera vez que veo bodas de oro! Parece que éstas son muy raras. No se festejan cada ocho días, no. Entonces, como les decía á ustedes... ¡Ja, ja, ja! Si les digo que eran muy graciosos! ¡y que nunca los olvidaré! Cuando toda la gente se hubo reunido en la sala, mamita y papito se sentaron en sus sillones, y todos, toditos, fuimos á besarlos y abrazarlos. Papá, mamá, las tías, los tíos, mis hermanos, los primos, primas, todos los parientes, ¡uf, cuántos había! parecía



la procesión; y por último, los convidados. Y esta ceremonia tenía apariencias de dar gran alegría á mis abuelitos. Pero una alegría que los hacía llorar. Sí, sí, llorar.

He visto que papito tenía los ojos húmedos, y bajo los anteojos de mamita, vi rodar dos gruesas lágrimas... Y lloraban todos... No sé por qué, pero... yo también lloraba. ¡Qué cosa tan rara! ¡Una alegría que hace llorar! ¿Y esto sucederá en todas las bodas de oro? En fin, mamá se sentó al piano y tocó una polka. Entonces, abuelito se levantó, ofreció con mucho garbo la mano á mamita, con el brazo rodeó su talle... y comenzaron á bailar la polka... así. (*Baila una polka, despacito imitando á los abuelos.*) Bailando dieron la vuelta á la sala, pasaron al salón y entonces vine corriendo á contarles la novedad. ¡Qué ocurrencia la de papito y mamita! Pero una ocurrencia linda. porque es muy graciosa y muy gentil la polka de los abuelitos en sus bodas de oro. (*Vase bailando.*)

G. DE WAILLY.

(Traducción libre del francés.)



## Para los pobrecitos niños pobres

---

Pieza pobremente amueblada. En un rincón, un cajón y una sillita de paja.

*(La niña entra llorosa y restregándose los ojos con las manos.)* ¡Pobre...ci...tos; pobre...citos niños pobres! *(Se seca los ojos con el delantal.)* Hoy es su día, y ya he visto á esas buenas señoras que van recogiendo cosas para llevarles.

Vendrán aquí también, y nosotros ¿qué les daremos, si también somos pobres? No tanto como esos pobrecitos, pero al fin pobres, porque mamá trabaja, papá trabaja y hasta abuelito trabaja; si no fuéramos pobres no trabajaríamos, porque yo también trabajo. Sí, como lo digo; ayudo á mamá en los quehaceres de la casa y coso toda la ropita de mi muñeca.

Yo le pregunté hoy á mamá : ¿Qué me vas á dar para los pobrecitos niños pobres? y ella me contestó : « Mi hijita, nada tengo para dar, pero si tú encuentras algo que darles, te daré. » Entonces dije á abuelito : Y usted, ¿qué me da, abuelito? y él me respondió : « Hijita mía, nada puedo darte; mas, si cuando vuelva me cuentas un cuentito que me agrade, algo podré darte. » ¿Qué encontraré yo para dar á esos pobrecitos, siendo yo tan pobre como soy? ¿Ni qué cuento que agrade á abuelito podré contarle? ¡Vaya con la ocurrencia! ¿Qué daré, Dios mío, qué daré? Quisiera

darles tantas cosas, tantas!... Vamos á ver en mi cajón donde guardo mis juguetes y retacitos. (*Resuelta, va hacia el cajón, lo toma con ambas manos y trae al prosenio, acerca la sillita sentándose en ella junto al cajón, y mete las manos en él para sacar una muñeca algo grande.*)

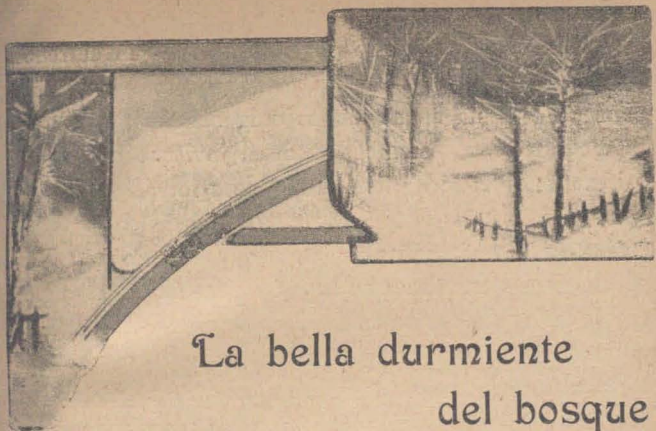
¡Ah, mi muñeca! mi linda Rosalía! (*La besa.*) Esto es lo que les doy, mi muñeca. (*Observándola con pena.*) ¡Ah!... pero le falta una pierna... y un brazo también ¡Qué importa! se les hace de trapo; yo misma se los haré. (*Saca del cajón unos retazos.*) Y con estos retacitos le hago un lindo vestido y una lindísima capota. ¡Qué contenta va á estar la nena á quien se la van á dar! (*Deja en el suelo la muñeca y retazos y saca del cajón un pianito.*) ¡El pianito! (*Tocando las notas y cantando.*) Do, re, mi, fa, sol... (*Volviendo á tocar las notas con rapidez.*) ¡Lo doy, lo doy, lo doy, lo doy, lo doy! (*Hablando.*) Está gastado y tres teclas no sueñan... pero qué le vamos á hacer... peor es nada. (*Lo coloca junto á la muñeca; revuelve en el cajón y saca un payasito envuelto en un retazo de género.*) Debe ser mi payasito... Éste sí que está sano, sano, sanito... (*Mientras tanto lo ha desenvuelto y aparece sin la cabeza; con la mayor sorpresa.*) ¡Sin cabeza! ¡Pobrecita de mí! ¿Cómo voy á dar un payasito sin cabeza? (*Revolviendo en el cajón.*) Le haré una de trapo... ¡Ah! (*Saca una cabeza de muñeca con cabellera.*) ¡Aquí hay una cabeza! (*Poniéndola sobre el cuello del payaso.*) Le pongo ésta con un alambre. Ya está arreglado. (*Lo coloca en el suelo junto á los demás. Revolviendo.*) Aquí hay un libro. (*Lo saca y mira.*) Veo y leo. El libro en que aprendí á leer. También lo doy. Se lo darán á algún chi-



co que quiere aprender á leer y no pueda comprar libro.

Todo esto es lo que puedo dar. Es muy poco... ¡Ah! ¿Y mi alcancía? Aquí dentro está. (*Saca del cajón una pequeña alcancía, la sacude haciéndola sonar.*) ¡Pobre de mí, qué poquitos centavos hay! ¡Si yo pudiera contarle un cuento á abuelito que le agradara y me diera más centavos!... ¡Y si me los diera también mamá por todo esto que encontré para dar!... (*Pensativa.*) Y si mamá quisiera... iría yo con mis hermanitos á pedir á los niños ricos para los niños pobres. (*Contenta se levanta.*) ¿Y por qué no ha de querer? Claro que querrá. (*Palmoteando de alegría.*) ¡Oh, cuántas cosas lindas y útiles nos darán. (*Cabizbaja.*) ¿Y el cuento á abuelito? (*Se pasea un momento pensativa.*) ¡Ah! ya tengo el cuento. Le diré: Abuelito, había una vez, no un rey, sino una chica muy pobre, pero con un corazón muy grande y muy rico, y no pudiendo dar más que las poquitas cosas que tenía, y éstas eran muy poquitas, pidió permiso á su mamá para ir con sus hermanitos á pedir para los pobrecitos niños pobres; la mamá le concedió el permiso, entonces fué y consiguió tantas y tan lindas cosas que ella quedó contenta, y la mamá y el abuelito también.

¿No le gustará á abuelito este cuento? Ya lo creo que le gustará y me dará muchos centavos que, juntos con éstos, los daré á los niños. (*Recoge del suelo la muñeca, el piano, el payaso, los retazos, el libro y la alcancía y con ellos en brazos vuelve hacia el público.*) Ahora voy á poner la pierna y el brazo á la muñeca, y la cabeza al payaso; y después vuelvo con mis hermanitos para pedir para los pobrecitos niños pobres. (*Hace una inclinación graciosa y vase corriendo.*)



## La bella durmiente del bosque

---

Traje de gasa verde, sembrado de flores; ramillete de hierba florida en los cabellos; todo absolutamente oculto debajo de una amplia capa obscura, con caperuza, y salpicada de copos de nieve. (Se imita los blancos copos con algodón espolvorizado con ácido bórico.)

La Bella Durmiente descansa recostada sobre el césped, en un bosque despojado de sus galas por el invierno. (Representase ese bosque por medio de ramas secas y nevosas, aseguradas en el suelo.) Seria oportuno figurar una ondulación de terreno para facilitar á la dormida una postura cómoda y graciosa.

La primera parte del monólogo puede ser acompañada á la sordina, entre bastidores, por un lánguido *adagio*. Al principio la Bella está sumergida en un profundo sueño, que demuestra por una respiración lenta y regular. Después, como agitada por un estremecimiento, aparece bajo la influencia de un sueño que ella manifiesta con frases entrecortadas y ademanes sobrios y lentos.

¿Quién reconocería en mí á la Bella Naturaleza, bajo esta muerte aparente en que estoy sumergida? Es el horroroso invierno quien me ha entorpecido de tal manera. ¿Qué narcótico me ha inoculado para adormecerme por tan largo tiempo? Ese filtro misterioso de som-

nolencia se ha extendido por todas partes en derredor. Todo reposa bajo una vasta mortaja de blanca densa, todo está sepultado bajo la blanca nieve; está endurecido, petrificado por el invierno crudo. Yo misma estoy helada, temblando de frío. (*Haciendo acción.*)

Á veces este invierno aborrecido, mi genio de desdicha, aparenta reanimarme bajo un plumón de cisne blanco... bajo una cortina nevosa de armiño. ¡El perfume y tan sólo es para congelarme hasta la médula... los ojos entornados sólo descubren por todas partes, el cielo enlutado, y claridades lívidas en una inmensidad algodonosa, laminada de escarcha, sobre la que se filan crudamente los árboles, cual si fueran esqueletos ennegrecidos; mi oído amodorrado, ensordecido, percibe vagos gemidos y lamentos universales. (*Amándose.*) Pero... ¿qué repentino cambio de tonos? (*Ruido imitativo detrás de la escena.*) ¡Qué horrible sinfonía de tempestad! silbidos agudos de vendaval, mugidos sordos y prolongados de rachas... clamores multuosos del aquilón desencadenado, que se precipita como un loco con aullidos de animal salvaje, gritos de tridentes de aves de rapiña. ¡Oh, cielos! ¡qué horrible espantosa pesadilla! ¡Dejadme huir... dejadme huir! (*Intenta levantarse, vuelve á caer impotente.*) ¡Ay de mí! estoy inerte, clavada aquí por un sueño invencible. ¿Cuándo vendrá ella? ¡Oh, Dios mío! haced que apresure la libertadora á quien llamo con tanto fervor. Ella solamente puede libertarme de este letargo que me mantiene aprisionada. (*Mientras vuelve á dormirse en silencio como antes de su ensueño, una proyección luminosa se refleja sobre el semblante de la Bella. De*



rante este juego de escena una mano invisible empuja con presteza, delante de las ramas secas, algunos arbutos verdes. El adagio facultativo del acompañamiento, se transforma en un allegro á la sordina. La Bella se despierta (accione con mucha naturalidad), se levanta, arroja con presteza capa y caperuza y aparece en toda la frescura de su atavío florido. Se inclina con gracia y sonriente.)

Princesa encantadora, hermosa primavera de frente rosada, amada libertadora de la Bella Naturaleza ¡salud!... Rompiendo el maleficio de mi sopor, tú acabas de abrir mis ojos con la caricia de un rayo de calor y de luz. Con los brotes henchidos que van á abrirse en el invierno follaje, siento circular por mis venas la savia de una nueva vida. Todas las esperanzas, todas las promesas de la aurora en la mañana, se impelen y desbordan en mi alma dilatada por la dicha... ¡Aleluya... aleluya!... (*Introduciendo la mano en una cestilla engañada, oculta hasta entonces, y haciendo la acción.*) Embremos á manos llenas los pétalos del rosal silvestre, y las flores del acanto, para anunciar la nueva de mi resurrección. La suave brisa y el templado céfiro serán los mensajeros aéreos de esas graciosas cartas de participación. (*Quémese perfumes entre bastidores é imitese el canto de los pájaros y el zumbir de los insectos.*) Todo renace ya, todo se regocija conmigo : por todas partes nuevas maravillas. Las tímidas pervincas entreabren sus ojos azulados, las margaritas, á imitación de las estrellas, se agrupan en constelaciones sobre fondos de esmeralda... los lirios del valle, las lilas, las azucenas, y otros tantos incensarios, perfuman el aire con sus aromas; los arroyos deshielos danzan por entre los

guijarros al compás de sus canciones; las ranas, proclamando sus derechos á voz en grito, toman posesión de sus palanquines de nenúfares; las abejas cuentan las flores para saborear de antemano el placer de libar en sus cálices; los pájaros, aficionados al deporte, inauguran, con gran ruido de alas, excursiones aéreas en el espacio irradiado de sol, y al mismo tiempo, los que entre ellos son artistas melómanos, multiplican sus armonías en las colgaduras dentelladas del bosque. Para estos virtuosos del canto, los nuevos retoños se extienden en semicírculo, levantando arcos de triunfo sobre las breñas. ¡Aleluya... aleluya!

Y ahora á mí, la Bella Naturaleza, que concentro en mi corazón las múltiples alegrías que la Primavera trae consigo, á mí me toca interpretar el dulce lenguaje de las cosas, formar un ramillete de todas esas flores, un incienso de todos esos perfumes, un himno de todos esos cantos para ofrecerlos al Creador. (*Cae de rodillas, levanta los ojos y tiende las manos hacia el cielo.*) ¡Dios mío! acepta estos tesoros que Tú nos envías, y mil veces seas bendito por todo lo que te dignas hacer en mi favor : una nueva creación por el ministerio de la Primavera. Los dones con que Tú me colmas, yo quiero, á mi vez, brindarlos á los mortales. Al ver tus liberalidades divinas, ¿ cómo no exclamar ?

La verdadera dicha es, al poseerlos, prodigarlos.

HORTENSE BARRAU.

(Traducido del francés).

« ¡Así eran aquéllos hombres! »

---

(*Entra la niña llevando un libro abierto y leyendo lo siguiente.*) « Sí, mi hija querida, « ¡así eran aquellos hombres! » (*Cierra el libro, y dice con vehemencia.*) « ¡Nuestros hombres! Llenos de ardor patriótico, que los impulsaba á una sublime abnegación de sí mismos, sacrificándolo todo en aras de la libertad de su país. Á aquellos hombres es á quienes debemos una patria libre, fuerte, rica y respetada. Á aquellos hombres ámalos, admíralos, erígeles en tu corazón un altar, y enciende en él la lámpara votiva de la veneración que la gratitud jamás deja extinguir. » Ya me lo aprendí de memoria, y quedan grabadas aquí (*señala la frente*) y aquí (*señala el corazón*) estas palabras que mamá me escribió en una página de este libro (*señala la página*) que me regaló junto con la Historia Argentina, para que yo aprendiera á conocer á « aquellos hombres ». ¡Oh, pero ya conozco muchos de aquellos hombres! y los amo, los admiro y los venero como á reliquia santa. No podría ser de otra manera, mamita querida, siendo yo educada por tí, teniendo tu alma, habiendo nacido en este suelo argentino, en donde, si hubo muchos de aquellos hom-



bres, patriotas abnegados, héroes y mártires, también hubo no pocas de aquellas mujeres, que fueron heroínas, gloria y orgullo de nuestra patria; y por esto mismo creo yo que, si en aquel tiempo hubo de aquellos hombres y de aquellas mujeres, también los hay en el tiempo presente y los habrá en los venideros. ¿Que no? ¿Quién lo dice? Pues yo afirmo, y segura estoy de no engañarme, que si debiéramos volver á combatir por la libertad de nuestro país, el alma de aquellos hombres y de aquellas mujeres reviviría en el alma de sus hijos, demostrando el mismo valor, la misma generosidad y abnegación. Y creo que al revivir aquéllas en estas almas, hasta realizarían las mismas hazañas, repetirían las mismas palabras y hallarían las mismas respuestas. Pues, ¿habría algún argentino que, frente al enemigo, vacilase en recoger la bandera del caído abanderado (1) y levantándola en alto lanzarse audaz á escalar la batería gritando á sus compañeros: «*Síganme, si son hombres*»? ¿Y cuál dejaría de responder, uniendo la acción á la palabra. «*Lo hemos de seguir, y aun le hemos de pasar... Acaso, usted nomás es argentino?*» ¿Y habría argentino que, dado el caso, no mandase arrojar su cuerpo al agua, como lo ordenara el intrépido Espora (2), *prefiriendo ser pasto de los peces argentinos antes que trofeo del enemigo?* Á lo cual contestó con nobleza un gaucho marinero: (*Llevándose la mano derecha á la frente para hacer la venia militar.*) «*Mi comandante, pá que nos agarren el barco es preciso que tuitos haigamos muerto*». ¿Quién, siendo hombre, sol-

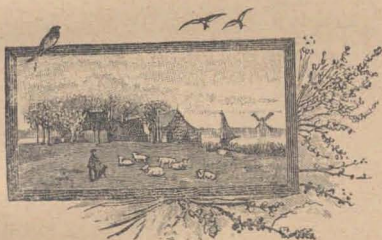
(1) Del *Anecdotario argentino*.

(2) Del libro *Episodios nacionales*.

dado y patriota, no daría semejante orden y semejante respuesta ? »

Por mi parte, sabedlo, aunque mujer, si algún intruso de allende los mares, pretendiere *agarrarnos el barco* y arrebataarnos la libertad, diré como el bravo gaucho marintero, y como todo buen argentino debe decir : *Pa que nos agarren el barco es preciso que túitos hai-gamos muerto.*

(*Vase corriendo.*)







CUADROS VIVOS



## En el templo de la gloria

---

Interior de un templete; columnas alrededor; en el centro de la escena, un gran bloque de mármol ó bronce, de forma piramidal, sobre un pedestal de granito rojo; grabados en el bloque, en letras doradas, los nombres de los próceres de la independencia argentina, de los estadistas, literatos y poetas eminentes. De pie, en el tercer escalón del pedestal, la República Argentina, en postura noble, majestuosa, la cabeza vuelta hacia el público, el cuerpo hacia el bloque, á su derecha, en actitud de grabar en el bronce con el burril la última letra del apellido *San Martín* debajo del retrato del mismo en forma de medallón, á la derecha de la República y á mayor altura de sus hombros; en la parte superior del retrato, que abarque un costado hasta la parte inferior formando trofeo, un sable, un morrión de granadero, una rama de laurel y una palma; á la izquierda de la República, el retrato de Belgrano, á la misma altura del de San Martín; en lo alto del retrato, una pequeña bandera argentina, artísticamente recogida; bajo del mismo, los nombres de French y Beruti unidos por un lazo azul y blanco. Rodea al bloque una corona de laureles y rosas; á los pies de la República, sobre el segundo escalón del pedestal, un ramo de flores entre dos grandes palmas. Detrás del bloque se levanta majestuosa, entre nubes, la Gloria, quien sostiene las extremidades de la corona con la derecha, mientras que con la izquierda extendida, señala á la República como diciendo: *Ella graba en mi templo los nombres de los que yo hice inmortales*. Al lado de la Gloria, á menor altura, dos ángeles arrojan lentamente sobre el bloque pétalos de flores y hojas de laurel, las que sacan de una cestita adornada con tules, que llevan en la mano; gran número de niñas rodea el cuadro arrodilladas en derredor del pedestal, numerosas flores y ramitos esparcidos en los escalones del mismo, ofrenda de las niñas; éstas, al levantarse el telón, entonan el himno nacional acompañadas por la orquesta, y siguen cantando mientras queda en exhibición el cuadro; los ángeles siguen arrojando pétalos y hojas; un reflector de luz muy viva y clara lo ilumina. Baja el telón lentamente.



Van á continuación los nombres que figurarán en el cuadro, dejando la eliminación de algunos ó la agregación de otros, como asimismo su colocación, al criterio de los señores que lo preparen.

Militares	Estadistas	Poetas y literatos
San Martín.	Moreno.	J. Labardén.
Belgrano.	Rivadavia.	M. Lafinur.
Pueyrredón.	Saavedra.	V. López.
Alvear.	Castelli.	F. Varela.
Lavalle.	Azcúenaga.	J. C. Varela.
Paz.	R. Peña.	Cuenca.
Dorrego.	Paso.	Ascasubi.
Güemes.	Matheu.	Hidalgo.
Las Heras.	Castro Barros.	E. del Campo.
Soler.	F. G. Rodríguez.	Hernández.
Lamadrid.	L. M. de Oro.	Mármol.
Brandzen.	Funes.	Echevarría.
Balcarce.	Alvarez Jonte.	Andrade.
Necochea.	Vieytes.	J. M. Gorriti.
Escalada.	Alberti.	R. Gutiérrez.
Olazábal.	Laprida.	J. M. Gutiérrez.
Pringles.	Sarmiento.	
Olavarría.	Vélez Sarsfield.	
Brown.	Alberdi.	
Rosales.	Rawson.	
	Avellaneda.	
	Alsina.	

Bartolomé Mitre

Si no se formara el cuadro en un escenario teatral, y por consiguiente no se pudiera disponer de las decoraciones para representar un templete, cubrase la pared del fondo y las laterales con una cortina de felpa roja; el pedestal puede formarse con tarimas sobrepuestas y cubiertas con una tela

bien extendida color del granito ; el bloque, con mesitas ó sillas sobrepuestas y cubiertas con una tela blanca lustrosa imitando al mármol, ó color del bronce imitando á éste ; las letras de los nombres, con papel dorado, encoladas sobre la tela. La Gloria llevará una hermosa peluca rubia con rizos largos, corona de oro y manto regio ; rodeará su cabeza una luminosa aureola. Las nubes, de donde surge, se imitarán con tules blancos ; los ángeles llevarán un amplio camisón de lana blanca, con escote cuadrado y mangas amplias y largas ; alas de plumas ó de tul brillante ; bucles recogidos alrededor de la cabeza y coronita de rosas. Las niñas que rodean el bloque vestirán lo mismo que los dos ángeles, ó simplemente con los mismos trajes con que van á la fiesta.



# La fuente de los querubes

---

Jardín : un césped, imitado con una alfombra verde, abarca toda la escena. En el centro de la escena una gran fuente de figura oval, formada por niñas semiacostadas, apoyándose unas en otras en actitud cómoda y graciosa.

Cada niña tiene un vasito dorado ó plateado sujeto á un brazo por una cadenita. Una mata de plantas y flores en el medio de la fuente ; un grupo de tres niñas artísticamente colocadas en el centro de la mata, sostienen sobre sus cabecitas una cesta de flores. Otras niñas semiacostadas en derredor de la mata, pero en dirección opuesta á la de las primeras. Un gran chorro de agua alto y amplio surte de entre las flores de la cesta y otros tres de entre las plantas de la mata. (Los chorros de agua se imitan de la manera siguiente : una gran cantidad de alambres delgados forrados de hilo blanco unos, y otros de hilo plateado, bien ligados juntos en la base ; se separan en lo alto y se doblan, haciéndoles formar una curva muy amplia ; los hilos del centro se dejan casi rectos.)

La mata de plantas y flores colocada un poco más alta del suelo ; una mesita ó un banquito en el medio de la mata, oculto por la misma, sobre el cual se colocarán las niñas que sostienen la canastilla ; ésta será de tul color rosa. El espacio entre las niñas que forman la fuente y las del grupo del centro, será cubierto por una tela ó papel plateado, imitando el agua, y colocado junto á las niñas al pie de la mata, de manera que éstas parezcan semiacostadas sobre el agua y apoyadas en las plantas.

Todas las niñas vestirán túnica rosa, larga, amplia, vaporosa, con alas de igual color ; un adorno del mismo tul y color les cubre la cabeza, ocultándoles el cabello ; medias y zapatos rosa.

Las túnicas y cabezas de las niñas de la fuente serán polvoreadas con ácido bórico cristalizado para imitar la rociada del agua.

Al levantarse el telón aparece la fuente iluminada por un reflector cuya luz debe imitar á la de la luna ; el resto de la escena casi á oscuras.



La fuente, toda rosa, cual si fuese de mármol de ese color, se destaca en el fondo obscuro del jardín y en el verde del césped como si de él surgiera.

Multitud de niñas aparecen luego por la derecha é izquierda de la escena; en el mismo instante queda ésta toda iluminada por una luz resplandeciente, y varios instrumentos de cuerda, acompañados por el piano, prorumpen en un allegro. Las niñas, rápidas cual si volaran, se dirigen á la fuente; cogen el vasito que las demás niñas llevan sujeto en el brazo, y sin desprenderlo fingen llenarlo de agua y beber; después se asen de la mano, forman círculo y giran en derredor de la fuente; primero con rapidez, luego lentamente; cesa la música; las niñas se separan y, formando grupos junto á las de la fuente, se arrodillan, cruzan las manos sobre el pecho, y vuelven los ojos hacia el cielo en actitud de orar. La escena vuelve á quedar en una semiobscuridad, y la fuente y las niñas en la claridad de la luna. La música comienza una plegaria acompañando el murmullo de las niñas en coro como si oraran. Murmullo, es decir, no deben cantar la plegaria, sino murmurarla entonando sus vocesitas con la música, si es posible.

Al finalizar la plegaria las niñas se acuestan, pausadamente todas á un tiempo, sobre el césped, junto á las otras niñas, enlazando los brazos unas con otras, y mientras terminan la última nota, como un suspiro prolongado, baja el telón lentamente.

# La fiesta de la primavera

---

Jardín ; imita el césped una alfombra verde sembrada de flores.

En el centro de la escena, en primer término, colocada diagonalmente, una elegante carrocilla con respaldo alto, y muy baja en la parte delantera, tirada por cuatro niñas imitando golondrinas ; cada una de éstas lleva en la boca una flor ; dos niñas imitando mariposas de colores claros y brillantes, sentada en lo alto del respaldo tiran de las riendas ; éstas de hojas y flores. Las ruedas y la carrocilla cubiertas de flores ; por dentro, de trébol florido ; alrededor del borde, margaritas. La Primavera sentada en la carrocilla, en actitud de esparcir flores ; viste una vaporosa túnica de color rosa, escotada y mangas abiertas, largas, algo recogidas sobre el hombro y prendidas con un grupo de margaritas ; doble cinturón de margaritas sujeta la túnica ; guías de rositas alrededor de los brazos ; otra en el cuello á guisa de collar ; guirnalda de rosas en la cabeza, gran ramo de flores en la falda.

Trás de la carroza, multitud de niñas puestas en fila de dos, sostienen arcos de tul y flores ; las seis primeras llevan, respectivamente, violín, tibia, pandereta, triángulo, citara y lira, en actitud de tocar tales instrumentos. Todas las niñas visten túnica vaporosa de colores claros y variados ; doble cinturón de flores, flores en la cabeza.

Al levantarse el telón, una voz de soprano vocaliza *La primavera* de Grieg, entre bastidores, acompañada por piano, violín y arpa. Un reflector ilumina el cuadro. Baja el telón lentamente.



## SEGUNDA PARTE

Comedias, Diálogos, Monólogos y Cuadros vivos para niños y jóvenes

---

### COMEDIAS





# Falucho

Comedia en un acto (1)

---

## PERSONAJES

DON FRANCISCO.

CARLOS, de 12 á 13 años  
PEPITO, de 9 á 10 años  
ALFREDO, de 7 á 9 años

} sus hijos.

DON MANUEL, padre de don Francisco.

DOMINGO, viejo criado, moreno.

SOLDADO primero.

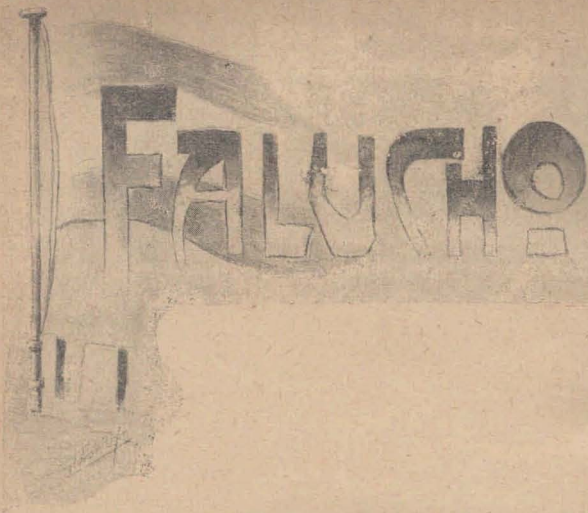
SOLDADO segundo.

VARIOS NIÑOS.

La acción se desarrolla en la lujosa vivienda de don Francisco, situada en la Avenida de Mayo.

Época actual.

(1) Esta comedia fué escrita expresamente para ser representada en la escuela de varones número 10, consejo escolar 3º, en diciembre de 1900.



Una sala. Á la derecha del actor, dos puertas que se abren sobre el balcón, hacia la Avenida de Mayo ; dos puertas á la izquierda ; la primera conduce á las habitaciones interiores, la segunda al corredor. En el fondo, frente al público, una portada cubierta por una pesada cortina, que á su tiempo se descorre ; detrás de la cortina, un tablado figurando un pequeño escenario ; en el fondo de éste, las almenas de una fortaleza. De cada lado del pequeño escenario, una bandera argentina. Sillas, sillones ; á la izquierda una mesa ; á la derecha, entre uno y otro balcón, una mesita ; sobre ésta, el retrato de Falucho.

## ESCENA PRIMERA

PEPITO, ALFREDO Y CARLOS

Pepito y Alfredo mirando hacia la calle, por los vidrios de la ventana. Carlos, de pie, en el centro de la escena, con morrión de granadero en la cabeza y un sable en la mano que hace girar con rapidez retrocediendo y avanzando.

CARL. — ¡Ah! ¡Oh!

ALF. — ¡Viva! (*palmoteando*) ¡viva!



PEP. — (*Palmoteando.*) ¡Viva! ¡Qué lindo, qué lindo!  
¡Mira, mira cuántas banderas!

ALF. — Más tarde pasarán los soldados, la música, los generales y mucha gente.

PEP. — Y por la noche habrá iluminación, tirarán cohetes. (*Pepe y Alfredo saltando de alegría, imitan el ruido que hace el cohete al partir y al estallar.*)  
¡Zss... pan, pan; zss... pan, pan! (*Saltan y golpean las manos haciendo mucho ruido.*)

CARL. — (*Se acerca á Pepe y á Alfredo amenazándoles con el sable.*) ¿Queréis callaros, chiquillos barulleros? (*Pepe y Alfredo prorrumpen en una carcajada.*)

PEP. — ¡Ja, ja, ja! Mira, mira al granadero furioso.

ALF. — Nos quiere matar. Escapa, escapa. (*Echan á correr.*)

CARL. — (*Los coge por un brazo y les hace dar media vuelta. En tono severo.*) ¡Avergonzaos! En vez de estudiar vuestros papeles para representarlos esta noche ante el gran general abuelito, y merecer los honores del triunfo, estáis haciendo un ruido infernal como si fuerais... unos chiquillos. ¿Dónde está vuestra dignidad de hombres, de ciudadanos, de soldados? (*Animándose.*) ¿No os avergonzáis de vuestro proceder? ¿No comprendéis todo el horror de vuestro crimen? (*Alzando el sable y retrocediendo algunos pasos.*) ¡Ah, miserables criaturas que tan sólo nacéis para vergüenza y oprobio de la patria, pagaréis con la vida vuestra nefanda acción. ¡Viles, traidores! (*Como si se dirigiera á muchos soldados.*) ¡Soldados, vais á presenciar el castigo de un traidor, quien...

## ESCENA II

DICHOS, DON FRANCISCO Y DOMINGO

Entra don Francisco por la primera puerta; Domingo, por la segunda, trayendo una bandeja con servicio de leche y café, pan ó bizcochos, servilleta, etc. Carlos, al retroceder con el sable levantado, tropieza con Domingo y cae al suelo todo el servicio. Domingo, pasado el primer momento de sorpresa, se apresura á recoger las tazas rotas, el pan, etc. Vase y vuelve en seguida con un lienzo y seca el líquido derramado en el suelo. Carlos queda como paralizado; el sable en alto; el morrión echado hacia atrás. Alfredo y Pepe haciendo muecas por contener la risa.

D. FRAN. — Carlos, ¿estás loco?

CARL. — *(Turbado, baja el sable sin saber qué hacer de él, lo quisiera esconder, envainar, y por último lo planta delante de sí y se apoya en él, con la cabeza baja. Actitud cómica.)* Papá... perdón... no lo hice expresamente... ensayaba mi general; me figuraba estar en el consejo de guerra y...

ALF. — *(Burlonamente.)* Decía á los soldados, que presenciarian el castigo de un traidor. *(Carlos le dirige una mirada de enojo apretando el puño; pero al darse vuelta don Francisco hacia él, vuelve á su actitud humilde.)*

D. FRAN. — Hijo mío, otra vez procura ensayar con mayor calma. *(Á Pepe y Alfredo.)* Y ustedes ¿qué hacen aquí? ¿con qué permiso? Marchen en seguida á cumplir los deberes para con su abuelito.

ALF. — Ya está hecho papá.

PEP. — El mío también.

ALF. — Y yo, el verso lo sé muy bien.

PEP. — Mi carta ya está escrita.

CARL. — (*Á Domingo.*) Culpa tuya, torpe. ¿Quién te mandó entrar en ese momento?

DOM. — ¡Cállese niño; si su papá lo oye, le castiga!

CARL. — (*Apretando el puño.*) ¡No faltaba más! Te pegaría, negro. (*Francisco se vuelve, ve el ademán de Carlos y oye la palabra « negro ». Queda dolorosamente sorprendido. Domingo, que durante este tiempo habrá recogido del suelo lo esparcido y puesto el todo en la bandeja, se dispone á salir; pero al ver la actitud severa de don Francisco, se le acerca.*)

DOM. — Señor, es muy niño; no comprende todavía... perdónele.

D. FRAN. — (*Lo interrumpe con benevolencia.*) Domingo, vé y observa que esté todo en orden para el almuerzo. (*Mirando su reloj.*) Mi padre no tardará en llegar. Si está ya en la mesa el cubierto de Carlos, quítalo. (*Carlos y Domingo lo miran como interrogando.*) Hoy te quedas sin almuerzo (*á Carlos*) y estarás encerrado todo el día.

CARL. — (*Llorando.*) ¡Hoy! El veinticinco de mayo!... Papá...

D. FRAN. — Sí, señor; hoy veinticinco de mayo; encerrado en el último cuarto: así no te molestará la música. (*Á Domingo.*) Te prohíbo terminantemente que le dejes salir y que le proporciones comida sin orden mía. (*Domingo quiere replicar.*) Vé, Domingo, vé. (*Domingo se inclina y vase por la segunda puerta.*)



### ESCENA III

DON FRANCISCO, CARLOS, PEPE Y ALFREDO

Pepito y Alfredo hablan entre sí; se acercan al balcón, y por último se quedan á un lado de la escena escuchando al padre; Carlos, mortificado, siempre con el morrión echado hacia atrás, un poco ladeado, apoyado en el sable, se esfuerza en retener las lágrimas.

D. FRAN. — Veo con profundo dolor, hijo mío, que no te corriges. Te he dicho muchas veces que no quiero que de tus labios salga esa palabra, negro.

CARL. — (*Refunfuñando.*) ¡Y si es negro! ¿Cómo le voy á decir blanco?

D. FRAN. — No repliques; y escúchame con atención. Te había perdonado el mal rato que hiciste pasar á Domingo hace poco por tu... entusiasmo. Pero no puedo, de ninguna manera, perdonarte el desprecio con que le tratas. El desprecio, hijo mío, es un grave defecto, que nace de la soberbia; y los soberbios, lo habrás oído decir muchas veces, son unos necios; carecen de corazón y poseen un alma mezquina. Por estas razones, no conocen los placeres que gozan en la vida los modestos, los que ignoran la soberbia. Estas almas buenas, porque son sencillas, generosas, porque son buenas, no conocen inferioridad. Para ellas, todos son iguales, porque todos tienen algún mérito; y con la dulzura, el afecto, la bondad, saben atraerse todos los corazones. ¡Ah, hijo mío! Estas almas nobles, tienen en la vida momentos de dicha inefable. Tú, no los conocerás jamás (*Carlos levanta la cabeza, hace un ademán para decir que sí.*) No, Carlos; jamás. Porque además de soberbio, eres tam-

bién ingrato. (*Ademán de negación de Carlos.*) Sí, ingrato. ¿Cuántas veces te he repetido que Domingo no debe ser considerado aquí como criado, sino como amigo?

CARL. — (*Con desprecio.*) ¡Amigo, un negro! ¡un sirviente!

D. FRAN. — (*Con enojo.*) Un negro de alma más blanca que tu rostro; un sirviente más noble que tú. Esto es lo que debiera humillarte; permitir que un negro, que un sirviente sea grande cuanto tú eres pequeño. Después de haberle humillado con el insulto más atroz mofándote de él, ha pedido tu perdón. (*Carlos queda impresionado por estas palabras.*) Yo me retiro; medita sobre todo lo que acabó de decirte y si quieres que te perdone no tienes más que un medio. (*Carlos lo mira interrogándolo.*) En mi presencia y en la de tu abuelito, pedirle perdón á Domingo, de rodillas, y llamarle amigo para siempre. (*Carlos baja la cabeza, humillado. Francisco que ya estaba en el umbral de la puerta, se vuelve y dice casi al oído de Carlos.*) La historia argentina nos hace conocer á un negro que inmortalizó su nombre con un gran acto de heroísmo; por este hecho, aprende á conocer que hay negros que valen mucho más que ciertos blancos. (*Á Pepe y Alfredo.*) Vengan niños, vamos al encuentro de abuelito. (*Vase con los niños. Carlos queda un momento pensativo; luego arroja el sable y el morrión sobre la mesa, y se pasea á lo largo de la escena.*)

## ESCENA IV

CARLOS, PEPE Y ALFREDO

Pepito y Alfredo vuelven en seguida de puntillas ; en el momento que Carlos se detiene, se colocan uno de cada lado, sueltan una carejada y le hacen burla.

PEP. — ¡Baaa, baaa! ¡En penitencia el granadero!

ALF. — ¡Baaa, baaa! ¡El general en penitencia! (*Carlos los corre ; Pepe y Alfredo se van precipitadamente por la primera puerta ; luego asoman la cabeza.*)

PEP. — Bien hecho por orgulloso.

ALF. — Me gusta, así no despreciarás á los negros.

CARL. — (*Con enojo.*) Cállense, chicuelos.

ALF. — ¡Baa, baa!

CARL. — (*Con lágrimas de rabia en la voz.*) Que te calles.

ALF. — (*Remedándolo.*) Que te calles. Porque tengo razón, ¿ eh ?

CARL. — No, señor.

ALF. — Sí, señor ; oí decir que siempre mandan callar al que tiene razón.

CARL. — Si no se marchan en seguida se lo cuento á papá ; y así también ustedes se quedarán en penitencia.

PEP. — Yo me voy en seguida. (*Vase corriendo.*)

ALF. — (*Á Carlos.*) Y yo, ¿ sabes lo que voy á hacer ? Le voy á pedir á papá que te perdone. ¿ Quieres ? (*Con cariño.*) Sí, sí, ¿ eh ? (*Carlos no contesta.*) Pues allá voy. (*Volviendo.*) Pero tú, sé bueno como quiere papá ; á Domingo trátale con cariño, llámale amigo, amiguito, amigote ; así haces ver que vales tanto como



él. Escucha: una tarde mi maestro contó un cuento, y dijo que un día un señor grande... no, un gran señor, acompañado de otro señor muy rico, pero no tan rico como el primer señor, porque el primero era más rico que el segundo... (*Carlos hace un acto de impaciencia; Alfredo sigue muy ligero para acabar pronto.*) Entonces, decía que... iban caminando por la calle cuando pasa un negro, y el primer señor, el más rico, saluda al negro; el segundo señor, el más pobre, le dice asombrado: « ¡Cómo! ¿Usted saluda á un negro? » Y el señor más rico le contestó: « ¡Seguramente! Pues, me ofendería que un negro se mostrara más educado que yo. » Desde que el maestro contó ese cuento, que no es cuento, porque dijo que sucedió de verdad, yo saludo á todos los negros que encuentro, así no me dicen que soy orgulloso ni mal educado. (*Vase.*)

## ESCENA V

CARLOS, SOLO

CARL. — Estaría lucido si tuviera que saludar á todos los negros. Mientras tanto por culpa de ellos no puedo ver la fiesta. No sé por qué Dios ha tenido la mala idea de hacer gente negra. ¡Tan lindo color! (*Se acerca á la ventana y mira por los vidrios, dando la espalda á la puerta, por donde entra Domingo con una bandeja y en ésta una taza grande, un plato con comida, pan, fruta, dulce y una botella. Entra de puntillas, coloca todo sobre la mesa, quédase un momento perplejo, por último se decide á hacer ruido para advertir á Carlos; se va precipitadamente para que no*

le vea, mas éste al volverse lo ve. Queda sorprendido, se acerca á la mesa, mira lo que hay sobre ella. Con asombro.) ¡Caldo, pollo, pan, manteca y fruta! También vino. (*Reflexiona un momento, meneando la cabeza.*) No, no puede ser mi padre; aunque muy bueno, es severo; no, no es él. (*Volviendo á pensar.*) El que trajo esto es Domingo. ¿Pero quién puede ser el que me lo envía? ¿Mis hermanitos? Tampoco pueden ser ellos. En verdad que no es la primera vez que me sucede esto; en fin, sea quien quiera, puesto que lo han mandado será para que lo coma. (*Se sienta y empieza á comer.*) Y no es de broma que lo digo, tengo un hambre!... (*Bosteza. Destapa un plato y queda asombrado.*) ¿También dulce? ¡Y mi dulce preferido, que sólo Domingo sabe hacer! (*La idea de que pueda ser Domingo que por su voluntad haya traído la comida, cruza por su mente.*) ¿Será posible? ¿Él? ¡Domingo, á quien yo desprecié, á quien desprecio siempre! ¡Dios mío! ¿Tendría razón mi padre? «Ese negro, ese sirviente es grande cuanto tú eres pequeño.» (*Quédase pensativo, reflexiona en lo que le ha dicho su padre; se levanta y resuelto va á la puerta y llama:*) ¡Domingo! ¡Domingo!

## ESCENA VI

### DICHO Y DOMINGO

Entra Domingo, Carlos lo toma de la mano y lo lleva hacia el centro de la escena, se aleja de él dos pasos y lo mira fijo en los ojos diciéndole con voz algo conmovida:

CARL. — Domingo, necesito que me digas la verdad, la

pura verdad. ¿Quién ha traído aquella comida? (*Domingo se turba.*) No mientas. Si la soberbia es un defecto también la mentira lo es. Yo no miento nunca.

DOM. — (*Lo mira; comprende lo que quiere decir, levanta la cabeza diciendo:*) Yo, niño.

CARL. — ¿Tú? (*Bajando la cabeza avergonzado.*) ¿Usted, Domingo? Dígame, ¿es usted también el que otras veces ha hecho lo mismo? (*Signo afirmativo de Domingo.*) Y el perdón concedídome tantas veces por mi padre... ¿Usted? y ahora, ¿por qué no me ha llevado adonde le mand... donde le dijo mi padre?

DOM. — Porque yo pensé, que cuando viniera su señor abuelito á esta sala, usted le pediría perdón, y como le quiere tanto, no permitiría que le dejaran en penitencia; y yo hubiera tenido la dicha de verlo feliz como los demás niños. (*Se conmueve.*) ¡Si fuera otro día!... ¡Pero hoy 25 de mayo! ¡El día de la patria! Un día en que el castigo no debe existir, que los rencores deben callar, que todos debemos abrazarnos como buenos hermanos unidos por ese dulce lazo de la patria. (*Entusiasmándose.*) Un día en que todo corazón patriota que... siente como... como... (*Como el mío, quiere decir, pero advierte que ha levantado la voz y que está Carlos, y dice humildemente.*) Perdóne niño, mi entusiasmo... olvidaba que no soy más que un pobre negro... y...

CARL. — (*Que había resistido el llanto, estalla en sollozos y se arroja al cuello de Domingo.*) ¡Perdón, perdón! ¡Perdóname, pobre Domingo! (*Domingo también llora; permanecen abrazados. Carlos conduce á Domingo á un sillón, lo hace sentar, y él se*



*arrodilla.*) ¡Pobre Domingo, cuánto te he hecho sufrir! (*Acariciándole las manos.*) ¡Qué malo he sido contigo!

DOM. — No, no, niño.

CARL. — Sí, sí, malo; malísimo, orgulloso, orgullosísimo. Mas te aseguro que desde hoy en adelante te recompensaré con usura de todo el mal que te hecho. Tú serás mi mejor amigo, mi segundo padre. Y es como si lo fueras; porque me meciste en tus brazos y fuiste siempre muy bueno para conmigo. Por eso papá te quiere tanto, y tiene razón. ¡Pero qué vergüenza para mí! ¡Cómo debes haberme encontrado pequeño, mezquino!

DOM. — No, no. ¡Si es usted tan niño y le quiero tanto!

CARL. — Porque eres mejor que yo. (*Levantándose.*) ¡Oh, papá, papá querido! ¡Cuánta razón tenías en decirme que las almas buenas gozan momentos de dicha inefable! ¡Domingo, (*tomándole la mano y apretándola con cariño*) serás mi amigo, mi consejero, mi todo, en fin. (*Se oye cornetas, tambores y la voz de varios niños.*)

NIÑOS. — ¡Viva, viva el general abuelito, viva!

DOM. — ¿Oye? Ya llegó su señor abuelito; déjeme ir á su encuentro y luego pediremos y obtendremos su perdón. (*Vase por la segunda puerta.*)

## ESCENA VII

CARLOS, SOLO

Sí, mi perdón. ¿Pero cómo lo conseguiré de una manera digna? No basta pedirle perdón á Domingo de-

lante de papá y de abuelito; no, yo quiero hacer más, mucho más. (*Paseándose con las manos cruzadas hacia atrás.*) Por ejemplo, arrojarme á los pies de abuelito y decirle... ¿decirle qué? Que yo soy, es decir, que yo he sido un... No, no; yo quisiera encontrar algo que fuera digno de mi nueva alma, de mi nuevo corazón. ¡Dios mío, mándame un rayo de luz! ¡Oh, virgen santa, aconsejadme! ¡San Juan, San José, San Pedro, San... san todos los santos! ¿Qué podría hacer? (*Desconsolado se sienta al lado de la mesita y al apoyar el codo para sostener la cabeza se fija en el retrato de Falucho.*) Falucho, mándame una idea buena, tú que has tenido un alma tan grande para demostrar al mundo que si hay blancos de conciencia negra, hay negros de conciencia blanca. Muchas veces me lo repitió mi padre, y aun hace poco me decía... (*Á este punto se le ocurre una idea; queda con los ojos fijos, apoya el codo sobre su rodilla, y coloca el índice sobre la frente. Pausa. Se levanta de un salto, corre hacia un rincón de la escena, y toma de sobre una silla un traje de soldado, lo despliega, lo mira.*) ¿Y por qué no? El regalo de abuelito ¿cómo se lo puedo agradecer mejor? ¿Y cómo puedō obtener el perdón de una manera más digna? Venga el morrión y el sable. (*Los toma de sobre la mesa, y los coloca sobre el uniforme de soldado que habrá dejado sobre una silla.*) ¿Y la bandera? (*Ve las dos banderas.*) Una de éstas puede servir. Ya está todo. ¡Esto sí, es digno! ¡Qué idea luminosa! (*Toma el morrión de sobre la silla y lo tira al aire.*) ¡Viva! (*En el instante se acuerda de que él es blanco.*) ¡Ay, ay, ay! Mi idea no vale un co-

mino. ¿Por qué no soy negro? ¿Por qué no puedo volverme negro, por una hora, por media hora siquiera? (*Retorciéndose las manos.*) ¿Cómo hago? ¿Cómo hago? (*Después de haber pensado se da una palmada en la frente.*) ¡Borrigo, borricote! ¡Y no lo he pensado antes! ¡pero si es tan fácil! Un momento; fácil, fácil sí, pero necesito ayuda. ¿Ayuda? ¡Domingo, mi amigo Domingo! (*Corre á la puerta para llamarlo; se le ocurre que le falta el fusil y la bayoneta.*) ¿Y el fusil? ¿y la bayoneta? ¡Domingo, mi amigo Domingo! ¡Claro! Él mismo me los procurará. (*Corre á la puerta y llama con voz suave.*) ¡Dominguito! (*Repite haciendo bocina con las manos.*) ¡Amigo Dominguitooo!

## ESCENA VIII

### DICHOS Y DOMINGO

DOM. — ¿Qué desea? niño.

CARL. — (*Con mucho cariño.*) Dime: ¿Dónde están papá, abuelito y todos los demás?

DOM. — Aún están á la mesa, pero vendrán en seguida con todos los niños que fueron convidados para ver la fiesta. (*Ve la comida.*) Pero niño, ¿usted no ha comida? ¡Se enfermará!

CARL. — No, Domingo, no me enfermaré. (*Se oye cornetas y tambores.*) Ya van á venir. Oye; tú me tienes que ayudar en una empresa difícil, pero de éxito seguro. (*Lo lleva al fondo.*) Toma esta bandera.

DOM. — Niño, ¿qué quiere hacer?

CARL. — Tómalala, tómalala pronto; después te explicaré.



DOM. — Pero...

CARL. — Te doy mi palabra de honor que es para un acto heroico. (*Le ayuda á sacar la bandera.*) Ya está. (*Corre hacia la mesa, donde habrá puesto el morrión, se lo encasqueta hasta cubrirse casi los ojos; se coloca el cinturón con la vaina del sable, se pone la chaqueta debajo del brazo derecho, los pantalones atravesados sobre el hombro, el sable en la mano izquierda, y con la derecha sujeta el pantalón para que no se le caiga.*) Pronto Domingo, ellos vienen por allí y nosotros nos vamos por aquí. (*Vase por la segunda puerta; le sigue Domingo, que lleva la bandera.*)

## ESCENA IX

DON FRANCISCO, DON MANUEL, PEPE, ALFREDO, DOMINGO,  
CARLOS Y LOS NIÑOS

Entran por la primera puerta, 10 ó 12 niños, precedidos por Pepe y Alfredo, tocando una marcha al són de cornetas y tamborcitos; Pepe lleva un pequeño estandarte, de un lado azul y del otro blanco; en el centro un sol. Alfredo una bandera argentina. Desde la puerta pasan hasta el foro y se alinean á la derecha. Don Francisco y don Manuel vienen últimos, y se sientan en los sillones que están al lado de la puerta.

D. FRAN. — Basta, basta niños; están ustedes metiendo una bulla infernal.

PEP. — (*Tocando una corneta pendiente del cuello.*) ¡Basta! ¡Silencio! ¡En orden! Saluden. (*Los niños hacen el saludo militar; Pepe y Alfredo saludan con las banderas. Restablecido el orden, Pepe dice á Alfredo.*) Á ver, pues, empieza.

ALF. — Empieza tú, eres el mayor.

PEP. — Pero tú tienes el verso, y se empieza siempre por el verso.

ALF. — No, señor, se empieza por el discurso.

D. MAN. — Soldados : Advertid que los generales esperan y están prontos á castigar á los que se demoren mucho.

PEP. y ALF. — (*Á la vez.*) ¡Aquí estoy, mi general!

D. MAN. — ¿Van á hablar los dos á la vez? Pepito, comienza tú; lee tu discurso. (*Alfredo se reúne á los niños.*)

PEP. — (*Para leer su discurso con mayor libertad, entrega el estandarte á un niño; avanza y dice con timidez á don Manuel.*) Señor general : ¿me permite subir en una silla, para mayor efecto del discurso?

D. MAN. — Concedido; súbase en una silla.

PEP. — (*Toma una silla, sube en ella y después de haber desdoblado, lentamente, una gran hoja de papel, tose dos ó tres veces.*) « Muy querido abuelito : En este gran día, que es el 25 de mayo, y que es el más lindo 25 del año, sí, el más lindo del año porque... porque es el más lindo. » (*Hablado.*) ¿Verdad, compañeros, que es el 25 más lindo?

LOS NIÑOS. — ¡Sí, sí!

D. MAN. — (*Á Francisco.*) Por los festejos y los regalos, ¿eh? ¡Qué pillos!

PEP. — « Pues bien, en este día grandioso, porque es el aniversario de una fecha gloriosa, siento que mi corazón aunque chiquito, late precipitadamente por el amor á la patria, y al recordar tantos hechos heroicos que hacen llorar... llorar, en la historia argentina, en esa historia que... (*cambiando tono de voz*) que el maestro nos enseña en la escuela ». (*Los niños*

*gritan* : — ¡Bravo, bien! — *Sigue la lectura.*) « Pues bien, muy querido general abuelito, en este día, me es grato, por medio de este papel, deciros que... que mis compañeros », (*hablando*) éstos que están aquí presentes (*leído*), « y yo, os agradecemos todos los regalos que habéis tenido la buena idea de traernos juntamente con vuestra ilustre persona. Terminó diciendo, que os saludamos de todo corazón. » (*Grita.*)

¡Viva el general abuelito! ¡Vivan todos los generales!

LOS NIÑOS. — (*Gritan.*) ¡Viva! ¡Vivaa! (*Pepe dobla la carta lentamente; baja, y la presenta á don Manuel. Éste la recibe, lo acerca á sí y abraza.*)

D. MAN. — Gracias, Pepito; muy lindo tu discurso, muy lindo.

PEP. — (*Vuelve á su sitio y se apodera de su estandarte.*) Ahora te toca á tí, Alfredito. (*Éste avanza con la bandera.*)

D. FRAN. — ¿Qué vas á recitar? mi hijito.

ALF. — (*Con énfasis.*) Unos versos compuestos por mí, yo mismo los he escrito.

D. FRAN. — (*Con asombro cómico.*) ¿Tú? ¡Ah! Deben ser muy lindos! Bueno, pues, empiece señor poeta. Señores, silencio que ahora vamos á escuchar cosa buena.

ALF. — (*Levantando la bandera.*)

¡Á mi Bandera!

(*Declamando.*) ¡Oh, mi bandera querida!  
Mi corazón no te olvida,  
Porque aun siendo chiquitito  
Te quiero mucho, muchito.



LOS NIÑOS. — (*Aplauden gritando.*) ¡Bravo! ¡Muy bien Alfredito! ¡Bravo, bravo, bien!

ALF. — ¡Basta, basta! Me aturden y no me voy á acordar más.

LOS NIÑOS. — ¡Viva el poeta Alfredito! ¡Viva!

UN NIÑO. — Que siga la poesía.

ALF. — Señor general, haga restablecer el orden, sino no sigo.

D. FRAN. — ¡Silencio! (*Todos permanecen silenciosos.*)

ALF. —       ¡ Oh, mi bandera bendita !  
              Adentro de esta mi almita  
              Siento un fuego abrasador  
              Que es de patria el gran amor.

              ¡ Oh, oh, mi bandera amada !  
              ¡ Mi bandera idolatrada !  
              Acepta este gran cariño  
              De mi corazón de niño,

              Quien, si algún día insultada te viera  
              Con toda su sangre te defendiera ;  
              Y él, de su patria soldado será,  
              Soldado heroico de la libertá.

              (*Levantando en alto la bandera.*) ¡Viva mi bandera!  
              (*Se inclina con gravedad cómica.*) Señores : he dicho.

LOS NIÑOS. — (*Aplauden gritando.*) ¡Muy bien! ¡Bravo!

D. MAN. — (*Con fingida admiración.*) ¡Estupendos versos! ¡Bien, mi hijito, muy bien! ¡Serás un gran poeta! (*Lo abraza y lo besa.*) Pues, prometes mi hijito, prometes.

D. FRAN. — Ahora vamos todos al balcón; y con juicio;

el primero que no se porte bien, marcha en penitencia.

D. MAN. — Queridos niños : antes, unid vuestros ruegos á los míos para obtener el perdón de Carlitos.

LOS NIÑOS. — (*Á don Francisco.*) Perdónele, perdónele.

D. MAN. — ¿ Le perdonas ?

D. FRAN. — No. Siento mucho dolor en negarte el perdón de Carlos; pero mi pena es mayor al saber mi hijo soberbio, ingrato y sin corazón. La de hoy será una gran lección, y espero influya mucho sobre su ánimo. Si es así, ya sabrá hallar él mismo el camino que lo conduzca á mi perdón.

## ESCENA X

DICHOS Y DOMINGO, POR LA IZQUIERDA

DOM. — (*Quien habrá oído las últimas palabras de Francisco.*) Sí, señor, lo halló; yo le aseguro á usted que desde hoy el niño Carlos se ha despojado de sus defectos para revestirse de virtudes. ¡Oh, señor! ¡Si le hubiera visto hace un momento, pidiéndome perdón, llamándome su mejor amigo!... Pero, perdonen, les suplico se queden un momento más en esta sala; siéntense y dirijan sus miradas al teatrillo preparado para esta noche.

D. FRAN. — Bien, Domingo, haremos lo que tú dices. (*Don Francisco y don Manuel se sientan, Alfredo y Pepe hacen colocar los niños como antes.*)

PEP. Y ALF. — ¡En posición! ¡Atención! ¡Silencio!

D. FRAN. — (*Advierte que falta una bandera.*) Domingo, ¿y la otra bandera?

DOM. — Ya la verá usted, señor. Mire. (*Vase.*)

## ESCENA XI

### DICHOS Y CARLOS

Se descorre la cortina. Carlos con la cara y manos pintadas de negro representa á Falucho de centinela ante la bandera.

GRITOS INTERIORES. — ¡Oh, oh! ¡Abajo la bandera!  
¡Abajo! ¡Que se quite de allí!

CARL. — ¡Insensatos! ¡Tantas vidas sacrificadas, tanta sangre esparcida, tanta brillante juventud que ha costado, que cuesta nuestra independenciam... Y esos miserables, indignos del uniforme que llevan, ¿arrojarán una mancha sobre esta querida bandera escribiendo en ella : « traición » ? ¡No, mientras yo viva! (*Abrazando la bandera y apoyando con fuerza en el suelo el fusil.*) ¡Te juro que para arrancarte de aquí, habrán de arrancarme la vida! (*Se presentan dos soldados para sacar la bandera. Falucho la aprieta más contra sí escudándola con su cuerpo.*) ¡Pero estáis locos! ¿Queréis deshonraros con acción tan infame ?

1<sup>er</sup> SOL. — Esta es la orden. ¡Entrega la bandera!

CARL. — ¡Jamás! ¡Viles traidores! ¿En vuestro pecho no late un corazón americano ? ¿En vuestras venas no corre sangre americana ? ¿No sois hijos de una tierra que lucha para ser libre, ó queréis vivir eternamente esclavos ?

1<sup>er</sup> SOL. — Tú eres un esclavo; un negro insensato que pagarás con la vida tu temeridad. (*Se lanza sobre Carlos para quitarle el fusil.*)

CARL. — (*Lo rechaza.*) No lo obtendrás. (*Rompe el fusil y lo arroja á los pies del soldado.*)



1.<sup>er</sup> SOL. — (*Queriendo arrastrar á Falucho.*) Pues ahora marcharás á la muerte.

CARL. — (*Rechaza al soldado y abraza la bandera.*) Moriré, pero abrazado á mi bandera.

1.<sup>er</sup> SOL. — Oye, negro estúpido. ¿Qué te importa á tí que se levante una bandera en vez de otra? ¿Por qué quieres defenderla á precio de tu vida? Entrégala y te salvarás.

CARL. — Oye, tú, que me llamas negro estúpido. La defiendo porque en ella defiendo á mi patria, me resisto á entregarla porque ese es mi deber, y muero por ella porque aprendí á morir libre antes que vivir esclavo.

VOCES INTERIORES. — ¡Se resiste á entregar la bandera! ¡Muera! ¡Que muera Falucho!

CARL. — (*Se hinca, se quita el morrión y exclama con entusiasmo.*) ¡Con mi bandera, y por mi patria! ¡Viva Buenos Aires! (*Los dos soldados se precipitan sobre él, luchan un momento, lo arrastran; Carlos se resiste, pero acaban por llevarlo, siempre con la bandera abrazada, que en la lucha, el 2.<sup>o</sup> soldado habrá podido desprender.*)

D. MAN. — ¡Carlos, Carlitos querido! (*Llorando de emoción; á don Francisco.*) ¿Le perdonas ahora?

D. FRAN. — (*Emocionado.*) Sí, sí; que venga en seguida.

## ESCENA ÚLTIMA

### DICHOS Y DOMINGO

Carlos trae de la mano á Domingo y se echa á los pies de éste.

LOS NIÑOS. — (*Gritando.*) ¡Viva Falucho, viva!

DOM. — Levántese niño; mire á su señor padre y á su señor abuelito. (*Francisco y Manuel, tienen los brazos abiertos. Carlos se lanza hacia ellos; forman grupo.*)

D. FRAN. — Ahora nos dirás cómo has sabido encontrar un camino tan directo para obtener el perdón.

CARL. — (*Mostrando el retrato de Falucho.*) Aquí, en este retrato. Y ahora, papá, para completar mi obra, deseo un favor.

D. FRAN. — ¿Cuál?

CARL. — Desde hoy deseo llamarme Falucho.

D. FRAN. — Concedido, hijo mío; te llamarás Falucho.

PEP. — Papá, yo también quiero llamarme Falucho.

ALF. — Y yo también.

D. FRAN. — Hijos míos, no puede haber tantos Faluchos en la familia. Pero acuérdate, Carlos, que no es el nombre que hace glorioso al hombre, sino las acciones de éste que hacen glorioso al nombre. Y ahora vamos todos al balcón. (*En este momento, la música, que desde hace rato se había oído desde lejos, como si pasara debajo del balcón, prorrumpe tocando el himno nacional.*)

CARL. Y LOS NIÑOS. — (*Alborozados, palmotean y gritan.*) ¡El himno! ¡el himno nacional! ¡Viva, viva! ¡Viva el himno! ¡Viva el 25 de mayo! (*Se precipitan al balcón; luego, sobrecogidos de respeto, se detienen y entonan en coro el himno; mientras, baja lentamente el telón.*)

# ¿ Triunfo ?

Comedia en un acto

---

## PERSONAJES

DON SEBASTIÁN, abuelo de  
GABRIEL, jovencito de 15 á 17 años.  
UN CRIADO.





¿ Triunfo?

Saloncito sencillo y elegante : dos puertas laterales : escritorio á la derecha (del actor), piano á la izquierda : sillas y sillones : un espejo, frente al público. Un ramo de flores en un florero sobre el escritorio y un reloj.

## ESCENA PRIMERA

Gabriel entra por la derecha y mira el reloj.

GABR. — Las ocho; hasta las nueve no empieza... puedo darle otro repasito á mi monólogo conferencia. (*Se sienta junto al escritorio y toma de encima del mismo un manuscrito que recorre con la vista moviendo los labios y haciendo ademanes como si estudiara; luego lo arroja.*) ¡Bah! ¿para qué? De memoria lo sé muy bien, no temo equivocarme. (*Se levanta y pasea nervioso.*) ¡Pero estoy nervioso! ¡no puedo estarme quieto! (*Se detiene pensativo.*) ¿Y si en vez de ser

un triunfo... fuera... un fracaso ante el público? (*Hace unos pasos muy agitado, luego se sienta.*) ¡Yo que aspiro á ser poeta!... ¡que es la esperanza de mi vida! (*Se levanta.*) ¡No! un fracaso no puede ser. ¡Vaya una idea! Si de todas las composiciones presentadas en el concurso por mis condiscípulos, entre las pocas premiadas la mía es una de ellas, y me cabe el honor de recitarla casi como apertura de la fiesta, puesto que es el número que sigue al discurso. El director del colegio tal honor no le concediera si tal honor no mereciera. (*Con brío.*) Conque así desechemos todo temor y tengamos esperanza de un triunfo también ante el público, ó por lo menos de un éxito que me permita esperar en el porvenir. Yo me hubiera conformado con el segundo premio... y hasta... con el tercero... aunque sabido es que todos aspiramos al primero. Y precisamente ése es el que... vaya he tenido suerte; ¿cómo suerte? si le adjudicaron tal premio es porque la composición lo merece, si lo merece es justicia, si es justicia no es suerte. (*Resuelto.*) Vamos, pues, nada de nervios ni de ceño; serenidad y alegría, que al hombre alegre Dios le ayuda. (*Canturreando alegremente se dirige al espejo.*) Démosle un último golpecito de mano á mi *toilette* y luego en marcha á conquistar el laurel inmarcesible de la gloria... (*toma un cepillo y comienza á cepillarse*) ó los no menos inmarcesibles silbidos del... (*Dejando de cepillarse.*) ¿Silbidos? ¡No sería un mal estreno literario el mío! ¿Á ver? (*Silba.*) ¡Brr!... siento escalofríos. (*Se deja caer en una silla en actitud cómica de abatimiento.*) ¡Como para pegarse un tiro! (*Reaccionando se levanta.*) ¿Pero en

qué diablos estoy pensando ? ¿ No he dicho : serenidad y alegría ? Cantemos, pues, para alejar todo pensamiento turbador. (*Cantando vuelve al espejo ; observándose.*) Tengo el semblante algo fatigado ; se nota que estoy nervioso. (*Silba ; saca del bolsillo un estuchito y de éste un peine pequeño.*) Voy á cambiar de peinado á ver si me favorece más. (*Mientras se peina sigue canturreando.*)

## ESCENA II

### DICHO Y DON SEBASTIÁN

Entra don Sebastián por la derecha : anciano de aspecto noble y porte distinguido, de pera y cabellos algo largos casi blancos ; viste traje de casa y lleva gorra ; se apoya en un bastón y arrastra una pierna al caminar.

D. SEB. — (*Se detiene en la puerta observando á Gabriel.*) ¡ Vean al coquetón ! (*Aparte.*)

GABR. — (*Después que se hubo peinado se aleja del espejo para observarse mejor.*) ¡ Peor que peor ! No me gusta. No tiene nada de artístico. (*Se pasa la mano por la cabeza y se peina echando los cabellos hacia atrás para dejar libre la frente.*)

D. SEB. — (*Aparte.*) ¿ Pero habráse visto coquetería semejante ? ¡ Ni que fuera mujer !

GABR. — ¿ Á ver así ? Me gusta más. Tampoco es artístico que digamos... pero es más natural, y nada hay mejor que lo natural.

D. SEB. — (*Golpeando fuerte el bastón.*) ¡ Bravo ! muy bien dicho.

GABR. — (*Volviéndose.*) ¡ Ah ! ¿ Había sido usted, abuelo ?



D. SEB. — Sí, había sido... es decir soy yo, yo mismo en persona. (*Avanza hacia el proscenio.*)

GABR. — (*Plantándose delante de don Sebastián.*) Señor don Sebastián, míreme usted bien y dígame con franqueza, ¿qué cara tengo?

D. SEB. — (*Se pone los lentes y mira á Gabriel con seriedad cómica.*) Señor don Gabriel, con franqueza, me parece que... la de todos los días.

GABR. — Vamos, abuelito, no se burle usted de mí. Dígame usted seriamente, ¿tengo buen semblante? ¿me sienta bien este peinado?

D. SEB. — (*Con fingida severidad.*) ¡Pero véanlo á este mocoso! ¿Desde cuándo, mi señorito, ha sacado usted á relucir tanta coquetería? (*Acercándosele y dando repetidos golpes de bastón.*) ¿Eh? Responda. Ya sabe que esto no reza conmigo, que soy partidario de lo sencillo, de lo natural; porque como usted mismo acaba de decir no hay nada mejor. ¿Ya lo ha olvidado? ¿eh? ¡Conteste, pues!

GABR. — (*Mortificado.*) Vaya, abuelo, buen momento ha elegido usted para reñirme.

D. SEB. — (*Suelta una carcajada.*) ¡Ja, ja, ja! No ves, mi hijo, que es pura broma. (*Agarrándole del mentón.*) Está usted muy buen mozo; tiene una carita de angelito; y si aquí tuviera usted un par de bigotitos, ¡quién sabe cuántos corazones se robar... (*Dándole una palmada en la boca.*) ¡Qué estaba yo por decir ahora! (*Con enojo y dirigiéndose al escritorio.*) Si nosotros abuelos nos volvemos chochos por los nietos y no sabemos decir más que tonterías. Venga aquí, mi hijito. (*Sacando una flor de entre el ramo de sobre el escritorio.*) Voy á colocarle esta florcita en el

ojal. (*Se la coloca.*) Así... ya está. Vaya á mirarse al espejo á ver si le gusta, ¡coquetuelo!

GABR. — Gracias, abuelito. Pero no crea que tan en serio me preocupe mi *toilette*; esto lo hago para distraerme. ¡Si supiera cómo estoy nervioso!... (*Apoya una mano de don Sebastián sobre su corazón.*) Escuche, abuelito, escuche. ¿Siente qué palpitaciones?

D. SEB. — Malo, hijo mío, malo. Ya te he dicho que debes tener serenidad, mucha serenidad.

GABR. — Hago lo posible, pero...

D. SEB. — ¿No estabas tan seguro de tí mismo?

GABR. — Seguro... seguro... lo estaré después de terminada la fiesta.

D. SEB. — Eres muy impresionable. Piensa que no es la primera vez que recitas ante el público.

GABR. — Pienso que es la primera vez que recito una obra mía.

D. SEB. — Si no la hubieran juzgado de mérito no lo habrían permitido. Y ya ves que el fallo del jurado le ha sido más que favorable.

GABR. — Pero falta el fallo del público. Y usted comprende, abuelo, que puede depender de la causa más insignificante el fracaso del éxito. Una sonrisa burlesca, una palabra despectiva, una alusión cualquiera puede turbarnos, provocar una excitación nerviosa que impide la claridad de la voz, ofusca el cerebro y falta la memoria.

D. SEB. — Haz oídos sordos y ten miradas ciegas.

CRIA. — (*Dando golpecitos en la puerta.*) ¿Se puede?

D. SEB. — Adelante.

CRIA. — (*Entra con una carta sobre una bandeja.*) Una

carta para el señor Gabriel. (*Éste recibe la carta, el criado se inclina y vase.*)

GABR. — (*Mirando el sobre.*) ¡Qué letra tan rara! Vea, abuelito.

D. SEB. — (*Se pone los lentes y mira.*) ¡En verdad, es esta una letra bien estrafularia!

GABR. — ¿De quién será?

D. SEB. — No puedo adivinarlo. Pero oye : mejor será que la leas después, cuando vuelvas.

GABR. — ¿Cuándo vuelva? ¡No faltaba más!

D. SEB. — Escucha el consejo de un viejo. Estos no son momentos para leer cartas.

GABR. — Vaya, abuelito, qué sentencioso está usted. Ya nos podemos imaginar lo que será. Una cartita de algún profesor mío, ó condiscípulo, ó pariente ó amigo, que me felicita... que me envía un saludo y que me exhorta á tener ánimo; no puede ser otra cosa; dejar de leerla sería un desaire. (*Todo esto dicho con rapidez y tratando de apoderarse de la carta.*) Démela, abuelito, démela pronto... pronto que se va haciendo tarde.

D. SEB. — (*Remedándolo.*) Pronto, pronto, pronto. Tome, léala, pólvora.

GABR. — (*Abre el sobre con gran nerviosidad, mira la firma; con asombro.*) ¡Sin firma!

D. SEB. — ¿Sin firma? No leas. (*Trata de arrebatarse la carta.*)

GABR. — (*Se aleja y lee con la vista demostrando en la alteración del semblante la impresión penosa de la lectura; terminado que haya la estruja con ira.*) ¡Miserable!

D. SEB. — ¿Qué fué?



GABR. — (*Con voz temblorosa por la ira.*) Tome, lea. (*Mientras don Sebastián lee, Gabriel observa la letra del sobre, con atención; terminada la lectura se da una palmada en la frente sonriendo amargamente, como habiendo reconocido la letra.*)

D. SEB. — (*Leyendo.*) « Á Gabriel Márquez : Un ex amigo suyo que le recuerda sin ningún aprecio ni cariño, pero que le compadece, le advierte que hoy, recitando su monólogo-conferencia ó conferencia-monólogo, pues no se sabe lo que es, será aún más ridículo de lo que siempre ha sido ante las manifestaciones hostiles del público, quien no se deja engañar por la cháchara de cuatro versos mal escritos y peor dichos; y no espere recompensa alguna para su composición, la cual por sólo mérito de recomendaciones le fué aceptada y por sólo mérito de las mismas le han permitido recitarla en público, prometiéndole un premio que usted no recibirá, pues el jurado, sensato y justo, no le adjudicó ninguno.

« Una última advertencia : Su ex amigo, acompañado por diversas personas que le aprecian á usted en lo que vale (*hablado*) — esto subrayado — (*Gabriel hace ademán de que siga la lectura*) tendrá el placer de asistir á su inevitable fracaso, si es que se atreve á presentarse al público. »

(*Con calma.*) ¡Qué grosería!

GABR. — ¿ Usted no se imagina quién es ?

D. SEB. — ¿ Yo ? (*Mirando la carta.*) No acierto.

GABR. — Pues yo, sí.

D. SEB. — ¿ Le conoces ?

GABR. — Sí, y usted también.

D. SEB. — ¿ Estás seguro ?

GABR. — Segurísimo. Conozco quien es; primero, por la forma grosera en que está redactado el billete; solamente él, ese indigno de la amistad y cariño que siempre le hemos demostrado, puede ser tan falto de inteligencia, de educación y de gratitud manifestándose tan malvado. Y segundo... lea aquí, abuelo, (*poniéndole debajo de los ojos el sobre*) « Ciudad ». (*Don Sebastián mira con atención.*) ¿ Á quién le recuerda, esta letra ? Y fijese en la raya ondulada debajo de « Ciudad ». (*Don Sebastián hace un signo negativo con la cabeza.*) Pero si aquí en su escritorio todavía usted guarda sobres de esa persona. (*Febrilmente abre un cajón del escritorio, lo revuelve, saca un sobre y lo lleva á don Sebastián.*) Mire. ¿ No es igual, idéntica la letra y la raya ?

D. SEB. — (*Después de haber cotejado los sobres.*) ¡ Ah ! ¡ ya caigo ! Claro, hombre, es él.

GABR. — ¿ Ha visto ? Toda la letra ha sido alterada, pero aquí se ha olvidado de hacerlo. ¡ Es tanta la costumbre ! ¡ Qué bajeza, Dios mío ! ¡ qué bajeza ! Jamás hubiera creído yo que en el mundo existieran seres tan viles. ¿ Qué le decía, abuelo, hace un momento ? cantemos victoria terminada la fiesta. (*Pasea agitado y pensativo.*)

D. SEB. — ¿ Qué piensas hacer ahora ?

GABR. — Contestar inmediatamente, ya que sabemos con certeza de quién es el anónimo.

D. SEB. — (*Serio.*) ¿ Y qué vas á contestar ?

GABR. — (*Sentándose al escritorio y disponiéndose á escribir.*) Ya lo verá, abuelito, ya lo verá usted. (*Escribe con rapidez febril.*)

D. SEB. — (*Se sienta.*) ¡ Vaya el ratito que nos da la

cartita esa! Se extravián tantas cartas y de utilidad... bien pudo haberse extraviado ésta. Mas no, ésta llegó á su destino como llegan siempre las malas noticias. Pero mientras no se me acobarde el muchacho y no salga desairado, poco me aflige esta grosería cobarde. Estoy por decir que experimento una cierta satisfacción... así como la que se siente ante un disfrazado que se quita la careta. Siempre nos satisface saber con quién hablamos y siempre es útil saber quiénes son nuestros enemigos. (*Á Gabriel que se levanta.*)  
¿Has terminado?

GABR. — Sí. (*Dándole la carta.*) Entérese; creo que después de leída ya no le quedarán ganas á ese áspid ponzoñoso, de manifestaciones hostiles, si tales intenciones lleva.

D. SEB. — (*Leyendo.*) « Señor Benjamín Gací de Margo : Contesto á su inicua grosería con un dicho vulgar, pero que viene muy al caso : « Maldición de burro nunca alcanza ». Esto lo digo para que comprenda que su anónimo, tan poco anónimo, ningún efecto me ha causado de los que usted esperaba, y me siento tan sereno y seguro de mí mismo que alcanzaré el éxito deseado, mal que le pese; y usted y sus dignos acompañantes tendrán el desagrado de presenciarlo.

« No es extraño que usted se rebaje á cometer acción tan villana, puesto que manifiesta albergar en su corazón sentimientos tan mezquinos contra quien ha usado las mayores atenciones para con usted, ayudándole en sus trabajos á fin de que saliera airoso y evitándole la humillación de saber la verdad poco agradable. Pero como usted no parece habituado á



tratar con personas finas y cultas, sino con cambalacheros de la peor especie, de la misma manera será tratado y le diré que si su composición no fué aceptada es porque no servía, y no le concedieron tomar parte en la fiesta porque no puede hacerlo quien, como usted, carece por completo de inteligencia, y por consiguiente, no haría honor al arte ni á las letras. En cuanto á su aprecio y á su cariño los estimo tan poco que jamás los he solicitado. Tengo el aprecio y cariño de personas sensatas, inteligentes, nobles y cultas. ¿De qué me serviría el suyo?

«Una última advertencia y termino. Es el anónimo emblema de bajeza y cobardía y el que echa mano de semejante recurso para satisfacer una mezquina venganza, da una bien triste y lastimosa idea de sí, degradándose hasta el nivel de las víboras. Pues bien, como á las víboras, se le aplasta y se le escupe. Vale como recibo.» (*Pausa en la que se miran fijo don Sebastián y Gabriel; éste con satisfacción, aquél, primero con asombro luego con severidad.*) ¿Tú has escrito esto? (*Lentamente desgarró la carta y la arrojó lejos de sí.*)

GABR. — Abuelo, ¿qué hace?

D. SEB. — Ya lo ves. Esta carta es innoble, es indigna de tí; no son estos los sentimientos que yo te inculqué.

GABR. — Pero abuelo, ¿quiere usted que disculpe tanto agravio? ¿que no me defienda si me atacan? ¿que no hiera á quien me hiere? ¿Por qué no he de tener la nobleza de responder al insulto y el valor de una justa venganza?

D. SEB. — ¿Pero no comprendes, hijo mío, que pro-

cediendo así, tú te colocas al mismo nivel de ese fango que pretendes pisotear ?

GABR. — ¿ Y no comprende usted, abuelo, que para librarnos de la ponzoña de esos reptiles, hay que herirlos con sus propias armas, y sólo lo conseguiremos colocándonos á su nivel ?

D. SEB. — No los hieras; no te cuides de ellos y pasa de largo.

GABR. — No puedo; la ofensa de la calumnia es demasiado profunda, el diente de ese áspid me ha mordido en carne viva. Aceptada mi obra por sólo mérito de recomendaciones y por solo mérito de las mismas me permiten recitarla en público, ofreciéndome un premio que no recibiré porque el jurado no le adjudicó ninguno! ¡ Ningún premio! Siento brotar el odio en mi corazón enconado contra esa alma perversa que me hace temblar ante la perspectiva de un fracaso.

D. SEB. — Pero, hijo mío, si tal cosa no puede ser. ¿ No comprendes que esa carta es toda una vil mentira ? ¿ Acaso no está escrito aquí (*tomando un programa de sobre el escritorio*) bien claro tu seudónimo, el título de tu obra y el premio que ésta mereció ?

GABR. — Sí, es cierto, es cierto. (*Con júbilo, luego con desaliento.*) ¿ Pero cómo es posible inventar tales mentiras ? ¿ Y si esa carta dice la verdad ? ¡ Dios mío! si éstos son los comienzos ¿ qué será más tarde ? (*Se sienta abatido.*)

D. SEB. — No pierdas la serenidad, hijo mío, y no te doblegues al primer soplo del huracán.

GABR. — (*Con voz apagada por el pesar.*) ¡ Usted lo

sabe, abuelo, lo sabe, los estudios, los trabajos, los desvelos que cuesta conseguir un éxito que sea el primer escalón firme de un porvenir! Y yo que esperaba conseguirlo, que tenía la certeza del éxito, he ahí un sér vil, que con su mezquina envidia pretende destruirlo. Es cruel, es cruel. Siento que me vuelvo malo y necesito esa carta desgarrada para lanzársela al rostro y decirle que le aborrezco.

D. SEB. — ¡Ay, pobre niño! jamás gozarás tú de ese único bien que nos satisface en la vida : la paz del alma, si á cada agravio que recibas de los hombres respondes con gritos de odio y de venganza. (*Gabriel, con la cabeza apoyada en las manos, no responde ; don Sebastián se sienta.*) Oye, Gabriel : en la segunda parte del programa ¿no tienes otro número ? (*Con mucha calma, armando un cigarrillo.*)

GABR. — (*Maquinalmente.*) Sí, en la comedia. ¿Por qué ?

D. SEB. — En esa comedia, ¿no debes recitar una poesía ?

GABR. — Sí, la que usted mismo me enseñó.

D. SEB. — Si mal no recuerdo su título es, *Á un joven poeta*, ¿no ?

GABR. — Sí, abuelo.

D. SEB. — Y su autor, José Antonio Soffia, ¿verdad ?

GABR. — (*Con impaciencia.*) Sí.

D. SEB. — Házmelo el favor de recitarla.

GABR. — (*Asombrado.*) Abuelo, usted se chancea.

D. SEB. — Hablo con toda formalidad, y te pido me hagas el favor de obedecerme.

GABR. — Pero cómo quiere usted que en este momento...

D. SEB. — Supongo (*mirándole fijo y recalcando las*



*palabras*) que no piensas faltar á tu compromiso.  
GABR. — ¿Faltar? (*Con ironía y risa forzada.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Bueno fuera que faltara! ¿Para dar satisfacción y contento á esa alma angelical? No, no faltaré y sabré humillarlo con mi triunfo y luego con mi burla y mi sarcasmo.

D. SEB. — (*Lo mira largamente, luego mira el reloj.*) Ocho y treinta; tienes tiempo de recitar esa poesía; servirá para distraerte. Comienza. (*Gabriel se levanta, avanza, mas no puede comenzar; don Sebastián lo mira severo.*) Escucho.

GABR. — (*Comienza á recitar turbado, cohibido, con ceño como quien lo hace por fuerza; poco á poco se serena, se entusiasma y ya dueño de sí, recita con soltura, con voz clara, firme, y sobre todo con naturalidad y termina sonriente y tranquilo.*)

### Á un joven poeta

Mal sientan en tus labios juveniles  
La burla y el sarcasmo;  
¡No que alientes el mal, que lo aniquiles  
Te manda tu entusiasmo!

Conozco tu amargura, á tu despecho  
Claras disculpas hallo;  
Mas... también tengo un áspid en el pecho  
¡Y como tú, no estallo!

Si supieras de muertos y de vivos,  
Cuántos enconos tuve!...  
¡Pasaron ya, pasaron fugitivos,  
Cual sombras de una nube!...

Triunfé del mal, y si antes de mí labio  
Brotaba acerbo encono,

Hoy disculpo y olvido todo agravio,  
¡ Y en vez de herir, perdono !...

Es mi deber y el tuyo ; es el de todos !...

Si en vengar una herida

Hay nobleza y valor, de todos modos  
Más grande es quien la olvida !

No aborrecen las aves á los hombres

Aunque les mueven guerra !...

¡ Como las aves canta y no te asombres  
De nada de la tierra !

Da el arbol alimento y hospedaje

Al infeliz labriego ;

¡ Y él derriba su tronco  
Para arrojarlo al fuego !

¿ Qué aguardas de la tierra ó qué ambicionas ?

Todo en ella es falsía.

Sus halagos, sus triunfos, sus coronas,  
No duran lo que un día.

Sigue sembrando amor y haciendo bienes !

No tema tu heroísmo

Ni ingratitud, ni engaños, ni desdenes,  
Abortos del abismo !

Al alma prevenida el mal no hiere

Ni á amedrentarla alcanza...

El alma triunfa cuando todo muere :

¡ Y el alma es la esperanza !...

¡ Que un baluarte en la lucha nos derribe

La suerte, no es bastante !

¡ Mengua es temblar !... En tu bandera escribe :

¡ Adelante ! ¡ adelante !...

Hacen envejecer los desengaños

De una fatal estrella,

Mas no envejece el alma con los años,

Ni hay muerte para ella !

Muere el barro no más ; cuando á la altura  
El ánimo se eleva,  
Deja el dolor y encuentra la ventura  
Tras la mundana prueba...

Muere el barro... ¿ y al alma qué le importan  
Las iras de la muerte ?  
Si ellas las penas del vivir le acortan  
¡ Hasta morir es suerte !...

Es el amor un sueño de ventura  
Y de esperanza grata,  
Y el odio, abismo que en su sombra oscura  
Todo lo envuelve y mata.

¡ Ser bueno es ser feliz !... Del heroísmo  
Aspira la corona,  
Y, para estar en paz contigo mismo,  
En vez de herir, perdona !

(José Antonio Soffia.)

D. SEB. — (*Lo habrá seguido atentamente con la mirada observando el efecto y aprobando con gestos y ademanes sobrios, algunos pasajes de la poesía. Al terminar aplaude con entusiasmo.*) ¡Muy bien! ¡Bravo! Te profetizo un gran éxito. Veo con placer que esta bella poesía ha tenido la virtud de disipar la nube de odio que se condensaba en tu corazón y de serenar tu espíritu. Así lo deseaba yo.

GABR. — (*Risueño.*) Sí, abuelo; esos hermosos versos fueron bálsamo de infinita bondad; cicatrizaron la herida, devolviéronme el valor por un instante perdido y alejaron de mí toda idea de innoble venganza.

D. SEB. — ¿ Quieres aún vengarte ?



GABR. — Sí, pero con sólo pocas palabras. (*Escribe rápidamente y da á don Sebastián el papel.*)

D. SEB. — (*Leyendo.*) « Sé que eres tú; mas te perdono y aun te amo. » Es más de lo que yo pedía; pero si así lo dicta tu corazón está bien. (*Devuelve el billete; Gabriel lo pone en un sobre y escribe el nombre.*)

GABR. — Se lo mandaré allí mismo por el portero.

D. SEB. — Gabriel, es hora de que marches. (*Se levanta y dándole un golpecito en el hombro.*) ¡Y ánimo mi futuro poeta! Yo te esperaré levantado para saber cómo te ha ido; ó sino, oye, Gabrielito mío, ¿quieres darme un gran gusto?

GABR. — Diga, abuelo.

D. SEB. — Como el salón sólo dista de aquí una cuadra, apenas hayas terminado tu primer número, que es el que más nos interesa, te vienes de una carrerita á contarme el éxito, porque tengo la certeza de que será un éxito el tuyo, ¿oyes? (*Acariciándolo.*) Y cuando yo te lo digo puedes creerlo.

GABR. — Lo ha pensado usted muy bien, abuelo. Me marcho en seguida y apenas termine, cuatro brincos para traerle la noticia y otros cuatro para volver allí. ¿Dónde estará mi sombrero? ¡Ah! aquí está. (*Va hacia el espejo se acomoda el cabello, da un vistazo á su persona, afirma el ramito en el ojal y se pone el sombrero.*)

D. SEB. — Vamos, vamos... no se acicale tanto, buen mozo.

GABR. — (*Sonriente y dirigiéndose á la puerta.*) Siempre tiene ganas de bromear usted, abuelo. ¡Ah! (*Volviendo, toma de encima del escritorio el manuscrito.*)

Esto es preciso llevarlo por si acaso... (*Abriendo los brazos.*) Don Sebastián, venga un abrazo.

D. SEB. — (*Abrazándolo.*) Ahí va, don Gabriel. (*Apoyando una mano sobre el corazón de Gabriel.*) ¿Y este reloj, cómo anda? Parece que con bastante regularidad. Así me gusta. Ahora, en línea! (*Gabriel se hiergue con los brazos á lo largo del cuerpo.*) ¡Arma al hombro! (*Gabriel con rapidez apoya el rollo del manuscrito en el hombro.*) ¡Media vuelta! (*Agarrándole por el hombro le hace dar media vuelta.*) Marche al fuego de la batalla (*lo empuja*) y vuelva con el escudo ó sobre el escudo.

GABR. — (*Ya en la puerta se vuelve y grita.*) Con el escudo.

### ESCENA III

#### DON SEBASTIÁN, SOLO

D. SEB. — Lo espero. (*Le mira complacido; de pronto le envía un beso con los dedos.*) ¡Querido muchacho! (*Volviendo al proscenio.*) ¡Bastante sereno está, sí!... Lo que es yo... no las tengo todas conmigo. ¡Cómo me late el corazón!... ¡Y qué desasosiego tengo!... Parece que tuviera fiebre. (*Dando un fuerte golpe de bastón.*) Pero dicho sea en honor de la verdad; eso se llama ser canalla. Se les perdona porque es bello perdonar y es noble, pero amarlos no, no se puede amar á quien se ha hecho digno del desprecio. (*Se sienta en el sillón; toma un libro ó un diario de encima del escritorio y lee volviendo las hojas con aire distraído, luego lo arroja nerviosamente.*) ¡Ya,

ya! Como para lecturas estamos. (*Mira su reloj.*)  
¿Solamente? ¡no puede ser! (*Lo acerca al oído.*)  
Sí, marcha. (*Lo echa al bolsillo y se levanta.*) ¡Ah!  
¡qué largo es el tiempo en la espera! (*Camina agitado.*) Si esta dichosa pierna con su reuma no me tuviera en casa clavado... Estoy tan nervioso ó más que mi Gabrielito. Y es extraño en mí esta agitación... yo siempre tan calmoso... tan sereno... Pero esto bien se comprende... es cosa muy natural. Nosotros, abuelos, no sentimos conmoción alguna por nosotros mismos, estamos acorazados y resistimos á todos los ataques, pero en cuanto nos tocan á nuestros nietecitos, sentimos hervir la sangre como muchachos. ¿Qué haré para que el tiempo me parezca más breve? ¡Si á lo menos supiera tocar el piano! Pero después de cinco años de estudio ni siquiera aprendí pasablemente una mala mazurca. Vamos á ver si á lo menos tocamos la gran *aria* de los loros. «Me gustan todas...» aunque sea con un solo dedo. (*Arrastra el sillón hasta el piano, se sienta en él y toca con un solo dedo cantando.*) «Me gustan todas, me gustan todas en general; pero la rubia, pero la rubia... pero la rub...» (*Se detiene y escucha; de pronto vuelve la cabeza hacia la puerta.*) Me había parecido... (*Saca el reloj, lo consulta, vuelve á acercarlo al oído, meneala cabeza y lo echa al bolsillo; saca un cigarrillo, lo enciende, echa dos ó tres bocanadas de humo, se recuesta en el sillón, extiende el brazo y vuelve á tocar el piano y á cantar, suspendiendo una ó dos veces para prestar oído y mirar hacia la puerta.*) «Me gustan todas... me gustan todas en general, en general; pero la rubia, pero la rubia... me gusta más, me gusta más.»



*(Vuelve á repetir lentamente y bostezando, hasta que vencido por el sueño deja caer la cabeza en el respaldo, cruza las manos en el pecho y queda dormido; breve pausa.)*

*(La voz de Gabriel.)* ¡Abuelo, abuelo!

## ESCENA IV

### DICHO Y GABRIEL

Gabriel entra corriendo y sin sombrero; está radiante; ostenta sobre el pecho una medalla de oro y lleva un ramito de flores en la mano. Al principio habla agitado por haber corrido.

GABR. — ¡Triunfo, triunfo!

D. SEB. — *(Á los gritos se levanta como por resorte y se precipita al encuentro de Gabriel.)* ¿Triunfo has dicho? mi hijito.

GABR. — Sí, abuelo. Triunfo sobre toda la línea. *(Señalando la medalla.)* Aquí está el escudo.

D. SEB. — ¡El escudo! ¿éste?

GABR. — Sí, la medalla de oro; el primer premio. Y éste *(mostrando el ramito)* mi primer gajo de laurel.

D. SEB. — *(Lo abraza conmovido.)* ¡Oh! ¡mi hijito! querido niño, siéntate aquí y cuéntame cómo fué. Casi no puedo creer á mis propios ojos. Vén, vén. *(Se sienta en un sillón después de haber colocado al lado una silla para Gabriel.)*

GABR. — *(Se sienta.)* Apenas llego, subo al escenario, miro por el telón, y descubro al amigo sentado en una de las primeras filas, acompañado por varios individuos con caras poco satisfactorias para mí. Doy

el billete al portero y le señalo á quien debe ser entregado. No tuve tiempo de enterarme del efecto que le produciría á mi buen amigo, porque inmediatamente el director nos dispone á todos en la escena; comienza la orquesta y arriba el telón. Después del discurso de apertura del director, salgo yo. ¡Ay, abuelo! ¡qué temblor tenía! ¡cómo me flaqueaban las rodillas! Y el corazón palpitaba que parecía querer ahogarme; tenía la boca seca, la lengua pegada al paladar, mas ya no era posible retroceder, había que avanzar y avancé, pero como un sonámbulo y con los ojos fijos en un solo punto del salón. De pronto estalla en la sala un nutrido y prolongado aplauso. Esta demostración benévola y alentadora del público me infunde valor y comienzo, pero con voz temblorosa, con acento inseguro, con actitud cohibida. Mas, ante la horrible idea de un posible fracaso siento afianzarse mi espíritu, recobro la serenidad perdida y despéjase mi memoria por un momento ofuscada. Entonces en actitud resuelta me adelanto, y con voz firme, con dicción clara, prosigo con ánimo inspirado, enardecido, vibrante de entusiasmo, seguro de la victoria.

Termino la primera parte, resuena en la sala un primer bravo, estalla un segundo aplauso y oigo al director, á profesores y condiscípulos que me susurran : « ¡Bien, bravo, adelante! » (*Se levanta.*) ¡Sí, adelante! y proseguí con el ardor del entusiasmo que, cual llamaradas de fuego, me invadía el corazón y el cerebro, dando á mi voz, á mi acento, modulaciones y vibraciones intensas, nuevas, desconocidas para mí, que yo sentía comunicarse al público como eléc-

trica corriente. « ¡Bien, bravo! », decían en la sala y « ¡bien, bravo! », repetían mis maestros y compañeros; y al final, estallaron los aplausos, nutridos, prolongados, unánimes.

Y en medio de esta hermosa demostración, que me emocionó hasta las lágrimas, una dama me arroja una espléndida guirnalda de flores; mientras tanto, el director se adelanta y con breves y bellas palabras me presenta el premio, y aquí lo colocó. Éste es el escudo de mi primera victoria y éste mi primer gajito de laurel.

D. SEB. — (*Que habrá seguido el relato con la mayor atención y se habrá lavantado, aplaude entusiasmado.*) ¡Bien, bravo! ¡Así tenía que ser! ¡cuánto me alegro! (*Emocionado se vuelve á sentar.*) ¡Bien, muy bien!

GABR. — (*Se agrodilla y le coloca el ramito en el ojal.*) Es para usted, abuelo; permítame engalanarlo con mi primer triunfo.

D. SEB. — (*Enternecido.*) Gabrielito mío, ven aquí, aquí á mis brazos. (*Lo abraza y besa con cariño.*) Y no haber podido asistir á tan bella fiesta!... (*Lloroso y despechado se levanta golpeando fuerte el bastón.*) ¡Es tener poca suerte!

GABR. — Abuelo, ¿usted llora?

D. SEB. — ¿Yo? (*Volviendo la cabeza y secándose rápidamente los ojos.*) ¿Llorar yo? ¿un veterano de la vida? ¡no faltaba otra cosa! (*Caminando para ocultar su emoción.*)

GABR. — (*Siguiéndolo.*) Sí, abuelito; usted está enternecido.

D. SEB. — Te digo que no, chicuelo obstinado.



GABR. — Vamos, abuelo (*con mimo*), ¿por qué quiere negarlo?

D. SEB. — Si no lloro... te repito. (*Con voz temblorosa por la emoción.*) No sé llorar. (*Golpeando el bastón y volviéndose hacia Gabriel.*) ¿Y aunque así fuera? ¿qué tendría eso de particular? ¿Ya no le será permitido á un pobre abuelo derramar dos lagrimillas cuando... cuando... (*se suena fuerte la nariz*) en ciertos momentos... (*Cambiando de tono.*) Porque sí, es verdad, lloro... (*Agarrándole del mentón.*) Me haces llorar, mi regalón, mi picaruelo, me has emocionado de gozo... de... de... (*Golpeando el bastón y volviéndose con enojo.*) ¡Ay! ¡qué tontos somos los abuelos!

GABR. — (*Echándole los brazos al cuello por detrás y besándolo.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué buenos son los abuelos! Aun cuando quieren ser malos. (*Ríe.*) ¡Ja, ja, ja!

D. SEB. — Te ríes de mí, ¿no? ¡Bribonzuelo! (*Dándole una palmada en la mejilla.*) Bueno, basta de bromas. Debes volver al salón para tu segundo número.

GABR. — ¡Es verdad! Lo había olvidado, hasta luego, abuelo, ó hasta mañana; ahora bien puede acostarse y dormir tranquilo.

D. SEB. — ¿Dormir? ¿Te parece á tí que se pueda dormir con semejantes noticiones en el cuerpo?

GABR. — ¿Qué va á hacer, entonces?

D. SEB. — Esperarte levantado.

GABR. — Se va á cansar y aburrir.

D. SEB. — No lo creas; me distraigo mucho cantando la gran *aria* de los loros. (*Cantando con voz exclamada y gruesa.*) «Me gustan todas, me gustan todas

en general... » Anda, anda, hijo mío, no te des pena por mí.

GABR. — (*Dándole un abrazo.*) Hasta luego, abuelo.

D. SEB. — Hasta lue... ¡Ah! ¿Y los de la cartita?

GABR. — (*En la puerta.*) No dieron señales de vida y... (*soplando sobre la palma*) se evaporaron.

D. SEB. — Te profetizo un segundo éxito.

GABR. — Gracias, abuelo. Adiós. (*Vase.*)

## ESCENA ÚLTIMA

DON SEBASTIÁN, SOLO

D. SEB. — (*Sentencioso.*) ¡Maldición de burro nunca alcanza! Será un refrán muy vulgar, pero dicho sea en honor de la verdad, muy verdadero. (*Se sienta al piano y comienza de nuevo á tocar y á canturrear.*) Me gustan todas, me gustan todas en general... en general. (*Mientras, baja el telón.*)



# Patriotismo de pacotilla

Comedia en un acto

---

## PERSONAJES

CASIMIRO, CÉSAR y DORITA, niños de 10 á 13 años



# Patriotismo de pacotilla



Decoración : escritorio á la derecha, en primer término ; sillas, un sillón, etc.  
Dos puertas laterales.

## ESCENA PRIMERA

CÉSAR Y CASIMIRO

Casimiro, arrellenado en el sillón junto al escritorio, duerme.

CÉSAR. — (*Pasea á lo largo de la escena, con un libro en la mano, gesticulando y hablando con énfasis.*)  
¡Cierto que esto es el colmo del patriotismo! (*Mirando en una página del libro y golpeando en él.*)  
¡Ah! ¡Salteño patriota, eres digno de una gran admiración! ¡Qué fibra de héroe! ¡Como yo, como yo! Porque yo siento en mí un alma de héroe, y conozco que en un caso semejante haría lo mismo, ó mucho más. ¿Has oído, Casimiro, has oído? ¡Qué alma abnegada! Dejarse prender por ladrón, dejarse azotar,

pasarse al campo enemigo, hacerse creer desertor, y luego huir en uno de los mejores caballos de López, y traer á La Madrid todos los datos que necesitaba saber. ¡Magnífico, magnífico! Casimiro, ¿qué respondes á esto? (*Casimiro ronca.*) ¿Ronca? (*Se le acerca.*) Contesta, pues. (*Ronca más fuerte.*) ¡Y ronca de veras! ¡Parece mentira! En cuanto se sienta ya se queda dormido, este dormilón. ¡Eh, morrongo! (*Sacudiéndolo, y llamándolo fuerte.*) ¡Casimiro, Casimiro! Dormilón, morrongo!

CASIM. — (*Despierta y se despereza bostezando.*) ¡Eh! ¿Qué sucede? ¿Arde la casa?

CÉSAR. — Si ardiera la casa no serías tú quien trataría de salvar ni siquiera una mosca.

CASIM. — ¿Por qué tratar de salvarlas, si siempre tratamos de matarlas?

CÉSAR. — Tú no sabes sino chancearte, tenderte á la bartola y roncar.

CASIM. — (*Bostezando.*) ¡Es tan agradable tenderse á la bartola y roncar!... (*Se arrellena y ronca.*)

CÉSAR. — ¡Avergüenzate! Mientras yo estoy aquí diciéndote, de memoria, uno de los más bellos episodios nacionales, y estoy echando los pulmones para comunicarte mi entusiasmo de patriota, de héroe, tú, que ni pareces primo mío, tú duermes, y con una placidez de micho me respondes con un ronquido. ¡Morrongo! Pero, ¿de quién eres hijo?

CASIM. — (*Con placidez.*) De papá y de mamá.

CÉSAR. — Calla, morrongo zumbón. Razón les ha sobrado á nuestros padres para llamarme á mi César, nombre de un gran héroe de la Edad del Medio...

CASIM. — (*Riendo fuerte.*) ¡Ja, ja, ja! Edad Media, bár-

baro! Y César fué un emperador romano, ¡pavo!

CÉSAR. — (*Ruborizado.*) ¡Ah, si! ¿Quién no lo sabe?

Me equivoqué. (*Con énfasis*) Y razón de sobra para llamarte á tí Casimiro; nombre de gato.

CASIM. — (*Con sorpresa.*) ¿Dónde has oído tú que llamen Casimiro á los gatos?

CÉSAR. — En casa hay uno que lo llamamos así.

CASIM. — ¡Ah! bien; pero los gatos suelen despertar, y los hay muy bravos y valientes.

CÉSAR. — ¿Valiente, tú? ¿En qué fuente bebiste la valentía? ¿En qué río te empapaste de bravura?

CASIM. — (*Imitándolo.*) Y tú, ¿dónde bebiste y dónde te empapaste?

CÉSAR. — En la fuente de la historia, que todita me la traigo en la punta de los dedos; en el río de los episodios nacionales, que todos me los sé de memoria, y te los puedo narrar cuándo y cómo tú quieras. Pero tú, en vez de escucharme á mí, que te ilustro, tú duermes y roncas, como ahora y como cuando te narré el episodio aquel «Cómo se muere por la patria». ¡Ah! pastorcito patriota que se negó á indicar á nuestros enemigos el vado del río... del río... (*No se acuerda el nombre*) de un río, por donde habían pasado los soldados realistas y muere fusilado gritando «Viva la patria». ¡Bravo gauchito!

CASIM. — (*Riendo fuerte.*) ¡Ja, ja, ja! Ese es un episodio de la guerra de Francia, sabihondo; y el pastorcillo no muere fusilado sino de un pistoletazo, habieca!

CÉSAR. — (*Mortificado.*) ¡Es cierto!... Y bueno, cualquiera puede equivocarse. No es razón ésta para que ronques cuando yo te hablo.



CASIM. — Si ronco, precisamente es por no oír tu ilustración disparatada y tu patriotismo de pacotilla.

CÉSAR. — ¡¿Patriotismo de pacotilla?! ¿el mío? (*Acércasele arrogante.*) Á ver, repite esa palabra, repítela.

CASIM. — (*Se levanta calmoso, cruza los brazos, y fijando los ojos en César se le planta delante haciéndolo retroceder atemorizado, hasta junto á los bastidores y repite, siempre calmoso, con voz firme y alta recalcando las palabras.*) Patriotismo de pacotilla. (*Vuelve la espalda y se sienta muy tranquilo.*)

CÉSAR. — (*Colérico, pero sin atreverse á hacerle frente.*) ¡Y lo has repetido! ¿No te da vergüenza? (*Aparte.*) Siento tal ira que si no fuera primo mío le daría un trompís.

CASIM. — (*Aparte.*) Este patriotero valentón merece una leccioncilla. (*Alto.*) Oye, César; vete á mi cuarto; sobre la mesa hallarás la Historia Argentina; hazme el favor de traerla. Tú, seguirás la lectura con la vista y me corregirás, si acaso me equivoco; deseo explicártela toda de memoria, para que veas que aunque dormilón, la conozco bien, sin alardear de ella, sólo por haber mal aprendido de memoria algún episodio, que alguien que yo me sé, cita en toda ocasión, venga ó no venga á cuento. Vé querido César, Casimiro te esperará despierto.

CÉSAR. — Claro que voy. ¿Crees que te tengo miedo? (*Vase ligero.*)

## ESCENA II

CASIMIRO, SOLO

CASIM. — (*Se levanta rápido, saca del cajoncito del es-*

critorio una cajita y de adentro de la misma saca algo sin que el público advierta lo que es ; vuelve la caja al cajoncito, la cierra, se recuesta y finge estar dormido.)

### ESCENA III

#### DICHO Y CÉSAR

CÉSAR. — (*Entra muy tieso y arrogante trayendo un libro, algo grande con tapas de cartón. Casimiro ronca.*) ¿Otra vez dormido ? ¡Qué vergüenza! Espera y verás qué susto soberano te voy á dar. (*Se le acerca despacio y deja caer con fuerza el libro á los pies de Casimiro ; éste, que lo observaba disimuladamente, no se mueve, tiende el brazo y deja caer una laucha mecánica, á la cual había dado cuerda disimuladamente, y ésta al caer, echa á andar. César arroja un grito y echa á correr por la escena y por último sube á una silla.*) ¡Ay, ay, ay! ¡Casimiro, Casimiro! ¿Qué es esto ? ¡Ayúdame! ¡Socorro, socorro!

CASIM. — (*Riéndose á carcajadas.*) ¡Ja, ja, ja! (*Se levanta y hace una reverencia burlona á César.*) Te saludo, César, ¡ja, ja, ja!

CÉSAR. — (*Tembloroso y tartamudeando.*) No... no te... te rías. Explicame ¿qué... qué fué, qué era ?

CASIM. — (*Levantando la laucha.*) Este hipopótamo, César Augusto. (*Otra reverencia.*) ¡Ja, ja, ja!

CÉSAR. — (*Furioso baja y se dirige hacia Casimiro con el puño levantado.*) ¿Lo has hecho expresamente, eh ? Morrongo traidor. (*Casimiro lo mira sonriendo burlonamente ; César mete las manos en los bolsillos y*

*se aleja. Aparte.*) Si no fueras primo mío, verías que trompis mayúsculo te daba. (*Alto.*) ¡Morrongo!

CASIM. — ¡Ja, ja, ja! Ya ves que morrongo no siempre duerme, y César no es tan valiente como pregona.

CÉSAR. — Sí, señor; soy un valiente, y un patriota como el que más. ¿Acaso crees que tengo miedo? Claro que soltándome encima así de improviso una laucha tan grande... Me pareció una rata verdadera, y como las hay muy bravas, y hasta venenosas creo, es natural... yo no soy gato para atreverme con esas fieras... Pero, á ver, quién se atrevería á menospreciar á mi patria ó á alguno de sus grandes hombres, tendría que habérselas conmigo. Aunque fueran diez, veinte, treinta niños, y hasta hombres; no los temo.

CASIM. — ¡Bom...ba! Toma, (*alcanzándole el libro, que levanta del suelo*) y empecemos por donde quieras.

## ESCENA IV

### DICHOS Y DORITA

DOR. — (*Entra corriendo y llorosa.*) Casimiro, Casimiro; vén pronto, corre, si no se irán.

CASIM. — ¿Qué hay? ¿Por qué lloras?

DOR. — Los hijos de la vecina se burlaron de mí y me sacaron la lengua así, (*saca la lengua haciendo una morisqueta*) porque les dije que no son buenos argentinos puesto que tienen miedo á la guerra y dicen que antes que ser soldados huirán lejos de su país.

CÉSAR. — ¿Miedo? ¡Qué vergüenza!



DOR. — Eso les dije. Porque el que tiene miedo y huye, es un cobarde, y el que es cobarde no puede ser buen argentino. Y también les dije : Sabed, muchachos, que en casa todos idolatramos á nuestra patria, y á todos los patriotas que lucharon por hacérsela libre y grande; y el día en que ella vuelva á necesitar del brazo de sus hijos, todos nosotros iremos al campo de batalla, y allí lucharemos como lo han hecho nuestros padres, vertiendo hasta la última gota de sangre para defenderla. — ¿También las mujeres? contestaron ellos en tono burlón. — Sí, señor; también las mujeres y las chicas como yo; porque no somos pusilánimes como vosotros, grandullones; y si no podremos empuñar el sable ni el fusil, atenderemos á los heridos, y desafiando las balas empuñaremos el cántaro, para llevar de beber á los pobres soldados caídos, á imitación de la humilde parda María y sus hijas, llamada « La madre de la Patria » (1).

CASIM. — (*Admirado.*) ¡Bien, Dorita, bien!

CÉSAR. — Claro, bien dicho.

CASIM. — ¿Y aún se burlaron de tí, esos niños?

DOR. — Por supuesto y me llamaron patriotera. ¡Pícaros! (*Asomándose á la puerta.*) Todavía están allí; míralos.

CASIM. — (*Temblando de ira.*) ¡Ah! ¿sí, eh? Ya nos veremos. César á tí que eres tan valiente y patriota, te toca dar el primero una lección á estos antipatriotas miedosos.

CÉSAR. — Yo... yo no puedo ahora.

CASIM. — (*Imperioso.*) Vamos.

(1) Del libro *Episodios nacionales*.

CÉSAR. — Mis papás me esperan.

DOR. — Casimiro, César, corred pronto. (*Casimiro corre hacia Dorita, César lentamente.*) Los pícaros han prendido fuego al galponcito donde guardamos los soldados y los cañoncitos.

CÉSAR. — (*Retrocediendo ligero.*) ¿Fuego? ¿Y si arde la casa?

DOR. — Seguramente lo han hecho para vengarse, porque les dije que no los invitaríamos más á jugar á la guerra.

CASIM. — César, á tí el primero; corre.

CÉSAR. — ¿Yo... yo qué tengo que ver? Llamen á la policía, á los bomberos. Yo me marchó.

DOR. — Corre tú, César, este morrongo no se mueve.

CASIM. — Déjalo marchar, Dorita. César, véte á predicar; morrongo, el dormilón, va á extinguir el fuego y á dar una lección á esos cobardes. (*Se le acerca y le grita con desprecio.*) ¡Patriota de pacotilla! Vén Dorita. (*Vanse corriendo.*)

## ESCENA ÚLTIMA

CÉSAR. — ¡Y lo ha vuelto á repetir! Ahora sí que le doy un trompis de veras. (*Precipítase tras de Casimiro; al llegar á la puerta se vuelve de pronto hacia el proscenio.*) Se lo daré cuando vuelva. (*Vase por la puerta opuesta mientras baja el telón.*)







DIÁLOGOS





# El bombero + el soldado + + y el vigilante

Decoración : una calle.

## ESCENA ÚNICA

El vigilante, parado en el fondo, junto al foro, como si estuviera de facción en una esquina.

El bombero entra presuroso por la derecha y se cruza con el soldado, quien entra apresuradamente por la izquierda ; los dos, al cruzarse, chocan hombro con hombro ; se vuelven dirigiéndose miradas rencorosas.

SOLD. — (*Entre dientes.*) Había de ser bombero para llevarse todo por delante.

BOM. — (*Idem.*) Había de ser soldado para atropellar.  
(*Vuelven pasos atrás y se encuentran de frente.*)

SOLD. — (*Con sequedad.*) Dispense, amigo, ¿qué es lo que ha dicho ?

BOM. — ¿Yo ? nada. Perdone, amigo, usted es el que ha dicho...



SOLD. — ¿Yo? Se ha equivocado usted.

BOM. — Entonces seguiré mi camino.

SOLD. — Y yo el mío. (*Se vuelven la espalda y se dirigen una mirada de desprecio.*) ¡Soberbio!

BOM. — ¡Orgullosa! (*Después de unos pasos, los dos á un tiempo se vuelven y miran de través; giran rápidamente la cabeza, hacen un paso, se detienen y, como impulsados por una misma idea, se vuelven de pronto, avanzan y de nuevo se encuentran de frente.*) Dígame amigo, ¿por qué me ha dirigido esa mirada de través? No me lo niegue, porque lo he visto.

SOLD. — (*Casi al mismo tiempo.*) Amigo, ¿por qué me ha mirado con esa mirada atravesada? No diga que no, porque le vi. (*El diálogo siguiente dígase con toda rapidez.*)

BOM. — La suya fué una mirada de desprecio.

SOLD. — Su mirada fué despreciativa.

BOM. — ¿Tal vez porque visto uniforme de bombero?

SOLD. — ¿Quizás porque llevo uniforme de soldado?

BOM. — Este uniforme merece el aprecio y respeto de todo el mundo.

SOLD. — El mundo todo le debe respeto y aprecio á este uniforme.

BOM. — Y tú no lo haces, ¿por qué?

SOLD. — Ni tú tampoco, ¿por qué?

BOM. — Nadie lo hace; nadie te considera.

SOLD. — No lo hace nadie; te desprecian todos.

BOM. — Hace tiempo que lo noto.

SOLD. — Tiempo hace que lo advierto.

BOM. — Y esto debe acabar de una vez.

SOLD. — De una vez debe acabar esto.

BOM. — Porque es una ingratitud imperdonable.

SOLD. — Porque es una imperdonable ingratitud.

BOM. — Debemos ponernos de acuerdo para entendernos.

SOLD. — Debemos entendernos para ponernos de acuerdo. (*Poco á poco han levantado de tal manera la voz, gesticulando, que llaman la atención del vigilante.*)

VIG. — (*Avanza y se interpone entre los dos.*) Calma, amigos, calma. ¿Qué novedades son éstas? Miembros de una misma familia disputándose y en la calle!... No es dar muy buen ejemplo.

SOLD. — Es que debemos ponernos de acuerdo sobre algunos puntos...

BOM. — Sobre algunos puntos debemos entendernos...

VIG. — ¡Chist!... (*Imponiendo silencio.*) Si siguen ustedes hablando los dos á la vez, ¿cómo se podrán entender?

SOLD. — (*Al bombero.*) Es verdad; prometo no hablar mientras tú lo hagas.

BOM. — (*Al soldado.*) La misma promesa hago yo.

VIG. — Muy bien; ya que veo á ustedes en vías de reconciliación los dejo y voy á mi puesto. (*Se retira.*)

BOM. — Comienza, si quieres, te escucho.

SOLD. — ¡Oh! á tí, intrépido soldado del fuego, toca ser el primero; te oigo.

BOM. — Declino tal honor en el heroico soldado de la patria, en el abnegado defensor de la libertad.

SOLD. — Sigues insultándome con tu ironía. Mas, dime, por tu honor, sin este humilde soldado que desprecias, ¿tendrías tú una patria libre? ¿Vivirías tranquilo y seguro? ¿Disfrutarías de la paz? Y el día en que ésta se quebranta y osa el extranjero invadir tu país, y pretende arrebatarte la libertad sujetándote

á su yugo, ¿quién, olvidando su apacible hogar, y á los seres amados que deja en él, corre á defenderte y derrama, sobre el altar del deber y del honor, toda su sangre por conservarte el primer bien de la vida : la libertad, sino yo ? Es noble y santa mi misión sobre la tierra. ¿ Por qué no me aprecias ?

BOM. — Y tú, que pretendes humillarme con tu desprecio, dime, por tu vida, sin este obscuro bombero, ¿ podrías reposar tranquilo bajo tu techo con la seguridad que te da mi abnegación ? Cuando se produce un incendio y amenaza propagarse y devorar tu vivienda destruyéndolo todo, ¿ quién acude presuroso á salvarla ? Yo. Y yo también abandono mi apacible hogar, á seres queridos á quienes adoro, y con abnegación de héroe, sobre el mismo altar del honor y del deber, inmolo mi vida por salvar la del prójimo. Quizás es una hijita tuya, tu esposa, ó las dos á quienes arrebató de las llamas, devolviendo la dicha á tu corazón angustiado; y al depositar ilesos en tus brazos los seres que amas, tal vez expiro, dejando á los míos desamparados y el luto en sus corazones. Yo bien lo sé, mas no vacilé y sacrifico mi existencia por conservarte á tí el primer bien de la vida : la vida misma. ¿ No es noble y santa mi misión sobre la tierra ? ¿ Por qué me desprecias ?

VIG. — (*Avanza y se interpone entre los dos.*) ¡ Bravo ! Se han defendido bien los dos. Sí, noble y santa es vuestra misión sobre la tierra. Á la tuya (*al soldado*) debes la grandeza del sacrificio por la noble causa de la patria; á la tuya (*al bombero*) debes la sublimidad de la abnegación á la santa causa de la humanidad. ¿ Cómo pueden ustedes despreciarse ? ¡ Es



imposible! Este sentimiento hostil sólo puede ser aparente; son ustedes miembros de una misma familia, por vuestras venas corre la misma sangre generosa y abnegada, no pueden, pues, menos de amarse y admirarse recíprocamente.

SOLD. — (*Tiende la mano al bombero en un arranque de afecto.*) Es verdad; perdóname si te he ofendido.

BOM. — (*Ídem.*) ¡Oh! hermano mío, tú debes perdonarme.

SOLD. — Y tú, que nos reconcilias ¿cuál es tu misión?

VIG. — ¡Cómo! ¿no lo sabes? ésta de reconciliar; reconciliar siempre, ó por grado, ó por fuerza.

BOM. — ¿Ahí se detiene tu misión?

VIG. — No, va más allá; y aunque no es noble y santa como la vuestra, ella también merece aprecio y respeto, porque ella también pide desprendimiento, pide abnegación y pide sacrificios. ¿Quién, soportando todas las inclemencias del tiempo, da al prójimo la seguridad de transitar libremente por las calles? ¿Quién le defiende de insultos y asaltos de malhechores? ¿Quién protege su casa contra ladrones y asesinos? ¿Quién vela por su tranquilidad? Yo. Y también yo tengo un hogar, una familia á quien amo y que me ama! Y en los días aciagos de disturbios, de amotinamiento y rebeldías, también yo los dejo y corro con mis compañeros á restablecer el orden y la paz. No siempre vuelvo á mi hogar, porque no es raro que en cumplimiento de mi deber pierda la vida y deje yo también sin amparo á mi esposa, á mis hijos... ó á mi madre, y el luto en sus corazones. ¿No es buena y generosa esta misión? ¿Quién sabe apreciarme?

SOLD. Y BOM. — (*Á la vez, le tienden la mano apoyándole la otra en el hombro.*) Eres nuestro hermano.

VIG. — Sí, vuestro hermano soy; nos amamos, nos apreciamos y nos admiramos los tres. Pero el prójimo, ese prójimo por cuya tranquilidad y salvación velamos ¿por qué no reconoce él también en cada uno de nosotros á un hermano suyo, y nos tiene en tan poco aprecio?

BOM. — Sí, y es mucha ingratitud.

SOLD. — Una gran ingratitud.

VIG. — Y aún no pueden quejarse tanto como yo; el mundo tiene para ustedes momentos de grandes entusiasmos, de admiración delirante; y ésto les reconcilia con él. Pero en mí, pobre y obscuro sér á quien muy rara vez llega el momento de despertar en sus semejantes entusiasmo ó admiración, no quieren reconocer mis útiles servicios y nunca me recuerdan con aprecio ni cariño. ¡Oh, si se realizara mi sueño!

SOLD. Y BOM. — (*Á la vez.*) ¿Tú has tenido un sueño?

VIG. — Sí.

SOLD. — Yo también.

BOM. — También yo.

SOLD. — Cuéntalo.

BOM. — Escuchamos.

VIG. — Soñé que indignado nuestro cuerpo de vigilantes por tan negra ingratitud, se presentó en masa á pedir le dieran de baja y luego se disolvió. El jefe de policía, encontrando muy justas y naturales nuestras quejas, é indignado á su vez contra los causantes de nuestro proceder, se negó á formar otro cuerpo de vigilantes y se retiró á disfrutar de más tranquila vida.

Pensando y obrando con acierto, el gobierno quiso dar al pueblo olvidadizo una lección de gratitud, y resolvió hacer una proclama en la cual manifestaba que desde la fecha suprimía la justicia y los agentes de policía. Cada prójimo velaría por sí y por el orden público y se haría justicia como mejor le pareciera. Abriéronse las puertas de las cárceles dando libertad á todos los presos, cerráronse todas las comisarias, juzgados de paz y el Departamento de policía.

Tales determinaciones causaron al principio tanta sorpresa, que á todos dejó atónitos, no pudiendo creer semejante enormidad; ni los muy honorables ladrones y asesinos se atrevían á poner en ejecución sus fechorías, creyendo aquello una mala broma; mas al fin hubieron de rendirse á la evidencia. Lo que entonces sucedió es más para imaginarlo que para decirlo. Asesinatos, robos, asaltos, extorsiones, se contaban por millares á diario, á pesar de haberse convertido cada casa en pequeño arsenal de guerra y cada persona en ambulante depósito de armas.

Aquello no era vida; imposible seguir de esa manera.

Los menos realizaron sus haberes y marcharon al extranjero; los más, no pudiendo hacerlo, se reunieron y formaron consejo en la mayor plaza de la ciudad; levantada la sesión, se dirigieron en masa al palacio de Gobierno, y allí suplicaron que se restableciera la justicia y vigilancia tan indispensables al país.

Mis compañeros y yo, desde las azoteas adyacentes, contemplábamos el espectáculo aquel con gozo de ven-



ganza; á intervalos nos llegaban voces que decían : — « ¡Benditos tiempos aquéllos en que existían los santos vigilantes! » — ¿ Oyen ustedes ? ¡nos llamaban santos! — « ¿ Quién nos devolverá aquella seguridad de haberes y personas ? ¿ Quién ? ¡Restableced la justicia y vigilancia! » — suplicaban al gobierno los hombres. — « ¡Dios mío, Dios mío, concedednos esta gracia! » — gemían las mujeres. Tantos fueron los llantos y las súplicas, que al fin, conmovidos, enviamos á un compañero á parlamentar con el Gobierno y nos rendimos. Entonces el gobierno habló de esta manera : — « Prójimos ingratos, os devuelvo la justicia y la vigilancia, mas aprended á respetar y á querer á quien os defiende y os protege. » — Los prójimos, así escarmentados, nos recibieron con grandes hurras de alegría, nos pasearon en triunfo por la ciudad, y desde aquel momento gozamos de su aprecio, de su cariño, de su admiración y de sus aplausos.

BOM. — Tu sueño tiene alguna semejanza con el mío.

SOLD. — Y con el mío también.

VIG. — ¿ Sí ? pues contadlos; deseoso estoy de oirlos.

SOLD. — (*Al bombero.*) Cuenta tú el tuyo, luego diré yo el mío.

BOM. — Escuchen : Soñando soñé que el mundo ardía, y desde la gran altura de una roca en el mar, los soldados del fuego de todo el orbe, contemplábamos — como el Nerón antiguo la destrucción de Roma — la destrucción del mundo por el fuego. ¿ Cómo y por qué sucedía aquello ?

Muchos años antes habíase producido un colosal incendio; algunos de nuestros compañeros sucumbieron cumpliendo actos de verdadero heroísmo en el sal-

vamento y aislando el fuego que amenazaba propagarse y devorar á la ciudad entera. Los cuerpos informes, carbonizados de aquellos héroes, al ser extraídos de bajo los escombros, despertaron un delirio de entusiasta admiración y gratitud en el pueblo, quien acompañó con profundo respeto y reverencia á esos campeones del humanitarismo, á su tranquila y última morada.

Pasaron meses y pasaron años. En aquel espacioso terreno, arrasado un día por la conquista del enemigo abrasador, surgió una hermosa plaza con sus fuentes, flores y palmeras; en el centro de la plaza, un soberbio monumento: el monumento del Progreso. En el contorno abrieron anchas calles y avenidas flanqueadas por grandes y suntuosos palacios; aquello había llegado á ser el centro estrepitoso y vocinglero de la ciudad.

Todos, ciudadanos y extranjeros, se detenían á contemplar y á comentar admirados aquella obra de arte y de progreso.

En otra ciudad, triste y silenciosa — la ciudad del reposo y del olvido — sobre un estrecho espacio de tierra, ahuecada un día por la fuerza de aquel mismo enemigo devastador, crecida yerba ocultaba una modesta lápida de piedra en la que sólo quedaban huellas, borradas por las lluvias y por el tiempo, de los nombres allí grabados. Ninguno de los que pasaban junto á ese montón de hierbas brotadas de la savia generosa de mártires, dirigíales una mirada, nadie se detenía ante esa obra de ingratitud y de abandono.

Mas en el corazón de la noche, á la incierta claridad de las estrellas, aparecían de entre las húme-

das hierbas, multitud de llamas de fuego; las llamas se convertían en sombras humanas, las sombras formaban fila, y silenciosas y rápidas cual si tuvieran alas llegaban al pie del monumento del Progreso y en el bronce grababan : « Ingratitud, olvido. »

Al atravesar la ciudad, las Sombras, elevaban un murmullo que el portavoz del viento traía sólo á nuestros oídos; el murmullo decía : « La hora de recordar llega. » La hora de recordar llegó. — ¡Fuego... fuego! ¡Socorro! — gritaban desde un palacio ya envuelto en nubes de humo y lamido por serpenteadoras llamas. — ¡Fuego... fuego! ¡Ayuda, socorro! — á poco se oyó gritar desde un inmenso edificio poblado como colmena y al cual el fuego habíase comunicado por un viento propagador.

. . . . .  
¡Ya la ciudad ardía! Fragmentos encendidos como ascuas, maderos llameantes cual antorchas eran lanzados al aire, caían lejos llevando y comunicando el fuego exterminador. Las rojas lenguas oscilaban, se retorcían, se encogían, se alargaban, se enroscaban, se extendían, envolviendo, ardiendo, devorando más y más edificios, reduciéndolos á escombros, á cenizas. Las paredes, las columnas, los techos se derrumbaban con estrépito pavoroso, aplastando, matando, destruyendo y levantando de entre las ruinas densa humareda poblada de luminosas chispas incendiarias. Y más allá, las devastadoras llamaradas en su triunfal conquista se elevaban hasta el cielo tornándolo rojizo, cual si fuera cubierto por nubes sangíneas.

En vano, hombres y mujeres, niños y ancianos, se afanaban desesperados por apagar ó aislar aquel



monstruo devorador. Él cundía veloz en su marcha arrasadora. Sus chispas, cual multitud de estrellas errantes, atravesaban el espacio con rapidez fulmínea y originaban nuevos incendios al caer.

. . . . .  
¡El mundo todo era una hoguera!

Las llamas llegaron á las playas, llegaron á los campos, serpentearon sobre las aguas de los mares, sobre las mieses de la tierra; cruzaron llanos, pasaron montes, atravesaron montañas, y lamiendo, incendiando, devorando, destruyendo cuanto á su paso estorbaba, abrasaron y devastaron más y más ciudades, más y más pueblos, más y más campos, dejando tras sí el exterminio, la desolación y la muerte.

Nosotros todos, llevados en alas de las Sombras á la roca del mar, contemplábamos impotentes la combustión del mundo y su ruina. Sobrecogidos de terror y espanto ante aquel espectáculo de sublime grandeza devastadora, caímos de rodillas elevando al Altísimo ferviente plegaria de salvación.

De entre la plegaria se oía al coro de las Sombras decir: « Bastaba una lágrima, bastaba una flor, una flor de recuerdo, una lágrima de gratitud. » Y mientras continuaba el crugir de las vigas, el estruendo de las explosiones, el fragor de los derrumbes, los gritos de angustia, los ayes de los moribundos, el llanto de los niños, los rezos de los creyentes, las blasfemias de los desesperados, y el martilleo de las campanas pidiendo socorro al cielo, un horrisono estampido seguido de un inmenso clamoreo llegó hasta nosotros; se conmovió la roca... se hendió... se abrió; colossal llamarada surgió del fondo de su seno; las piedras

se desprendieron, se desmoronaron, y yo me sentí precipitar envuelto en un torbellino de polvo, de humo, de sangre, de fuego.

En el sueño desperté, y soñando siempre soñé que aquella pobre tumba abandonada habíase transformado en hermosísimo jardín; bellas y lozanas flores cubrían la tierra, y en el centro del jardincillo habían hecho, con sus tallos fuertemente entrelazados, una elevada cruz. Engarzadas en los pétalos de cada flor de aquella cruz, lucientes perlas decían un nombre: el nombre de una sombra que allí bajo dormía. Bañado por la dorada luz del sol, aquel raro monumento de flores y de perlas brillaba con fúlgidos colores diamantinos irradiando con su viva luz hasta las almas descreídas que por allí pasaban, induciéndolas á creer, á amar y á esperar.

¿Cómo se había operado la transformación? Las Sombras de aquella tumba una noche contaron el secreto á la brisa, la brisa lo contó al viento, el viento, que no guarda secretos, lo contó al mundo y el mundo así lo contaba:

« Las almas piadosas, quienes recuerdan y agradecen, fueron un día en perigrinación á la pobre tumba de aquellos héroes olvidados, y al pasar dejaron caer una lágrima y una flor; cada lágrima humedeció la tierra, cada flor sembró sus pétalos; de los pétalos nacieron flores y más flores, poblaron aquel montículo de tierra, y abrazadas formaron en el centro el símbolo de la piedad y de la fe; las lágrimas vertidas aparecieron en los pétalos cual gotas de rocío, los ángeles las convirtieron en perlas, y con las perlas formaron el nombre que nunca debía olvidarse ».

Y aquel simbólico monumento, con sus colores y perfumes, con sus matices y reflejos, con su frescor y sus perlas, jamás dejaba apagar la luz melancólica y fecunda del recuerdo, afirmando la fe, la constancia y el valor.

Sentí un estremecimiento extraño en todo mi sér y sobresaltado desperté; mas, despierto ya seguí soñando, y soñando despierto soñé que sobre el montículo de tierra en vez del jardincillo ideal de un sueño, se elevaba severo y majestuoso, magnífico monumento de mármol y de bronce. Representaba un grupo de jóvenes bomberos en su ardua tarea de salvamento; un compañero ya herido era llevado lejos del siniestro, mientras otro expiraba entregando un hijito á la madre llorosa. Coronaba el grupo una gallarda figura de mujer; de su mano izquierda caían multitud de flores; con la derecha sostenía un medallón de bronce, en el bronce habían grabado palabras que en aquel momento de ensueño yo leí lo que decían, mas ahora ya no las recuerdo; sólo recuerdo que la gallarda figura de mujer representaba á la Humanidad agradecida.

VIG. — Tu sueño, hermano, fué algo largo...

SOLD. — Con razón, pues éstos fueron tres.

VIG. — Y si mucho tiene de poético é ideal, mucho también tiene de terrible; no quisiera yo que tu sueño se realizara.

BOM. — ¿Has comprobado tú alguna vez que se realicen los sueños, ya sean terribles ó poéticos, ya ideales ó terrenales?

VIG. — No, por cierto, y ya sabemos que los sueños...

SOLD. — Sueños son.



BOM. — Pues ahora, cuenta tú el tuyo.

VIG. — ¿Qué has soñado tú?

SOLD. — Lo siguiente : En la gran plaza de un país de fantasía, soñadores cerebros, generosos corazones y batalladoras lenguas, habíanse reunido para discutir sobre la injusticia de la guerra, la inutilidad de los soldados, y establecer la paz universal.

« La guerra — decía una de las lenguas, movida por el resorte del soñador cerebro y del generoso corazón — es simplemente una infamia, una iniquidad, el oprobio de la humanidad, y por el decoro de la misma es preciso suprimirla. — Sin contar — decía otra lengua impulsada por idéntico engranaje al de la primera — que los soldados son una verdadera polilla de los estados; pues, el sostenimiento de tanto ejército y de tanta armada cuesta un ojo de la cara á las naciones, y aun los dos, tanto que á veces quedan ciegas. — Y además — exclamó una tercera lengua movida por el ímpetu humanitario del generoso corazón — que el hecho de instruir y sostener á tanta gente con el solo fin de mantener la paz enseñándoles á matar y á morir, é invertir grandes caudales de oro para la continua adquisición de máquinas mortíferas y permitir que se inventen á diario otras nuevas para suprimirnos á la mayor brevedad y en mayor cantidad, es propio de pueblos bárbaros y no de pueblos civilizados. »

Muchas otras razones se dijeron aquellas lenguas, pero la mayoría de los cerebros allí convocados no parecía estar muy convencida, cuando de entre la multitud se destaca y avanza una encantadora mujer, y dirigiendo á todos su mirada suave y serena,

con voz firme y persuasiva pintó con horribles colores los tristísimos cuadros de la guerra, hija del despotismo, del odio y la crueldad; y pintó con los más bellos colores de luz y armonía, el hermoso cuadro de la paz, hija de la equidad, de la bondad y del amor. En fin, tantas y tan persuasivas razones dijo, que todos los cerebros aceptaron la paz con entusiasmo, y las lenguas allí reunidas proclamaron y los corazones sancionaron la ley del desarme universal.

La celeberrima fábrica de cañones cerró sus puertas, los arsenales quedaron desiertos, los colegios militares convertidos en bibliotecas, los cuarteles, en escuelas; y todos los cañones y demás metales mortíferos fueron fundidos para hacer con ellos una colosal estatua de la Paz; terminada que fué, la colocaron sobre el elevadísimo pico de una isla en medio del mar, quedando así visible á todas las naciones.

Convencido el mundo entero de que ya nadie podía tener pruritos belicosos, vivía tranquilo y confiado, bendiciendo aquellos generosos corazones y aquellas batalladoras lenguas que les habían creado tan pacífica situación. Y tan pacífica situación duró... como dura el cántaro aquél que tanto se le aprovecha para llevarlo á la fuente hasta que se quiebra.

Un día, un estado vecino de otro, empuñando razones sin ninguna razón de ser razones, se apropió de una gran parte de tierra y su provincia; éste protestó con energía, mas luego, dirigiendo una mirada á la gran estatua de la Paz, se resignó. En la misma época, otra nación, muy progresista, tuvo la noble idea de ir á llevar sus adelantos de progreso y civilización á un pueblo bárbaro, según ella. Con tal mo-

tivo, penetró en el país extranjero como Pedro por su casa.

En vano aquel buen pueblo protestaba : él con su barbarie vivía en paz y no molestaba á nadie. Pues no señor, en esta época de grandes luces y de grandísimo progreso, en que todo marcha á gran velocidad por la fuerza de la grande electricidad, era una gran impiedad dejar que aquella buena gente viviera como mejor le pareciera, y de grado ó por fuerza, en nombre de la paz, se les llevó la civilización.

El pueblo aquél dirigió una mirada á la gran estatua, luego... se resignó.

Al mismo tiempo que esto sucedía, otra nación, tomando argumento de donde no existía argumento alguno, audazmente se introdujo con pretensiones de amo y señor en un estado independiente y rico. Intentaron sus habitantes defenderse ya por las buenas ya por las malas, pero... allí estaba la estatua de la Paz que vigilaba, é inclinaron la cabeza.

En fin, en nombre de la Paz se cometían tantos y abusivos atropellos por parte de los ávidos, insaciables, audaces y poco escrupulosos Estados, que ese estado de paz había llegado á ser insostenible y un buen día, rompiéndose como el famoso cántaro, todos los hombres aparecieron armados; quienes con piedras, quienes con palos, quienes con instrumentos de labranza ó de cocina, únicas armas disponibles, y comenzó un combate feroz; el mundo todo habíase vuelto un infierno.

Para poner fin á aquel *pandemonio*, el cual amenazaba la destrucción del universo, volviéronse á reunir aquellos soñadores cerebros, aquellas batalladoras



lenguas y aquellos generosos corazones; y unánimemente, sin discusión alguna, se aprobó la ley abolidora del desarme y se promulgó la ley del armamento universal.

Se reabrieron las puertas de la famosa fábrica con gran estrépito de regocijo, se poblaron los arsenales, se transformaron las bibliotecas en nuevos colegios militares, y nosotros, soldados, entonando himnos de victoria, invadimos nuestros antiguos cuarteles desalojando á los intrusos escolares.

La colosal estatua de la Paz, como inútil que era, decidieron refundirla para hacer, con su metal, obuses, metrallas, granadas y balas de cañón. Con tales garantías de paz restablecióse la calma y volvieron los pueblos á su tranquilidad antigua. Y á nosotros no se nos volvió á tratar de inútiles ni de polillas del estado.

Al terminar mi sueño tuve una visión : la encantadora mujer se paseaba por el mundo, triste y llorosa, repitiendo con voz débil y acongojada : « Os hice aceptar la paz porque, por el aspecto, os juzgué hombres; mas visto que sois fieras, os dejo la guerra. La fiera de los bosques necesita de sus uñas y de sus dientes para atacar y defenderse; la fiera de los pueblos necesita de armas y soldados para defender sus derechos y vivir en paz. »

Desperté convencido de la utilidad de mi santa misión sobre la tierra.

VIG. — Y esa convicción, hermano, es la que nos acoraza contra las punzadas del menosprecio...

BOM. — Y la que nos da fuerza y valor para sacrificar-nos en aras del deber...

VIG. — Y la mejor recompensa que debamos esperar de la vida : ser útiles á la humanidad. (*Se oye por la derecha una corneta que toca á incendio.*)

BOM. — ¡Incendio! (*Dando la mano al soldado.*) Adiós, hermano; me llama el deber. (*Se oye por la izquierda redobles de tambores que tocan á llamada.*)

SOLD. — (*Estrechando la mano al bombero.*) ¡Llamada! ¡Adiós, voy á cumplir con el mío! (*Se oye llamada de auxilio.*)

VIG. — (*Dando la mano á los dos, quienes la estrechan con efusión.*) ¡Auxilio! Yo también me debo al mío. Adiós, hermanos.

BOM. — ¡Hermano, adiós! (*Vase por la izquierda.*)

SOLD. — ¡Adiós! (*Vase por la derecha.*)

VIG. — (*Se retira por el foro. Antes de desaparecer de la escena, los tres se vuelven y rápidamente se hacen con la mano un saludo. Se oye el toque de la corneta, el redoble del tambor y el silbido de auxilio mientras baja el telón.*)





La escena representa una calle : en primer término una esquina con un escaparate de almacén, donde están visibles al público : latas de sardinas, quesos de Holanda, aceitunas, jamón, salames, una gallina asada y un lechón.

### ESCENA ÚNICA

Ruperto entra por la derecha y Santiago por la izquierda.

RUP. — (*Gritando.*) *La Nación, La Prensa á cinco centavos.*

SANT. — Los cincuenta mil; se juega mañana.

RUP. — *La Nación á cinco, y la Patria Italiana también.*

SANT. — Quién me compra; se juega mañana, los cincuenta mil. (*Los dos se encuentran.*)

RUP. — ¡Santiago! ¿tú por aquí?

SANT. — Sí; no he podido vender por otros barrios y he venido á éste á ver si tenía mejor suerte. Pero me parece que también por aquí andamos mal.

RUP. — ¿De veras? Pues á mí me pasa lo mismito. Lo que es hoy tengo una suerte de perro.



SANT. — ¿De perro? Según qué perro, amigo; porque hay perros que tienen mejor suerte que los cristianos.

RUP. — Es cierto; perros hay de una suerte envidiable. Lo dije así, por decir. ¿Conque has vendido pocos billetes de lotería?

SANT. — ¿Pocos? Todos los tengo todavía. Me parece que á tí te pasa lo mismo con tus diarios. ¿Cómo es eso?

RUP. — ¡Cómo ha de ser! Mis compañeros tienen más ánimo, más desfachatez y se trepan á los tranvías que es un gusto; y además como yo soy chico me tironean, me empujan, ellos se adelantan venden y yo me quedo mirando.

SANT. — Te pasa lo mismito que á mí. ¿Ves, lo que nos toca aguantar porque somos chicos? Pero ya llegaremos á ser grandes algún día y entonces...

RUP. — ¿Y entonces qué? ¿Harás lo mismo tú?

SANT. — (*Sacándose el gorro y rascándose.*) Pensaba en hacer lo mismo pero... no lo haré. Á los chicos los protegeré.

RUP. — Muy bien, así me gusta, porque así debe hacerse; acordarnos del mal que nos han hecho cuando éramos chicos para evitárselo después á ellos cuando seamos grandes. (*Poniéndole una mano en el hombro.*) Así te reconozco siempre por mi amigo.

SANT. — Gracias. Pero ya es tarde y siento un cierto vacío en el estómago... (*Bostezando.*)

RUP. — (*Ídem.*) Y yo también.

SANT. — Vamos á ver si compramos algo para llenarlo.

RUP. — Dices bien. (*Los dos se vuelven y se encuentran frente al escaparate.*) ¡Mira, mira cuántas cosas ricas hay aquí!

SANT. — ¡Ah, sí! pero eso no es para nuestro bolsillo.

RUP. — (*Bostezando.*) ¡Ay! delante de estas sabrosidades se me despierta más el apetito. Me tragaría todo eso con los ojos.

SANT. — ¡Tonto! para tragarlas, mejor es con la garganta.

RUP. — Lo malo es que nos debemos conformar con lo primero.

SANT. — ¡Cuánta gracia de Dios! Mira ese jamón, ¡qué color más lindo tiene! nos está diciendo : ¡cómeme, cómeme!

RUP. — Y ese vino nos está diciendo : ¡trágame, trágame!

SANT. — ¿Y esa gallina? ¡mira qué gorda es!

RUP. — ¿Y ese lechón? ¡qué bien asadito está!

SANT. — Á mí me gusta más la gallina.

RUP. — Á mí el lechón.

SANT. — Qué mal gusto tienes; no sabes lo que es bueno.

RUP. — Tú tienes mal gusto y no sabes lo que es sabroso.

SANT. — Más sabrosa es la gallina.

RUP. — Mejor es el lechón.

SANT. — (*Levantando la voz.*) Te digo que no.

RUP. — (*Ídem.*) Te digo que sí. (*Se miran los dos un momento, luego se apaciguan.*)

SANT. — (*Con calma.*) Bueno, tú te quedas con el lechón.

RUP. — Y tú con la gallina. Ya está todo arreglado.

SANT. — Muy bien. Por lo visto estamos de banquete.

RUP. — ¡Y qué banquete! Como para chuparse los dedos.

SANT. — (*Siempre observando en el escaparate y juntos al cristal.*) Bueno, á ver, ¿qué comemos primero?

RUP. — Primero las sardinas.

SANT. — Muy bien, las sardinas. ¿Y después?

RUP. — El jamón.

SANT. — Bravo. ¿Y después?

RUP. — Unas aceitunitas...

SANT. — Perfectamente. ¿Y luego?

RUP. — El queso.

SANT. — ¿El queso? ¡Estás soñando! el queso se come último.

RUP. — No digas disparates, se come antes porque da mayor apetito.

SANT. — Eso no puede ser.

RUP. — Te digo que en todos los banquetes se usa así; yo lo sé.

SANT. — ¡Ah! bueno, entonces... si lo sabes... ¿Y después del queso?

RUP. — El lechón.

SANT. — No señor, la gallina.

RUP. — Yo me como el lechón y tú te comes la gallina.

SANT. — ¡Ah, es verdad! ¿Y el lechón te lo vas á comer todo sin darme ni siquiera una presita para probar?

RUP. — Y tú ¿piensas comerte toda la gallina sin darme un pedacito?

SANT. — Á ver ¿qué te gusta de la gallina? te lo doy.

RUP. — El ala, la pierna y la pechuga.

SANT. — ¡Ah, ah! ¡Cómo no! entonces la quieres toda. ¡Y decías que no te gustaba!...

RUP. — ¿Qué me vas á dar entonces?

SANT. — Te daré la cabeza.

RUP. — ¡Qué generosidad!

SANT. — ¿Y tú, qué me vas á dar del lechón?

RUP. — ¿Qué te gusta más?

SANT. — La cabeza, las piernas y las costillas.



RUP. — Te lo daré entero y se acabó.

SANT. — ¿Y tú no quieres entera la gallina?

RUP. — ¡Me has ofrecido la cabeza!

SANT. — ¿Y tú qué me ofreces del lechón?

RUP. — El rabo.

SANT. — (*Enojado.*) Te lo guardas.

RUP. — (*Ídem*) Y tú te guardas la cabeza.

SANT. — (*Gritando y volviéndole la espalda.*) Egoísta.

RUP. — (*Ídem.*) Angurriento.

SANT. — El lechón se te quedará atravesado en el estómago...

RUP. — La gallina te producirá una indigestión...

SANT. — No te convidó más á banquetes.

RUP. — Ni yo tampoco.

SANT. — Pero ésta me la vas á pagar. (*Se vuelve con el puño cerrado.*)

RUP. — Tú también me la pagarás. (*Ídem. Al volverse, los dos bostezan, se miran y sueltan una carcajada.*)  
¡Ja, ja, ja! ¿es el efecto de la gallina?

SANT. — ¿Es el efecto del lechón? (*Los dos se abrazan riéndose á carcajadas.*)

RUP. — ¡Pero si somos tontos! ¡Casi casi nos peleamos por un banquete imaginario!

SANT. — Como aquellos que se pelearon por el empleo del dinero de la lotería sin tener ni el billete siquiera.

RUP. — (*Bostezando y mirando hacia el escaparate.*)  
¡Para qué pondrán á la vista toda esa bendición de Dios!

SANT. — (*Ídem.*) ¡Para hacer tragar saliva nomás!

RUP. — Y trago mucha porque tengo un hambre...

SANT. — Y yo tengo un hambre y media.

RUP. — ¿Si compráramos algo para comer?

SANT. — En eso estaba pensando.

RUP. — ¿Cuántos centavos tienes ?

SANT. — (*Sacando del bolsillo y contando.*) Á ver. Cinco, diez... quince... dieciseis. ¿Y tú ?

RUP. — (*Ídem.*) Dos, siete... doce. Doce centavos.

SANT. — Y con los dieciseis míos son... ¿cuántos ?

RUP. — (*Contando con los dedos.*) Dieciseis y diez... veintiseis, y dos... veintiocho centavos en todó.

SANT. — No hay como para banquetear en grande.

RUP. — Oye. Diez de pan de segunda, diez de queso fresco y ocho de dulce membrillo. ¿No te parece bien ?

SANT. — Superior. Yo voy por el pan.

RUP. — (*Dándole la moneda.*) Y yo por el queso y el dulce.

SANT. — ¿Y volvemos aquí ?

RUP. — ¡Claro! en este mismo sitio. Nos sentamos en este umbral, (*indicando el del escaparate*) y haremos cuenta que comemos lechón y gallina.

SANT. — (*Con un suspiro.*) ¡Ah! haremos cuenta... (*bostezando*) y que bebemos Chianti y Barbera.

RUP. — Y, mientras, vamos tragando saliva. (*Bostezando.*)

SANT. — Bueno, voy por el pan.

RUP. — Yo por el queso. (*Se separan corriendo cada cual por distinta dirección gritando.*)

SANT. — Los cincuenta mil... se juega mañana...

RUP. — (*Al mismo tiempo.*) La Nación, La Prensa á cinco... á cinco...



MONÓLOGOS





## El alma de mi patria

---

Sala : en el centro una bandera argentina, grande, sujeta á una columna.

El niño viste uniforme de soldado ; lleva un tamborcito y una corneta sostenida del cuello por un cordón ; entra tocando la corneta, y el tambor con un solo palillo ; da la vuelta alrededor de la escena con paso de marcha, se detiene frente á la bandera, cesa de tocar, hace á ésta el saludo militar, y junto á la misma da un último redoble de tambor y toque de corneta muy fuerte ; avanza hacia el proscenio.

Creo que me habrán oído, y sabrán, mis papás que he saludado á la bandera. (*Prestando oídos.*) Oigo pasos precipitados. ¿ Vendrán á quitarla de ahí ? (*Corre junto á la bandera, se coloca en actitud de defenderla desenvainando la espada.*) Á ver ; quien se atreva á tocarla se encontrará con la punta de mi espada. (*Escucha, mira hacia todos lados, avanza, siempre con la espada de punta, mira fuera de las puertas ; vuelve hacia el proscenio y envaina la espada.*) Eran mis hermanos que jugaban á la mancha. Ahora que visto este uniforme experimento unos bríos y un ardor patriótico, que me siento capaz de habérmelas hasta con el mismo Lucifer.

Aunque no era necesario el tal uniforme, porque siempre y en todo momento siento un gran amor á la patria ; yo soy patriota de verdad, y por esto siento tam-

bién un gran cariño á este uniforme, porque es el que vistieron nuestros soldados de la independencia, y es el que visten los defensores de la patria; y yo quisiera estar ya en edad de llevarlo no de broma, sino de veras para sostener mis palabras con los hechos. Ayer, cuando papá me preguntó qué deseaba como premio por mis altas clasificaciones en los exámenes, sin vacilar pedí un uniforme completo de soldado, con su kepí y su espada; y luego, como complemento, un tambor y una corneta. Á este último pedido, mamá saltó de su silla exclamando :

— Eso no, eso no; entramos en vacaciones y todo el día nos estarás atormentando los oídos. ¿Quién te va á aguantar ?

Yo le contesté con mi voz más tierna, haciéndole cariños :

— Te prometo, mamita, tocar la corneta y el tambor, solamente cuando me ponga el uniforme de soldadito.

— ¿ Y cuántas veces te lo pondrás ? — preguntó mamá.

— Todos los días, contesté yo.

— ¡ Jesús me valga !... ¿ Y cuántos momentos por día ? — volvió á preguntar.

— Todos, desde la mañana hasta la noche.

Papá soltó una carcajada, pero mamá que no tolera bromas, me dió un tironcito de orejas mayúsculo, (*tocándose una oreja*) ¡ ay ! parece que todavía me duele, llamándome impertinente. Pero yo, como valiente soldado que soy, no me descorazoné en la primer derrota, luché, luché y... ya lo ven ustedes, vencí. (*Toca con fuerza el tambor y la corneta; se calla de repente y se coloca el índice en los labios mirando á todos lados con temor.*) ¡ Chist ! silencio ! Acuértese su promesa,



señor soldado. (*Risueño.*) Debí prometer á mis vencidos no tocar estos melodiosos instrumentos más que una sola vez por día, so pena de vérmelos embargados, y ya me estoy pasando. Me los quitaré de encima; si los tengo tan al alcance de las manos no respondo de mi resistencia. (*Deja tambor y corneta sobre una mesa y los cubre con una carpeta.*) Así, que no los vea, sino me atraen y adiós promesa. Bien, ahora pensemos seriamente en otro deber que debo cumplir y que he olvidado por completo. Esta tarde, papá nos ofrece, á mí y á mis hermanos, una fiestita, como lo hace siempre para celebrar la terminación del año escolar y premiar nuestros estudios; en estas fiestitas organiza algo así como un certamen literario, y cada uno de nosotros debemos presentar un trabajito de nuestra cosecha sobre un tema que nos dé papá; á mí me dió éste: *El alma de mi patria*. Sabe que soy un sincero patriota y, seguramente, pensó tendría yo feliz inspiración. Pero, ¡ay! el uniforme, y más que todo, el tambor y la corneta, han absorbido toda mi atención y no me siento nada inspirado; ni me ha inspirado el saludo que vine á darle á mi bandera como me ordenara papá, quien la colocó ahí, como siempre que nos obsequia con estas fiestas, para que todos los niños saludemos en ella á la patria. (*Queda pensativo mirando fijamente á la bandera; luego exclama cual inspirado, señalando la bandera.*) Al alma de mi patria. (*Vuélvese pensativo, pasea agitado, gesticulando, se sienta, permanece con la frente en las palmas de las manos, se levanta resuelto y sonriente.*) Sí, ya tengo inspiración. Ya sé cómo debo desarrollar mi tema. (*Á la*

*bandera con énfasis.) « Tú, que fuiste creada símbolo de mi patria, tú que guiaste á tus hijos á combatir por la libertad, tú que infundistes valor y abnegación á tus guerreros, tú que los llevastes al martirio y á la gloria, tú, mi bandera, eres el alma de mi patria. » Papá quedará bien satisfecho. Pronto, pronto á escribir. (Al volverse tropieza con la mesa y ve la corneta y el tambor, los levanta.) Tocaré todavía una vez, despacito, despacito, la corneta. (Se dispone á tocar la corneta; en este instante se oye tocar en el piano el Himno Nacional; el niño deja la corneta sobre la mesa; se vuelve hacia la bandera, se le acerca, lentamente se quita el kepi, se arrodilla, levanta la orla de la bandera mientras murmura:.) Recibe este beso de respetuoso cariño, ¡alma de mi patria! (Se inclina y besa la bandera.)*

Baja lentamente el telón, oyéndose siempre el himno. Si no hubiere telón, el niño, después de haber besado la bandera, se aleja reteniéndola en sus manos cuanto pueda: luego la suelta, se retira retrocediendo lentamente, y ya en la puerta, le envía un beso con la mano y desaparece; entonces cesa la música.



# Dobleza

*Á mi pequeño artista Adolfo Sacchi.*

Decoración : Una calle, una puerta á la derecha con umbral alto.

Roberto, vestido pobremente, entra corriendo por la izquierda ; al llegar al medio de la escena se detiene.

¡No puedo dar un paso más! (*Mira alrededor, ve el umbral y se sienta en él*) ¡Ah! descansemos un momento. (*Se echa viento con la gorra y pasa el pañuelo por la frente.*) ¡Uf! ¡me sofoco! no sé si de calor ó de alegría. Tal vez por ambas cosas. Pero ¡fué suerte la mía haber dado con gente tan buena! ¿El comisario? una perla de hombre. ¿El juez? otra perla. ¿Y mi abogado defensor? otra perla igual á las dos primeras. Nunca hubiera creído yo que este asunto, que tanto me hizo temblar de miedo, terminara dándome un sofocón de alegría. Bueno, basta ya de descanso; en marcha á llevar el notición á mamá. (*Se encasqueta la gorra, se levanta; asombrado al ver al público.*) ¡Oh! ¡cuánta gente! (*Avanza al proscenio y se quita la gorra.*) Perdonen, señores... no los había visto; como venía corriendo... Pero... entonces ustedes me han oído... y como he hablado de comisario, de juez... de abogado defensor ¿qué



se figurarán ? Que soy un mal sujeto... tal vez un criminal... quizás un asesino. Nada de eso soy, señores. Yo soy una persona honrada. El mismo comisario lo ha dicho que tengo cara de hombre honrado. Pero asimismo me prendieron, y me alojaron en el Departamento de policía; no, no es el caso de reírse; porque si allí me alojaron fué precisamente por la nobleza de mi proceder. Sí, señores; mi mismo abogado fué quien lo dijo. Ya veo yo la curiosidad de todos estos señores por saber... ¿ Sí ? ¿ lo desean ? Pues allá voy y luego juzguen.

Ante todo deben saber ustedes que yo soy hijo único de mi mamá, que es viuda, y por ese motivo quedé huérfano de padre. (*Mientras habla hace girar la gorra entre las manos.*) Nosotros vivíamos de nuestro trabajo, es decir, yo vivía del trabajo de mis padres, porque á mí me mandaban á la escuela; éramos pobres, pero en casa no faltaba lo necesario y vivíamos contentos y felices, cuando la desgracia quiso que se enfermara mi papá y... en pocos días se fué para siempre. (*Secándose los ojos con la gorra.*) ¡Pobre mamá! ¡qué momentos aquéllos!... Bueno, pues... mamá siguió trabajando y yo seguí en la escuela; pero la pobrecita mamá tanto trabajó y tanto lloró, que acabó por enfermarse y todo lo que había en casa acabó por tomar caminito del Montepío. Muy natural que yo dejara la escuela y me empleara; así lo hice y fuí mensajero. ¡Mensajero! todo el día en la calle correteando y apenas si ganaba para un puchero flaquito! y mi pobre mamá necesitaba cuidados... buen alimento... buenos tónicos... y no trabajar ni un poquito, ¡Qué pronto recetan todo eso los médicos ¿ no ? El caso es poder hacerlo, y como nosotros no podíamos, mi pobrecita ma-

má siempre empeoraba... hasta que al fin cayó en cama. Ese día... cuando me acerqué á besarla... ¡Cómo me miró! ¡Cuánto dolor, había en sus ojos, siempre tan dulces y serenos! Me abrazó fuerte... fuerte... y teniéndome así apretado, me besaba... y yo sentía cómo empapaba mis cabellos con sus lágrimas mientras me decía : « Roberto, pobre hijo mío, pronto te quedarás también sin madre... » Á estas palabras yo sentí algo así... como un golpe en el pecho... el corazón se me hizo chiquitito... chiquitito... y apretado así como un puñito. (*Indicando su puño cerrado.*) Morir mi pobre mamá... irse para siempre ella también como papá... ¿Por qué... Dios mío? No, era imposible; yo la salvaría. La besé y salí de la habitación. Un mal pensamiento había cruzado por mi mente. Yo sabía el sitio donde Bartolito, un compañero mío, guardaba sus ahorros; un tesoro, según me decía. Sus padres, lo mismo que él, estaban en el trabajo... me sería fácil apoderarme del dinero sin que sus sospechas recayeran sobre mí. Llegué al cuarto de mi compañero... empujé la puerta... entré... Sentí mi respiración anhelosa... las sienes latirme fuertemente... la frente bañada en sudor... mas seguí adelante. Fuí hacia el rincón de la derecha, abrí un baúl... introduje la mano... ¡Ah! la retiré horrorizado, como si alguien la hubiera mordido. ¿Robar yo? ¿ser ladrón? ¿cometer ese delito? ¡Nunca! antes morirnos de hambre, y salí corriendo para la calle.

Me detuve en la puerta pensando qué haría, adónde iría á pedir un socorro, cuando oigo la campana de la iglesia vecina que llamaba á misa. Sí, aquélla era la voz de Dios que me inspiraba. Iría á la iglesia y allí en la casa del Señor pediría socorro para mi pobre mamá

que se moría. Fuí corriendo... llegué... me coloqué detrás de la puerta grande y... (*haciendo la acción*) tendí la mano... (*conmovido*) imploré la caridad... (*con voz entrecortada por el llanto.*)

Ninguno de los que entraban á rezar oyó mi voz suplicante, ni vió mis ojos llenos de lágrimas... no, no los vieron porque todos pasaron... y se fueron sin darme una limosna. (*Estalla en sollozos; breve pausa. Se seca los ojos con la manga.*) La iglesia quedó vacía... yo quedé solo, trás la puerta, llorando... ¿Cómo socorrer á mi pobre mamá? Caí de rodillas. ¡Jesús (*junta las manos implorando*) sálvala!... déjame á mi mamá querida! Alguien me tocó en el hombro... la casa del Señor debían cerrarla... había que retirarse. Salí... volví á casa, entré... vi á mi mamá aletargada... me pareció muerta, sentí que la desesperación me invadía. De un salto estuve en el patio, y sin darme cuenta, sin yo mismo comprender cómo, me encontré en el cuarto de mi compañero y... esta vez salí con una cajita y escondiéndola bajo mi blusa, mirando á todos lados, tambaleando como un borracho, volví á mi cuarto, me encerré en él, y tembloroso de emoción y de miedo vacié la caja sobre mi cama. ¿Pero qué era aquello? Estuve á punto de arrojar un grito de despecho. Ese tesoro de que tanto me hablaba mi compañero, no era dinero, eran estampillas. Yo me roía los puños de rabia. Cuando volví de mi sorpresa y me hube calmado, las examiné. Las había muy antiguas y de gran valor. Pues bien, las vendería; al fin también era dinero. Las dispuse todas sobre la cama, por orden de antigüedad y de país para separarlas por grupos y venderlas. Sin darme cuenta había formado un dibujo, y de pronto se me ocurrió



una idea. Se podría hacer un cuadro con las estampillas y éstas adquirirían doble valor : el suyo propio y el valor del arte. En la escuela siempre había sido yo el primero en dibujo y pintura, siempre había recibido los mayores elogios por mis trabajos. Aún conservaba mi caja de pinturas. Llegaba la ocasión de sacar provecho de mi saber. Ya no vacilé, en seguida me puse á la obra, y con la fiebre de la desesperación que me inspiraba, imaginé mi cuadro y tracé el dibujo. Saqué un vidrio de la ventana, lo hice cortar en dos partes iguales, y sin detenerme á pensar que aquello no era cosa mía, que era un robo lo que había cometido, comencé mi cuadro; ¡Qué inspiración tenía! ¡Con qué afán trabajaba! ¡Al fin vi mi cuadro terminado y hermoso! Apenas lo hube concluído, lo llevé al dueño de una pinturería, quien después de haberlo examinado atentamente, lo compró, pagándome buen precio por él. Al volver á casa, hice compras en el almacén, en el mercado y en la farmacia; con qué satisfacción grité : Ahí van cinco pesos, doña Catalina; pronto el vuelto. Ahí va un peso, Pedrín, y sírveme bien. Ahí van diez pesos, señor boticario; cóbrese y deme el vuelto. Cuando entré en casa, cargado con todo aquel bien de Dios, me eché al cuello de mi mamá llorando... sí, señores, lloraba; pero era de contento. Ya no le faltaría nada á mi mamá querida.

Mientras ésto pensaba, saltando y silbando, un grito desesperado, loco, me dejó petrificado. Casi al mismo tiempo me siento sacudir por un brazo, y veo á mi compañero, lloroso, quien me grita : — « Me han robado mi tesoro ¿sabes? mi colección de estampillas; pero ya conozco al ladrón : es ese envidioso de Miguel, voy

á avisar á papá y le hacemos prender.» Y fué corriendo. Lo que entonces sentí me sería imposible explicarlo; hubiera querido que la tierra me tragara. Intenté hablar, echar á correr... esconderme... imposible; estaba clavado allí, mudo, inmóvil como una estatua. Yo oía, como entre sueños, las voces de los vecinos quienes iban y venían, se aglomeraban frente á la puerta de mi compañero é injuriaban al ladrón. ¡Ladrón! Esa palabra me zumbaba en los oídos, me martillaba el corazón. ¡Yo, yo ladrón! ¡Había robado! ¡Había cometido ese delito y estaba cometiendo otro peor! Dejar que acusaran á otro niño, dejar que lo prendieran y que tal vez le condenaran. ¡Esto era horrible! Sólo entonces comprendí toda la fealdad y toda la consecuencia de mi acción. Temblé. ¡Qué hacer! ¡Cómo reparar y cómo impedir que mi mamá sospechara esa deshonrosa verdad! ¡Yo que había querido salvarla... que hubiera dado mi vida por ella!... Pues bien, no; sucediera lo que sucediera ese era mi deber y lo cumpliría.

Recomiendo mi mamá á una vecina y me lanzo á la calle; llego á una comisaría, pregunto por el comisario, me llevan ante su presencia, y á él se lo cuento todo, todito de cabo á rabo.

El comisario me miró á través de sus lentes clavándose sus ojitos como dos alfilerazos y comenzó el interrogatorio. — ¿Cómo se llama usted? — preguntó él. — Roberto Suárez, contesto yo. — ¿Cuántos años tiene? — Doce, señor comisario. — ¿Adónde vive? — Calle tal, número tal. — ¿De quién es hijo? — De mi mamá, quien es viuda y por ese motivo soy huérfano de padre. — ¿Cómo se llama su mamá? ¿Qué hace? etc., etc. — Una infinidad de preguntas; por último — ¿Quién ha

hecho el cuadro ? — Yo, señor. — ¿ Usted ? á mí no me mienta; diga la verdad y será por su bien. ¿ Quién ha sido ? — Le juro á usted que yo. — ¡ Chicuelo testarudo! diga la verdad, sino lo hago llevar al calabozo. — La verdad es, señor comisario, que nadie tiene que ver en este asunto. Yo solo soy el autor de todo. — ¿ Conque tú solo ? ¿ eh ? — Sí, señor — Muy bien; había sido precoz el muchachito. Vean qué candidato se nos presenta para el alojamiento gratis en la policía. — Al oír esto tuve miedo, me arrojé á los pies del comisario y con voz sofocada por los sollozos le suplicaba : perdóneme, señor, por mi madre... por ella... El comisario, ¡ qué buen hombre! bendito sea mil veces, me levantó y me dijo emocionado : sí, yo vi que pestañeaba mucho. — Si es así como tú cuentas... — Sí, señor, es así; mi mamá no sabe nada; ella cree que ha sido encargo de una señora. Míreme bien, señor comisario, no miento.

El comisario me miró con fijeza y fué entonces cuando exclamó : — Este muchacho tiene cara de hombre honrado! — Pero aun así me llevaron al Departamento de policía y á la presencia del señor juez. Allí, la misma función.

Las miradas de ese señor que parecían querer atravesarme de parte á parte, las preguntas, las respuestas, y vuelta á contar todo desde la *a* hasta la *z*. Yo soy hijo de mi mamá, quien es viuda y por ese motivo quedé huérfano de padre, etc., etc. Al terminar mi relato, también el juez, á pesar de su aspecto severo, estaba emocionado; no lo ví pestañear, pero vi que se sonaba con frecuencia la nariz. Luego, me habló como... un padre á su hijo, diciéndome : — No llores, mi hijito; haremos todo lo posible en tu favor. Pero es preciso saber... hay que



averiguar... llenar las formalidades del caso. Bueno, muchacho, vé tranquilo y no te aflijas por tu madre, no faltará quien cuide de ella. — ¡Qué hombre tan bueno ese señor juez! (*Volviéndose y enviándole besos.*) ¡Bendito sea una y mil veces! ¡Pero eso de recobrar la libertad fué asunto largo! Nombraron á un abogado para que defendiera mi causa, y muchos días pasaron entre averiguaciones, presentación de testigos... interrogatorios... entrevistas y careos... ¡Oh! la mar de cosas!

Todos los diarios hablaron de mi asunto... muchas señoras fueron á verme, me dieron su protección, socorrieron á mi madre... También fué á visitarme Bartolito con su papá, quien me dijo enojadísimo : — «Pero muchacho, ¿por qué no has hablado? ¿qué te has creído, que no somos cristianos para no haberte perdonado? — Y Bartolito replicó lloroso : — Para que veas que no solamente te perdonamos, pero que siempre te queremos, te regalo el cuadro, es tuyo; ¿has comprendido? no lo queremos; es tuyo y tuyo. » — ¡Pobre Bartolito! ¡qué noble ha sido! Pero á pesar de todo no se me daba la ansiada libertad.

Por fin, esta tarde me llevaron á la presencia del juez; estaba mi abogado y también el comisario aquél que dijo que yo tenía cara de hombre honrado. Mi bondadoso juez habló de la siguiente manera : «Querido niño, has vencido tu causa. Á pesar de haber cometido un delito que la ley condena severamente, porque al fin has robado, teniendo en cuenta tu corta edad, el motivo que te indujo á cometerlo, tu reconocida honradez, y por tu acto de nobleza, se te perdona. Y como eres muchacho de corazón é inteligencia, y siendo pren-

das éstas que deben ser cultivadas, el Estado te ampara y se encarga de tu educación; muéstrate siempre digno de esta protección que te honra, y sé un buen hijo para la patria como lo eres para con tu madre. Roberto Suárez, eres libre : Véte ». ¡Dios mío! ¿qué es lo que sentí yo en aquel momento ? ¿qué pasó por mi cabeza, por mi alma ? ¡No sé... no sé! Me pareció que el corazón dejaba de latir... las ideas se atropellaban en confusión... la vista se me nubló... sentí aflojarse mis rodillas... quise hablar... dar las gracias... nada; imposible decir una sola palabra. De pronto una llamarada circuló por mis venas, las fuerzas me volvieron y mirando á todos con ojos extraviados, riendo y llorando á la vez, salí de allí corriendo como un loco. (*Juntando las manos y arrodillándose.*) ¡Gracias, gracias, oh, bondadoso Dios! Te prometo ser siempre bueno y honesto para honrar á quien me honra. (*Se levanta y dice con gracia.*) Y ahora, señores, con el permiso de ustedes voy corriendo á llevar la noticia á mi mamá. (*Se encasqueta la gorra y sale corriendo por el lado opuesto de donde entró.*)



## Sábado de gloria

---

Sala : una ventana en el foro ; el actor sentado en un sillón frente á la ventana, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados. Al levantarse el telón se oye el repiqueteo festivo de varias campanas : unas cerca, otras lejos.

*(El actor sin moverse de su postura.) ¡Sábado de gloria!... (Pausa ; luego abre los ojos, se incorpora y mira por la ventana.) ¡Hermoso sábado de gloria! Precisamente como el último... (Vuelve á tomar su primera postura y cierra los ojos. Poco á poco cesa el repiqueteo de las campanas ; breve silencio.) Retrocedo un año y me veo en el atrio de la pequeña iglesia de aldea, allá en la cumbre de la colina. Y después... después... Todo lo vuelvo á ver... todo lo vuelvo á oír... todo; ni un detalle he podido olvidar. (Se levanta y avanza hacia el proscenio.) ¡Qué espléndida mañana de otoño aquella! como la de hoy; y como hoy las campanas echadas á todo vuelo anunciaban á los creyentes la resurrección del Señor. La enorme concurrencia habíase desbordado en el atrio y en la plazoleta de la iglesia; y parecía no resolverse á volver á sus hogares, detenida allí por el encanto que ofrecía la naturaleza toda, llena de luz y de vida. Era uno de esos momentos dichosos*



en que, por la luz esplendorosa del sol, por la atmósfera tersa y luminosa que permite hundir serena la mirada en un cielo puro de oro y zafir, por la alegre repercusión de las sonoras vibraciones metálicas, la tierra y el cielo están de fiesta, cantan un himno á la vida, comunican al espíritu intensa fruición, gran alborozo, volviéndolo inquieto y retozón hasta no caber ya en el cuerpo que le aprisiona y quiere forzar las puertas de su cárcel para echar á volar hacia el espacio, y, como las campanas, llenarlo con su voz cantando la gran dicha de vivir.

Comenzaron algunos hombres á despedirse, y se oían voces estentóreas que lanzaban desde una extremidad á otra de la plaza un formidable (*imitando*) « Adiós; hasta luego ». Y otras, no menos estentóreas, contestar desde no menor distancia : (*imitando*) « ¡Eh, compadre! vamos á echar un traguito juntos. — Nada de tragos, compadre Manuel, que mi mujer me lo tiene vedado. — No le haga usted caso, hoy es sábado de gloria y hay que reconocerlo. — ¡Eh, Paco! que te esperamos para almorzar. — Bien; vaya, hasta luego. — Adiós, y buena Pascua. » Y así se cruzaban las despedidas, las invitaciones, los augurios. Mozos y mozas se alejaban ya por las calles de la aldea; unas en grupo, otras de braceo entonando á media voz el *Gloria in excelsis Deo*. Los chiquillos, vivarachos é inquietos como ardillas, bullangueros como avispas, enemigos declarados de la tranquilidad y del silencio como la guerra, estaban en su gloria y metían un bullicio de mil diablejos á quienes se les hubiera abierto las puertas del paraíso. Yo, sentado en un banco de la plazoleta, me entretenía mirando con verdadera fruición aquel desborde de felicidad. De

pronto, dos manecitas pequeñas, regordetas, suaves y frescas como pétalos de lirios, me cubren los ojos mientras que una vocesita de ángel, esforzándose para aparentar un vozarrón de demonio, me hacía la ya conocida pregunta : (*Imitando.*) — ¡Adivina quien soy! — Mal sabe imitar el ángel al demonio, y en seguida contesté : Perlita eres. Y Perlita, un garboso hombrecillo de ocho años, soltó una risotada sin preocuparse ya de disfrazarla; mientras tanto con sus manecitas atraía mi cabeza hacia él y con su boquita de cereza me besucaba la frente, las mejillas, y hasta el cuello, diciéndome entre risueño y enfadado : — ¡Picarón, picarón! ¿Quién te ha dicho que soy yo ? — Luego saltó sobre mis rodillas y comenzó su charla encantadora : — ¿Qué hacías sentado en este banco ? ¡Mirabas! ¿Por qué ? ¿Tus papás ya se fueron ? ¿Por qué ? ¿Vienes con nosotros ? ¡No! ¿Por qué ? ¿No sabes que todos los chicos se vienen con nosotros ? Yo quiero que tú también vengas. — Pero yo no soy un chico. — No importa, yo te quiero lo mismo y vas á venir, ¿oyes ? Dame la mano, vamos. — Pero en seguida me soltó para correr al encuentro de don Julián. Era éste el abuelo de Perlita; abuelo y nieto se querían con adoración de ídolos; no podían vivir separados ni por un solo minuto, tanto que en la familia y en la aldea los llamaban los inseparables; ese principio y fin de vida habíanse vinculado de tal manera anudando su existencia en un solo lazo, que formaban una sola alma, un solo pensamiento, un solo latido. — ¿Sabes, abuelito ? ese malo no quiere ir á la granja con nosotros; díle que venga; yo lo quiero. (*Imitando al abuelo.*) — Vamos, amiguito, sea bueno y complazca á este rapazuelo que le quiere tanto; véngase con

nosotros. Vea qué cortejo tenemos; toda la chiquillada de la aldea nos acompaña. ¡Ea! pues, en marcha. — Mi amiguito se prendió de una de mis manos y comenzamos á bajar la cuesta, seguidos, como lo había dicho don Julián, de toda aquella población liliputiense que esperaba impaciente la señal de la partida. Era don Julián el más bondadoso hombre, el más rico hacendado de aquella comarca y su más generoso benefactor. Para transmitir la bondad y la beneficencia en su nietecito, había contraído la costumbre de invitar, todos los años, á su llegada y antes de su partida para la ciudad, á todos los niños pobres de la aldea; los invitaba á la granja, donde se les obsequiaba con grandes festejos, ricas golosinas y al fin con prendas de vestir, juguetes y con huchitas, no mudas, sino parlantes. (*Haciendo el ademán de sacudir una hucha á la altura del oído.*) Una comisión de niños, encabezados por el imponente Perlita, era la encargada del bello acto de la distribución. Es de imaginarse la febril impaciencia con que aquellos pequeñines esperaban la señal de la partida, y dada ésta, el alborozo con que se precipitaron cuesta abajo.

Era mi compañerito un parlanchín infatigable, y me entretenía charlando de mil cosas á la vez. De pronto volviéndose mudo, serio, y me señaló una cruz que se destacaba sobre el fondo azul del firmamento hacia la ladera escarpada de la colina. Allí habíase despeñado un niño, caído al arroyo y arrastrado por la corriente. — Ves, — me dijo conmovido — abuelito ha hecho levantar aquella cruz á su memoria; es muy grande; tiene una linda inscripción dorada. ¡Pobre! Yo le quería mucho. Siempre le llevo flores; hoy también le llevé; vas á



ver. — Llegamos junto á la cruz, y Perlita me mostró una fresca corona de flores sobre el escalón; se arrodilló en él, y como si hablara á su querido amigo : « Estas son las últimas flores que te traigo, mi pobre amigo, porque pronto nos vamos; pero siempre me acordaré de tí. Adiós. » Y besó la cruz. Disipada la triste impresión, volvió Perlita á su charla habitual y me contó que ese año representarían una comedia trágica. ¡Y qué comedia! ¡una maravilla! — me decía, dando brincos de contento. — Sabes, abuelito es quien la compuso. ¿Á que no adivinas lo que hay en la comedia? Hay muchas bailarinas, damas y caballeros, payasos, polichinelas y arlequines. Figura la corte de un gran rey. — ¿Y quién es el rey? ¿don Julián? — No, abuelo es el director; el rey soy yo; y el que hace encarcelar al pícaro tirano, soy yo; y el que lo mata también yo. — Pero si tú eres rey no debes matar; el rey nunca mata; ordena matar ó perdona. — Pero es una comedia, y en la comedia el rey hace lo que quiere. — Don Julián sonrióse : Lógica infantil, mi amiguito; no le haga caso; yo me he sometido á ella para complacer á mi Perlita. — Llegamos á la granja; como bandada de palomas dispersóse la inquieta comitiva y con apetito de gavilanes arremetieron á los manjares dispuestos en los manteles tendidos sobre el césped. Después de la comida hubo juegos y diversiones de todas clases : columpios, calesitas con organillo, carreras, regatas, trapecios, músicas, cantos y bailes. ¡Cómo se divertían aquellos pequeños demonios, y cómo hacían divertir y gozar! ¡Aún seguía hermoso el sábado de gloria y aún se sentía la dicha de vivir!

Ya se aproximaba el sol á su ocaso y toda la repú-

blica del mundo liliputiense demostraba declararse en rebelión si no se levantaba la cortina aquella que ocultaba todas las maravillas de la corte del rey Justiciero, que se les había prometido. Comienzan las melodiosas notas del pistón, del bombo y los platillos de la deliciosa banda, cesan las protestas del turbulento público y arriba el telón. ¡¡Ah!! ¡¡Oh!! ¡Aquello era imponente, fascinador! ¡Qué de maravillas encerraba la corte del rey Justiciero! Superaba en mucho todas las expectativas. ¡Cuánto raso y terciopelo! ¡Qué de perlas y pedrerías! ¡Cómo brillaban bajo aquella profusión de luces! ¿Y las bailarinas? que volaban como mariposas! ¡Qué encanto! ¿Y los payasos? ¿Y los polichinelas? ¡Cuán graciosos eran! ¡qué vueltas daban! ¡y qué saltos! ¡Pero Arlequín, con su antifaz de terciopelo, su hermoso traje á cuadros, tan mono, tan elegante y tan ligero, qué bien bailaba con su preciosa compañera Colombina! ¡Y la banda que seguía tocando sus melodiosos instrumentos, y los reyes y la corte que aplaudía! ¡Pero aquello era divino... divino! El público minúsculo, frenético de gozo, aplaudía, reía, se divertía y comunicaba su alegría al público mayor, que también aplaudía, reía y se divertía. Era en verdad un día divino. Aún seguía hermoso el sábado de gloria y aún se sentía la dicha de vivir. De improviso se presenta un caballero de la corte é introduce á una pobre niña harapienta, enflaquecida y encadenada; es la pobre víctima inocente. Cesa la fiesta en la escena y el bullicio en la platea. Por otra puerta introducen á un hombre lujosamente ataviado de aspecto feroz; era el pícaro tirano. «El malvado tutor de la *huéfana* que la tenía encerrada en una *profunda y lúgube pisión*.» Esto dijo el respetable


actor de cuatro palmitos de altura, que introdujo al tirano, no tan alto como él. Y siguió diciendo que « aquel infame tenía allí sepultada en la *pisión* á la *pobè* niña, para *disfutar* de sus cuantiosos bienes, sin *escúpulo* alguno. » Á tal anuncio el rey se indigna, manda quitar la cadena á la pobre víctima, hace encadenar al pícaro tirano, le envía á la *pisión* y le condena á muerte. ¡Hurra! Se desencadenó una tempestad de aplausos y de aquellas boquitas infantiles una gritería de « viva el rey y muera el tirano ». Vuelven á repercutir las dulces notas de la melodiosa banda, vuelve á restablecerse la calma y vuelve arriba el telón. Ya no es la brillante corte del rey Justiciero lo que aparece sino el patio de una fortaleza. Cuadro sombrío, pero que los niños contemplan con gran expectativa y satisfacción, pues allí se realizará un gran acto de justicia, dando muerte el mismo rey al tirano bribón. Éste, aparece sentado en el banquillo fatal. Llegamos al epílogo de la comedia. Venden los ojos al reo... atan sus manos al dorso... el rey da la señal, gritan « fuego »... suena una simulada descarga... El reo no se mueve. El actor sabe que debe esperar la muerte de la mano del rey; el golpe de gracia. Perlita avanza resuelto, levanta el brazo, un reflejo de luz acerada hiende el aire; grita el abuelo (*que dirige entre bastidores*): « No tires, mi hijito, no tires », y avanza hacia el nieto; simultáneamente se oye una detonación y un grito. Momento de consternación y horror. El abuelo se lleva la mano al pecho de donde salen gotas de sangre; tambalea y cae sentado en el fatal banquillo. Perlita, en el centro de la escena, con la mirada llena de espanto, la boca abierta, inmóvil, rígido, cual si el terror le hubiera paralizado. De pronto se oye un grito



desgarrador. La mamá de Perlita se precipita en la escena, sacude al niño gritándole : « ¡Has muerto á tu abuelito! » El niño se estremece; una oleada de sangre le enrojece la frente y se arroja á los pies del abuelo. Éste dobló el cuerpo, cayó al suelo y expiró. El niño se echó sobre el cuerpo del anciano, se abrazó del cuello y clavó sus labios en los labios del abuelo. Nadie grita, nadie se mueve. Todos están poseídos del espanto que los paraliza, que no les deja pronunciar ni una palabra, ni una queja. De pronto se produce la reacción. Todos corren, se empujan, gritan, lloran; quieren ver, quieren saber; suben á la escena, rodean al anciano. Alguien se inclina sobre el niño, intenta levantarlo y le llama : « ¡Perlita, Perlita! » Perlita no respondió. Perlita estaba muerto.

Luego se supo que pocos días antes había visto á su padre dejar en un cajón del escritorio el revólver aquél y que Perlita había exclamado : « Con éste voy á matar al tirano. » Nadie le había hecho caso.

Más tarde, al subir la cuesta de la colina, volví á pasar junto á la cruz. El tañido lento de una campana me hizo estremecer; era el toque de ánimas; me arodillé, mis rodillas tropezaron con las flores ya marchitas de la corona y entonces recordé las palabras de Perlita : « Estas son las últimas flores que te traigo, mi pobre amigo, porque nos vamos. » Y en mi corazón caían lentas y tristes aquellas palabras del niño, como caían lentas y tristes en el espacio las últimas vibraciones de aquel hermoso y trágico sábado de gloria.



## Determinaciones



Habitación de un niño : cama, ropero y mesa.

Teodorito entra por la izquierda (del actor), cierra con impetu la puerta, y va á sentarse en una silla junto á la mesa : apoya en ella los codos sosteniéndose la cabeza con los puños cerrados. Habla con voz entrecortada por el enfado y las lágrimas.

No, no es posible; esto ya es demasiado, no puedo seguir viviendo así... no puedo... no puedo.

Bien claro se ve, claro como la luz del sol, que ya no me quieren; ninguno de los dos; ni papá, ni mamá. Si así no fuera no me mortificarían á cada momento, diciéndome que soy un holgazán, un travieso, un desagradecido, que no sirvo más que para darles sinsabores y disgustos... que cualquier día me echarán de casa para que vaya á ganarme la vida y aprenda á conocer lo que es bueno. (*Se levanta y avanza hacia el proscenio.*) Y todo esto me lo dicen hasta delante de personas extrañas. Cuando uno es chico vaya y pase, pero cuando grande, es una vergüenza. Tengo once años, soy casi un hombre y no debo tolerar semejantes ofensas. Y mamá comprende cuánto me hace sufrir, pero ella, nada; parece que lo hiciera expresamente. ¡Claro! ¿qué le importa? como ya no me quie-

ren... puesto que me van á echar... (*Vuelve á sentarse.*) No, no, lo dicho; esta vida es insufrible... y es preciso resolverse de una vez. (*Medita un momento.*) Hace tiempo que lo medito... Pero hoy me resuelvo... Ya he tomado una determinación. (*Se levanta y golpea el puño con fuerza.*) Me mato; estoy resuelto. Sí, me mato y así se acaba de una vez. ¿Para qué vivir, si en todo momento nos dicen bien á las claras que no nos quieren, y que no servimos más que para estorbo?... Una vez muerto ya no estorbaré á nadie. Pero entonces se acordarán de mí... entonces me volverán á querer. (*Se sienta y poco á poco se enternece.*) Cuando me vean en el ataúd... cadáver... muerto... frío... rígido... con los ojos cerrados... sin poder hablar... sin poder ver... y comprendan que es por culpa suya que he tomado esta determinación heroica... ¡cómo llorarán! ¡cómo me abrazarán!... ¡cómo me besarán y me pedirán perdón!... Entonces yo les diré... (*Cambiando tono.*) No, no les diré nada porque los muertos no hablan. Pero no faltará quien se lo diga. «¿Ven ustedes? ese pobre niño se ha suicidado porque sus padres no lo querían, y los niños no pueden vivir sin el cariño de sus padres; es inútil que lloren ahora, debieron pensarlo antes.» Y á estos reproches, muy justos, yo oiré con mis oídos, veré con estos mis ojos... (*Cambio de tono.*) Qué voy á oír ni qué voy á ver si seré cadáver muerto. Pero lo verán y oirán los que estarán presentes, vivos, la desesperación de papá... los gritos de mamá... los llantos... (*Enternecido.*) Pobrecita mamá... ¿y si ella, de pena, se muriera?... ¿y si también se muriera papá? se morirían los dos... por culpa mía... No, no, no; hay que cambiar de determinación.



Si uno pudiera morir y después resucitar... pero ya está visto que no se puede. ¿Qué haré entonces? (*Piensa un instante.*) He tomado otra determinación. No me mato, me voy; sí, me voy; estoy resuelto. ¿No dicen siempre que me van á echar? Pues bien, no esperaré que me echen, me iré yo solo. (*Reflexionando.*) ¿Adónde iré? Á cualquier parte. El caso es irme antes de que me echen. ¿Y qué haré? para vivir es preciso hacer algo. Trabajar... ¿en qué? (*Después de pensarlo.*) Seré vendedor de diarios. (*Se sienta y reflexiona.*) Vamos á ver: por la mañana vendo *La Nación*; por la tarde, vendiendo *El Tiempo*; por la noche vendo *La Razón*; en los momentos desocupados haré algunos mandaditos, y en las horas que me queden libres estudiaré; y tal vez llegue á ser hombre rico y de gran talento. He leído que el gran Edison comenzó ganándose la vida vendiendo diarios y llegó á ser... lo que es. ¿No podría también yo llegar á ser algo muy grande? Tal vez presidente de la república ó quizás autor dramático. Es una excelente determinación la mía. El porvenir me espera. (*Con entusiasmo.*) Basta tener firmeza de carácter y voluntad de hierro; y eso es lo que me sobra. Voy á hacer un atadito de mis ropitas y me marchó en seguida. (*Abre el ropero, saca un pañuelo grande, lo extiende sobre la cama y va colocando en él algunas prendas de vestir que sacará del mismo ropero.*) Ya lo verán papá y mamá si soy un holgazán... si no sirvo más que para estorbo... ¡Oh, lo verán, sí... También llevaré mis libros... (*Los toma de sobre la mesa.*) Si quiero estudiar los necesito. Ya lo sabrán de qué soy capaz... ¿Qué es lo que les he hecho para que ya no me quieran? ¿eh? yo lo quisiera saber. (*Vuelve al ropero y saca una*

*escopetita.*) Esta es la escopeta que me regaló papá para año nuevo. ¿ La llevaré ? ¿ para qué ? No puedo andar vendiendo diarios con escopeta. Y cuando sea grande como Edison, ó Sarmiento, ó Calderón de la Barca, entonces mis padres sabrán quien soy... se asombrarán de mi talento, de mi firmeza de carácter... de mi voluntad de hierro. (*Anuda el pañuelo por las cuatro puntas.*) Ya está. Y ahora me marchó. (*Se encasqueta el sombrero, pasa al brazo el atadito y, resuelto, se dirige á la puerta, mas al llegar á ésta se para de pronto.*) No, así no puedo irme... sin avisarles... sin decirles adiós siquiera. (*Vuelve, deja en el suelo el atado, se sienta á la mesa y escribe en caracteres muy grandes en una doble hoja de cuaderno.*) Les escribiré dos palabras no más, para que vean que me voy muy ofendido. Así : « Querida mamá (*escribiendo*) y querido papá : me voy porque ustedes me quieren echar ; no lloren ; algún día nos volveremos á ver. Tu hijo... » (*Hablado.*) No, tu hijo, no. Teodorito. Nada más. (*Escribe.*) Eso es. (*Mira á su rededor.*) Este papel hay que ponerlo en un sitio donde lo vean bien. (*Toma una silla y fija en el asiento, con dos alfileres, el papel escrito, colgado hacia abajo y pone la silla sobre la mesa, quedando el papel frente al público. Se aleja y lo mira contento de su idea.*) Así, muy bien. Y ahora me voy de veras. (*Se pasa al brazo el atadito y se dirige á la puerta, la abre pero al pasar el umbral se vuelve.*) Sí, me voy... me voy... ¡ Y quién sabe cuándo volveré ! Te abandono mi pobre cuartito... te quedas solito... Mañana cuando vendrá mamá y me dirá con su voz tan cariñosa : (*Imitando la voz de la mamá.*) « Teodorito mío, levántate que ya tienes servido el café con leche y las tostaditas con man-

teca », é inclinará su linda cabeza para darme un beso... (*Enternecido*) encontrará la cama vacía... porque yo estaré lejos... muy lejos. (*Cambiando de tono y avanzando.*) Y á mí ¿quién me dará café con leche? ¿Quién? los vendedores de diarios, mis compañeros. ¡Claro! (*Se dirige hacia la puerta, ya en ella se vuelve y mira su camita.*) ¿Qué dirá mamá cuándo encuentre la cama vacía? Mi camita linda... ¡que cuida tanto!... ¿Quién vendrá á dormir en ella? (*Avanza y cambia de tono.*) ¿Y yo... adónde dormiré? Dormiré... dormiré... con algún compañero vendedor de diarios. Natural. (*El mismo juego que el anterior.*) Y los domingos ¿cómo lo pasarán sin mí? Ellos que estaban habituados á acicalarme todo de punta en blanco y llevarme á paseo... y mientras yo marchó adelante los oigo que dicen: «¿Has visto cómo crece nuestro Teodorito? está hecho un hombrecito. Le regañamos... le regañamos... pero no siempre lo merece. Si nos acordáramos de cuando éramos de su edad! Las hacíamos peores.» ¡Sí, sí, peores! ahora las están haciendo peores, que me echan... Echar á un hijo!... pero no importa... Me voy... me voy... Sí, sí, me voy. (*Gritando y sin moverse.*) Y si se enferman de pena... ¿Y si me enfermo yo? ¿quién me cuida? Nadie. Me llevarán al hospital... allí... entre gente extraña... (*Conmovido.*) Mamá me quiere tanto cuando me enfermo... Y no vendrá á besarme... á llamarme su Teodorito; ni papá... ni nadie... y me moriré... de dolor... allí... solito... como un pichicho... (*Haciendo esfuerzos para retener el llanto.*) Y cuando mamá llegue á saberlo se morirá, y también... papá se morirá... nos moriremos todos... (*Llorando fuerte.*) No, no quiero... no quiero... ¡Ay! mi mamá... mi papá querido... No me



voy más. (*Arroja el sombrero y el atado sobre la cama.*) Me quedo... me quedo... me quedo. (*Sollozando deja caer la cabeza sobre el atadito arriba de la cama. Después de un momento levanta la cabeza, se seca los ojos y avanza resuelto.*) Sí, estoy resuelto; no me voy, me quedo. Tengo firmeza de carácter y voluntad de hierro, y me quedaré hasta que papá y mamá me echen de veras. (*Con gracia al público.*) Pero como mamá y papá no me echarán nunca de veras (*resuelto*) me quedaré... para siempre. (*Con fuerza.*) Esta es mi última determinación. (*Vase muy erguido y satisfecho.*)





CUADROS VIVOS





# La visión de San Martín



En primer término, á la derecha (del actor) un escritorio de la época de la independencia; sobre el mismo, papeles, tintero, libros, una lámpara y el mapa de la América del Sur; hacia un lado la gorra de cuartel de San Martín. El resto de la escena vacío. El telón de foro en segundo término representa una sala.

## PRIMERA PARTE

El general San Martín sentado al escritorio, á la derecha, casi junto al bastidor; apoya los codos en el mapa extendido sobre el escritorio, y la frente, hasta ocultar los ojos, en las manos, cruzadas.

Al levantarse el telón se oye el estrépito de muchos caballos y de una artillería en marcha; cesa el estrépito; se oye redobles de tambor, toques de clarín, tiros de fusil y de cañón apagados por la distancia; breve silencio; la escena queda casi á oscuras. El telón de foro se levanta muy lentamente; al mismo tiempo una orquesta comienza á tocar *á la sordina* el Himno Nacio-

## SEGUNDA PARTE

Detrás de una cortina de gasa blanca que ocupa todo el espacio del telón de foro, bien extendida y fija en el suelo, aparece el siguiente cuadro iluminado por reflectores :

Sobre un fondo azul de cielo irradiado por el sol, que se levanta detrás de la figura de la Victoria, se destacan, escalonadas sobre las gradas de un pedestal, abrazadas y formando grupo, las repúblicas de la América del Sur (menos el Brasil), representadas por niñas ó niños cuya figura se preste para ello; cada una de las repúblicas lleva su escudo correspondiente pintado en la túnica, ó sosteniéndolo á su lado apoyado en el suelo. La República Argentina, colocada en el centro del grupo. En lo alto, aislada detrás del grupo, que se destaca sobre el fondo azul y los rayos del sol, la Victoria. Lleva coraza, manto echado hacia atrás; una parte del manto, pasando por debajo del brazo izquierdo, cubre, en parte, la túnica y se recoge debajo del cinturón ancho, de metal, puesto algo de través á cierta distancia de la cintura; casco guerrero en la cabeza; la mano izquierda apoyada en la empuñadura de una gran espada cuya punta se apoya en el pedestal; en la mano derecha, levantada en alto, una palma y ramas de olivo. Rodean al grupo de las repúblicas dos guirnaldas de laureles, cuyas extremidades se unen sobre la empuñadura de la espada y rodean á ésta hasta algo más abajo de la mitad; las otras dos extremidades se anudan, cual un lazo, sobre el dorso de un granadero echado de bruces en el suelo, á los pies del grupo; la cabeza descansada sobre el primer escalón del pedestal,



los brazos abiertos en cruz á lo largo de aquél y apretando en cada mano una gran cadena cual si la hubiera roto, cuyas extremidades cuelgan del escalón y arrastran por el suelo.

En torno del grupo algunos granaderos echados en el suelo en diversas actitudes, como si fueran muertos ó heridos. Á la derecha, junto al grupo, un cañón, á cada lado de éste un soldado; uno, en actitud de tocar redobles de tambor, el otro, el clarín. Detrás del cañón multitud de soldados con el kepí en la mano, levantándolo en alto, en actitud de saludar á la Victoria, y con la boca abierta como si gritaran : ¡Viva! Uno llevará la bandera argentina. Á los pies del cañón, un soldado caído, que en los estertores de la agonía se esfuerza para vivir á la Victoria. Á la izquierda, San Martín, á caballo, cuya figura majestuosa se destaca sobre el fondo claro, extiende el brazo derecho cual si mostrara al mundo la Victoria, y la América del Sur libre. Detrás de San Martín multitud de granaderos en la misma actitud que los de la derecha. La música, poco á poco, va *in crescendo* mientras permanece el cuadro visible y vuelve al *pianissimo* cuando baja el telón de boca, lentamente.

Para representar el cuadro en un escenario pequeño se puede reducirlo suprimiendo el cañón y los soldados próximos á éste, colocando al lado del general los que tocan el tambor y el clarín; también se puede reducir el número de soldados que siguen á San Martín, y éste en vez de presentarlo á caballo estará de pie, sobre una altura, figurando una elevación de terreno, para que se destaque bien su figura. Si no hubiere telón de foro, se colocará en su lugar una cortina obscura pesada, que se descorra por ambos lados abriéndose en el medio.



# CANTO AL TRABAJO <sup>(1)</sup>

Poesía de J. M. Gabriel y Galán (Salamanca)

---

Á ti, de Dios venida  
Dura ley del Trabajo, merecida,  
Mi lira ruda su canción convierte.  
¡ Á ti, fuente de vida !  
¡ Á ti, dominadora de la suerte !

Escucha cómo canta  
La obscurísima voz de mi garganta  
Lo que tienes ¡ oh ley ! de creadora,  
Lo que tienes de santa,  
Lo que tienes de sabia y redentora.

Porque eres fuente pura  
Que manas oro de henchida hondura,  
Fecunda y rica en mi cantar te llamo,  
Porque eres levadura  
Del humano vivir, buena te aclamo.

Redimes y ennobleces,  
Fecundas, regeneras, enriqueces,

(1) Premiado con la flor natural y el primer premio del *Centro Catalá* en los Juegos Florales celebrados en el teatro de la Ópera de Buenos Aires, en octubre de 1904.

Alegras, perfeccionas, multiplicas,  
El barro fortaleces  
Y el alma en tus crisoles purificas.

¡ Señor ! si abandonado  
Dejas al hombre á su primer pecado  
Y la sabia sentencia no iluminas,  
Hubiéranse asentado  
Tumbas y cunas sobre muertas ruinas.

Mas tu voz iracunda  
Fulminó tu sentencia tremebunda,  
Y por tocar en tus divinos labios,  
Tornóse ley fecunda  
El rayo vengador de tus agravios.

Si de acres amarguras  
Extraen las abejas, mieles puras,  
¿ Cómo tú no sacar de tu justicia  
Paternales dulzuras  
Para la humana original malicia ?

Fecundo hiciste el mundo,  
Feliz nos lo entregó tu amor profundo,  
Y cuando el crimen tu rigor atrajo,  
Nuevamente fecundo,  
Si no feliz, nos lo tornó el Trabajo.

¡ Mirad ojos atentos  
Toda la luz que radian sus portentos,  
Todo el vigor que en sus empresas late !  
¡ No hay épicos acentos  
Para cantar el colosal combate !

Mirad cómo á la tierra  
Provoca con el hierro á santa guerra,  
Desgarrando sus senos seductores,  
Donde juntos sotierra  
Semillas, esperanzas y sudores !



El bosque descuaja,  
Las peñas de su asiento desencaja,  
Estimula veneros, ciega fosas,  
Y el cerro escueto cuaja  
De arbóreas plantaciones vigorosas.

Abajo, en la ancha vega,  
Trenza el río sereno y lo despliega  
En innúmeros hilos de agua pura,  
Red de cristal que riega  
Opulentas alfombras de verdura.

Á veces, remansada,  
La detiene en la presa, y luego airada,  
La despeña en cascadas cristalinas  
Con fuerzas reguladas  
Que hace girar rodeznos y turbinas.

¡ Mirad cómo los mares  
Abruma con el peso de millares  
De buques que cargó con sus labores,  
Y á remotos lugares  
Los manda de sus obras portadores !

¡ Mirad cómo devora  
Distancias en la audaz locomotora  
Que creó gallardísima y ligera !...  
¡ Mirad cómo perfora  
La montaña que estorba su carrera !

¡ Cómo escarba en la hondura,  
Y persigue el filón dentro de la obscura  
Mina profunda que el tesoro guarda !  
¡ Cómo la inmensa altura  
Va conquistando de la nube parda !

¡ Cómo el taller agita !  
¡ Cómo en el templo del saber medita,  
Y trepida en las fábricas brioso,

Y en las calles palpita,  
Y brega en los hogares codicioso !

Labra, funde, modela,  
Torna edén el erial, pinta, cincela,  
Incrusta, sierra, pule y abrillanta,  
Edifica, nivela,  
Inventa, escribe, piensa, rima y canta.

El rayo reluciente,  
Fuego del cielo, espanto de la gente.  
Ha convertido en dócil mensajero,  
Que de oriente á poniente  
Lleva latidos del vivir ligero.

Al padre y al esposo  
Les da para los suyos pan sabroso,  
Olvido al triste en su dolor profundo,  
Salud al poderoso,  
Honra á la patria y bienestar al mundo.

Tiempos aún no venidos  
Del imperio triunfal de los caídos,  
¡ Derramad pan honrado y paz bendita  
Sobre hogares queridos  
Que templos son donde el trabajo habita !

Tiempos tan esperados  
De la justicia, que avanzáis armados ;  
¡ Sitiad por hambre, desquiciad las puertas  
De alcázares dorados  
Que no las tengan al trabajo abiertas !

Vida que vive asida,  
Savia sorbiendo, de la ajena vida,  
¡ Duerma en el polvo en criminal sosiego !  
Rama seca ó podrida  
¡ Perezca por el hacha ó por el fuego !

Y gloria á ti, oh fecundo  
Sol del Trabajo, bienhechor del mundo,  
Sin ofensa de Dios, que fué el primero.  
¡ Tú el creador segundo  
Bien te puedes llamar del mundo entero.

Esta poesía será declamada fuera del telón de boca : en seguida que se haya retirado la señorita ó el joven que la declame, se levanta el telón, apareciendo el cuadro vivo

## EL TRABAJO

---

### PERSONAJES

UN FORJADOR.

DOS LABRADORES.

UN LEÑADOR.

UN DESCORTEZADOR.

DOS MINEROS.

DOS CARPINTEROS.

DOS PICAPEDREROS.

DOS ALBAÑILES.

DOS EMPEDRADORES.

UN MARINERO.

UN PINTOR.

UN ESCULTOR.

UN QUÍMICO.

UN ESTUDIANTE.

UN ORFEBRE.

UN RELOJERO.

UN TIPÓGRAFO.

UNA MAESTRA Y UN NIÑO.

UNA OBRERA Y UNA NIÑA.

UN VENDEDOR DE DIARIOS.

Decoración : un bosque; telón de fondo, el mar.

En el centro de la escena, en primer término, un grupo formado por el forjador, dos labradores, una maestra y un niño, una obrera y una niña. El forjador — cara, cuello, brazos y manos bronceados; las mangas de la camisa arremangadas más arriba del codo; cuello y pechera abiertos; delantal de cuero — sobre una tarima alta, de pie junto á un grueso tronco, golpea con un martillo una pieza de hierro en el yunque sobre



el tronco ; á su derecha un labrador sentado en un arado : la mano llena de semillas en actitud de sembrarlas ; á la izquierda, otro labrador con una horquilla amontona varios haces de trigo ; á los pies del forjador, hacia la derecha, sentada en el segundo peldaño de la tarima, una maestra de aspecto noble y benévolo, vestida con túnica de lana clara sujeta con un cinturón y manto obscuro prendido en los hombros ; tiene un libro abierto en sus rodillas, señala la lectura con la mano derecha á un niño sentado á su izquierda en el primer peldaño, mientras que con la izquierda le acaricia la cabeza. Hacia la izquierda, una obrera, sentada en el primer peldaño, cose un capote militar ú otra prenda ; á su lado, sentada en el segundo peldaño, una niña teje ó borda. Hacia el foro, á la derecha, unas rompientes y una gran piedra que obstruye el paso ; dos niños — visten blusa azul de dril y gorra — golpean con piquetas en la piedra ; un poco más adelante y hacia el centro, un pequeño banco de carpintero y un niño vestido de obrero y con gorro, junto al banco, serruchando un trozo de madera, y otro que cepilla diseminando virutas ; más adelante y junto al bastidor, un caballete con una tela y un niño pintando.

Junto al primer bastidor una mesa figurando un pequeño taller y sobre ella trozos de metales, oro, plata, piedras preciosas en un platillo ; algunas joyas y relojes, limas, pinzas, esparcidas ; sentados detrás de la mesa dos niños con gorro y anteojos, uno trabajando en un reloj, el otro limando un objeto artístico de plata.

Á la izquierda del último bastidor, avanza hacia la escena parte de un bote con la quilla hacia arriba y junto á él un niño vestido de marinerero, arremangados mangas y pantalones, enrrolla una cuerda sobre la quilla ; hacia el centro, un montón de tierra, adoquines y unos trozos de vía férrea y dos niños, uno con un azadón cava la tierra, el otro golpea con un martillo sobre un trozo de riel. Más adelante, frente al pintor, una estatua de mármol y un niño á su lado trabajando en ella con el escalpelo. En primer término, frente al pequeño taller, una mesita con libros, una esfera, una escuadra ; un niño sentado junto á la mesa con la pluma en la mano y un libro abierto á su lado, medita. Un poco más arriba, frente al banco de carpintero, otra mesita con muchos frascos, pilas eléctricas, embudos y libros ; un niño, con anteojos, gorra, bata larga de hilo y arremangado, está de pie junto á la mesa, haciendo pasar el liquido de un frasco á otro con un pequeño embudo. Á la derecha, en el espacio entre el grupo y el carpintero, un hoyo ; sentados sobre el tablado con las piernas dentro del hoyo dos niños en manga de camisa, la pechera abierta ; ennegrecidas las manos y la cara, tendrán á su lado una lamparilla de minero ; uno limpia, raspándolo, un azadón, y el otro limpia la lamparilla ; usarán sombrero de cuero muy grueso.

Cerca del foro, hacia la derecha, dos niños albañiles junto á un montón de ladrillos; uno de ellos figura levantar una pared mientras el otro revuelve con la cuchara dentro de un recipiente lleno de una masa blanca que parezca cal. Á la izquierda, en tercer término, un tipógrafo con la blusa que éstos llevan, junto á la caja.

Un leñador con un hacha junto á un tronco derribado, y otro niño descortezará un árbol.

El vendedor de diarios en actitud de pregonarlos.

Al levantarse el telón, se oye el ruido que hacen todos esos instrumentos de trabajo, al golpear, al serruchar, al cepillar y al limar.

Después de un momento, poco á poco cesa el ruido y los niños dejan de trabajar permaneciendo en sus puestos.

Apagado el eco del último martillazo, y sosteniendo aún la pieza de hierro y el martillo sobre el yunque, el forjador declama la primera estrofa de la poesía « Canto al Trabajo »; luego todos los niños la repiten declamándola en coro. Concluído éste el forjador declama la última estrofa de la misma poesía y luego los niños la repiten en coro declamándola, y al terminarla vuelven rápidamente á trabajar haciendo oír los golpes y ruidos de sus instrumentos mientras baja el telón.



# ÍNDICE

---

Preludio.....	5
Algunas advertencias.....	11

## PRIMERA PARTE

### COMEDIAS, DIÁLOGOS, MONÓLOGOS Y CUADROS VIVOS PARA NIÑAS Y SEÑORITAS

#### Comedias

La más grande satisfacción.....	17
La Mariposa Encantada.....	33
Travesía.....	61
¿ Por qué?.....	103
Romeo y Julieta.....	129

#### Diálogos

Patriotismo.....	149
Coro de ángeles.....	159
La piedad de un niño.....	173
La leyenda del Cuervo.....	179
La ramilleteira y la hortelana.....	196
El álbum de nuestros héroes.....	205

#### Monólogos

Dama y caballero.....	213
Querubín.....	222
Consuelo.....	228
Las bodas de oro.....	233
Para los pobrecitos niños pobres.....	236
La Bella Durmiente del bosque.....	239
« ¡ Así eran aquellos hombres ! ».....	243



Cuadros vivos

En el templo de la Gloria.....	249
La fuente de los Querubés.....	252
La fiesta de la Primavera.....	254

SEGUNDA PARTE

COMEDIAS, DIÁLOGOS, MONÓLOGOS Y CUADROS VIVOS  
PARA NIÑOS, SEÑORITAS Y JÓVENES

Comedias

Falucho.....	257
¿ Triunfo ?.....	279
Patriotismo de pacotilla.....	303

Diálogos

El bombero, el soldado y el vigilante.....	315
Un banquete imaginario.....	333

Monólogos

El alma de mi patria.....	341
Nobleza.....	345
Sábado de gloria.....	354
Determinaciones.....	362

Cuadros vivos

La visión de San Martín.....	371
Canto al Trabajo (poesía de J. M. Gabriel y Galán).....	374
El Trabajo (cuadro vivo).....	378



